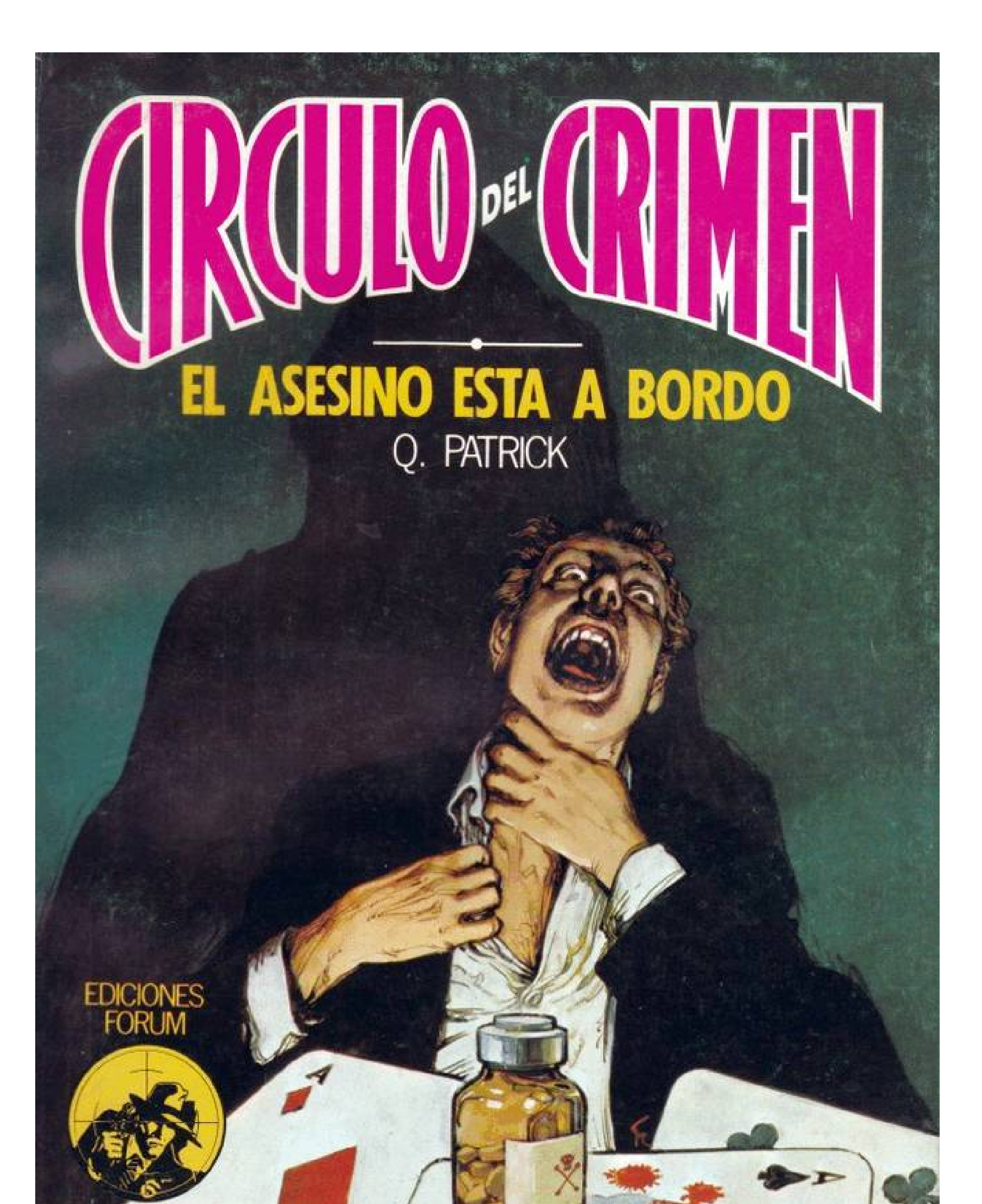

CIRCULO DEL CRIMEN
EL ASESINO ESTA A BORDO
Q. PATRICK
EDICIONES FORUM
Nº24

Quentin Patrick

EL ASESINO ESTÁ A BORDO

Círculo del Crimen Nº 24

ePub r1.1
Rutherford/Rbear 17.01.16

Título original: *S.S. Murder*
Quentin Patrick, 1933
Traducción: Adriana T. Bó
Forum: 1983
ePub base r1.2

Editor digital: *Rutherford/Rbear* (17/01/16) (r1.0)

Revisión de *dino51bd* (29/01/16) (r1.1)
Cotejado con la versión impresa de: *Fórum (Círculo del Crimen), 1983*.
Corrección sistemática (o sea, *deberían* estar bien) de: índice, notas y párrafos (integridad, separaciones entre ellos y formato).
Corrección no sistemática (es decir, lo que me ha *saltado a la vista* al controlar los párrafos: es previsible que se mantengan errores) de: cursivas, negritas y erratas tipográficas.
Correcciones adicionales:
- El texto impreso tiene 7 referencias a páginas numeradas del mismo que, evidentemente, no se pueden mantener en el ebook. He eliminado dos de ellas (una por innecesaria y otra por inmediatamente repetida), he incluido la información citada en la referencia de la Nota 4 en dicha nota y las cuatro restantes las he "numerado" con (*) a (****), enlaces que llevan a notas con los párrafos citados en el texto impreso.
- Corregidos dos errores del texto impreso.

PRÓLOGO

Obtuve este relato por intermedio de mi amigo David Donnelly, del Herald, de Nueva York. David sostiene que lo sacó de la caldera del sótano; por fortuna, no estaba encendida cuando su mujer, Mary Llewellyn, la conocida periodista, lo arrojó allí, impulsada por el descontento más que por la ira. Creo que Mrs. Lincoln y Mrs. Kiplin llevaron a cabo rescates literarios de un tipo similar, de los que nacieron Gettysburg Addres y "Recessional". De cualquier modo, su propietaria repudió el documento, por razones que se consignan con claridad en la página *. *Me he limitado a agregar unas pocas comas y la carta de introducción, que David me entregó después de una ardua labor para convencerlo. También cambié todos los nombres y apellidos y expurgué ciertas indiscreciones que nada tienen que ver con la historia. Pero, por encima de todo, me esforcé por no destruir esa cualidad de presencia constante de la muerte, que hace de este relato algo por completo aparte de tos misterios simulados hijos de la ficción. Aquí hay algo nuevo, pensé, la descripción del crimen, podría decirse, en el campo de los acontecimientos. Aquí hay emociones, pero no las que se recopilan en medio de una tranquilidad fría, sino las que se derraman sobre el papel en el momento en que se viven y antes de que se conjeture el final. Aquí hay impresiones vivas de incidentes colmados de excitación, informales sin ser amorfas, y vistas con los ojos de una escritora adiestrada, que piensa con su estilográfica y sabe manejar las situaciones. Me reservo el crédito por las comas y las notas al pie de página. En cuanto al resto... mi nombre pende de este libro como el rótulo en una maleta que nadie reclama.*

A bordo del *Moderna*
Viernes, 13 de noviembre

Para
David Hall Donnelly,
Calle 12, N.° 56 y ½, oeste, Nueva York.

QUERIDO:

Prometí enviarte unas líneas por intermedio del piloto, pero ha pasado tan escaso tiempo, medido en minutos, desde que me diste beso de despedida, que por supuesto no tengo mucho que contar. ¿Recordé decirte, en el calor y la agitación de mi partida, que te amo? ¿Es esto una noticia, Davy? Bien, dentro de poco tiempo, tres meses, tres semanas y tres días (mira con qué exactitud llevo la cuenta), nos transformaremos en tema para la primera página de los diarios, cuando pongas el anillo en mi dedo y me llames, por primera vez, señora Donnelly. Un verdadero romance periodístico, con trozos de mi *Star* y de tu *Herald* a manera de confetis y metros de cinta del teletipo en lugar de gallardetes.

Antes de separarnos, tuvimos que hacer cosas mucho mejores que hablar, de modo que no te dije, como me lo había propuesto, mis proyectos con respecto a este viaje. El doctor Klein me aconsejó que permaneciera sentada tranquilamente, tanto como me fuera posible, por lo menos en el transcurso de la primera semana, por eso he decidido escribir un diario para ti, con la descripción de todos los detalles de la travesía, esos acontecimientos íntimos y cotidianos que puedan darte una idea de lo que pasa en realidad en la mente de una dulce joven periodista, a la que muy pronto esperas hacer tuya.

Sé que la orden del médico fue la de no trabajar. Pero ni

siquiera el doctor más intransigente de la tierra podría sostener que una chica trabaja cuando le escribe unas líneas a su único amor. Y ya que estamos en el tema, ¿te conté que, de forma consciente, renuncié a cincuenta dólares, por una serie de artículos especiales de América del Sur, firmados «Miss Río de Janeiro»? ¿No fui una paciente sumisa?

No habrá tonterías en este viaje, Davy. Puedo prometértelo. Me portaré tan bien, que será una suerte para ti el no haber venido conmigo. Mantendré mis piernas en alto y mis manos hacia abajo, para recuperarme de esa horrible «apendicitis» que casi te deja viudo antes de que hubieras logrado gustar las dudosas dulzuras de la vida de casado, y que me ha convertido en algo tan leve y etéreo, que me asusta salir a la cubierta, por temor de que una ráfaga de este áspero viento de noviembre me arroje por la borda, en medio de las ballenas y tiburones.

Te prometo tomar mi convalecencia muy en serio y escribir nada más que lo indispensable para no perder la práctica. Te aburriré con mis descripciones periodísticas de los campeonatos de naipes, deportes de cubierta, batallas de bridge a un vigésimo de centavo y con mi cháchara chismosa acerca de los otros pasajeros. No será, por cierto, algo tan emocionante como el diario que redacté para ti, en relación con el caso Laubenthal. ¿Recuerdas? Será una imitación moderna de tu bienamada Jane Austen, «en el inimitable estilo de Mary Llewellyn, cuyo artículo diario en el *Star* ha proporcionado gozo y entretenimiento, etcétera.» Y tal vez lo leamos juntos, cuando juguemos a Darby y Joan en el crepúsculo de nuestros años declinantes.

Queridísimo, estamos a punto de internarnos en alta mar y debo pescar al piloto, antes de que desembarque. El piloto... el último lazo que me liga a ti, a Nueva York, y a la civilización, por espacio de todo un mes. No me gusta lo que me ocurre, Davy. Mi enfermedad me ha transformado en una criatura tímida y estúpida y, en el fondo de mi corazón, desearía estar sana y salva en mi cama del hospital, con esa adorable enfermera nocturna que se inclinaba para alcanzarme un soporífero vaso de leche caliente. O, mejor todavía, en nuestro apartamento, al abrigo de tus brazos, y que tú no me dejaras marcharme nunca. Pero supongo que el hecho de que deba arreglarme sola, para recuperar la salud y la fuerza, ha de ser

para mejor. Después de todo, ¡no se trata de tanto tiempo!

De modo que adiós, querido, y de nuevo gracias por las flores, las frutas, los libros, la hermosa carta y, por encima de todo, gracias por ser tú y por querer casarte con un rematado espantajo, que ni siquiera posee un apéndice decente que la recomiende. Voy a envolverme en el abrigo de piel de tía Caroline. Me encantaría que fueses tú. Te enviaré la primera parte de mi diario desde Georgetown. Que Dios te bendiga, Davy. Como solía decir cuando era pequeña: mi ángel te cuide. Tuya,

MARY

P. S. Te amo.

A bordo del *Moderna*
Viernes, 13 de noviembre
21h 30m

Bien querido Davy por fin estamos en alta mar y en camino hacia Río de Janeiro, en forma esperada. El balanceo es muy fuerte, de modo que perdonarás mi vacilante letra. El piloto, que lleva una nota para ti con todo mi amor, ya ha desembarcado. Hemos abierto nuestras cartas, los telegramas con deseos de buen viaje y los paquetes. Nos hemos observado los unos a los otros, con la sospecha, enemistad y desconfianza habituales en el primer día. Y luego, por supuesto, algunos se marearon. ¡Oh, estaban tan verdes y horribles! No, querido, yo no. Puedo ser una pobre mujer débil, pero dejarme ganar por el mareo, ¡nunca! Esos viajes arriba y abajo del puerto de Nueva York, para entrevistar a Peggy Hopkins Joyce, me han inmunizado de una vez por todas. Pero nada más que treinta individuos, de aspecto bastante marchito, se presentaron en el comedor y hay sesenta y siete pasajeros de primera clase en esta pequeña bañera particular.

A pesar de su nombre moderno, no es más que una divertida bañera pequeña, Davy. Cuando elegimos el barco, por supuesto sabíamos que sería reducido y lento (tanto como barato), pero en él reina una atmósfera tal que me recuerda un lugar de veraneo de tercera clase, en la costa de Jersey. Cuatro semanas en esto, Davy. ¡Imagínate! Puedo oler las algas secas y las fundas de los sillones, para no mencionar los olores más sutiles del comedor, los cuales son capaces de producir desmayo en corazones aun más fuertes que el mío.

No hay inconveniente en que cambie mi pasaje cuando llegue a Río, pero la tarifa de ida y vuelta es tan económica que odio la idea de pagar una suma extra por mi receta. «Descanso y aire de mar» es factible obtenerlos en cualquier barco y me animo a decir que

mañana me sentiré mejor. No debes culparme por el hecho de que me muestre un tanto melancólica precisamente ahora, ya que es natural que considere que la gente más atractiva (uno en particular) se quedó en tierra, después de la frase «todos a bordo». Sin embargo, creo que pronto me reconciliaré con la idea de estar lejos de ti. Entonces, la vida será tan simple como resbalar sobre una cáscara de naranja o ponerse una bata.

Me pregunto qué haces en este momento. Espero que estés escribiéndome o jugando al bridge en el City Room, con tus compinches de la «Primera Página». Cualquier cosa menos esclavizarte con ese vil informe de Brooklyn, que me mantuvo tan apartada de ti, incluso en el hospital, que casi llegué a pensar que no se trataba en absoluto de un informe, sino de una rubia oxigenada, con uñas de un rojo brillante, tu combinación preferida antes de que me conocieras, como lo admitiste en cierta oportunidad.

Pero debo volver a mi relato y hablarte de mis compañeros de viaje, antes de que pierdan el encanto de la novedad. Las damas, en su mayoría, parecen haber sido diseñadas para adaptarse al salón de escritura, en el cual estoy pergeñando este diario en forma precaria. Tú sabes de qué se trata, Davy: mesitas frágiles, con patas viejas y endebles, una alfombra de color gris paloma y cortinas de felpa rosada. Después de esto, ¿será necesario decirte que no careceré de compañía adecuada? Casi todas las mujeres son casadas: esposas fatigadas de agotados maridos, que siguen a sus caras mitades en sus curas de descanso o sus viajes de negocios. Pero no se pierden una, Davy, en un barco donde todo se incluye en el precio del pasaje y, aunque están en exceso mareadas para comer o beber, se resarcen de ello mirando con desaprobación mi trabajo y el vestido de terciopelo azul que fuera mi éxito mayor en la entrevista con Helen Mencken.

Como ves, ya comienzo con los chismes.

Esto en cuanto a lo que tú te complaces en llamar «las mujeres en conjunto». Ahora, vayamos a los hombres y... a uno en particular. (No, queridísimo, no hay motivo para que te preocupes. Tiene más de cincuenta años y es calvo como un melón.)

Bien, Davy, durante toda mi vida y hasta hoy, al igual que la notable y famosa solterona de Boston, me vi lamentablemente libre

de todo atrevimiento. Pero, esta tarde, pensé que al fin se iba a producir. Sin que mediara la menor provocación, un hombre se puso a charlar conmigo. El asunto me sentó mucho mejor que cualquiera de los tónicos del doctor Klein o de los reconstituyentes de tía Caroline.

Había ido a la cubierta superior, con el objeto de encontrar un lugar agradable y tranquilo para mi cura solar. De pronto, el individuo se acercó y me dijo:

—Si no le importa, haré que pongan su silla al lado de la mía. Yo también soy un inválido y podríamos divertirnos comparando nuestros respectivos síntomas. Lo mío fue una resección gástrica con adherencias. ¿Y lo suyo?

Pese a que su voz me gustó bastante, hice que mis ojos y mi anillo de compromiso relampaguearan, en una forma que tú habrías aprobado. Inclusive en un barco, una chica guapa nunca es demasiado cuidadora.

—¡Oh, ya vi el anillo! —dijo él, con una sonrisa—. En realidad, si usted no lo hubiera tenido, no le habría dirigido la palabra. Las jóvenes sin compromiso, a bordo de un barco, representan una positiva amenaza... en especial, para un viudo viejo como yo. Incluso el hecho de que me parezca a una ciruela albina no implica ninguna protección. Simplemente, no respondo de mis acciones en el mar... la puesta del sol, la salida de la luna, los días de holganza, los países extranjeros, todo el hechizo...

—El hechizo —lo interrumpí citando a medias alguna novela baladí— es un estado de la mente y no de la geografía.

Mi réplica pareció complacerlo en grado sumo, puesto que al punto llamó al camarero de cubierta y le dijo:

—Camarero, traiga una silla aquí y póngale el rótulo de señorita... señorita...

—Llewellyn —repuse a regañadientes.

—Bien. Me llamo Burr.

—¿Aaron?

—No, el siguiente por orden alfabético, Adam. A. B., Adam Burr, a sus órdenes... todo el tiempo que usted sea capaz de evitar que me haga el loco, esto es...

Dijo las últimas palabras con rapidez y en tono de disculpa.

Me pareció entretenido y charlamos hasta que llegó la hora de

vestirse para la comida. Creo que me gustará. Al menos, es agradable y tranquilo.

Durante la comida, Adam apareció de nuevo en la mesa del capitán, donde, gracias al querido «Zorro», tengo uno de los asientos de honor. A mi izquierda se sienta un individuo viejo, llamado Lambert (supongo que procede de Lambertville), por completo inofensivo, a quien acompaña una mujer bastante bonita, una sobrina muy moderna, y un secretario de pelo oscuro y bigotes negros como los de John Gilbert, buen mozo y joven, el cual prácticamente parece pegado a la muchacha. Esta es una chica corriente y de aspecto saludable, que responde al nombre de Betty.

Hay, además (o al menos había a la hora del almuerzo), una viuda, la señora Clapp, y su dama de compañía, la que detenta el suave y pegadizo nombre de Daphne Demarest, pero cuyo aspecto es el de una lanzadora de discos olímpica. Daphne es inglesa y, al hablar, se traga la g. La señora Clapp la adora de manera evidente y depende de su amazona de una forma casi conmovedora. Hay también un señor Wolcott, de pelo blanco y barbilla en punta, y con mucho de caballero galante, y un señor Silvera, tan moreno como español, y de un aspecto tan siniestro, que uno pensaría que es una víctima de su mujer, o un hábil domador de animales, o que practica la flauta en su camarote. Pero cualesquiera sean sus actividades, es de presumir que las lleva a cabo en español, puesto que su inglés sólo puede describirse como espléndidamente nulo.

La duodécima silla está ocupada por un divertido hombrecillo *cockney*, de unos treinta y ocho años, que no hace otra cosa que guiñar sus ojos pequeños y cómicos y prestar atención a su comida, con un esfuerzo tan reconcentrado que le obliga a uno a preguntarse si alguna vez habrá tenido que habérselas con algo más que un tenedor.

El capitán Fortescue es admirable. Encantador, bondadoso, extraordinariamente jovial y en todo momento británico. ¡Oh, tan británico! Tiene mujer y cinco hijas en un lugar llamado Squealing o Ealing o algo parecido, circunstancia que empaña un tanto la posibilidad del romance que, de otro modo, podrían inspirar su uniforme magnífico y sus galones dorados. Pero… ¡ay! Sus miradas no son para mí. Les pertenecen por entero a los Lambert, quienes representan lo más granado del barco y, en apariencia, nuestro

galante patrón sabe muy bien cuál es el lado del bizcocho que tiene manteca. De modo incidental, te diré que los Lambert han invitado a todos los que nos sentamos a la misma mesa de fumar. No ignoro que no debería... ¡Pero! Bueno, es la primera noche de la travesía y una muchacha es joven una sola vez. ¡Y ésta no lo es tanto!

En el intervalo, debes sentirte por completo tranquilo, mi chiquillo. Tu Mary recorre en seguridad el profundo mar azul, con ningún compañero a la vista de menos de cuarenta años, por lo menos hasta que se muestre alguno cuando pase el mareo. En la nómina de pasajeros no hay un solo nombre familiar y el único hombre elegible está pendiente, de manera obvia, de la sonrisa de una muchacha rica.

De este modo, como ya dije —y como Kipling escribió muchas veces antes que yo—, navegamos hacia Río.

Aquí viene mi Adán en busca de su Eva o, como él me llama no de modo muy lisonjero, su válvula de seguridad. ¿Me creerás si te digo que el sol de la cubierta superior debe de haber acariciado su cabeza calva, puesto que ostenta un delicado color de rosa? ¡Nada menos que en noviembre! ¡Cómo me voy a divertir observando la forma en que la «ciruela» se sazona en una gloriosa madurez carmesí! ¡Y alejando de él las moscas, de acuerdo con nuestro contrato! Es un nuevo papel para una joven periodista prometedora.

Y, ahora, al bar, y espero que no sea para pasar de largo.

Nada más por el momento.

Camarote
Sábado, 14 de noviembre
2h 10m

¿Dije «nada más» querido Davy? ¿Dije eso? ¿También dije..? ¡Oh, Dios mío! ¿Qué es lo que no dije? ¡Y lo que tengo que contarte ahora!

Intenté enviar un radiograma al diario, pero me lo impidieron. Si por lo menos hubiéramos convenido un código privado para nosotros dos, esta noche habríamos alcanzado el punto culminante de nuestras carreras.

Por cierto conocerás la noticia mucho antes de que estos frenéticos garabatos lleguen a tus manos; no obstante, trataré de reunir mis dispersas ideas, a fin de redactar un informe tan completo como el que preparé en el caso Laubenthal. Tú recuerdas en qué medida ese informe ayudó a resolver el misterio. Y lo que ha ocurrido aquí, a bordo de este barco, mi querido Davy, es un misterio de tal naturaleza que, a su lado, el caso «L» parece tan simple como un rompecabezas de sólo tres piezas.

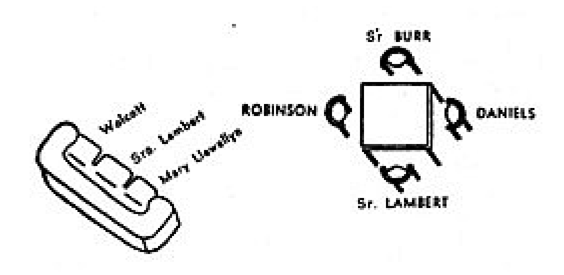
¡Y cómo cantará victoria tía Caroline! Sin duda, dirá que todo provino de tomar un barco que zarpaba el viernes 13. Y no estará muy equivocada. Como me resulta imposible dormir, comenzaré por el principio, es decir, donde lo dejé esta misma noche. (¿Fue realmente esta misma noche… nada más que hace cuatro horas? Desde el último momento de paz y tranquilidad que me fue dado gozar, me parece que han transcurrido millones de evos.)

Es probable que por lo menos la primera mitad de mi historia no venga al caso y carezca de importancia, pero como podía encerrar una pista paso a relatarla.

Recordarás que los Lambert nos habían invitado a tomar una copa, a las veintidós, en el salón de fumar. Bien, yo llegué con Adam Burr, poco minutos después de concluir mi diario, y encontré

allí a la señora Lambert, sentada muy ceremoniosamente con el viejo Wolcott. Su marido jugaba al bridge con el hombrecillo cómico que te describí antes y cuyo nombre resultó ser Daniels, con Burr (quien había salido en mi busca, mientras no participaba en el juego), y con otro hombre al que no había visto antes. Por último, había un camarero detrás del mostrador del bar. Estoy segura de que no había nadie más en la habitación.

Cuando entré, la señora Lambert me saludó. Me senté con ella y el cortés Wolcott, de tal modo que nuestra ubicación era la siguiente:



La señora Lambert me demostró una gran afabilidad y conversamos, de mujer a mujer, acerca de mis artículos especiales, que ella lee todos los domingos durante el desayuno. Es una de esas mujeres que, a los treinta y ocho años, no demuestra un día más de veintiocho y actúa como si tuviera nada más que dieciocho. Fue muy agradable conmigo y el viejo Wolcott se unió a las alabanzas. Ambos me lisonjearon de tal manera, que comencé a pensar que, después de todo, debe de haber algo de cierto en el poder de la prensa.

La señora Lambert me preguntó si deseaba pedir una copa o si prefería esperar hasta que los jugadores de bridge se nos unieran. Como ellos estaban a punto de terminar un *rubber*, repuse que lo mejor sería aguardar. Al cabo de un rato, me las arreglé para escapar a sus ditirambos y me acerqué a la mesa de bridge para observar el juego. Aunque las apuestas no eran altas, todos jugaban con suma concentración, tanta que sólo me presentaron de paso al cuarto miembro del grupo, un tal señor Robinson, según creo, a quien no había visto hasta entonces. Según mis recuerdos, se trata de un hombre tranquilo y vulgar, entre los treinta y los cincuenta

años, afeitado por completo, con anteojos, una mata espesa de pelo castaño y una piel maravillosamente tostada. Según explicó, en voz alta y chillona, ese matiz era el resultado de unas prolongadas vacaciones en Florida. Aunque en ello me fuera la vida, no podría recordarlo diciendo una sola palabra más.

No pasó mucho tiempo sin que me diera cuenta de que algo andaba mal en el juego... Por lo menos, Daniels no se mostraba muy satisfecho con el comportamiento de su compañero. Ambos habían ganado dos *rubbers*, debido más a la suerte que a la habilidad, pero ahora la fortuna se estaba volviendo en contra de ellos

—Bien —estalló Daniels, en un puro londinense que no intentaré reproducir—, ya que me siento incapaz de conseguir que mi compañero me dé correcta información, propongo que bebamos un trago.

Se dirigió al señor Lambert y agregó:

—Siempre que usted no formule ninguna objeción, señor. Tengo una receta excelente para una combinación a base de ginebra. ¿Puedo ordenarla para todos?

—No, no —exclamó Lambert, con gesto hospitalario—. Yo invito, pero no tendré inconveniente en pedir cualquier nueva mezcla que sugiera un inglés.

Sonrió con expresión cordial y llamó al camarero. La señora Lambert y yo optamos por una copa de jerez. Burr y Robinson prefirieron *highballs*. En cuanto a Daniels, escribió laboriosamente su receta, la que fue ordenada para él mismo y el señor Lambert.

A continuación reanudaron su bridge con los mismos compañeros. Pese a que me encanta observar a la gente que juega a los naipes, recordé los buenos modales y volví a sentarme en el sofá, junto a la señora Lambert.

Para mantener alguna forma de conversación dije algunas banalidades acerca de la encantadora sobrina y pregunté por qué no se encontraba con nosotros.

—¡Oh! Betty está en la cubierta —repuso, arqueando los labios en una leve sonrisa—. Usted sabe, la juventud debe tener sus expansiones...

Con cierta impertinencia, inquirí con quién tenía sus expansiones.

—¡Vaya! Con Jimmy Earnshaw, por *supuesto*. ¡Es un muchacho

tan *simpático*!

Bajó la voz, como si se propusiera cometer alguna tímida indiscreción, y añadió:

—Se han visto mucho en los últimos tiempos y... bueno... esperamos que, después de todo, este crucero se convierta en algo más que un mero viaje de negocios.

En sus ojos había surgido esa expresión ávida de la casamentera de mediana edad, que come demasiados bombones, lee muchas novelitas y trata de extraer alguna excitación de las experiencias emocionales de otra gente.

—Bien —señalé—, no me sorprende. Ella es una chica muy bonita y estaría encantadora en cualquier circunstancia... incluso en el sillón del dentista.

—¡Oh! Pero Betty no tienen ningún problema con sus dientes —protestó la señora Lambert, que es una de esas personas que toman las palabras en un sentido literal.

Luego procedió a explicarme que, aun en el caso de que se produjeran contingencias dentales dolorosas, los padres de la muchacha tenían bastante dinero como para proporcionarle lo mejor.

Puedes imaginarte que bien pronto me sentí mortalmente aburrida con este tipo de charla y, por fin, me acerqué de nuevo a la mesa de bridge, dejando a mi interlocutora con un oyente más simpático, en la persona del viejo Wolcott.

Davy, aun a riesgo de aburrirte y de explayarme demasiado en detalles triviales, anotaré la descripción de una o dos manos. Conoces mi hábito de copiar los juegos interesantes, en la esperanza de poder usarlos cuando me veo obligada a actuar en lugar de otro. Por ello consignaré todos los datos que recuerde.

A continuación transcribo las manos que apunté en el reverso del menú de la comida:

NORTE (Burr)

Pique .... K x x x
Corazón .... 10 x x
Diamante .... x x x
Trébol .... A K x

OESTE (Robinson)	*ESTE (Daniels)*
Pique .... Q	Pique .... x x x
Corazón .... K Q	Corazón ...... J x x x x x
Diamante ... A Q J 10 x x	Diamante .... K x
Trébol .... J x x x	Trébol .... Q x

SUR (Lambert)

Pique .... A J 10 x x
Corazón .... A x
Diamante .... x x
Trébol .... 10 9 x x

Lambert y Burr, 80 sobre *game*. Dador, Lambert.

Remate:

Lambert (rematando los tantos) ... 1 Pique	*Robinson* 2 Diamantes
Burr .... 2 Piques	*Daniels* .... Paso
Lambert .... Paso	*Robinson* 3 Diamantes
Burr .... 3 Piques	*Daniels* .... Paso
Lambert .... Paso	*Robinson* 4 Diamantes
Burr .... Paso	*Daniels* .... Paso
Lambert (super-optimista) ... 4 Piques	*Robinson* .... Doble

Paso. Paso. Contento.

El Señor sabe por qué no perdí el papel, si se considera lo que ocurrió más tarde. Lo cierto es que los cuatro parecían tan excitados, que incluso Wolcott abandonó a la señora Lambert y se acercó a la mesa para observar el juego.

Hasta un jugador tan mediocre como tú, querido, es capaz de descubrir a la primera mirada que Este y Oeste están en condiciones de vencer a sus adversarios con facilidad. El juego de doblo es decididamente bueno y las perspectivas para Norte y Sur muy malas. ¿Pero qué hace el inefable Oeste? Juega la única carta que tiene en las manos, J de Tréboles, lo que capacita al señor Lambert a realizar su contrato. Sur responde con el As, juega triunfos, sigue con tréboles y descubre (para su sorpresa, como puedes imaginar) que la reina ha caído sobre el rey, lo cual significa que todas las cartas en su mano son buenas. De modo que hace su contrato, doblado. Daniels, por su parte, formula algunas observaciones muy cortantes a su compañero con respecto a su juego.

A continuación transcribo otra mano que me llamó la atención por lo interesante y que ilustra, hasta en mayor medida que la anterior, cómo una conducción pobre puede desbaratar el éxito.

NORTE (Burr)

Pique .... x x x
Corazón .... x x x
Diamante .... J x
Trébol .... A Q J x x

OESTE (Robinson)	*ESTE (Daniels)*
Pique .... J 10 x	Pique .... Q x x x x
Corazón .... Q J 10	Corazón .... x x
Diamante .... K 10 x x	Diamante .... Q x x
Trébol .... x x x	Trébol .... x x x

SUR (Lambert)

Pique .... A K
Corazón ...... A K x x x
Diamante .... A x x x
Trébol .... K 10

No hay ventaja en el juego.
Ambos lados vulnerables.

Remate:

Lambert ... 2 Corazones	*Robinson* .... Paso
Burr .... 3 Tréboles	*Daniels* .... Paso
Lambert (de forma optimista) Pequeño slam sin triunfos.	*Robinson* .... Doble

Paso. Paso. Contento.

Davy, dejaré que tú comentes la declaración, pero es evidente que, si Oeste (Robinson) hubiera hecho la salida correcta —un diamante—, Sur (Lambert) se habría visto obligado a incluir uno en su contrato. Pero Oeste puso tontamente el J de Pique (el hombre tiene una positiva manía por los J).

Lambert, después de perder un corazón, lanzó sus diamantes sobre los piques e hizo el contrato con facilidad.

Cuando, más tarde, Daniels preguntó a Robinson:

—¿Por qué demonios no puso un diamante?

Robinson repuso con una observación estúpida acerca de que no le gustaba partir con un rey.

Mientras se jugaba una u otra de esas manos recuerdo en forma bien distinta cómo el camarero iba y venía, entregado a la tarea de servir las bebidas. La señora Lambert, después que hubo bebido un sorbo de jerez, lo llamó para quejarse (es una mujer del tipo plañidero) de que no era tan bueno como el que había tomado antes de la comida. El marido la observó por encima del hombro y le dijo con buen humor:

—Con toda probabilidad es el mismo, querida, sólo que antes de la comida es la hora apropiada para tomar jerez y, por ello, tal vez su gusto parezca mejor. Su apariencia es buena. Al menos podría asegurarlo si lo viera, pero es el caso que he perdido mis gafas. En realidad, apenas soy capaz de contar los puntos de mis naipes. ¿Tú no las has visto? Las gafas, quiero decir. Antes de venir aquí, busqué en la cabina por todas partes.

Su mujer le contestó con acritud:

—¡Oh, Albert! No haces más que perder las cosas. Además, siempre insistes en ordenarme lo que debo o no debo beber. La mujer tiene el privilegio de cambiar de idea con respecto a las bebidas. Después de todo, creo que prefiero una copita de oporto.

Daniel dijo la vieja perogrullada acerca del puerto en la tormenta, y Adam Burr, mientras se propinaba golpecitos suaves, afirmó que el oporto engorda.

Entonces, la señora Lambert comenzó a enumerar (no con maldad), en un cuchicheo audible, algunas de las deficiencias físicas de su marido: cortedad de vista, corazón débil, dolores reumáticos. Cuando el hombre pescó el hilo de la conversación, nos miró a todos y comentó con una sonrisa:

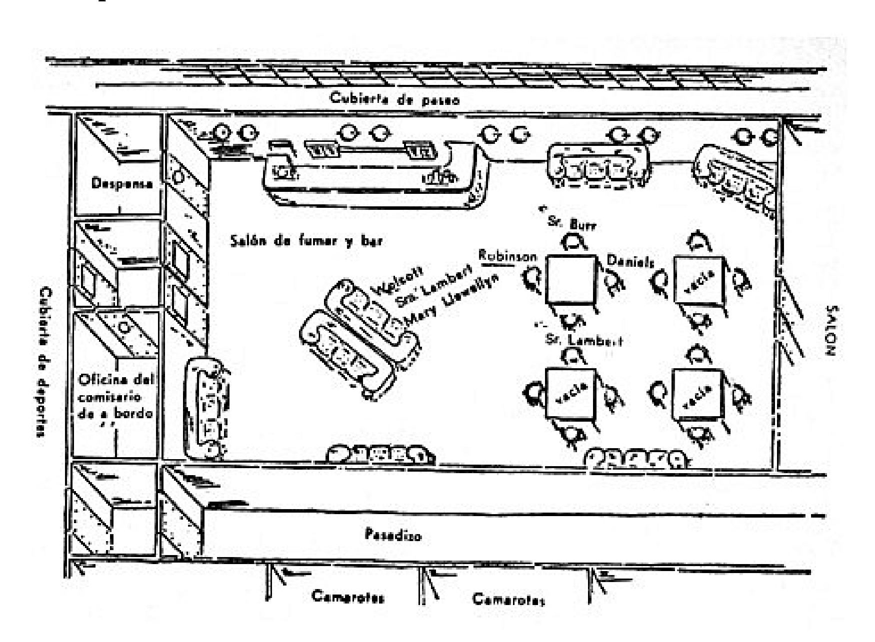
—Sí, señorita Llewellyn, este pobre individuo se está cayendo a pedazos con rapidez.

Te cuento toda esta charla estúpida, Davy, porque tengo la impresión de que, en un momento u otro, las frases banales deben de haber tenido un odioso significado. Y estimo que vamos a necesitar todas nuestras municiones antes de que el asunto llegue a su término.

Poco después, los jugadores concluyeron la partida. Robinson y Daniels, aunque al principio les favoreció la suerte, a la postre perdieron de tres a cuatro dólares. Lambert metió el dinero en el bolsillo, con la gozosa risilla inesperada y, en seguida, propuso

jugar otro *rubber*. Daniels y Robinson, muy molestos por el disgusto recíproco, terminaron sus copas y se excusaron diciendo que era hora de irse a dormir.

—Estoy seguro de que al señor Wolcott le agradará reemplazarme —dijo el pequeño *cockney*, al tiempo que se dirigía hacia la puerta.



—No, no. Mi bridge es demasiado torpe. Lo dejo para la gente más joven.

El viejo desagradable me obsequió con una reverencia, innecesariamente cortés. Tras una pausa, continuó:

—Lo que me atrae es la psicología del juego, nada más que la psicología.

Daniels abandonó la habitación con un gruñido. De forma un tanto tardía, Lambert sugirió que las damas podríamos integrar el cuarteto para una mano final. Su mujer objetó que tenía sueño, pero que iría en busca de Betty y de Jimmy Earnshaw, para preguntarles si alguno de los dos quería ser el cuarto. Agregó que pediría al camarero que le trajera los anteojos a su marido, si llegaba a encontrarlos en el camarote. Por fin, dijo buenas noches a todos y se marchó. Al cabo de un rato, los dos jóvenes llegaron desde la

cubierta, ambos fríos y pálidos (el amor, supongo). Betty usaba el chal de color naranja más hermoso que haya visto en mi vida. En circunstancias normales le habría sentado a la perfección, pero su tono brillante ponía de relieve la palidez anormal de su rostro.

Mientras Earnshaw se sentaba en el sillón para conversar conmigo, Betty se inclinó sobre su tío y le dio un beso de buenas noches.

—No, querido —oí que le decía—, tengo demasiado sueño para jugar al bridge. Daré una última vuelta por la cubierta con Jimmie y volveré a mi camarote.

—Bueno. Antes de marcharte, corre la cortina de esa ventana abierta —pidió el señor Lambert—. Creo que tengo una tortícolis. Y, por favor, dile al camarero que me traiga un *gin con ginger ale. Esa mezcla del señor Daniels era verdaderamente un veneno*. Tengo que beber otra cosa para que me quite el gusto.

De manera incidental, te diré que había tomado muy poco del extraño brebaje.

Betty hizo lo que su tío le había pedido. Jimmie se disculpó ante mí y ambos salieron juntos.

Y ahí quedamos en la inevitable posición de tres ansiosos jugadores de bridge (Lambert, Burr y yo), en busca de un cuarto. Por espacio de diez minutos charlamos sin objeto y ya estaba a punto de abandonar toda idea de juego, cuando Daphne Demarest penetró en el salón, más alta y desenvuelta de lo que había parecido a la hora de la comida.

Nos obsequió con una débil sonrisa, al tiempo que decía:

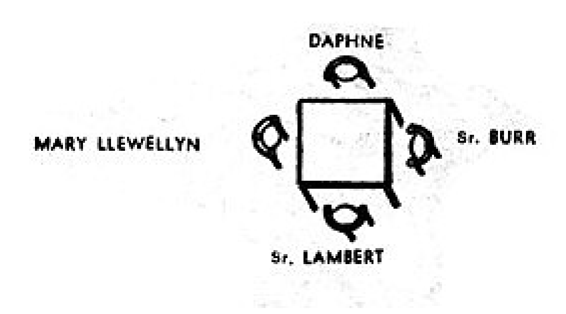
—Apenas puedo tenerme en pie, pero si he de hacerlo en alguna parte, prefiero que sea ante una mesa de bridge. El bridge y la bebida son las únicas cosas posibles, en medio de un tiempo espantoso como éste.

Después de tales palabras, pensé que sería una desconsideración negarme a jugar. Ojalá no hubiera sucumbido, pero lo hice y eso es todo. Se formaron las parejas, yo y el señor Burr y Daphne y el señor Lambert, y comenzamos el juego a un décimo de centavo el punto. El viejo Wolcott se quedó de pie detrás de mi silla, en un silencio ceremonioso. Aunque algunos pasajeros extraviados entraron en la habitación en un momento o en otro, estoy positivamente segura de que ninguno permaneció en ella un lapso

cualquiera.

Y entonces, mientras cortábamos y declarábamos, cayó el telón al terminar la primera escena del espantoso drama de esta noche. Como todavía siento que el sueño está por completo fuera de la cuestión, puedo comenzar con la segunda escena, la cual encierra el clímax.

Bien, antes que otra cosa, debo consignar que nuestra ubicación era la que sigue:



Recuerdo que entonces entró el camarero, con el *gin* y el *ginger ale* del señor Lambert y lo colocó frente a él. Cuando estaba a punto de retirarse, nuestro huésped le llamó y le ordenó un *highball* para Daphne («whisky doble con un rociado», como ella lo llama), y otro para Adam Burr. En cuanto a mí, dije que no quería beber más, debido a mi operación. Lambert terminó la mezcla propuesta por el londinense y el camarero se llevó la copa.

Daphne no es una buena jugadora, pero ella y Lambert tuvieron suerte con las cartas y ganaron las dos primeras manos sin oposición. En la tercera, nuestros adversarios prosiguieron con un pequeño *slam* de piques y ocurrió que, aun cuando tenía en las manos muy poco de valor en los otros tres palos, contaba con cinco piques para hacer frente a la declaración del señor Lambert. Entonces, doblé y él, al instante, redobló.

Jamás sabré cuál habría sido el resultado de la mano, pero estoy segura de que sólo un milagro podría haber impedido nuestra victoria.

Como tú sabes, Davy, siempre se produce un momento de tensión cuando alguien redobla. Los compañeros se miran con ansiedad, lanzan risillas nerviosas y, por fin, adoptan una expresión

circunspecta, en su esfuerzo por esconder sus aprensiones. Supongo que hicimos todas esas cosas. Lambert dijo:

—Si quiero ganar esta jugada, necesitaré un trago.

Bebió un largo sorbo de su *gin* con *ginger ale*, colocó el vaso sobre la mesa y comenzó a jugar. En ese preciso instante Wolcott arrojó una mirada a mi mano, sus labios dibujaron una sonrisa dubitativa, y salió de la habitación.

Después de las primeras jugadas, advertí que las manos de Lambert temblaban de tal modo, que apenas podían sostener los naipes. Y, entonces —¡oh, Dios! Davy, ¿olvidaré esto alguna vez?—, se puso de pie en forma vacilante, al tiempo que dejaba escapar un ruido que sólo puedo describir como un gorgoteo estrangulado. Por espacio de un minuto horrible, se columpió en un bamboleo espantoso, una lívida mueca en su cara, y por fin se derrumbó con estrépito, mientras dejaba caer las barajas, volcaba los tres vasos y arruinaba por completo el vestido de Daphne. Antes de que tuviéramos tiempo de recuperar el aliento, yacía sobre el piso, retorciéndose en medio de atroces convulsiones.

Durante lo que me pareció una eternidad, permanecimos absolutamente inmóviles, observándolo con una especie de terrorífica fascinación. He leído a menudo historias sobre gente envenenada y siempre pensé que la muerte por tóxicos sería algo suave y pacífico. Sin embargo, ninguna herida de bala, ningún derramamiento de sangre puede ser más espantoso que esto. Fue la cosa más cruel y bestial que haya presenciado nunca y, al mismo tiempo, la más lastimosa.

Creo que no transcurrieron más de dos segundos antes de que nos recobráramos, aun cuando se me figuró un siglo. Daphne Demarest, que había estado contemplando el hecho con gran indiferencia, fue la primera en reaccionar.

—¡Tómelo de los pies, señor Burr! —ordenó—. Lo colocaremos en el sofá. Soy enfermera diplomada.

A continuación se agachó y te juro, Davy, que alzó a ese hombre pesado con tanta facilidad como si se tratara de un recién nacido al que se disponía a meter en el baño.

—El médico, rápido —exclamó Adam Burr.

El camarero, que nos observaba con ojos enormes, volvió a la vida y salió corriendo del cuarto, como si se sintiera contento de

escapar a la horrible cosa que encerraba.

No me preguntes lo que aconteció después, Davy. No me lo preguntes. Fue una pesadilla, en la que espero no volver a pensar mientras viva. Recuerdo en forma vaga la presencia del doctor. Recuerdo que escuché que decía algo sobre convulsiones semejantes a las del tétano, y cianosis; luego pesqué una frase en latín, algo que sonaba como *risus sardonicus* y, por fin, en forma clara, terriblemente clara y distinta, llegó la palabra ¡ESTRICNINA!

—Es mejor que alguien vaya en busca del capitán. Ya no hay nada que pueda hacer por él.

Miré con ansiedad la cara del cirujano, como llaman al médico en los barcos británicos. Cualquier cosa... cualquier cosa que me permitiera escapar de ese horrible salón de fumar.

El médico asintió con un movimiento de cabeza.

—Le ruego que, una vez que haya cumplido su cometido, regrese —me pidió con gentileza—. Es decir, si está en condiciones de soportarlo.

Sin aguardar otra palabra, avancé hacia la puerta y salí corriendo, casi ciega. En el vano estuve a punto de chocar con Earnshaw, el cual silbaba la melodía que la orquesta había tocado varias veces durante la noche. Su expresión alegre se alteró en cuanto advirtió mi rostro.

—Allí... en el salón de fumar... el señor Lambert —farfullé—. Es mejor que vaya y ayude.

No esperé para ver lo que hacía, sino que me apresuré a ir en busca de alguien —de cualquiera—, que me condujera en presencia del capitán Fortescue.

Llegar hasta el capitán de un barco a medianoche es tan difícil como obtener una entrevista con John D. Rockefeller. Cada uno de los miembros de la tripulación al que me aproximaba en busca de auxilio me respondía que hablar con el comandante a esa hora era algo fuera de lo posible, porque él era un navegante muy ocupado. Pero, al fin, apareció un oficial con bastante sensibilidad como para darse cuenta de que había ocurrido algo realmente serio, el cual me condujo al puente de mando, donde encontramos al capitán, cuyo aspecto era sólido y tranquilizador. Soplaba un viento amenazante,

pero no me preocupé por lo que hacía con mi pelo y mi vestido. Sentir el aire fresco en mi cara, después de la atmósfera sofocante del salón de fumar, me hizo el efecto de una corriente celestial de agua clara, procedente de una cascada.

—Capitán Fortescue —grité, tratando de que mi voz se oyera contra el viento—. Se le necesita en el salón de fumar de la primera clase. Un pasajero, el señor Lambert, ha sido asesinado. El cirujano está allí y... y...

Y, entonces, supongo que me desmayé, porque la próxima cosa que supe fue que mi cara se oprimía contra la áspera estameña de la chaqueta del capitán. A mi nariz llegaba un agradable perfume masculino que me hizo acordar de ti, una mezcla de coñac y cigarros, según creo. Un fuerte brazo rodeaba mis hombros y una sensación de agradable tibieza temblaba en mi garganta.

—¡Vamos, vamos! Ya está muy bien —dijo el capitán, con voz que reconfortaba—. Iré con usted en seguida. Señor Billings, el barco es suyo.

Cuando el capitán Fortescue y yo llegamos al salón de fumar, las puertas estaban cerradas con llave. El camarero las abrió ante la orden de la autoridad y ambos entramos juntos. El cuerpo todavía descansaba en el sofá, y como acto misericordioso lo habían cubierto con una alfombra.

Al penetrar en el cuarto, oí que Jimmy Earnshaw decía al médico:

—Tenía un corazón vacilante, doctor, y estaba expuesto a ataques repentinos. La señora Lambert siempre tiene a mano la digitalina.

—Eso no ha sido un ataque cardiaco —replicó el joven cirujano con una mueca.

Luego comenzó a conversar con el capitán en voz baja.

El camarero limpiaba la confusión de bebidas y naipes sobre el piso. Daphne Demarest fumaba con calma un cigarrillo, junto a la ventana, y el señor Burr se afanaba en torno de mí, lleno de solicitud.

Al cabo de un rato, el capitán se volvió y nos miró de frente. Parecía menos seguro de lo que se había mostrado antes.

—¿Estaban todos ustedes presentes, cuando ocurrió este... este accidente? —preguntó.

—Todos, excepto el señor Earnshaw —replicó Burr—. A propósito, Earnshaw es el secretario del señor Lambert.

—No puedo entenderlo —murmuró—. Se encontraba perfectamente bien a la hora de la comida. Si no fue uno de sus ataques habituales…

—Lo siento, señor Earnshaw —interrumpió el capitán—, pero el doctor Somers afirma que todo parece indicar que el señor Lambert murió envenenado con estricnina. Hemos buscado en sus bolsillos y… mientras nadie posea algún dato capaz de arrojar alguna luz sobre el asunto o no exista evidencia de que el muerto se ha suicidado, sólo nos cabe deducir una conclusión.

En el salón de fumar se produjo un instante de absoluto silencio. El capitán se detuvo, a la espera de que alguno de nosotros hablara. Como ninguno formuló la más pequeña observación, prosiguió:

—Por supuesto, no deseo precipitar las respuestas a este problema, pero estimo, y el doctor Somers está de acuerdo, que el señor Lambert ha sido asesinado con premeditación. Les ruego que hablen lo menos posible sobre el caso. No queremos trastornar a los restantes pasajeros. Mientras retiran el cadáver, tengo el propósito de formular una o dos preguntas que…

Al llegar a este punto, Daphne Demarest cruzó la habitación en tres zancadas masculinas. Cuando se detuvo frente al comandante, con sus ojos que echaban llamas, hubo en su actitud algo magnífico.

—Capitán Fortescue —exclamó—, todos nosotros lamentamos sus dificultades, estoy segura de ello, pero si esto es difícil para usted, le conmino a que piense cuán duro y desagradable es para nosotros. Si el señor Lambert fue envenenado, una de las tres personas que estaban con él, la señorita Llewellyn, Burr, o yo, debimos haberlo hecho. Con la sola excepción del camarero, éramos los únicos presentes cuando el señor Lambert ordenó las bebidas. Su copa se hallaba sobre la mesa y… bueno, no es necesario que ponga los puntos sobre las íes, supongo. Pero lo que quiero explicar es esto: cuando subí a bordo de este barco, esta mañana, en compañía de la señora Clapp, jamás había escuchado el nombre del señor Lambert y me atrevo a afirmar que lo mismo le ocurre a la señorita Llewellyn y al señor Burr. Lo que pasó es que comimos en la mesa del capitán con él y, esta noche, aceptamos su invitación a jugar a los naipes. En cuanto a proponernos despachar al pobre hombre al

otro mundo…

Terminó la frase con un castañeteo de los dedos y, luego, encendió otro cigarrillo.

—La señorita Demarest está en lo cierto —murmuró Adam Burr, con voz ronca—. Y, puesto que todos estamos más o menos implicados, exijo que nos registren inmediatamente…, menos a la señorita Llewellyn, puesto que, aun en la inverosímil posibilidad de que tuviera sobre su persona alguna evidencia comprometedora, se habría desembarazado de ella cuando acudió en busca del capitán.

Por entonces, el médico había regresado después de retirar el cadáver y con él se presentó el comisario de a bordo, un individuo simpático llamado Jennings, junto con nuestro viejo amigo Daniels, el motivo de cuya presencia no logré advertir.

A continuación nos registraron e interrogaron de forma cuidadosa, pero como ninguno añadió nada a lo que figura en mi informe estimo innecesario insistir en este aspecto de la cuestión. El único dato nuevo fue la noticia proporcionada por Earnshaw de que las finanzas del muerto se encontraban en excelente estado, que tenía sesenta y dos años y, por lo que él sabía, era feliz con su mujer (su segunda experiencia matrimonial), con la que había estado casado por espacio de dos años. Todo ello parecía descartar la probabilidad del suicidio.

El secretario agregó que conocía los términos del testamento del señor Lambert. Con la sola excepción de unos pocos legados pequeños, dejaba una fortuna considerable a su mujer.

Adam Burr y Daniels proporcionaron al capitán unos pocos detalles sobre el partido de bridge que habían jugado más temprano esa noche. Fortescue, con la mayor solemnidad, escribió los nombres de los que habían estado presentes e hizo algunas anotaciones acerca de las bebidas.

Tan pronto como el camarero volvió a la habitación, el doctor Somers lo llamó para impartirle lo que sonó como instrucciones urgentes con respecto a un punto u otro. No logré escuchar lo que dijo, pero pesqué la mayor parte de la respuesta del camarero:

—No, doctor, los vasos y copas se lavan en cuanto se retiran. No, señor, el pobre caballero derribó los tres de la segunda ronda,

cuando cayó.

—Entonces, supongo que el análisis de su contenido está fuera de la cuestión.

El médico suspiró y una leve arruga de asombro serpenteó a lo largo de la suave piel de su frente.

Creo que fue en ese momento cuando Earnshaw sugirió la conveniencia de bajar para comunicar la dolorosa noticia a la señora Lambert. El capitán asintió, impartió algunas órdenes y pidió al doctor Somers y a Earnshaw que lo acompañaran para cumplir tal cometido.

Entonces, y no un segundo antes (¡crease o no, Davy!), pensé en mi profesión. Un importante hombre de negocios había sido asesinado delante de mis narices y... ¡mi diario jadeando por noticias criminales! Corrí a la cabina del radiotelegrafista y escribí un mensaje para «El Zorro». Pero estaba destinado al fracaso. Apenas acababa de alcanzárselo al operador, cuando escuché la voz del capitán a mis espaldas. ¡Oh, bueno, debería de haberlo sabido! Fue terriblemente amable conmigo y me explicó, con todo cuidado, cuál era su posición y que no podía estar seguro de que se trataba de un asesinato hasta que investigaran el problema con todo detenimiento. No tuve más remedio que ceder. Como te imaginarás, me sentí muy avergonzada, sobre todo cuando Fortescue agregó que la señora Lambert estaba histérica y que Earnshaw no sabía qué hacer con Betty, la cual se hallaba sumida en un espantoso trastorno.

—Allí necesitan una mujer —comentó con sequedad.

Sin perder un instante, bajé al camarote e hice cuanto estaba en mis manos para consolar a la viuda. Por fin, el doctor Somers le administró una inyección y Betty decidió dormir con ella. Cuando regresé a mi cabina, eran cerca de las dos.

Desde entonces, no he hecho otra cosa que escribirte, querido Davy. ¡Qué noche! Un gris amanecer comienza a asomar sobre el océano. Es hora de que intente dormir un poco. Al margen de todo esto, te diré que estoy helada.

Y, mientras tanto, el barco sigue con firmeza su travesía, como si nada hubiera ocurrido. ¿No es asombroso?

Buenas noches y buenos días, querido.

Sobre cubierta
Sábado, 14 de noviembre
12h 30m

Es un día celestial. El mar está tan hermoso que desearía estallar en rapsódicos lugares comunes acerca de cielos de zafiro, nubes perladas y abismos de esmeralda. Todo respira paz. Los pasajeros aún no se han dado cuenta de que ha habido una muerte violenta entre nosotros. Una gaviota solitaria, que sigue con cansancio el rastro del *Moderna*, es un signo tranquilizador de que no nos hemos alejado en exceso de la costa.

Sin embargo, es bastante para mi gusto, Davy. Todavía me siento como una capa de crema batida, que se bambolea de forma precaria sobre una torta helada. ¡Pensar que éste es el primer día de mi cura de descanso!

Bien, por fin me acosté, pero me pareció que apenas había cerrado los ojos cuando la camarera vino a mi camarote con una taza de té y me dijo que el comisario de a bordo, el señor Jennings, me presentaba sus saludos y me rogaba tuviera la bondad de verle en su oficina a las diez y media.

Me bañé y vestí, con la mayor rapidez posible. (Mi aspecto es el de un espantajo y no hay que maravillarse por ello.) Cuando entré en la oficina del comisario de a bordo lo encontré sentado ante su escritorio, frente a un montón de papeles. Me formuló innumerables preguntas acerca de lo de anoche y anotó mis respuestas con sumo cuidado. Es obvio que el pobre muchacho está asustado y fuera de su elemento natural.

Por fin, inquirí:

—¿Han establecido, de manera definitiva, que se trata de un envenenamiento con estricnina?

Me observó con cierto embarazo y replicó:

—El doctor Somers está haciendo la autopsia en este momento.

Hasta la tarde no estaremos en condiciones de llegar a resultados positivos. Ahora, señorita Llewellyn, me gustaría pedirle un pequeño favor...

Se interrumpió. Estaba ruborizado y perplejo. Asentí con un movimiento de cabeza para animarlo.

—El capitán me... me ordenó que me entrevistara con la señora Lambert lo más pronto posible. Como comprenderá, no es una misión que me agrade particularmente. En primer lugar, es probable que la pobre mujer esté confinada en su lecho y yo no soy más que un hombre. Se me ocurre que, en su calidad de periodista, usted ha de estar acostumbrada a estas cosas...

Terminó su idea con un gesto.

—¡Oh, ya veo! ¿Usted desea que baje al camarote de esa dama y tantee el terreno?

—¿Sería capaz de hacerlo? —preguntó, con una voz en la que vibraba la gratitud.

Sentí pena por el muchacho. Pocos minutos más tarde, llamé a la puerta del departamento de la señora Lambert. Betty me hizo pasar y, en respuesta a mi interrogatorio mudo, me obsequió con una pálida sonrisa. La chica parecía fatigada en extremo, pero era obvio que se esforzaba al máximo para sobrellevar los acontecimientos con una energía fuera de lo común.

La señora Lambert descansaba en su litera. Había envejecido diez años desde la noche anterior. Oscuras ojeras acentuaban su aspecto enfermizo, el cual no se veía mejorado en absoluto por los parches de colorete en sus mejillas, un intento patético, supongo, de mostrarse presentable ante los visitantes.

Le pregunté por su salud y le dije todas las tonterías y frases inútiles que uno acostumbra decir en tales ocasiones, pero ella se limitó a mirarme con ojos llenos de confusión y temor, y no contestó una sola palabra.

Sin embargo, de forma súbita, su cuerpo se sacudió con violencia, como si retornara a la vida consciente.

—¿Es verdad que... lo asesinaron? —preguntó en un murmullo —. ¿Mi pobre marido asesinado?

Fue mi oportunidad para cumplir la promesa que le hiciera al comisario. Con toda la gentileza y suavidad posibles le expliqué que nadie estaba seguro de nada todavía, pero que ella resultaría de

gran ayuda si fuera lo bastante bondadosa como para responder a un breve interrogatorio que le formularía, más tarde, el señor Jennings.

—Por supuesto que no me negaré a hacerlo —repuso—, aun cuando me cabe la certeza de que las cosas que sé no habrán de significar ninguna ayuda. Mi marido era un hombre feliz, señorita Llewellyn, un hombre muy feliz, si se tiene en cuenta su edad. Es natural que tuviera preocupaciones en materia de negocios. ¿Quién no las tiene en estos días? Pero nuestra vida en común fue todo cuanto pudimos haber ambicionado. Mi familia siempre pensó que yo me comportaba como una tonta al casarme con un hombre lo bastante viejo como para ser mi padre…, pero él fue muy bueno para mí, un excelente marido, un hombre cordial…

Se enjugó los ojos con el pañuelo.

—¿Quiere decir que usted no halla ninguna razón por la cual su marido hubiera deseado quitarse la vida? —pregunté.

—¡No, no, éramos tan dichosos! —insistió, con voz lacrimosa—. Pero, de acuerdo con lo que sé, hay mucha gente que pudo haber anhelado quitarlo de en medio.

Me miró, con ojos velados por el llanto…

—¿En qué medida conoce a su amigo, el señor Burr? —preguntó de pronto—. Parece ser un individuo muy atento.

Repliqué que, hasta ayer, jamás había puesto los ojos en su persona.

—Bien, él *dice* que se está recuperando de una operación, pero mi creencia personal es la de que realiza este viaje para robarle a mi pobre marido un contrato sudamericano. Ha de saber que es el vicepresidente de una compañía rival. Aunque Lambert no me manifestó nada definitivo con respecto al asunto, no me cabe la menor duda de que se sintió profundamente trastornado al encontrar a Adam Burr en el mismo barco.

—Recuerdo que usted me dijo que el de ustedes era un viaje de negocios —señalé, para invitarla a seguir hablando.

La señora Lambert observó a Betty con ansiedad. La muchacha había estado mirando el mar por el ojo de buey. Al momento advirtió lo que se esperaba de ella y nos dejó solas.

—Sí —susurró la señora Lambert—, un viaje de negocios muy importante. Ignoro los detalles, por supuesto, pero había que

mantener el más absoluto secreto acerca de la transacción. Tal vez Jimmie, es decir, el señor Earnshaw, esté en condiciones de comunicarle algo. Pero hay una cosa que puedo decirle...

Tembló con violencia, como si estuviera recordando algo particularmente desagradable, y una vez más sorprendí la mirada de terror en sus ojos.

—*Había algo raro en la copa de jerez que me sirvieron anoche*. ¿Recuerda que la devolví y pedí oporto? Bueno, creo que alguien puso algo en la bebida. Su gusto era por entero distinto al de la que había bebido antes de la comida. Usted oyó que el camarero dijo que era la misma. En vista de lo que le ocurrió más tarde a mi marido, ¿puede usted maravillarse, señorita Llewellyn, de que me sienta asustada por mí misma, por Betty e incluso por el señor Earnshaw, quien era la mano derecha de mi marido y le dedicaba *tanta* devoción?

Era obvio que estaba a punto de caer en otro ataque histérico, de modo que intervine con rapidez.

—Pero su marido tenía un corazón débil —argüí—. ¿No es posible que...?

—Sí, lo tenía —sollozó—, y puede haber sido a causa de ello. Siempre se entregaba a las cosas con excesivo entusiasmo, tanto al trabajo como a la diversión, y a su edad no era una conducta muy prudente. Puede haber sido a causa de ello... ¡Oh, Dios solo sabe cuál fue el motivo de su muerte!

Al llegar a este punto volvió a desesperarse con tanta intensidad que decidí llamar a Betty. La muchacha le hizo oler amoniaco y trató de calmarla con ternura.

Al cabo de un rato me marché. Regresé a mi silla en la cubierta superior, para gozar del sol y pensar las cosas con frialdad, calma y sosiego.

Antes de seguir adelante, Davy, deseo decirte una o dos cosas sobre la señora Lambert. No es que pretenda adoptar la postura de una psicóloga infalible, a esta altura del juego. No obstante, apostaría cincuenta contra uno a que ella no asesinó a su marido, pese a que hereda toda su fortuna. Después de todo, para matar a un hombre se necesita una buena dosis de lo que tú llamas con

tanta vulgaridad «fortaleza intestinal» y ella no posee nada de eso en su constitución. Por supuesto, no es una tonta y ni siquiera por espacio de un momento se me ocurrió pensar que estaba apasionadamente enamorada de Lambert. Pero de eso a asesinarlo a sangre fría... ¡jamás! Es demasiado suave, demasiado femenina. Los asesinos, sobre todo cuando pertenecen al sexo débil, están hechos de un material más duro. Puede haberlo engañado, contado embustes, embaucado, pero no le quitó la vida. Tengo la certeza de ello. Además, en ningún instante gozó de la oportunidad de hacerlo. Permaneció sentada en el sofá toda la noche y ni una sola vez estuvo siquiera a tres metros de distancia de las bebidas o de la mesa de bridge, ni aun cuando se despidió. Es una mujer simplota y no me gusta demasiado, pero estoy dispuesta a hacer cuanto pueda por ayudarla, porque se advierte que el terror la domina y... y bien... las muchachas tenemos la obligación de remar en el mismo barco en casos como éste.

Ahora, prosigamos con los acontecimientos posteriores, tal como se desarrollaron.

No había permanecido mucho rato en la cubierta, entregada a la tarea de tostarme al sol y saborear un caldo exquisito, cuando se acercó Adam Burr. En apariencia, había pasado la mañana entera formulando preguntas y respondiéndolas. Por él se supo que la primera mujer del señor Lambert había muerto, dejando un hijo con el que su padre estaba enemistado desde hacía varios años.

En el transcurso de la mañana, las autoridades del barco desplegaron una intensa actividad. Revisaron el salón de fumar con peine fino, pero no encontraron nada. El camarero, que trabaja en la compañía desde hace catorce años y tiene una hoja de servicios intachable, jura que preparó la bebida del señor Lambert como de costumbre y que nadie se le acercó mientras lo hacía, ni cuando sirvió las copas a sus respectivos destinatarios. El jerez de la señora Lambert era idéntico al que había bebido antes de la comida y el hombre asegura de forma categórica que abrió una botella de soda para cada vaso.

El capitán Fortescue le proporcionó a Earnshaw la oportunidad de observar a todos los pasajeros, oficiales y miembros de la tripulación, para que viera si le era posible identificar entre ellos a algún enemigo del señor Lambert, pero el joven declaró sin la

menor vacilación que toda esa gente le era por completo desconocida…, excepto un solo caso.

—¿Presumo que el caso es usted? —intervine con rapidez.

—¡Chica inteligente! ¿Cómo lo conjeturó? Sí, admito que conocía al señor Lambert por encima… Por supuesto, sólo en el plano de los negocios.

Adam Burr sacó un pañuelo grande y se frotó con él la brillante calva.

—En realidad, me sorprendió mucho el encontrar a Lambert en este barco. Su presencia podía significar nada más que una cosa: que estaba en pos de un contrato. Sin embargo, me había dicho que no volvería a entablar negociaciones con esos «malditos *Dagoes*», como los llamaba. El año pasado su firma se tambaleó peligrosamente cuando la moneda brasileña cayó.

Continuó explicando que tanto él como Lambert estaban conectados con diferentes firmas y que, en Río de Janeiro, había en camino un gran contrato. Admitió con bastante franqueza que ambos eran rivales en los negocios, pero me aseguró que no se trataba de una animosidad personal… por lo menos, de su parte.

—El viejo Al Lambert —concluyó— era tan listo como una chinche, pero aparentemente siempre se comportó como un perfecto caballero.

—¿Usted cree que sus asuntos financieros estaban en condiciones tales que pudieran empujarlo a quitarse la vida? —pregunté.

Adam Burr rio entre dientes.

—No, no. Alfred, por supuesto, no era en los últimos tiempos lo que fue antaño, pero nadie es hoy lo que fue, según mi experiencia. Pienso que todavía estaba en condiciones de firmar un cheque de seis cifras, sin que se le moviera un solo pelo. Supo hacerse un buen nido de abrigadas plumas. Me gustaría poder afirmar lo mismo de mí. Además, como destaqué antes, Lambert fue siempre un caballero. Y nadie diría que es un gesto caballeresco el de ingerir veneno en la mitad de una partida de bridge, verter las bebidas sobre los trajes de las damas, y hacer una exhibición de sí mismo en público. Por otra parte, si hubiera alimentado la más mínima idea de suicidio, habría esperado por lo menos hasta la terminación del juego. Debe saber que el segundo nombre de Alfred era el de

Contract... en más de un sentido.

Entonces, nos entregamos a la tarea de discutir las probabilidades y posibilidades de los acontecimientos ocurridos anoche, pero Burr no fue capaz de discernir nada fuera de lo ordinario y no ofreció la menor contribución en materia de móviles. De pronto, pareció que nos asaltaba el pensamiento de que, considerando que no nos liga ninguna relación personal y que ambos estamos bajo sospecha, al hablar con tanta libertad, hacíamos derroche de una franqueza excesiva. Espero que, un día, todo esto me resulte divertido y hasta cómico, pero incluso ahora en que lo estoy relatando, una sensación horrible serpentea a lo largo de mi espina dorsal. Supongamos que alguien esconda un objeto comprometedor entre mis pertenencias. Sé que soy inocente, pero los demás no tienen por qué creer que lo soy. Es posible que Adam Burr se haya sentido con respecto a mí del mismo modo en que yo me sentí en relación con él: no por completo segura.

Lo cierto es que, al cabo de un rato, se inclinó hacia mí y me contempló con mirada escrutadora.

—¡Vamos! —exclamó—. Olvide esos negros pensamientos, querida, y decídase a tirar del carro conmigo. He de confesarle que, hasta ahora, jamás he mantenido vinculaciones con la prensa, pero estimo que si uniéramos nuestros recursos el resultado sería harto satisfactorio. ¿Qué me dice?

Su aspecto era tan bondadoso y paternal que mis defensas cayeron hechas pedazos. Le hablé de mi visita a la señora Lambert, del diario, del caso Laubenthal, en síntesis, de todo, con la sola excepción del nombre de mi proveedor de bebidas.

¡Oh, bueno! Quizá me haya comportado como una tonta. Tal vez no. De todos modos, acaban de llamar para el almuerzo y una taza de caldo no es bastante para sostenerme por siempre.

Debo irme a escape.

Sobre cubierta
Sábado, 14 de noviembre
6h 15m

Después del almuerzo dormí una breve siesta, Davy, y cuando desperté descubrí que Adam Burr estaba envolviendo con toda ternura mis piernas con la manta de viaje. Ahora se ha marchado en busca de una taza de fuerte té inglés, de modo que podré garrapatear las novedades que acaba de comunicarme.

Resulta espantoso escribir acerca de semejantes cosas en un día magnífico como éste, pero debo aplicar la pluma al papel antes de que la terminología médica se escape de mi memoria.

El doctor Somers ha completado la autopsia y, aunque no es un patólogo, verificó la causa de la muerte del señor Lambert. Un examen del contenido del estómago tiende a ratificar su diagnóstico de envenenamiento con estricnina y la cantidad ingerida parece haber sido lo bastante grande como para matar a un hombre joven y saludable, mucho más a un viejo con deficiencias en la válvula mitral. No cabe la menor duda de que su corazón no estaba en buenas condiciones, pero a pesar de ello el médico afirma que, a través de cuidados razonables, habría podido vivir con facilidad unos veinte años más. Fue la estricnina la causa de la mala jugada.

Nuestro joven cirujano es bastante franco con respecto al tema de su propia insuficiencia, pero ha sacado el mejor partido posible del tosco aunque eficaz equipo de un barco. Dijo a Adam Burr (lo cierto es que me intriga por qué demonios le hizo tales confidencias) que no está en condiciones de afirmar cuándo o cómo fue administrado el veneno, ni el tiempo exacto que tardó en actuar. Cuando lleguemos a Georgetown extraerán al cadáver ciertos órganos (¡uf!) para posteriores análisis.

Esta tarde embalsamarán el cuerpo y lo colocarán en un camarote vacío. ¡Que los cielos me protejan! ¡Supongamos que la

cabina sea la que está al lado de la mía! Imagínate cómo se sentiría uno si se acostara en la litera que no le pertenece y encontrara… ¡Oh, Davy, es demasiado espantoso! Lo peor es que me veo obligada a mantener el secreto, puesto que los pasajeros en su mayoría no saben nada acerca del asesinato. Se les dijo que un anciano inválido había muerto la primera noche del viaje y nadie sospecha lo que ha acontecido en realidad. Al menos, eso es lo que se cuenta.

Como verás, son unos cuantos pensamientos agradables para entretenerme mientras tomo el té… Por lo demás, aquí llega. Más tarde, Adam Burr y yo nos deslizaremos a un lugar solitario (querido, no te dije que tiene una cabeza como una ciruela y un vientre parecido a una pera), y discutiremos todo cuanto nos sea posible recordar sobre lo que pasó anoche. He decidido leerle este diario, todo excepto ciertos breves apartes, los cuales destino nada más que a tus ojos y a tus oídos. Por ahora, no tengo nada más que agregar. En el caso Laubenthal tuve una corazonada. En esta ocasión no poseo seo nada… como no sea este informe, en el que por lo menos trato de consignar, de la forma más exacta posible, todo cuanto observé conscientemente anoche.

En el camarote
Sábado, 14 de noviembre
18h 30m

Bueno querido después de todo es posible que haya contribuido con algo, aunque, como verás más adelante, aún siento dudas al respecto. De cualquier modo, si quiero decírtelo debo, apresurarme, porque se está haciendo tarde y tengo que vestirme. Una razón particular me empuja a ir esta noche al comedor... ¡Una razón muy particular!

Esta tarde Adam y yo mantuvimos una larga conferencia en la cubierta. En primer lugar, le leí mi diario (menos las expresiones cariñosas y las menudencias), desde el comienzo, mientras él hacía breves anotaciones en una hoja de papel. Cuando terminé, dijo:

—¿Le importaría empezar otra vez, en la parte en que hace la primera mención de las bebidas que se sirvieron en el salón de fumar?

Así lo hice desde la página ** y continué hasta que me pidió que me detuviera. Entonces le miré y él, a su vez, me miró. De pronto, ambos exclamamos al mismo tiempo:

—¿Sí…?

En apariencia, un pensamiento análogo había surgido en nuestra mente, de forma simultánea. De modo que, antes de seguir adelante en nuestras lucubraciones, Adam corrió en busca del médico para preguntarle si era posible que la estricnina hubiera sido administrada en la primera vuelta de bebidas.

Al cabo de unos pocos minutos, Burr volvió. Llevaba en las manos un grueso libro de color verde, cuyo título era: *Cushny's pharmacology and therapeutics*.

—El doctor Somers no estaba —exclamó—, de modo que retiré este libro de su cabina. Por fortuna, pasé un breve año sin gloria en la escuela médica, motivo por el cual el querido viejo Cushny no es

del todo griego para mí.

Burr comenzó a leer en voz alta un estudio altamente técnico de la estricnina, sus efectos en el cuerpo humano, la dosis fatal y los síntomas horribles que se siguen a su ingestión. No logré entender casi nada de lo que oía, pero de pronto una frase me interesó de manera profunda.

—...el primer síntoma es una sensación de rigidez en los músculos del cuello y de la cara...

—¡Un minuto! —exclamé, muy excitada—. Señor Burr, ¿no recuerda que Lambert se quejó de que sentía su cuello endurecido, cuando Betty se le acercó para darle las buenas noches? Le pidió que corriera las cortinas de la ventana, aun cuando la habitación estaba tan sofocante como un invernadero. Y esto aconteció antes de que ordenara su segunda copa.

La respuesta de Adam fue un largo, pero muy largo silbido.

—Y —agregué, mientras volvía las páginas de mi diario— usted recordará que Lambert había bebido nada más que un pequeño sorbo de la mezcla propuesta por el inglés. Sólo la terminó una vez que Daphne y usted habían comenzado a jugar... alrededor de quince minutos antes de su caída.

—Sí, sí —convino Burr, en un tenso murmullo—, y el alcaloide tiene la tendencia a posarse en el fondo del vaso. ¡Oh! Creo que, por fin, hemos encontrado algo. La estricnina, en apariencia, no actúa de forma muy rápida y su efecto total pudo no haberse producido hasta que el viejo vació la copa, es decir, muy poco antes de que llegara la segunda vuelta de copas. Y fue entonces cuando se quejó del sabor amargo de la famosa mezcla de Daniels, ¿verdad? Bueno, la estricnina tiene un gusto amargo. ¡Oh, Dios mío! Las cosas se están poniendo muy feas para Daniels.

Por espacio de un largo rato discutimos el asunto y, por último, decidimos que Adam se pusiera en contacto con las autoridades lo antes posible y que, por el momento, no diríamos nada a los otros acerca de las nuevas perspectivas. Por supuesto, nuestro descubrimiento aumentó considerablemente la nómina de los sospechosos. Si se había puesto el veneno en la *segunda* copa del señor Lambert —el *gin* con *ginger ale*—, el culpable *debía* estar entre

Wolcott, Burr, Daphne, el camarero o yo misma. Pero si el responsable de la muerte era la mezcla del inglés, tendríamos que considerar las posibilidades de Daniels, Robinson, Betty, Earnshaw y de la señora Lambert también.

—Puedo imaginar con facilidad —concluyó Adam Burr— que nuestro asesino ha de estar congratulándose en este mismo momento por su tremendo golpe de fortuna. Es natural que todos hayan llegado a la conclusión de que era la última copa la que contenía la estricnina, en especial si se tiene en cuenta que ha sido imposible analizar lo que quedó en las copas. Es probable que él, o ella, tenga una perfecta coartada para el instante en que Lambert pasó a mejor vida.

—Bien —observé—, creo que lo mejor es que investiguemos cuanto podamos acerca de nuestros compañeros de viaje, para ver si alguno de ellos tiene un motivo. Esta noche, durante la comida, comenzaré por interrogar al capitán, con toda maña. Siga mi conducta. Mientras tanto, ¿por qué no me informa sobre las circunstancias que precedieron al primer partido de bridge? Podría haber algún elemento que nos iluminara.

Adam tosió y tartamudeó un poco, y luego comenzó el relato de lo que había ocurrido en el transcurso de la primera parte de la velada de anoche.

Dijo que estaba en el salón de fumar a las ocho y media, cuando entraron los Lambert. El señor Lambert se frotó las manos y sugirió una partida de bridge, pero Betty alegó que no se sentía muy bien y Earnshaw replicó que tenía una cita con la luna. La pareja joven se escapó. Como la señora Lambert tampoco manifestó deseos de jugar, ella y su marido se acercaron al lugar en el que Burr estaba sentado y se pusieron a charlar con él y con Wolcott. Mientras lo hacían, unas pocas personas aparecieron y, una vez que Lambert hubo terminado su cigarro, operación que duró alrededor de media hora, comenzó a arrojar otra vez miradas codiciosas en torno. Burr observó que le encantaría jugar y, entonces, el pequeño Daniels surgió de repente y dijo con bastante ansiedad que completaría el cuarteto con el señor Wolcott. Pero éste se negó, al parecer con sequedad, y Lambert se vio obligado a aproximarse a Robinson, quien acababa de llegar y se disponía a jugar un solitario, ante una mesa de las inmediaciones. Cortaron los naipes para determinar

quiénes serían los compañeros, establecieron la puesta (la quinta parte de un centavo) y empezaron la mano. Así los encontré, cuando llegué un rato después.

No ocurrió nada importante hasta que Adam Burr salió en mi busca y el resto lo conozco por mí misma.

Y ahora, querido, si debo coquetear con el capitán y con mis compañeros de viaje para que me cuenten sobre su vida, tendré que ponerme algo muy seductor para la comida. Es horrible admitirlo, Davy, pero hay una cierta parte de mí que goza con este caso, por espantoso que pueda parecer en muchos aspectos. ¿Te sientes avergonzado de tu Mary?

Y, ahora, un baño. Después, mi *Chanel* negro de encaje.

Sábado
Salón para escribir
20h 30m

¡Oh, querido! la comida fue un desbarajuste. ¿Olvidaré el asunto alguna vez? Te confieso que fue una de esas cosas que uno trata de no recordar por el resto de su vida y que, de tiempo en tiempo, surgen en la mente con una espantosa y *punzante* sensación de vergüenza e ignominia... Me siento como si me hubieran pescado robando terrones de azúcar en una fiesta campestre.

Y mi única disculpa es la de que me había cebado con tres cócteles antes de que todo eso ocurriera. Adam me sorprendió cuando salía de mi camarote y me llevó al bar. Nunca bebas con precipitación, Dany, si quieres mantener tus sentidos alerta y conservar las buenas maneras.

Bueno, encontré nuestra mesa tristemente disminuida en cuanto al número de los comensales, pese a que, a primera vista, cuando aún sufría de doble visión, los presentes me hicieron el efecto de una vasta multitud. Daniels, Silvera, Wolcott, Burr, Daphne Demarest y la señora Clapp eran los únicos pasajeros que habían acudido. Me comporté como una perfecta dama durante los *hors d'oeuvre* y la sopa, pero con el *agneau farci* comencé a ofrecer una exhibición de lo que le acontece a una perfecta dama cuando intenta demostrar tino después de más de un cóctel.

—Capitán Fortescue —dije, con toda la gracia y la ingenuidad de que soy capaz—, siempre me pregunté qué es lo que hace que el comandante de un barco invite a ciertas personas a sentarse a su mesa. ¿Se eligen por su aspecto, riqueza, posición social o porte?

Nuestro galante patrón me miró de la forma en que lo hace tía Caroline cuando le ofrecen un cóctel, se ruborizó hasta tomar el color de la carne cruda y murmuró algo acerca de «las personas que tienen cartas de presentación».

—Por supuesto —continué alegremente—, sé que así ocurrió en mi caso. El director de mi diario, a quien por lo común se le conoce con el nombre de «El Zorro», le escribió y le dijo lo peor de mí. Pero, tomemos por ejemplo al señor Burr. Me imagino que nadie sería tan temerario como para darle una carta de recomendación.

Por encima de mi hombro, obsequié a Adam con una arqueada sonrisa.

—El señor Burr —replicó el capitán con rigidez— ha viajado en este barco un gran número de veces. Podría ir tan lejos como para afirmar que somos viejos amigos.

—¿También el señor Daniels es un viejo amigo?

El comandante miró con ansiedad al pequeño *cockney*, quien engullía sus *petits pois paysanne*, mientras conversaba animadamente con Daphne Demarest.

—El señor Daniels… ejem… trajo una carta de nuestra oficina de Londres… él…

—¡Oh! —interrumpió el objeto de nuestra conversación, sin tomarse el trabajo de vaciar su boca—. No hay nada incorrecto conmigo. No tema, señorita Llewellyn. Mis credenciales están en orden, pese a que, como mis fotógrafos, no me hacen justicia.

Sus ojillos voraces relampaguearon con maliciosa diversión, cuando añadió:

—Pero señor Wolcott… ¿Por qué no le pregunta el motivo de que se encuentre en tan distinguida compañía?

Ya te he dicho, Davy, que no me gusta Wolcott y, en apariencia, tampoco le agrada a Daniels. Hay algo viscoso y falso en él. No obstante, es un anciano de pelo gris y ni siquiera después de tres cócteles me habría animado a hacer que se sintiera incómodo durante la comida. Por cierto que se sintió incómodo en grado sumo cuando escuchó la observación de Daniels. Su cara se encendió en un rosado profundo y dejó el tenedor sobre la mesa, como si estuviera dispuesto a no volver a tomarlo jamás.

—Yo… yo… —tartamudeó— vine a esta mesa, porque el capitán me invitó. Si mi presencia es objetable… bien, hay otras mesas en el comedor.

En este momento, Davy, cuando estaba a punto de verter un poco de aceite en las aguas que yo misma había alborotado, se alzó una voz clara y distinta, con un matiz de intenso disgusto.

—¡Esto es insufrible!

Al principio pensé que el autor de la frase había sido Silvera, pero el hombre estaba dedicado a la tarea de comer con gran aplicación y de beber su vino, como si no hubiera oído una sola palabra de la conversación previa. El rostro de Daphne Demarest era una máscara de estudiado desdén.

¡La que había hablado era la señora Clapp!

Hasta ese instante no había observado a la viuda de forma cabal. La recordaba como una criatura morena y de aspecto plañidero, que apareciera ayer a la hora del almuerzo, una de esas personas que no tienen nada que decir por propia iniciativa. Sin embargo, cuando contemplé sus ojos oscuros y relampagueantes, hube de admitir que se trata de alguien a quien hay que tomar en cuenta. Diría que está entre los cincuenta y los sesenta años, pero apenas hay arrugas en su cara y sus ojos son tan claros y hermosos como los de una adolescente de dieciséis. No obstante, fue su voz la que me proporcionó la mayor sorpresa. Recorrió a todos los que rodeaban la mesa como una corriente eléctrica.

—Esto es insufrible —repitió y, aun cuando no se puso en pie, dio la impresión de que lo hacía, puesto que todos los ojos se clavaron en ella—. ¿Por qué han de discutirse, a la hora de la comida, nuestras... credenciales... nuestro derecho a comer cuándo y dónde nos plazca? Hemos pagado el pasaje, señorita Llewellyn, y si usted, en su calidad de periodista, es demasiado joven y demasiado ignorante para saber quién soy...

El capitán intervino de forma pomposa:

—Creo que estamos tomando la observación de la señorita Llewellyn con excesiva seriedad. Además, estoy seguro de que, para todos nosotros, representa un honor el tener en nuestra mesa a una gran artista como la señora Clapp. Para aquellos que la recuerdan como Marcia Manners es un inestimable privilegio.

Al oír las palabras «Marcia Manners» todos los que rodeaban la mesa, excepto Daphne Demarest, miraron a la señora Clapp como si hubiera sido una aparición de otro mundo, lo cual era en un cierto sentido. Porque esta mujer de aspecto plañidero no es otra que la más grande de las comediantes, Marcia Manners, quien arrancó mis

carcajadas a los catorce años, hizo que mi madre lanzara una risilla entre dientes a los veinticuatro y que mi abuela levantara el abanico para cubrirse la boca a los cuarenta. Es la mujer que provocó tanto ruido y excitación pocos años atrás, cuando renunció a su brillante carrera escénica para casarse con un hombre lo bastante joven como para ser su hijo. Y ahora recuerdo que murió hace unos meses. Davy, yo estaba contemplando a una mujer que ha considerado lógico y correcto el perder el mundo por el amor.

Nadie habló por espacio de un minuto. Pude advertir que Adam Burr había sacado de un lápiz y estaba escribiendo frenéticamente en la hoja que contenía el menú.

—Sí, señorita Llewellyn —llegó del otro lado de la mesa, la voz hermosamente modulada—, y estoy en condiciones de informarle, ya que al parecer está usted tan interesada, que soy, o era, cuñada de Lambert. Si no me equivoco, el caballero que se sienta a su lado está escribiendo ese dato para usted.

(Era verdad.)

—La primera señora Lambert —prosiguió la ex actriz— fue una Manners. Hace muchos años que no veía a mi cuñado y, con toda franqueza, le diré que jamás contó con mi aprobación, como tampoco me gustó nunca la manera en que trataba a mi hermana. Ahora, querida Daphne, siempre que la señorita Llewellyn no exija otra información personal, creo que podemos abandonar la mesa.

Tras estas palabras, salió del comedor con andar majestuoso, seguida por su fiel compañera. Los demás terminamos de comer en silencio y... tan rápido como nos fue posible.

Apenas acababa de entrar a esta habitación, y cuando me disponía a sentarme para escribir mi diario, llegó Daphne. Llevaba bajo el brazo una enorme caja de bombones, adornada con toda clase de faralaes y cintas. Parecía un soldado de la guardia que iba al encuentro de su enamorada.

Me acerqué a ella y le pedí disculpas por mi participación en el fiasco de poco antes. Además, le rogué que expresara a la señora Clapp mis sinceras excusas por mi imperdonable dureza.

—¡Oh, no es nada! —repuso con buen humor—. A la anciana le encantan las escenas de vez en cuando. Conmigo son frecuentes,

pero se olvida pronto. En este momento debe de estar riéndose en su camarote. Odia la prensa, lo cual es natural si se considera hasta qué punto ha vivido bajo la mirada del público, pero en el fondo es una buena persona. Desde anoche estamos en un endemoniado atolladero y no la critico por el hecho de que se esfuerce en averiguar todo cuanto pueda acerca de nuestros joviales compañeros de juego. A propósito, ¿quiere un bombón?

Sus modales eran tan agradables y amistosos que acepté sin vacilar. Era la cosa más maravillosa que haya comido nunca, todo suave por dentro y lleno de verdadero licor francés.

—¡Querida Daphne, qué bombón celestial! —exclamé de modo por completo involuntario.

Daphne detuvo la mano con la que llevaba uno a la boca y una expresión de perplejidad pasó por su rostro. Me di cuenta de que estaba tratando de decidir si me diría o no algo que le trabajaba la mente. De forma repentina, optó por la afirmativa.

—Míreme, señorita Llewellyn —exclamó con energía—; míreme con toda la intensidad de que es capaz, y dígame si cree que pertenezco al tipo de mujer que está en condiciones de inspirar una pasión a primera vista.

Le obedecí, pero no dije nada. ¿Qué podía decir?

Entonces metió la mano enorme en el interior de su vestido y sacó una hoja de papel de carta del barco, en la cual se veían unos renglones escritos a máquina.

—Encontré esta misiva en mi camarote, inmediatamente después de comer, encima de esta caja de bombones —explicó con brusquedad—. Hasta ahora jamás me ocurrió una cosa semejante en mi vida. No tengo la más remota idea acerca de quién pudo haberla enviado.

La carta decía más o menos lo que sigue:

> ESTIMADA SEÑORITA DEMAREST:
>
> Conozco lo relacionado con el asesinato perpetrado anoche, lo mismo que las dificultades por las que atraviesa. Además, soy capaz de descubrir a una dama, cuando estoy en presencia de ella. Si llegara a tropezar con algún inconveniente, deseo que sepa que tiene un amigo, el cual no espera otra cosa que consagrarse a sus intereses. En tal caso,

entregue una nota al comisario de a bordo y él la hará llegar a

Su amigo y admirador.

ANÓN.

—¿Y usted se propone realmente comer estos bombones? —pregunté.

De más está decir que me arrepentí de mi precipitación al tomar uno.

—¡Infiernos, sí! —exclamó Daphne—. Nadie ha intentado jamás hacerme nada. ¡Cuán a menudo deseé que alguien lo hiciera! ¿No es asombroso de todos modos? Bueno, debo trotar al encuentro de la señora Clapp.

Con estas palabras, volvió a colocar la esquela amorosa en su pecho y salió de la habitación a grandes pasos.

¡Qué extraña es la vida!

En el camarote
Sábado
22h 30m

Bien. Davy he regresado a mi camarote lo bastante temprano como para complacerte incluso a ti. Dentro de unos minutos me iré a la cama, con una tableta de alonal (*faute de mieux*), con la esperanza de compensar los estragos de anoche.

Pero antes debo consignar los nuevos hechos que se han producido esta noche y tengo la intención de dejar lo mejor para el final, porque es espantosamente excitante. En efecto, lo es en tal medida que no logro apartarlo de mi pensamiento, de modo que no pienso explayarme en los preliminares.

Le dije a Adam que le convendría retirarse de los negocios y unirse a la brigada de las mecedoras... Es la mayor comadre que he visto en mi vida para recoger chismes acerca de la gente. ¡Y cómo parece gustarle la tarea! Ha descubierto (no me preguntes cómo) que Wolcott se presentó en la oficina del comisario de a bordo, inmediatamente después de la comida, e hizo los arreglos pertinentes para bajar en Georgetown, a fin de tomar otro barco con destino a Río. En apariencia, no encuentra la atmósfera de este buque muy de su gusto. Se queja de que duerme mal y que, por lo general, se siente descompuesto. Debo decir que, para un hombre de su edad, su aspecto es el cuadro de la salud. Me pregunto si las observaciones que formulé durante la comida pueden haber precipitado su decisión. ¿O será el derrumbamiento después de un acto desesperado?

El siguiente hecho corresponde al moreno y peligroso señor Silvera... el hombre misterioso que se sienta a la mesa del capitán.

Recordarás que te dije que no habla una sola palabra en inglés, o al menos... ningún vocablo que sea reconocible en nuestra lengua materna. En ocasiones emite sonidos inarticulados y farfulla algo

entre dientes, pero en general hace lo posible para no abrir la boca.

Bien, el infatigable Adam, quien habla el español como un torero, se acercó a Silvera esta noche y entabló con él una conversación, en lo que insiste, es un castellano puro en un noventa y nueve, coma, nueve, por ciento. Adam sostiene que, después de un rato de charla, advirtió en su interlocutor un acento particular. En síntesis, Silvera es un brasileño que, por alguna razón que él mismo conoce mejor que nadie, trata de pasar por español, cuando su lengua nativa es el portugués.

Adam se sintió perplejo ante el hecho de que la cara de ese hombre le resultaba familiar. Desde que subió a bordo alimentó la certeza de que había visto su retrato en alguna parte. Por fin lo descubrió en el ejemplar de una revista, *The Engineering Age*. Resulta que Silvera no es otro que Gil Da Silveira, el presidente de la Compañía Constructora de Río de Janeiro. ¡Y el artículo asegura que se encuentra en los Estados Unidos y que no piensa regresar a su país hasta el próximo mes de marzo!

Ahora, Davy, todo lo que tienes que hacer es sumar dos y dos y obtendrás veintidós. El gobierno brasileño se propone construir una escollera en el puerto de Río de Janeiro. La obra costará, por lo menos, noventa millones de dólares. La compañía de Lambert está detrás del asunto y Burr admite con bastante franqueza que también lo está él. En cuanto a Silvera, regresa a su país cuatro meses antes de lo previsto. Por lo que se ve, la carrera es de velocidad y el contrato será adjudicado al más bajo postor.

Mientras Adam me contaba todo esto, recorrimos varias veces la cubierta superior. Se está tornando increíblemente difícil estar a solas con alguien, porque el número de pasajeros parece haberse duplicado desde anoche y todos se muestran amistosos en grado sumo. Tan pronto como descubrimos un lugar más o menos aislado, Adam se detuvo y dijo:

—Escuche, socia, hemos adjudicado un motivo a casi todos los que tienen algo que ver con el asunto, a través de un trabajo concienzudo y eficiente. Pero hay una persona que se ha mostrado bastante remisa en salir a la luz. Se trata de Robinson. ¿No cree que deberíamos conversar un poco con él?

—¡Cielos! Me había olvidado por completo de ese individuo —repliqué—. Si lo viera, creo que me costaría reconocerlo. Recuerdo

con cierta vaguedad que tiene un agradable color tostado y usa gafas. Estimo que su idea es buena. Es probable que se encuentre en el salón de fumar. Ya lo han vuelto a abrir. Vayamos. De todos modos, estoy mareada de dar vueltas por la cubierta y mi cara se ha puesto rígida de tanto sonreír a la misma gente, cuando nos topamos con ella.

Nos dirigimos sin vacilar al escenario de la tragedia de anoche, donde nos abordó al punto el pequeño Daniels, para sugerirnos con la mayor insensibilidad una partida de bridge. Ambos rehusamos la invitación y yo dije con una sonrisa:

—¿Por qué no se lo propone a su amigo Robinson? Anoche usted pareció que admiraba su técnica...

Daniels bufó de forma despreciativa.

—A propósito, ¿dónde está? —continué—. No lo he visto desde... desde... la muerte del señor Lambert.

—En lo que a mí respecta, cuanto menos ande por las proximidades, mejor —estalló Daniels—. Un hombre que juega de la forma en que lo hace él debería ser encerrado a perpetuidad. Espero con toda mi alma no ver su fea cara del otro lado de una mesa de bridge, en lo que me resta de vida.

—Bueno, pensé que su rostro era agradable —repliqué con toda falsía—. No me importaría en absoluto verlo otra vez ante una mesa de bridge, siempre que fuera mi adversario y no mi compañero.

Me disponía a proseguir con mi intento de llevar a Daniels al tema de Robinson cuando ocurrió un incidente que, aun ahora, provoca esa extraña sensación de pavor que corre a lo largo de mi espina dorsal y que se está transformando en algo demasiado, demasiado familiar.

El agradable señor Jannings entró en el salón de fumar, con una hoja de papel en la mano y una expresión de intriga en el rostro. Cuando se acercó y se detuvo cerca de mí, no pude impedir que mis ojos advirtieran mi propio nombre y el de Adam Burr escritos en la hoja, ambos con una cruz. En realidad sólo había un nombre en la nómina que no llevaba ese aditamento.

—Les ruego me perdonen —dijo cortésmente, dirigiéndose a los tres de forma colectiva—, pero desearía saber si el cuarto jugador

de bridge de anoche se llama Robinson.

—No hay modo de olvidar ni su nombre ni su técnica de juego —repuso Daniels.

—¿Serían tan amables de decirme de nuevo cómo es, desde el punto de vista físico?

Daniels y Burr se observaron mutuamente, con gesto de impotencia. Al instante, ambos se volvieron hacia mí de forma inquisitiva.

—¡Vaya! —tartamudeé—. No lo miré con demasiada atención. Era la primera noche a bordo, como ustedes saben, y... y...

—Y la señorita Llewellyn está comprometida con otro hombre —completó Adam, en un intento de hacerse el gracioso.

—Está tostado por el sol —continué, mientras lanzaba a Burr una mirada mustia—. Llevaba un traje oscuro. Tiene gafas, espeso pelo de color castaño y su edad oscila entre...

—Treinta y cuarenta —añadió Daniels.

—O cincuenta —apuntó Adam.

Jennings echó una mirada a la hoja de papel y las arrugas de su frente se hicieron aún más profundas.

—Hay un señor *Robertson* en la tercera clase, pero cuenta con más de sesenta años. Es un ministro metodista, tiene barba, y viaja con su mujer y su hija.

Sacudí la cabeza y Daniels dijo con cierta vehemencia:

—¡Buen Dios, Jennings, el hombre no puede haberse desvanecido! Estuvo aquí anoche, tan cierto como lo estoy viendo a usted ahora. Todo lo que tiene que hacer es rastrearlo en la nómina de los pasajeros. ¡Supongo que no habrá tantos en el barco!

—Bien —repuso Jennings con lentitud (y fue entonces cuando la pavorosa sensación comenzó a recorrer mi espina dorsal)—, tal vez le interese saber que no hay ningún Robinson ni entre los pasajeros ni entre la tripulación. No obstante, hemos verificado su descripción en todos los hombres que viajan en este barco y no existe un... un alma... que... responda a ella.

Sala de estar
Domingo, 15 de noviembre
12h

Todo el día de ayer debimos de haber empujado con energía los talones del verano, puesto que hoy estamos navegando a toda marcha en medio de un sol resplandeciente y un calor subtropical. Siento pena por ti. Davy, sumergido en Nueva York, donde las ráfagas heladas han de estar silbando en las esquinas y, estoy segura, ninguno de los dos árboles de tu calle ha de tener una sola hoja decente con la cual cubrirse.

Los oficiales están muy elegantes con sus uniformes blancos y todos los viajeros experimentados se han vestido con trajes o blusas de algodón. Las caras que se observan en torno son más frescas y el aspecto de todos es brillante y pintoresco. Yo acabo de recobrar algo de la fe de mi infancia, al asistir a un servicio religioso. El capitán leyó un hermoso fragmento de Job, acerca de «expulsar a Leviatán con un gancho y asegurarse la dulce influencia de las Pléyades». Luego cantamos un himno sobre «los que están en peligro en el mar», y yo recé una breve oración por ti, mi pequeño Davy, y otra para los dos. Fue una ceremonia encantadora y simple.

De modo que, teniendo en cuenta que he recuperado el equilibrio, mi sentido común (esperemos que así sea) y mi espíritu humorístico, estoy en condiciones de hablar con más calma acerca de lo que ocurrió anoche.

De nuevo nos interrogaron a todos con respecto a Robinson. Han revisado el barco de proa a popa. Daniels y Burr examinaron a todos los pasajeros del sexo masculino que pudieran corresponder a nuestra descripción. Pero Robinson no ha aparecido.

Según Adam, hay cuatro posibilidades:

1: Es un polizón y todavía no lo han encontrado.

2: Se cayó por la borda.
3. Es un transformista.
4: Es un fantasma.

La número dos y la cuatro parecen improbables porque no ha sido registrada ninguna persona que responda al nombre de Robinson, ni en calidad de pasajero ni como miembro de la tripulación. De todos modos, supongo que los fantasmas no se registran...

Había llegado a este punto, Davy, cuando Jennings entró en la sala de estar y me dijo si sería lo bastante bondadosa como para ir a ver a la señora Lambert, que me reclamaba. Obedecí sin vacilar y, procediendo como una tonta, dejé mi diario sobre la mesa, en la que había estado escribiendo. Sin embargo, tuve el buen sentido de cerrarlo... de eso estoy segura.

La señora Lambert, Betty y Earnshaw se encontraban en la salita cuando llegué. La pobre viuda tema un aspecto en cierto modo más descansado y fresco, pero Betty se mostraba aún muy pálida y llorosa. Earnshaw, por su parte, parecía haber recuperado su equilibrio y autodominio, lo cual resulta en verdad admirable, si se tiene en cuenta que, al menos desde el punto de vista material, es el más perjudicado de todos. Perdió a su jefe y su trabajo... Ambos, la chica y él, con toda probabilidad se han visto privados de un legado por la muerte repentina del anciano.

Earnshaw, hablando en nombre del grupo, me explicó que los tres habían acordado desembarcar en Georgetown, donde, después de cumplir las formalidades necesarias, dispondrían la cremación de Lambert. Contaban con regresar a los Estados Unidos en el próximo barco.

Aquí intervino la señora Lambert:

—Señorita Llewellyn, en realidad deseaba conversar con usted acerca de Betty. Le habíamos prometido unas vacaciones y no es bueno para ella permanecer aquí enjaulada todo el tiempo. Como es natural, le asusta un poco aparecer en público sola, después de lo que ha ocurrido. Usted es la única joven a quien conocemos a bordo y que tiene más o menos su edad. Me estaba preguntando si sería

tan amable...

—¡Oh, tía Mabel! —interrumpió Betty, con una voz un tanto petulante—. No hay necesidad de molestar a la señorita Llewellyn de esta manera. Puedo andar por ahí con Jimmie.

—Estaré muy atareado —intervino Earnshaw— con los papeles del señor Lambert, hasta que lleguemos a Georgetown. No dispondré de un solo minuto para mí. Y tú debes respirar aire fresco, Betty.

La muchacha se enfurruñó de un modo muy poco halagador para mí; sin embargo, le aseguré que me sentiría encantada de hacerle compañía.

—La vendré a buscar a la una y media —dije— y almorzaremos juntas. No tengo amigos a bordo y el contar con usted será para mí un motivo de satisfacción. No se imagina hasta qué punto me siento lisonjeada por el hecho de que su tía haya afirmado que somos más o menos de la misma edad.

Me despedí y Earnshaw salió conmigo del camarote. Cuando llegamos al corredor tomó mi mano, la oprimió entre las suyas, y exclamó:

—Usted es una joven bondadosa, señorita Llewellyn. La pobre Betti está espantosamente trastornada por todo esto y parece abrigar temores acerca de algo, aun cuando no confesará de qué se trata ni a la señora Lambert ni a mí. Usted es precisamente la persona que necesita.

Continuamos conversando por espacio de un rato acerca de la extraña desaparición de Robinson y de la posibilidad de que el veneno hubiera sido administrado durante la primera vuelta de bebidas. Jimmie me comunicó que el señor Jennings lo había puesto al tanto de los dos hechos esta mañana. Ambos, agregó, habían echado por tierra, al menos de forma temporal, la única teoría verosímil que había elaborado con respecto a la muerte de Lambert. Entonces le hablé de mi diario y se mostró muy interesado. Me informó que, más tarde, cuando mermaran sus ocupaciones, pensaba escribir algo sobre el asesinato y, en ese caso, podríamos comparar nuestras notas.

Mientras estaba allí de pie, charlando conmigo, advertí por primera vez hasta qué punto es un joven atractivo. Con su pequeño bigote oscuro y su espeso pelo negro habría podido doblar a John

Gilbert con facilidad. Por otra parte, hay en él algo franco y genuino que me gusta mucho.

Cuando nos disponíamos a separarnos, agregó:

—Como dije antes, señorita Llewellyn, estaré muy ocupado revisando los papeles del señor Lambert, hasta que lleguemos a Georgetown. Hay una cantidad abrumadora. Y, en vista de que usted se muestra tan amable con respecto a este asunto desgraciado, me pregunto si me daría un consejo sobre un pequeño problema que me atañe. Trabajaré todo el día, pero... ¿sería factible que conversáramos más tarde, en cualquier momento? Si la respuesta es afirmativa, me ocuparé de buscarla.

Con suma alegría prometí reunirme con él en algún momento que tuviera libre. Entonces me acordé otra vez de mi diario y corrí a la sala de estar, con la máxima velocidad que eran capaces de desarrollar mis piernas aún inválidas.

Ahora bien como ya lo expresé, Davy, había dejado mi manuscrito *cerrado*. Imaginarás mi consternación cuando lo encontré donde lo había abandonado con tanto descuido, pero... *abierto*, con dos o tres hojas del papel de carta del barco en la parte en que describo las dos manos del bridge que se jugaron la noche de la muerte de Lambert. Había bastante gente en la habitación, de modo que mi primer pensamiento fue el de que alguien había usado mi diario como apoyo para escribir alguna carta. Estaba a punto de colocar el papel en su sitio y continuar con mi diario, cuando advertí algo extraño.

La primera hoja tenía ciertas impresiones leves, las cuales indicaban que alguien había oprimido con fuerza el lápiz o la pluma. Levanté el papel para que le diera luz, pero en un primer momento no vi otra cosa que un número de cruces, trazadas al azar a lo largo de la página. Se me ocurrió que algún chico había estado garrapateando. Volví a observar y descubrí las letras A y K, seguidas por una cantidad de cruces.

En ese instante la asombrosa verdad surgió a la luz. Alguien había copiado, con toda deliberación, las manos de bridge que figuran en mi diario. Vi el encadenamiento con claridad: AK xxx y, de nuevo, QJ 10. No cabía la menor duda.

Me volví hacia la persona que se hallaba sentada cerca de mi mesa, una mujer alta, con un traje tejido de color púrpura.

—¿Por casualidad vio quién estuvo sentado a esta mesa hace un rato? —pregunté con cortesía—. Creo que… que dejé aquí mi estilográfica y ha desaparecido.

Levantó la vista de una novela de tapas brillantes.

—Me parece que estuvo un hombre hace un minuto o dos —contestó—, pero no reparé en él de forma especial. No se quedó mucho tiempo.

Ninguno de los que se encontraban en las vecindades de mi mesa fue capaz de proporcionar una sola información, de modo que me he limitado a permanecer aquí, escribiendo y preguntándome…

Preguntándome por qué demonios habrán querido copiar esas estúpidas manos de bridge.

En el camarote
Domingo, 15 de noviembre
18h 30m

Después del almuerzo acompañé a Betty a la cubierta, donde charlamos y dormimos una breve siesta, todo muy agradable. Por supuesto, no quise sonsacarle datos por medio de procedimientos demasiado obvios, pero puse de manifiesto un interés vital toda vez que comentó algo acerca del matrimonio Lambert, lo que no hizo con mucha frecuencia, puesto que es una criaturita reticente. Estimo que, además, de la conmoción sufrida por la muerte de su tío, su relación sentimental con Earnshaw es la responsable de su aire de tranquila indiferencia. De tierno en tiempo, abre la boca como si se propusiera confiar algo serio, pero la vuelve a cerrar o se limita a formular observaciones indiferentes sobre el barco, el mar o el tiempo.

Pero lo poco que dijo ratificó las declaraciones de la señora Lambert. Me contó que su tío Alfred opinaba que en el mundo no había nada demasiado bueno para tía Mabel, quien (como su predecesora) había sido actriz antes de casarse, pero que se había transformado en una excelente ama de casa. En efecto, proporcionaba al marido toda suerte de comodidades, permanecía en su hogar por las noches y había aceptado que Jimmie viviera con ellos cuando tenía un trabajo importante entre manos, para lo cual le preparaba un dormitorio en una segunda oficina. Añadió que tía Mabel había tratado por todos los medios de reconciliar a su marido con el hijo que tuvo de su primera mujer (el sobrino de la señora Clapp), el cual, según las últimas noticias, dirigía una estancia en alguna región de la Argentina.

A la hora del té, Betty bajó para hacerle compañía a su tía y su lugar fue ocupado en seguida por nuestro Adam, quien había estado toda la tarde revoloteando en torno, como un gavilán sobre un

banco de arenques.

—¿Algo nuevo? —preguntó.

Resumí para él los escasos datos que había recogido de Betty. A continuación, casi con vergüenza, le conté que había dejado mi diario en la sala de estar esta mañana, y le pregunté si era él quien lo había abierto.

—¡Cielos, no! —replicó, mientras se servía azúcar—. A esa hora aún estaba en la sentina del barco con Jennings, ambos empeñados en la búsqueda de Robinson. Juraría que hemos visto a todos los que viajan, excepto tres ancianas que están mareadas, y no hay uno solo que se parezca, ni siquiera remotamente, a nuestro glorioso cuarto. El que exhibe su piel tostada no usa gafas y el que tiene espeso pelo de color castaño es o demasiado joven, o demasiado viejo, o demasiado gordo, o demasiado flaco. Es la cosa más sorprendente que pueda concebirse.

—No me gusta pensar en eso —observé—, sobre todo cuando comienzan a caer las sombras de la noche. ¡Oh, mire, rápido... rápido... hay una ballena!

Nos acercamos con rapidez a la borda y descubrimos una pequeña fuente de agua, que surgía a intervalos regulares.

—¡Cómo sopla! —exclamó Adam, al tiempo que varios pasajeros se arracimaban junto a la baranda, lanzando chillidos de excitación.

Entonces se produjo un violento y súbito remolino y una cola enorme se sacudió en el aire. Tuve una visión directa del leviatán de Job. Confieso que no me animaría a hacerle frente con un gancho, Davy, lo sé. También se que, por primera vez durante la travesía, sentí en realidad que nos hallábamos en medio del océano y lejos, muy lejos de la patria.

Tan pronto como se evaporó la emoción de mi primera ballena, tornamos a nuestro asunto. Adam Burr, que es un lector entusiasta de novelas de detectives, me explicó, podría agregar, de forma bastante gratuita, que los análisis criminales dignos de respeto se basan en tres apartados: móvil, medio y oportunidad.

—Sugiero —continuó— que consideremos a todos los posibles autores del delito, uno por uno, para buscar lo que hay en contra de ellos en tales categorías. El medio, por supuesto, fue la estricnina, la

cual, me imagino, es un producto de obtención más o menos fácil para cualquier persona adulta que se proponga adquirirlo. De modo que no hay inconveniente en que prescindamos de este aspecto de la cuestión. Concentrémonos en el motivo y la oportunidad. Aquí tenemos una hoja de papel y un lápiz. Procederemos con espíritu científico y también sin contemplaciones. Si así lo prefiere, puede comenzar la tarea conmigo.

A continuación figuran las anotaciones que hicimos entonces:

Adam Burr. Oportunidad: muy leve durante la primera partida de bridge, puesto que estaba sentado frente a Lambert, pero mucho mayor en la segunda, ya que se encontraba junto al muerto. Móvil: ¿posible rivalidad en los negocios?

(Al llegar a este punto Adam insistió en que yo dejara de escribir. En consecuencia, lo que sigue es de su propia mano.)

Mary Llewellyn. Oportunidad: bastante en el transcurso de ambas partidas. En la primera, revoloteó en torno de la silla del anciano y, en la segunda, se sentó a su lado. Móvil: ninguno, pero es posible que lo hiciera, desde que, en las mejores novelas de misterio, la persona más inverosímil es la autora del crimen.

Daniels. Oportunidad: considerable en ambas partidas. Sugirió a Lambert que bebiera la mezcla, cuyo sabor naturalmente ácido pudo haber disimulado la amargura de la estricnina. Móvil: ninguno aparente todavía.

Wolcott. Oportunidad: abundante, mientras observaba el desarrollo de las dos partidas. (¿Fue una simple coincidencia el hecho de que abandonara la habitación justo antes del colapso final de Lambert?) Móvil: ninguno aparente, pero tanto él como su comportamiento nos desagradan.

Jimmie Earnshaw. Oportunidad: aunque entró en el salón de fumar después del primer partido, Mary Llewellyn se muestra categórica al afirmar que el muchacho se quedó charlando con ella, junto al sofá, y que en ningún momento se acercó a la mesa de bridge. Resulta muy difícil concebir que fuera capaz de embocar una píldora de estricnina en la copa precisa, desde una distancia de casi dos metros y medio. Móvil: ninguno aparente, en tanto no haya hurtado algún dinero de la caja fuerte o falsificado la firma de su patrón. No tiene aspecto de pertenecer a esa categoría de individuos (M. L.). Uno nunca sabe con esos *sheiks* (A. B.).

Betty Lambert. Oportunidad: pudo haber deslizado algo en la bebida de su tío, cuando se aproximó a él para darle las buenas noches. No obstante, si aceptamos la observación de Lambert acerca de su cuello tieso como el primer síntoma del envenenamiento, tanto Betty como Jimmie Earnshaw deben ser exonerados de toda culpa. Pero es factible que la víctima padeciera torticolis, la cual nada tiene que ver con la estricnina, y que el asesinato se llevara a cabo en la segunda ronda de bebidas. Móvil: ninguno aparente.

Señora Lambert. Oportunidad: ninguna. Mary Llewellyn y Adam Burr están seguros de que no se acercó a la mesa de bridge en toda la noche. Móvil: sólo el que podría encontrarse en las novelas baratas o en la prensa sensacionalista. Además, por supuesto, la dama hereda una bonita suma muy próxima al millón.

Daphne Demarest. Oportunidad: abundante en el transcurso de la segunda partida, aunque estaba sentada frente a Lambert. (¿Pero qué significa una mesa de por medio con esos brazos olímpicos? Esto es de Adam.) De nuevo la observación de que, si Lambert fue envenenado durante el primer partido, hay que liberar a Daphne Demarest de toda culpa. Móvil: una posibilidad remota, derivada de sus conexiones con la señora Clapp, la cual es parienta política de Lambert.

El camarero del salón de fumar (quien, de acuerdo con nuestras informaciones, responde al nombre de Sam Bumstead). Oportunidad: más que cualquier otro. Móvil: absolutamente ninguno.

Los restantes pasajeros (excepto Robinson, al que nos referiremos más adelante). Oportunidad: ninguna. Móvil: interrogante.

Una vez que hubimos dispuesto en columnas los hallazgos que anteceden, nos sentamos en nuestras respectivas hamacas, en la cubierta, y mantuvimos una prolongada charla acerca de Robinson. Ambos nos sentimos inclinados a creer que existen muchas perspectivas de que, al cabo, resulte el culpable. De otro modo, ¿por qué habría de adjudicarse un nombre falso, para después desaparecer como si se lo hubiera tragado la tierra? Sin embargo, a partir de aquí diferimos. Adam estima que el individuo se llama realmente Robinson y que está escondido en algún lugar del barco. Yo, a mi vez, no acabo de decidirme entre dos opciones: o es Robinson y se ha caído por la borda, o es algún otro y adoptó la

personalidad de Robinson la noche del asesinato.

Si se trata de un disfraz, es extremadamente inverosímil que sea alguno de nuestros compañeros de mesa, puesto que casi todos permanecieron en el salón de fumar la velada entera o entraron y salieron del cuarto en algún momento. Y si no pertenece a la tripulación, resulta ocioso especular sobre su verdadera identidad, ya que puede ser cualquiera de los doscientos hombres y mujeres que viajan en este barco, a la mayoría de los cuales no conozco.

Sí, *mujeres*, Davy, lo digo con toda deliberación. Su voz, tal como la recuerdo, era chillona. Su color tostado pudo haber sido falso. Y cuando se puso a jugar lo hizo con la convicción de que nadie se fija demasiado en una persona la primera noche. De todos modos, ¿por qué no pudo ser una mujer? Y era tan poco llamativo, que ni siquiera logro recordar el color de sus ojos, detrás de las gafas, o la forma de su nariz.

Pero si *fue* el asesino, Davy, ¿cómo sabía que, por el solo hecho de estar jugando solitarios ante una mesa cercana, lo invitarían a integrar el grupo de Lambert?

¿Cómo sabía que Daniels pediría la mezcla de bebidas que pidió y que él estaría en condiciones de salir de la habitación, poco antes del colapso de Lambert?

¿Cómo sabía que todos los elementos del caso se concentrarían en sus manos, de manera tan fácil y simple?

Y, por encima de todo, ¿cómo se las arregló para ocultar su identidad, cuando revisaron el barco de arriba abajo a fin de encontrarlo?

Resuelve este acertijo, querido Davy.

En el camarote
Lunes, 16 de noviembre
14h 30m

En algún lugar de este diario, Davy, afirmé que estaba *gozando* con este caso. ¡Dios mío! Sí, lo afirmé... lo escribí con toda sangre fría y me avergüenza el confesar que lo que quería decir entonces era exactamente eso.

Pero ahora... ahora que ha ocurrido esta segunda tragedia espantosa, lo único que puedo decirte es que me gustaría tener las alas de una gaviota, para abandonar mi camarote en este mismo instante y volar lo más lejos posible de este horrible barco. Davy, si alguna vez vuelvo a ti, no me dejes poner el pie en un barco, nunca, *nunca*. ¿Recuerdas cómo solíamos discutir acerca del escenario ideal de una novela de asesinato? Yo sostenía que es una reunión de invitados en una casa de campo, con preferencia en Inglaterra, donde se sabe que el culpable tiene que ser uno de los huéspedes. Tú opinabas que es un barco, en el que uno no conoce a sus compañeros de viaje, pero sabe que alguna de las personas que le rozan al pasar, se sienta en la misma habitación y quizá coma en la misma mesa debe ser el asesino, puesto que nadie puede escapar. Y donde, en cualquier momento, es factible sorprender, cuando menos se lo espera, un atisbo de ese estrato oscuro de su naturaleza que le permite... que le incita... a matar.

Querido Davy, tenías razón, como siempre. Nada podría ser peor que esto... *nada*. No es que abrigue temores por mi vida, es la horrible incertidumbre, el sospechar de todos y cada uno, la inhumanidad. Trato de olvidar lo que significa la tragedia para la señora Lambert, para Earnshaw. Lo único que logro sentir es el horror.

Y todos mis supersticiosos antepasados galeses parecen surgir en torno mío, con ojos burlones y dedos que me apuntan diciendo:

—¡Qué fantástico que una Llewellyn se haya animado a embarcarse un viernes 13!

Pero, antes de proseguir, en el caso de que estés ansioso, queridísimo, debo decirte que estoy bien. En realidad, acabo de despertarme después de diez horas de sueño, con la ayuda de píldoras. No te preocupes por mí, Davy. Mi cuerpo está sano y salvo… pero, desde un punto de vista mental, moral y espiritual, creo que nunca volveré a ser la misma.

Cuando asesinaron a Lambert, por supuesto fue horroroso, pero después de todo, era un extraño para mí, tenía bastantes años y un corazón débil y era factible que no viviera mucho tiempo. Pero cuando se mata a una persona joven, alguien que tiene lo mejor de su vida por delante, y se comete el crimen de una manera tan espantosa e inconcebible, entonces…, querido Davy, siento que para mí ha llegado el minuto de sumergirme en la cama, cubrir mi cabeza con la sábana y no enfrentarrrte al mundo perverso nunca más.

Y así estoy ahora… a las dos y media de la tarde. Ni siquiera he tenido fuerza suficiente para levantarme y subir a la cubierta. Mi corazón está enfermo, Davy, y no me queda nada más que hacer, sino volcarme en este diario, gloriosamente anodino, en busca de un alivio para mis sentimientos en derrumbe.

Supongo que lo mejor será no explayarme más en el terreno de mis emociones privadas y comenzar por el principio, es decir, donde lo dejé anoche.

Después de la comida, hubo baile en la cubierta. La noche era calma y serena, aunque con una sospecha de amenaza en su quietud. Las estrellas estaban brillantes —brillantes de un modo sospechoso— y tal vez fuera mi imaginación, pero lo cierto es que una atmósfera de desasosiego y fiebre pendía sobre el barco, como una miasma. Hacía mucho calor y, de tiempo en tiempo, los pasajeros arrojaban ansiosas miradas al mar, como a la espera del estallido de una tormenta en cualquier momento. Hasta los marineros se mostraban impacientes, mientras cumplían sus tareas en la cubierta. En el aire vibraba una sorda anticipación.

La orquesta de a bordo es buena y, pese a mis propósitos de no bailar durante el viaje, le había prometido a Adam una vuelta cuidadosa y tranquila. Estábamos a punto de comenzar, cuando

Daniels se acercó y dijo:

—Señorita Llewellyn, ¿usted sabe si a la señorita Demarest le gusta bailar?

Adam obsequió al pequeño *cockney* con una sonrisa y le contestó:

—Por supuesto, Daniels. A todas las mujeres les agrada bailar o, al menos, que las inviten a hacerlo. Diríjase a ella sin vacilaciones, tómela con firmeza por los codos y... ¡adelante!

Mientras Daniels trotaba con timidez al encuentro de la dama de sus pensamientos, algo debió de sacudir mis nervios, porque estallé en una carcajada incontenible.

—¡Oh, no puedo bailar! —exclamé, al fin, con voz débil—. Tengo que sentarme... ¡Oh, mi herida!

Y fue una suerte que así lo hiciera Davy, ya que, en ese mismo instante, se desató un terrible aguacero. Digo aguacero, pero, en realidad, fue como si un ángel travieso hubiera abierto una escotilla en el cielo, para arrojar sobre el barco cubo tras cubo de agua, sin interrupción. Jamás vi algo semejante en mi vida. La lluvia se precipitó como un ejército de perros y gatos, de leones, tigres y elefantes, que luchaban, desgarraban y rugían. Y todo fue tan repentino, que los bailarines que no estaban bajo techo se empaparon hasta los huesos, antes de que lograran atravesar la cubierta.

Entonces comenzaron los truenos y los relámpagos. He leído a Conrad, a menudo oí hablar de las lluvias tropicales, pero jamás imaginé que podrían ser algo como esto. Los relámpagos parecían destrozar el cielo en fragmentos y los truenos estrellaban en torno al barco, como si de pronto hubiéramos debido hacer frente al bombardeo de un barco enemigo. Luego el mar pasó a engrosar la sinfonía y, en el lapso de escasos minutos, pasamos de una serena noche de verano a una violencia sin igual, de tal modo que me sentí algo así como un cowboy que trata de cabalgar un novillo.

Fue espantoso, Davy, y, sin embargo, fascinante. Permanecí sentada allí por espacio de veinte minutos y, por primera vez en mi vida, no me sentí una mujer joven y supercivilizada, sino un diminuto átomo cósmico, aferrado por el puño de los elementos.

Un oficial me gritó que entrara y, con cierta repugnancia, me levanté para dirigirme al salón de fumar. Tan pronto como estalló la

tormenta, Adam me abandonó, con el pretexto de que debía bajar a su camarote, para comprobar si el ojo de buey se hallaba bien cerrado. En apariencia, tiene horror a las sábanas húmedas.

En el salón de fumar no había ningún conocido, excepto Earnshaw, quien estaba sentado solo, ante una mesa lateral, frente a un plato con emparedados. Vestía un traje gris y tenía aspecto de cansancio, después de su jornada de trabajo.

—Es mi comida —dijo, al tiempo que señalaba los emparedados con buen humor—. ¿Desea compartirlos?

Me senté.

—¿Y qué me dice de algo para alejar la humedad? ¿No es una tormenta maravillosa? Me pescó de tal manera, que me vi obligado a cambiarme la ropa. Creo que esto exige un coñac doble. ¿Y para usted?

—El coñac me parece muy bien.

Mientras esperábamos que nos trajeran las bebidas, nos dedicamos a observar los relámpagos a través de la ventana. La lluvia había cesado, de forma casi tan súbita como comenzara, y una o dos personas envueltas en impermeables se habían aventurado a salir a la cubierta, ya sea para respirar aire fresco o para contemplar las aguas todavía montañosas.

—¿Cómo está la señora Lambert? —pregunté cuando volvimos a la mesa.

—Parece encontrarse un poco mejor esta noche, pobrecita, pero me imagino que este tiempo no le sentará nada bien. Por fortuna, Betty duerme en el camarote contiguo a su departamento, de modo que si necesita algo por la noche… Pero está más resignada y menos asustada, gracias a Dios.

En ese preciso momento Adam entró y comenzó a avanzar hacia nosotros, como si se propusiera sentarse a nuestra mesa. Le lancé una firme mirada de advertencia para recordarle que Earnshaw me había pedido esta mañana un *téte-a-téte*, de forma especial. Burr salió de la habitación. Su aspecto era el de alguien que se considera agraviado, lo cual me pareció irrazonable.

—¿Se siente usted benévola esta noche, señorita Llewellyn? —preguntó Earnshaw mientras bebíamos.

Asentí con un movimiento de cabeza, tratando de mostrarme lo más amistosa y madura posible.

—Eso me gusta. Tengo tantos deseos de hablar con alguien acerca de Betty y... y... de mí. Estoy en un apuro terrible y no soy capaz de decidir la conducta correcta. Usted sabe, señorita Llewellyn, amo a Betty y le he pedido que se case conmigo.

—¡Espléndido! —exclamé con entusiasmo—. Betty es una gran muchacha y usted tiene mucha suerte, es decir... siempre que ella esté de acuerdo.

El joven miró sus manos con tristeza y luego sacó un cigarrillo. De manera incidental, te diré que omitió el invitarme.

—He aquí la historia —anunció, después de algunas caladas—. En los últimos meses, quiero decir antes de que emprendiéramos este viaje, vi a Betty con suma frecuencia. Mientras nos dedicábamos a la tarea de completar los detalles del contrato de Río de Janeiro, viví con los Lambert. Mi patrón pensaba que si bajáramos los precios al máximo, lograríamos eliminar a todos los competidores. Por eso yo me quedaba en la casa, sumergido en mis cálculos, en tanto Betty entraba y salía. El señor Lambert simpatizaba conmigo y, un día, me preguntó si había algo entre su sobrina y yo. Le contesté con franqueza que estaba enamorado de ella. Aunque era el hombre menos sentimental de la tierra, se condujo con una decencia soprendente... mucho mayor que la que observara con su propio hijo. Me prometió que haría lo posible por ayudarme, pero con una condición: yo no debía proponerle matrimonio a Betty hasta que el contrato de Río de Janeiro estuviera terminado y a salvo en su cartera. Si teníamos éxito, me daría su bendición y un valioso regalo de bodas.

Adam volvió a entrar, miró en torno y, como no descubrió a ningún conocido, fuera de nosotros, se retiró otra vez lleno de desconsuelo.

—Ese maduro amigo de usted es bastante molesto —dijo Jimmie, con petulancia—. A propósito, ¿la aburro?

Me apresuré a asegurarle que su problema me interesaba mucho.

—Bueno, las cosas no podían ir mejor —continuó—, pero no hice el menor esfuerzo para que Betty nos acompañara en este viaje. Fue la señora Lambert quien lo arregló todo y... fue un gesto encantador de su parte, pero... usted se imaginará cuán difícil

resultó para mí. Lo inevitable ocurrió la primera noche..., la noche en que murió el señor Lambert. Salimos para recorrer el barco y, por fin, nos detuvimos en un rincón apartado, donde... bueno, no importa lo que ocurrió, lo cierto es que perdí la cabeza por completo y le confesé a Betty que la adoraba. Para mi sorpresa descubrí que ella... ella también me ama. Nos comprometimos, por supuesto en secreto, en ese mismo instante. Me sentí absurdamente feliz, hasta que... hasta que... usted conoce el resto.

Earnshaw hizo una pausa, para encender otro cigarrillo. Esta vez le pedí uno. Me lo ofreció con una disculpa.

—Pero —observé—, no veo que haya nada trágico en su historia, señor Earnshaw, puesto que si ambos se aman...

—¡Oh! Ahora todo es muy diferente. Hace dos días, yo tenía un buen trabajo con Lambert, el cual me permitía mantener a una mujer. Pero yo no soy un miembro de su compañía. Lambert me contrato en calidad de secretario privado. Al morir él, también mi empleo murió y, por supuesto, no me dejó un centavo. Envié un radiograma a la firma, en el que solicitaba la autorización pertinente para continuar el viaje a Río de Janeiro y llevar adelante las negociaciones. Hoy recibí la respuesta negativa y la noticia, muy atenta pero firme, de que mis servicios han llegado a su término. Tengo treinta y cuatro años, estoy sin empleo, y mis ahorros ascienden a unos pocos miles de dólares. La familia de Betty es rica y socialmente ambiciosa. Ella sólo tiene veinte años, es popular y bonita. Señorita Llewellyn, quiero preguntarle algo: ¿sería disculpable que la mantuviera ligada a un compromiso contraído al margen de los deseos de su familia? Pueden pasar años antes de que sea capaz de proporcionarle el género de vida al que está acostumbrada, eso siempre que me las arregle para encontrar otro empleo. Usted es una muchacha y sabe cómo sienten las mujeres con respecto a estas cosas. ¿Qué debo hacer?

Tenía un aspecto tan lastimoso, tan desdichado y tan hermoso, que de manera instintiva me incliné hacia él y un balanceo brusco estuvo a punto de arrojarme en sus brazos. Alcancé a aferrar la manga de su chaqueta para recuperar la estabilidad.

—Es culpa del barco, no del coñac, señor Earnshaw —me eché a

reír—. Lo lamento, pero si usted desea saber cómo siente una chica, estoy en condiciones de decírselo con facilidad. Pienso casarme dentro de tres meses, con un hombre cuyo sueldo es de cuarenta y cinco dólares semanales. Se trata de un periodista mucho más capaz que yo; a pesar de ello, puedo ganar el doble. Ahora bien, si mi novio perdiera su trabajo, o le disminuyeran el suelo, o enfermara, me casaría con él, en el mismo momento de pisar tierra, y trabajaría hasta perder el aliento para mantenerlo. Ni los búfalos salvajes tendrían bastante fuerza para apartarme de su lado. Si Betty lo ama y es la clase de chica que supongo, sin duda ha de sentir como yo.

Aunque no me di cuenta del detalle, Davy, todo el tiempo que duró mi apasionado discurso, seguí aferrada a la manga de su chaqueta. En consecuencia, imaginarás mi embarazo cuando levanté la vista y descubrí a la señora Lambert, de pie junto a nuestra mesa. Era evidente que se había vestido a toda prisa, puesto que llevaba un abrigo largo y abotonado hasta el cuello. Me dedicó un cortés movimiento de cabeza, pero su rostro expresaba una profunda desaprobación. No bien la vio, Earnshaw se puso de pie de un salto.

—¡Señora Lambert! Creí que estaba acostada. ¿Puedo hacer algo por usted?

—Sí, Jimmie, estaba acostada, lo mismo que Betty... Al menos, hace una hora vino a darme las buenas noches. Hace rato desperté y, de pronto, recordé que a la pobre chiquilla le asustan a morir los truenos y los relámpagos. De modo que la llamé. No me contestó. Hice venir a la camarera y le pedí que fuera a su camarote para averiguar cómo estaba. Pero Betty no se hallaba en su cuarto. Nadie había tocado su litera. Aguardé unos minutos y comencé a preocuparme. Entonces me vestí a la ligera y subí a buscarla.

Una arruga de ansiedad se dibujó en la frente de Jimmie, quien murmuró:

—Hace un rato largo me dijo que se iba a acostar.

—Bien —observó la señora Lambert, con una voz en la que vibraba la violencia—. Quizá le interese saber que Betty está sentada en la cubierta, con un hombre cuyo rostro no alcancé a ver porque me daba la espalda. Como es natural, pensé que era usted Pero de pronto le descubrí aquí, con la señorita Llewellyn. ¿Por casualidad alguno de ustedes conoce al individuo que está con ella?

Ambos negamos con un movimiento de cabeza.

—En tal caso —dijo la señora Lambert, con la importancia agresiva de una dama de compañía que lo es por autodeterminación—, iré a decirle que son las once, una hora correcta para estar en la cama.

Con estas palabras nos volvió la espalda como si hubiéramos caído en desgracia, y se dirigió a estribor.

Earnshaw me miró con una sonrisa al sesgo.

—¡Oh, Betty! —susurré.

Apenas acababa de salir la exclamación de mi boca, Davy, cuando escuchamos un grito que heló la sangre de mis venas y transformó la sonrisilla de Jimmie en una mueca de horror.

Era un chillido humano y desesperado, que se alzó claro y punzante por encima del ruido de las máquinas y del rugir de las olas.

Y lo más espantoso de todo, Davy, fue que no provino de ningún lugar del barco. Me produjo la impresión de un gemebundo Banshee, que estaba volando junto a la nave y, después de lanzar ese aullido de angustia, desaparecía. Por espacio de unos segundos permanecimos rígidos, mirándonos mutuamente, sumidos en un horror mudo. El silencio que siguió fue uno de los momentos más tensos y terribles de mi vida. Jamás lo olvidaré.

Pero no se prolongó demasiado, pues casi en el mismo instante se alzó una sucesión de gritos humanos y muy femeninos, esta vez desde estribor, mientras una voz salvaje, que se iba acercando cada vez más, gritaba:

—¡Socorro!... ¡Socorro...! ¡Betty!...

Earnshaw se lanzó de un salto hacia la puerta, pero antes de que hubiera llegado a mitad de camino apareció la señora Lambert, su pelo en desorden, su cara lívida por el horror.

—Betty... arrojada por la borda... detengan el barco —boqueó.

Jimmie y yo corrimos a la cubierta, donde ya se había reunido un grupo de pasajeros y marineros.

Y, entonces, Davy, lo vi, y mi corazón pareció que se helaba y moría, como si en mi interior tuviera una piedra. Era el hermoso chal de color naranja de Betty, que flotaba a unos pocos metros del

barco, subiendo y bajando de forma juguetona y traviesa, como si lo columpiara la brisa. Y seguía flotando leve, casi risueñamente, como si la misión del viento fuera la de empujarlo para mantener su velocidad acorde con la del barco, como si se burlara por un momento de aquellas crueles y oscuras aguas. Luego, comenzó a hundirse.

Sorprendí la expresión del rostro de Jimmie cuando reconoció el chal. En el espacio de un parpadeo, se quitó la chaqueta y se aproximó a la baranda. Tres fornidos marineros se adelantaron para detenerlo.

—¡No, no, señor! ¡Sería una locura! ¡Con este mar!

Antes de que pudieran inmovilizarlo, el puño de Earnshaw se estrelló en el mentón de uno de los marineros. El hombre cayó, como si lo hubieran golpeado con un martillo. Entonces, todavía en lucha con los otros dos, pasó las piernas por encima de la baranda y... bien, ignoro lo que ocurrió con exactitud. Lo único que sé es que me quedé allí esperando con un recelo enfermizo, esperando el chapoteo que me indicaría que se había reunido con Betty.

Pero uno de los marineros debió de haberlo asido por el pelo o el cuello, cuando estaba a punto de saltar. Un oficial, que había estado impartiendo órdenes con un megáfono, se unió a nuestro grupo y la próxima cosa que vi fue a varios hombres que arrastraban a la cubierta, a un Earnshaw todavía empeñado en seguir luchando.

—Habría sido un suicidio, señor..., un suicidio seguro —gritó el oficial—. Detendremos el barco. Muchachos, ¡sosténganlo!

La señora Lambert permanecía allí, absolutamente inmóvil, lamentándose por su desamparo. De pronto estalló una barahúnda terrible y un alboroto. Escuché un sonido semejante al ruido sordo que surge en el interior de la cabeza cuando el dentista perfora una muela con el torno.

Un oficial, en respuesta a la pregunta de uno de los pasajeros, dijo con voz potente:

—Están dando marcha atrás... para detener el barco.

—Una mujer ha caído al mar...

Me había acercado a la señora Lambert y estaba haciendo todo lo posible para calmarla. El oficial se aproximó a nosotras y nos apartó de los grupos nerviosos.

—Por favor, señora, por favor, trate de reponerse —pidió a la señora Lambert, mientras sacudía su brazo casi con rudeza—. Es muy serio detener el barco, en estas condiciones. ¿Puede decirnos exactamente si... si vio a la joven cuando se precipitaba por la borda?

La señora Lambert clavó en la cara ansiosa y tensa del hombre unos ojos apagados y sin vida. Por espacio de un momento, temí que el golpe hubiera alterado su razón. Pero, de súbito, comenzó a hablar con cierta coherencia.

—El... la... arrojó por la borda —dijo, con lentitud—. Los vi mientras hablaban. Betty reía. El le envolvió los hombros con el chal. Parecía que se estaban despidiendo, de modo que me fui. En el preciso instante en que doblaba la esquina del corredor, oí ese chillido espantoso y escalofriante.

La señora Lambert se estremeció.

—Entonces escuché el chapoteo. Volví a toda prisa al lugar y vi el chal de mi sobrina, que flotaba en el mar. Corrí hasta la baranda y observé... o creo que observé... algo... abajo, en el agua. Fue sólo un instante. Después desapareció.

Se cubrió la cara con las manos.

—Pero el hombre, señora Lambert, ¿alcanzó a verlo? Traté de recordar —añadió.

La viuda tragó saliva y lo contempló con unos ojos enormes y horrorizados.

—Sí, lo vi —exclamó, con un matiz salvaje—. Corrió por la cubierta y se alejó de mí. Llevaba un sombrero con el ala caída sobre los ojos. Pero cuando alcanzó la puerta (esa que tiene la luz arriba), tuvo que volverse. Fue entonces cuando eché una ojeada a su cara. Tenía gafas con montura metálica, el rostro afeitado por completo, y un color muy tostado. Podría jurar que...

Tragó saliva otra vez, tras de lo cual su voz se hizo muy clara y distinta.

—...era el hombre que jugó al bridge con mi marido, la noche que lo asesinaron. El hombre que se llama a sí mismo... ¡Robinson!

No oí nada más, Davy. En ese momento llegó una camarera, la cual condujo a la pobre mujer a su camarote. Pero nada en el cielo ni en la tierra fue capaz de convencer a Jimmie de que debía retirarse. Se quedó allí, inmóvil, su alta estatura destacándose por

encima de la de los dos marineros británicos que se encontraban a su lado, con los ojos fijos en el océano, el cual, a la luz de los potentes reflectores del barco, se veía tan iluminado como el piso de un salón de baile.

El ruido rechinante y horrible de las máquinas comenzó a morir. El barco se detuvo. Al parecer, había retrocedido el doble de la distancia y supuse que nos hallábamos en un lugar próximo al sitio en el que Betty había sido arrojada por la borda.

Vi a Daniels, quien se dirigió a uno de los oficiales para formularle una pregunta.

—No, señor, no, hay una probabilidad sobre mil de que logremos rescatarla. Es muy posible que haya sido aferrada por las hélices. Pero tenemos la obligación de hacer todo esto por nuestro diario de navegación, señor, una mera formalidad...

Me alejé, sintiéndome enferma, Davy, como puedes imaginar. La idea de Betty sumergida en esas aguas oscuras y crueles... de su cuerpo joven y suave mordido por esas hélices despiadadas y triturantes... Y allí estábamos todos, de pie, como otros tantos maniquíes, impotentes..., incapaces de prestar la menor ayuda. ¡Una mera formalidad! Era demasiado. Por espacio de un momento, sentí la horrorosa tragedia que encerraba la situación, con tanta fuerza como la que debía experimentar Earnshaw. ¡Pobre Betty, pobre chiquilla, que temía los relámpagos y los truenos!

La cubierta ofrecía un espectáculo extraño, atestada como estaba de oficiales, marinero y pasajeros, estos últimos en diversas etapas del acto de vestirse o desvestirse. La repentina detención del barco, el ruido de las máquinas en su movimiento de retroceso y las frenéticas carreras de un lado para el otro, habían empujado a los más nerviosos a averiguar lo que ocurría. Por todas partes, se escuchaban palabras tranquilizadoras.

—No, no, señora, no corremos ningún peligro. Se trata nada más que de una mujer que ha caído al agua.

¡*Nada más* que una mujer que ha caído al agua, Davy! ¡Esto era todo! Y los que no habían conocido a Betty, estaban reunidos en pequeños grupos, y conversaban y lanzaban exclamaciones, como si todo ese horror sólo significara una emoción inesperada en su vida

de seres hastiados, un hecho excitante para ser almacenado como una exquisita golosina que reservaban para los amigos cuando volvieran a su país.

Mientras tanto, los reflectores esparcían grandes cintas de luz sobre el mar y ansiosos ojos escudriñaban las aguas... todo, sin ningún propósito. En ocasiones, se alzaba un grito lleno de esperanza, cuando una franja de espuma, o una cabrilla, o un remolino, tomaban el aspecto de una cara o una forma humanas, pero bien pronto el entusiasmo moría en un murmullo de frustración.

En cierto momento, Davy, me asaltó la idea de que no había visto a Adam entre el gentío. Supongo que me he habituado tanto a tenerlo en las inmediaciones, que doy por garantizada su presencia en torno a mi persona. Pero, después de observar con cuidado todas las cabezas calvas que se hallaban en la cubierta, me di cuenta de que ninguna pertenecía a Burr. Tampoco pude descubrir, con la excepción de Daniels, a ninguno de los comensales del capitán.

Como sintiera una urgente necesidad de hablar y de actuar, me acerqué al joven marinero al que Earnshaw había golpeado minutos antes. Se encontraba de pie junto a la baranda. En una mano sostenía un salvavidas y con la otra se acariciaba el mentón, donde recibió el impacto. Podría haber sido un modelo que posaba para un escultor, muy derecho, desnudo hasta la cintura, sus magníficos músculos tensos, por debajo de la piel suave y morena. A pesar del golpe que le había propinado Jimmie, parecía tan ansioso y alerta como los demás. Me sentí apenada por él.

Busqué en mi bolso, saqué un billete de cinco dólares y se lo extendí.

—Por favor, no le guarde rencor —pedí, al tiempo que señalaba a Earnshaw con un movimiento de cabeza—. La chica era..., era su novia.

El joven británico me lanzó la mirada desdeñosa de un par de ojos de color gris claro. Luego, sin dignarse siquiera tomar nota del billete, se volvió hacia el mar.

—No se preocupe, señorita —murmuró—, no hay nada que no sería capaz de hacer por un tipo que pega con la izquierda de la forma en que lo hizo él. Y si llegamos a descubrir a la joven que cayó al mar, no es necesario que él salte por la borda, puesto que

estoy listo para cumplir esa tarea. Tengo más posibilidades que él, pese a que es diez kilos más pesado que yo y cinco centímetros más alto.

Después de esto, Davy, me sentí tan inútil y deprimida, que me hundí en la silla más próxima y estallé en llanto.

Ignoro cuánto tiempo permanecí en tales condiciones, pero debí de haber resollado bastante, ya que, de pronto, tuve conciencia de una mano fuerte que sostenía debajo de mi nariz un pañuelo de tamaño considerable. Daphne Demarest estaba de pie a mi lado.

—¡Vamos, arriba los corazones! —exclamó—. Aunque Dios sabe que no hay muchos motivos para sentirse con ánimos. Sírvase un cigarrillo.

Me enjugué los ojos con el pañuelo y se lo devolví.

—¿Hay alguna novedad? —pregunté.

A manera de respuesta, se alzó el sordo gemido de la sirena del barco seguido por la vibración de las máquinas.

Habíamos retomado el rumbo.

—¡Pobre chiquilla! —refunfuñó Daphne—. Se ha ido, no cabe duda. Los camareros la han buscado por todas partes, pero la desdichada ahora está en un lugar en el que nadie podrá encontrarla. De acuerdo con lo que oí, al principio pareció que la señora Lambert había perdido la cabeza, pero, después de todo, estaba en lo cierto.

Suspiré.

—Bueno, supongo que habrá nuevos interrogatorios. ¡Oh, Dios! ¿Cuándo terminará todo esto?

—Hay un consuelo —replicó Daphne—. Ninguno de los pasajeros parece haber sospechado que se trata de un asesinato. Jennings me informó acerca de todo y estimo que a nuestros compañeros de mesa se les dirá la verdad. En cuanto al resto del pasaje, se hará correr la historia de que Betty estaba muy deprimida por la muerte de su tío y... bien... tuvo un accidente.

Daphne arrojó el cigarrillo al mar.

—Sin embargo —añadió—, creo que será cuestión de tiempo el que averigüen lo que pasó en realidad. ¡Oh, maldito barco!

El *Moderna* avanzaba con lentitud, produciendo una vibración angustiosa. Los gritos y el desorden habían cesado. No se escuchaba otro ruido que el girar de las hélices. Las cubiertas oscuras tenían

un aspecto tenebroso, tras el brillante despliegue de los reflectores, y los pasajeros, al parecer conscientes por primera vez de sus ropas íntimas, se escurrían hacia sus camarotes. Incluso el fiel marinero cubrió su torso desnudo con la blusa y se dispuso a bajar. La búsqueda de Betty había sido abandonada...

Sólo Earnshaw permanecía en su puesto, los ojos fijos en el mar, su chaqueta gris de *tweed* apelotonada en un charco a su lado. Me alegró no poder verle el rostro.

Entonces, el doctor Somers se le acercó y le tocó el brazo. Por espacio de unos segundos, se enfrascaron en una conversación seria. Al cabo, el joven cirujano se lo llevó consigo.

Por fin, bajé a mi camarote, Davy, y saqué mi diario, pero no fui capaz de escribir una línea. El pensamiento de Betty, luchando en medio de las aguas frías y oscuras, se negaba a abandonarme. Traté de dormir, pero tampoco logré hacerlo. El grito de la pobre muchacha me perseguía como un hechizo. Deseé con desesperación tenerte junto a mí, querido, para que me consolaras y protegieras, para que me rodearas con tus brazos y me estrecharas fuerte, muy fuerte...

De pronto, comencé a pensar en el desdichado Jimmie y cuán espantosamente debía sentirse. La visión fue tan intensa, que mi cabeza empezó a latir y tuve la certeza de que, si no lograba conciliar el sueño, enfermaría. De modo que busqué una botellita azul, la que me dio el doctor Klein cuando dejé el hospital, y tomé una dosis lo bastante fuerte como para proporcionarme diez horas de bendito olvido.

Pero, al fin, tuve una corazonada: de alguna manera, este segundo asesinato está íntimamente conectado con el anterior y, también de alguna manera, poseo la clave. No puedo encontrarla. No sé dónde está. Pero he de descubrirla antes de que toquemos tierra.

Cuando estaba a punto de hundirme en el sueño, Davy, decidí que este barco debe ser rebautizado.

Nunca más pensaré en él como en el *Moderna*. Para mí será siempre Asesinato.

En el camarote
Lunes, 16 de noviembre
22h 30m

Bien. Querido luché para arrancarme de la cama a la hora del té y encontré a los pasajeros jugando al tenis en cubierta y al tejo, como si nada hubiera ocurrido. El barco marchaba a buena velocidad, el tiempo era perfecto, y nadie parecía preocupado por la espantosa tragedia de anoche. El comprobar cuán poco importante es el individuo en el esquema general de las cosas, me produjo el efecto de una puñalada en el corazón. Nosotros vamos y venimos, pero los barcos tienen que cumplir sus horarios, es necesario programar diversiones para el público, y «el gran juego debe continuar». Y esto habría sido lo mismo si hubiéramos estado tú o yo en lugar de Betty.

Bien pronto se me unió Adam en el reducido rincón de la cubierta superior.

Su cara redonda estaba pálida y, si puedes, imagina una ciruela ojerosa y macilenta, Davy. Pero, como siempre, rebosaba información.

—Se han realizado investigaciones cautelosas entre los pasajeros que no estaban en la cama anoche, cuando se desencadenó el drama. Una mujer sostiene que ella *piensa* que vio a Betty charlando con un hombre cerca del lugar en el que la señora Lambert contempló a su sobrina por última vez. Sin embargo, ninguno, al parecer, observó cuando la pobre chica cayó por la borda, ni oyó el chapoteo, aunque todos deben de haber escuchado el escalofriante alarido, incluso los viajeros de tercera clase. Y el horrible hecho permanece en pie: Betty está en un sitio donde no puede ser encontrada.

—¿Dónde se hallaba usted en el transcurso de semejante episodio? —pregunté, al fin.

Adam me contempló muy de cerca y aclaró su garganta antes de responder.

—Bien, se me ocurrió que sería una oportunidad maravillosa para llevar a cabo una búsqueda personal de nuestro viejo amigo Robinson. Existen en un barco ciertos lugares, tales como duchas, lavabos y otros tan poco decorosos como ésos, en los que a nadie le pasa por la cabeza investigar. Pensé que el hombre podía haberse metido en uno de ellos, a manera de escondite temporal. Quise intentar la tarea de atraparlo con las manos en la masa, mientras los otros pasajeros estaban en cubierta. Incluso recorrí ciertos pasadizos. Pero, por desgracia, no vi ni oí nada sospechoso.

—Bueno —comenté—, al menos ahora sabemos que Robinson estuvo en un sitio definido, a una hora definida. Esto, con toda probabilidad, servirá para eliminar a algunas personas.

—No tanto como podría suponerse —replicó Adam desconsolado —. Casi todos nuestros compañeros de juego dicen que se hallaban en cama o en sus camarotes, cuando ocurrió el crimen. Pero el hecho la libra a usted de sospecha... y a mí.

—¿Cómo? —pregunté, con suspicacia.

—Bien, usted estaba en el salón de fumar con Earnshaw, en el momento del asesinato. Y, en cuanto a mí, está en condiciones de jurar, con la mano puesta sobre la Biblia, que me vio entrar y salir varias veces..., ¡por lo menos, dos!

—¡Oh, sí, por supuesto! Lo vi alrededor de diez minutos antes del grito, pero... —agregué con malicia— eso no prueba nada. Y ahora mi conciencia me susurra que debo bajar al camarote de la señora Lambert, para averiguar si puedo hacer algo por ella.

Adam me obsequió con una sonrisilla retorcida. Luego dijo, con bastante inconsecuencia:

—Bien, bien, querida, aunque se niegue a apoyar mi coartada, espero que aceptará ser mi compañera en el campeonato de tejo de la semana próxima. Anoté nuestros nombres.

—Lo siento —salté—, pero aún el tejo es demasiado violento para los puntos de mi herida. Lo veré a la hora de la comida.

Con esta exhibición de mal carácter, Davy, me alejé con destino al camarote de la señora Lambert. Te imaginarás que esa entrevista no me resultaba satisfactoria.

Encontré a Jimmie en la salita de estar. Recorría el reducido espacio de arriba abajo, como un tigre enjaulado. Estaba en mangas de camisa, sin afeitar, y sus ojos se hundían en las órbitas. Cuando entré, me miró con patética ansiedad. Creo que el pobre diablo todavía espera contra toda esperanza y contra lo que le dice la razón.

Dije e hice cuanto pude. No fue mucho. Luego me trasladé al dormitorio contiguo. La señora Lambert parece realmente enferma. Han destinado una enfermera para que la cuide. La segunda tragedia le ha otorgado un aire de tranquila dignidad y sentí que mi simpatía por ella era más sincera que antes. ¡Debe de haber sido un espantoso golpe! Me habló de Earnshaw con sincera emoción y me dijo que había hecho todo cuanto estaba en sus manos para que las cosas marcharan. Agregó que Betty se había mostrado nerviosa y asustada durante el día de ayer y que ella se preguntaba si ese estado de ánimo tendría algo que ver con el anónimo que había recibido.

—¡Un anónimo! —exclamé, entre jadeos.

—Sí. ¿No se enteró de que el señor Jennings lo encontró en su bolso?

—¿Qué..., qué decía? —pregunté, tratando de no parecer demasiado ansiosa en mi curiosidad.

—Bien, era una nota escrita en letras de imprenta y sin firma. Explicaba que el autor de la carta conocía al asesino del señor Lambert y añadía que si Betty se molestaba en acudir a estribor, es decir, a la cubierta B, a las veintidós y media, le comunicaría los detalles del caso. Eso es todo. Mi sobrina me dijo algo acerca de una cita, pero, por supuesto, le aconsejé que la rechazara. No logro comprender por qué fue, en contra de mis deseos. Es un completo misterio, pero supongo que pensó que no había peligro. ¡Pobre chiquilla, pobre chiquilla!

Al llegar a este punto, la enfermera intervino con una mirada de advertencia. Formulé unas excusas entrecortadas, diciendo que era hora de marcharme, pues debía vestirme para la comida.

Los integrantes de nuestra mesa estuvieron muy lejos de mostrarse alegres. Somos los únicos pasajeros que conocemos los hechos reales, tal como ocurrieron, y estamos al tanto de las dos horrendas tragedias. Casi todos nosotros desconfiamos los unos de

los otros o alimentamos un desagrado recíproco y resulta difícil que un estado de ánimo semejante conduzca a una conversación animada. Cuando acababa de iniciarse un desvaído murmullo, el capitán se puso de pie.

Se produjo un profundo silencio en el comedor, ni siquiera interrumpido por el tintinear de una copa o el golpeteo de un tenedor. Fue evidente que los pasajeros de las otras mesas esperaban algo espeluznante. Cincuenta pares de ojos se clavaron en el rostro del capitán, con ansiosa expectativa.

Fortescue pronunció un discursillo emocionado, el cual tendía a restaurar la confianza entre los pasajeros, otorgar al asesino una falsa sensación de seguridad, y evitar que se filtrara cualquier noticia de valor.

Explicó que un distinguido hombre de negocios había muerto de un ataque al corazón, durante la primera noche del viaje. Su sobrina, abatida en extremo por la desaparición de su tío, se había arrojado al mar. Todo eso era muy lamentable, muy triste, y estaba seguro de que los pasajeros se unirían a él en su condolencia por la desconsolada viuda y el novio infortunado. Sin embargo, se sentía en la obligación de agregar que la señora Lambert y el señor Earnshaw habían expresado sus deseos de que no se interrumpieran por su causa las actividades del barco. Ellos se daban cuenta de que muchos pasajeros hacían este viaje por razones de salud o por placer, de modo que rogaban que prosiguieran los deportes de cubierta, los campeonatos de bridge y otras diversiones, como de costumbre.

Un leve murmullo de aprobación y simpatía corrió por el comedor, cuando el…

En el camarote
Media hora más tarde

Davy, Davy querido acaba de ocurrir la cosa más sorprendente que es posible imaginar. Todavía me siento asustada, pero…, gracias a Dios, hay un fuerte cerrojo en mi puerta.

Estaba sentada en mi litera, escribiendo el diario. Eran cerca de las once y el barco se hallaba razonablemente tranquilo. Había terminado de consignar el discurso del capitán cuando me asaltó la idea de que debía de haber un ratón en mi camarote, puesto que escuché un débil crujido en el piso, algo casi imperceptible.

Bueno, Davy, tú sabes que detesto las cucarachas, aborrezco los murciélagos, ciempiés y arañas, pero no me ocurre lo mismo con los ratones. En consecuencia, no presté atención al ruido, cualquiera fuese su origen, y seguí escribiendo.

Entonces, cuando llegué a la frase: «…corrió por el comedor, cuando el…», hubo un leve silbido de aire y algo blanco se movió a través del piso. Al principio, creí que era una rata. ¡Horror, una rata *blanca*! ¡Era demasiado! Salté de la cama y descubrí en el centro de la pequeña alfombra una hoja doblada del papel que proporciona el barco.

La alcé con desconfianza y advertí al punto que contenía unos garabatos en letras de imprenta, casi ilegibles. Me dio la impresión de que su autor había tratado de trazar los caracteres con la mano izquierda, a fin de impedir el reconocimiento de su caligrafía. El resultado era un verdadero embrollo.

Mientras mantenía la hoja de modo que le diera la luz, con alguna dificultad leí lo que sigue:

> SIEMPRE QUE NO DESEE SEGUIR EL CAMINO DE BETTY LAMBERT, SE LE ACONSEJA QUE SE OCUPE DE SUS ASUNTOS Y DESTRUYA SU DIARIO.
>
> ROBINSON

Al principio, Davy, me sentí inclinada a estallar en una carcajada, ya que toda la cosa me pareció positivamente absurda. Sin embargo, poco a poco comprendí el significado real de la carta. Hace escasos minutos, ese espíritu maligno, ese individuo que se adjudica el nombre de Robinson, se arrastró hasta mi puerta y deslizó el papel en mi camarote. Mi cabeza debió de estar a medio metro de distancia de su mano, con sólo una delgada pared de madera entre ambas. El conoce la existencia de mi diario, mis actividades como detective, y me considera un enemigo. Incluso me hace el cumplido de tratarme como una persona a la que hay que

tener en cuenta.

Una repentina sensación de pánico me dominó. Toqué el timbre para llamar a la camarera y le pregunté si había visto a alguien merodeando en torno a mi puerta. Me contestó que no. Obtuve la misma respuesta del camarero Trubshaw, a quien ella consultó acerca del problema.

Sin embargo, Davy, alguien ha estado cerca de mi camarote en la última media hora, porque estoy segura de que la nota no se encontraba allí cuando me metí en la cama. Por primera vez, tuve la impresión cabal de que estoy envuelta en la tragedia. Ya no soy un espectador interesado, que contempla las cosas desde una distancia que no implica riesgos. Soy uno de los actores de un terrible drama humano y, siempre que no adopte las necesarias precauciones, corro el peligro de desempeñar un papel más importante de lo que reclama la propia seguridad.

Y éste es el tercer anónimo que figura en la presente crónica: el de Daphne, el de Betty y, ahora, el mío.

¡Quizá Robinson tenga una debilidad por el bello sexo!

De cualquier modo, como dije antes, gracias a Dios hay un fuerte cerrojo en la puerta.

En el futuro, te prometo que no confiaré en *nadie* y guardaré mi diario como lo haría con mis joyas.

A despecho de la excitación de anoche, Davy, dormí extraordinariamente bien y me desperté sintiendo mi mente sana en cuerpo sano, cosa que hace tiempo no me ocurría. Supongo que uno alcanza una cima emocional, la cual es imposible superar, y como en el transcurso de estos últimos días experimenté casi todas las sensaciones factibles en este mundo, cuanto me acontezca en el futuro me parecerá nada más que un divertido anticlímax. Y estoy segura de que me mostré muy tranquila y segura de mí misma, cuando me presenté en la oficina del comisario de a bordo, esta mañana después del desayuno, y le mostré el *billet-doux* que Robinson deslizó anoche por debajo de mi puerta de manera tan romántica.

Tan pronto como lo vio, Jennings saltó de la silla y dijo con ansiedad:

—Llevaremos esto al capitán en seguida, señorita Llewellyn, siempre que no le importe. El tiene la carta que encontramos en el bolso de la pobre señorita Lambert y supongo que le gustará comparar la escritura de ambas. Por mi parte, creo que es la misma.

Anduvo con tanta rapidez por los corredores y escaleras que, cuando llegamos a las habitaciones del capitán, yo estaba sin aliento. Mientras permanecimos junto a la puerta, a la espera de que nos invitara a pasar, juraría que escuché voces en el interior del cuarto. No obstante, debí de haberme equivocado, puesto que, cuando por fin entramos, Fortescue se hallaba sentado ante su escritorio y solo.

¿A quién no le encantaría ser el patrón de un trasatlántico, Davy? Nunca había visto en mi vida tanta solidez y comodidad. El camarote está amueblado con varios sillones profundos y blandos, algunos estantes para libros con novelas de detectives, suntuosas cortinas de color púrpura sobre una ventana en la parte posterior, una alfombra espesa y alegres cuadros en las paredes. En el lugar se advierte un toque hogareño, el cual me obliga a pensar que el contingente femenino que espera en Inglaterra tiene mucho que ver en el asunto.

El capitán Fortescue me saludó con mucha cordialidad y, sin la menor demora, Jennings le entregó la carta anónima y le explicó en pocas palabras cómo había llegado a mi poder. Una vez que el capitán la leyó, sacó un sobre de uno de los cajones del escritorio, el cual contenía la carta hallada en el bolso de Betty, después de su muerte. Por espacio de un momento, ambos las compararon en silencio.

—No cabe duda al respecto, señor —exclamó Jennings, al fin—. No se precisa ser un experto para descubrir que las dos fueron escritas por la misma persona.

Acepté su muda invitación, miré por encima del hombro del comisario y estudié los documentos. Incluso desde esa distancia, fue capaz de comprobar que la caligrafía era idéntica en los dos casos.

El capitán formuló toda suerte de preguntas acerca de la hora y de las circunstancias en que había llegado la carta. Después de decirle todo cuanto sabía, extrajo un plano del barco y nos pusimos a verificar la posición de los distintos camarotes ocupados. Por una extraña coincidencia, Davy, casi toda la gente que come en nuestra

mesa está en la misma cubierta, al igual que yo, y las respectivas cabinas se encuentran a una distancia de un tiro de piedra la una de la otra. De modo que no fue posible deducir nada de ello.

—Creo, señorita Llewellyn —dijo el capitán, al cabo de un rato —, que lo mejor será ordenarle a uno de los camareros que vigile la puerta de su camarote. Hay un cerrojo, ¿verdad?

Asentí con un movimiento de cabeza.

—Bien, no tema mostrarse demasiado prudente —me advirtió, al tiempo que me obsequiaba con una rápida sonrisa—. A propósito, ¿qué es ese diario, al que nuestro amigo Robinson se refiere de forma tan particular?

Le expliqué que estaba escribiendo un informe del caso desde el principio y agregué que, aunque me refería en él a todos los pormenores del barco, sólo había mencionado su existencia a la gente ligada de modo más íntimo a las dos tragedias. También relaté el episodio que ocurrió cuando dejé el libro en la sala de estar.

Tan pronto como terminé, el capitán volvió a sonreírme, esta vez casi paternalmente.

—Claro está, señorita Llewellyn, que me resulta difícil recordar que una muchacha tan joven y bonita como usted es también una conocida y famosa periodista, pero...

Bien, aquí estaba mi oportunidad, Davy. No es necesario que te diga que, en nuestra profesión, es imposible lograr cualquier cosa que sea, si no se posee una pequeña dosis de descaro, de modo que salté:

—¡Oh, capitán Fortescue! ¿No le agradaría dar a una chica una posibilidad? Permítame que envíe a mi diario un relato del caso. Lo prometo que seré prudente al máximo. Usted podrá censurar cada una de mis palabras. No ignoro que mi petición suena un tanto despiadada, pero sería tan importante para mi carrera... Jamás se me presentará una oportunidad como ésta.

Tras una pausa, añadí con voz zalamera:

—Y, además, ellos quizá encuentren alguna información que podría ser muy útil.

Pero el capitán sacudió la cabeza con expresión negativa, muy cortés, pero también muy firme.

—Escuche, querida —dijo—. Tengo una hija en Ealing. Ella

tiene más o menos su edad y también es ambiciosa. Usted me perdonará si le hablo de la forma en que lo haría con ella. No debo permitirle que se comunique con su diario, tanto por su bien como por el mío. No, no debo permitirle que lo haga. En realidad, no contamos todavía con ningún indicio que nos lleve a la certeza de cómo y por qué murieron esas dos infortunadas personas. No tenemos derecho siquiera a insinuar algo tan terrible como el asesinato y hacerlo a la faz del mundo. Cualesquiera sean nuestros puntos de vista privados, hemos de conservarlos para nosotros mismos hasta que sepamos algo más definitivo.

Suspiré resignada y le sonreí de la forma más filial de que fui capaz.

—Supongo que tiene razón —asentí débilmente.

—Sin embargo, estoy en condiciones de prometerle una cosa. Si logramos llegar al fondo de este terrible asunto, haré cuanto esté en mis manos para que usted envíe la primicia a su diario. Pero...

Echó una mirada al cronómetro que descansaba en su escritorio.

—En pago de mi promesa —añadió— deseo que usted haga algo por mí. Dispongo de cuarenta minutos antes de llevar a cabo mi recorrido de inspección. Me gustaría que me autorizara a leer su diario. ¿De acuerdo?

Me ruboricé como una adolescente boba.

—¡Oh, lo siento espantosamente! —tartamudeé—. Está escrito en forma de cartas... privadas. Hay párrafos destinados a... a una sola persona. No obstante, si usted está interesado realmente y estima que le servirá de ayuda, puedo leérselo. No me guardaré para mí nada que sea importante... sólo las partes personales y tal vez algunas de las descripciones.

El capitán asintió con un movimiento de cabeza y Jennings se puso de pie de un salto y muy galante ofreció:

—¿Quiere que vaya a buscarlo, señorita Llewellyn? —preguntó.

—¡Oh, no! Está bajo llave en mi baúl. No tardaré más de un minuto.

Corrí hasta el camarote busqué el manuscrito y volví con rapidez a la cabina del capitán. Sin perder un instante, me senté en el más muelle de los sillones y comencé a leer. Tanto Jennings como

Fortescue, que se habían provisto de lápiz y papel, hicieron copiosas anotaciones durante mi lectura. En verdad, ambos me escucharon con suma atención.

Ahora bien, puedes llamarme fantástica si tú quieres, Davy, pero estoy absolutamente segura de que, en dos oportunidades, cuando alcé los ojos de la página, vi que las cortinas púrpuras detrás de la silla del capitán... ¡se movían! Son cortinas pesadas y no soplaba la más mínima corriente de aire en la habitación, pero, a pesar de ello, algo las agitaba. Las volví a observar en cuanto tuve otra oportunidad y puedo afirmar que no me equivoqué.

Una vez que llegué al final, el capitán se puso de pie y exclamó con gran cordialidad:

—¡Magnífico, señorita Llewellyn! Es tan bueno como Conan Doyle o Rinehart. Me conmovió de tal manera que estuve a punto de olvidar que todo eso ocurrió en mi barco. Soy aficionado a las novelas policiacas, como usted puede ver.

Al decir las últimas palabras, señaló con la mano el estante de libros más próximo.

—Ahora supongo que debo tratar, todos debemos tratar, de desentrañar este acertijo.

—Capitán Fortescue —dije, de la manera más indiferente posible —, hablando de novelas de misterio, me pregunto si usted sería capaz de explicarme esas líneas escritas por el autor norteamericano más grande de novelas de ese tipo... tal vez el más grande que haya conocido el mundo.

El capitán me miró con una expresión de intriga, pero mantuve mis ojos clavados en la cortina que seguía moviéndose. Entonces cité las maravillosas líneas de Poe:

And the silken, sad, uncertain
Rustling of each purple curtain,
Thrilled me —filled me— with fantastic terrors,
Never felt before[1].

—Me temo que la poesía esté más allá de mis posibilidades, señorita Llewellyn —replicó el capitán, mientras sus ojos, siguiendo la dirección de mis miradas, se clavaban en las cortinas.

—¡Oh, muy bien! —exclamé, con descaro—. Si usted no quiere

decirme quién está detrás de las cortinas... Siempre que sepa que él se encuentra allí... o tal vez, ella. ¡Vamos, capitán Fortescue!

Sonrió, no en forma muy convincente, y su rostro adoptó un aspecto más serio cuando observó:

—Señorita Llewellyn, comencé a hablarle como si fuera mi hija. ¿Le importaría si continuara así por espacio de un minuto? Usted es una joven muy inteligente, pero le aconsejo, al menos en la presente situación, que no averigüe demasiado. Y que mantenga lo que sabe para sí misma. No confíe en nadie y no formule muchas preguntas. Si llegara a encontrarse en dificultades, siempre podrá recurrir a mí. Nosotros contamos con su cooperación y usted puede contar con la nuestra. Quizá le parezcamos lentos y pesados, pero no vamos a dejar piedra sobre piedra... Estamos avanzando a escasa velocidad pero con persistencia, de la forma que estimamos mejor. ¿No es así, Jennings?

El comisario de a bordo asintió con un movimiento de cabeza.

—Y no olvide —continuó el capitán— que en algún lugar del océano Atlántico, no muy lejos de nosotros, yace el cuerpo de una muchacha, una muchacha como usted, que ha sido asesinada, tal vez, porque sabía demasiado. En un camarote cerrado de la cubierta E está el cadáver de un hombre y... y... en algún rincón del barco se esconde ese Robinson... en algún rincón...

Pero en ese momento, querido Davy, lo interrumpí con una exclamación, me puse de pie de un salto y abandoné el camarote corriendo.

De forma repentina una idea irrumpió en mi cerebro, la cual no podía esperar. Necesitaba estar sola para considerarla.

En un principio me pareció titubeante y me produjo vértigos. ¡Era mi única contribución original a este caso! La última observación del capitán Fortescue la había hecho surgir en mi cabeza.

¿Eres capaz de conjeturar de qué se trata?

¡Oh, bueno! El asunto tendrá que esperar por espacio de un rato, puesto que acaba de sonar el gong que anuncia el almuerzo y me muero de hambre.

A bientôt chéri.

En el camarote
Martes, 17 de noviembre
18h 30m

Antes de volver al tema de mi idea, Davy, debo decirte que la señora Clapp me ha estrechado al fin contra su pecho. El desagradable incidente de la comida ha sido perdonado y olvidado y pienso que seremos en el futuro las mejores amigas del mundo.

Después de dejar al capitán, decidí que comenzaría mi campaña de sospecha y desconfianza evitando por un tiempo a mi viejo amigo Adam. En consecuencia, me pegué a Daphne después del almuerzo y fui a la cubierta con ella y la señora Clapp.

La ex Marcia Manners es realmente una persona notable. Tiene un sabor muy de ella, parecido al de un raro vino añejo o al gustillo de las manzanas primerizas de otoño. Es impetuosa, temperamental y un poco mordaz, pero, al mismo tiempo, una de las mujeres más entretenidas que haya conocido en mi vida. Podría escribir un volumen con las anécdotas y experiencias que narró esta tarde. Cuando intime con ella le pediré que me permita redactar su biografía... una bella y tranquila tarea para cuando hayamos iniciado nuestra vida matrimonial, querido.

La señora Clapp y Daphne mantienen una relación extraña pero conmovedora. Se conocieron durante la guerra, mientras la señorita Demarest era enfermera y Marcia Manners actuaba para los soldados. Cuando el joven señor Clapp murió, la primavera pasada, su viuda se sintió tan destrozada que recurrió a Daphne en calidad de profesional y de amiga. Han permanecido juntas desde entonces y, pese a su vida estelar y a sus triunfos, la actriz depende por completo de su compañera inglesa. En realidad, querido, Daphne Demarest no es tonta y lleva a la señora Clapp a su antojo de forma absoluta.

Después del té comencé a poner en práctica mi plan privado.

Ahora bien, Davy, ya te conté que la Idea surgió de súbito en mi cerebro, cuando el capitán Fortescue formuló su última observación. Se refirió al cadáver del señor Lambert y, en la misma frase, dijo que Robinson podía estar escondido. Bien, no olvides que registraron el barco de cabo a rabo... Si el individuo es una persona viviente, tiene que estar en *algún sitio*. No puede materializarse y luego desaparecer. Debe comer y dormir. La pregunta es: ¿dónde está?

¿Adviertes lo que irrumpió en mi mente, Davy? ¿Se te ocurre un lugar a bordo de este barco, en el que un polizón pueda sentirse a salvo, el único sitio al que nadie va y donde a nadie se le antojaría buscar de la forma ordinaria?

Davy, Davy, *Davy*, dime que tú también lo ves. Por favor, dilo...

¡Sí, querido, sí! El camarote vacío, en el que colocaron el cadáver del señor Lambert, una vez que el cirujano lo hubo embalsamado. (Recuerda que desean conservarlo para realizar una autopsia más prolija en Georgetown.) Por supuesto, la puerta estuvo cerrada todo el tiempo, pero supongo que no hay inconveniente en abrirla con la llave maestra. Y, aun cuando a nadie se le antojaría pensar que se pueda gozar de la vida en esa habitación especial, por lo menos representa un refugio seguro.

Y ahora me imagino que dirás que estoy loca perdida.

Eso es lo que con toda probabilidad opinó Jennings, cuando le esbocé mi esquema, hace alrededor de una hora, pese a su exquisita cortesía. La verdad es que decidí incluir a alguien más en mi proyecto y él me pareció la persona más adecuada. Es tan tranquilo y digno de confianza... tan sano... Por lo demás, supe que no tendría el valor necesario para llevar adelante las cosas por mí misma. Y existen razones obvias por las cuales no resulta aconsejable recurrir a Burr, o Daniels, o cualquiera de los pasajeros masculinos.

Cuando le comuniqué mis planes y le hice jurar absoluto secreto, Jennings al principio protestó, como es lógico si se tiene en cuenta su condición de comisario de a bordo.

—En verdad, no veo por qué ha de hacer estas cosas usted misma —observó—. Estimo que su idea acerca del probable escondite de Robinson es horrible, aunque razonable. Hasta donde alcanza mi conocimiento, a nadie se le había ocurrido. Es factible que obtenga las llaves, que obran en poder del doctor Somers, sin

mucho ruido. Pero... déjeme que examine el camarote solo. No es un trabajo para una joven.

—Señor Jennings —protesté—, ¿sería tan amable de dejar de comportarse como un inglés caballeresco? No soy simplemente una joven. Soy una periodista. Y el intento de persuadir a un miembro de mi profesión a alejarse de la escena de los acontecimientos es lo mismo que tratar de convencer a un pato a que salga del agua o a un gato a que deje en paz a los ratones. Esta idea es el único hijo de mi mente hasta la fecha, y deseo seguirla hasta la muerte. Además, me gustaría que fuéramos en mitad de la noche, para sorprenderlo dormido. Estimo que resultará menos peligroso que hacerlo durante el día.

Por fin, consintió. También él es joven y... temerario. Creo que lo atrajo el asunto de la primicia y sé que le gusto. Quizá se me haya ido la mano en el terreno de la persuasión. Espero que no, puesto que odiaría crearle dificultades. De todos modos, decidimos no compartir nuestros planes con nadie, excepto mi camarero, al cual le dará la orden de despertarme a la una y cincuenta de esta noche, o de mañana, para ser más exacta. Me reuniré con Jennings a las dos e iremos a explorar la morgue provisional, en la que yace el cadáver del señor Lambert. Llevará un revólver y dos linternas. En respuesta a sus exigencias me iré a la cama inmediatamente después de comer, a fin de emprender la expedición bien descansada y fresca. Presiento que no tendré muchos deseos de dormir, una vez que terminemos la investigación.

No temas por mí, querido. Saldré de esto sana y salva, puesto que Jennings me cuidará. Es terriblemente protector y maternal...

El camarero acaba de traerme una nota. Esta vez, gracias a Dios, no se trata de un anónimo. Los admiradores de Ornar podrían encontrarla bastante hermosa.

M. L.:

¿Por qué se ha divorciado del viejo e infecundo Adam para tomar por esposa a la hija de las tablas?

¿Acaso soy lo que Voltaire llamaría un limón «exprimido»? Si no es así, le ruego acepte mi invitación para tomar un cóctel antes de comer.

Muy esperanzado,

A. B.

¿Te has dado cuenta, Davy, de que el pobre Burr siempre sugiere una fruta? Creo que, en alguna encarnación previa, debe de haber sido un horticultor.

Bueno, dispongo del tiempo justo para compartir con él un trago, siempre que me vista en un periquete. Antes de que termine la noche, es probable que necesite todos los estimulantes artificiales que me sea dado conseguir.

Miércoles, 18 de noviembre
En mi camarote
Alrededor de las 3h[2]

Estoy escribiendo esto en parte para mantenerme despierta y, en parte para conservar la conservar la razón. De modo que si alguna vez llegas a leerlo, tendrás que sobrellevarlo conmigo. Pienso que, si me esfuerzo en revivir los horrores que he experimentado desde que escribí con alegría (¡oh, tonta de mí!) acerca de la necesidad de estimulantes artificiales, si logro enfrentar las cosas otra vez y contemplarlas en blanco y negro, seré capaz de exorcizar esta sensación de amenazante ruina. Al menos la tarea mantendrá mi mente en el pasado, en lugar del presente y, más aún del futuro aterrador. Trataré de ser coherente. Pero si tú supieras quién puede estar esperándome... ahora... delante de mi propia puerta... ¡Davy, dime que no es posible! Dime que, dentro de un rato, me despertaré y descubriré que todo no ha pasado de ser una horrible pesadilla. Estoy farfullando, a causa del terror, y temo mirarme al espejo de miedo de que mi pelo se haya vuelto blanco. No, no miraré. ¡Cuánto daría por encontrarme en casa y escuchar a tía Caroline que renquea hacia el baño, con sus pasos fuertes y tranquilizadores! ¡A cuántos años de paraíso renunciaría por tener tus brazos en torno a mi cuerpo y calmar estos salvajes latidos de mi corazón, contra el firme ritmo del tuyo!...

Más tarde

Me siento mejor. Tu recuerdo me hizo llorar y el llanto me

alivió. Traté de dormir… pero ¡no! No hay más camino que el de volver sobre los hechos y contarte la historia lo mejor posible y con calma. Cuando Trubshaw me llamó, a las dos menos diez, estaba dormida y sin el menor deseo de llevar a cabo mi ridícula decisión. Si no hubiera insistido en acompañar a Jennings, habría podido quedarme en la cama, sana y salva. Nadie sabrá con cuánto fervor anhelé que todo eso no fuera más que un mal sueño, una espantosa quimera, susceptible de ser olvidada mañana y siempre.

Pero lo que me dispongo a revelarte jamás se borrará de mi mente, si es que vivo para recordarlo. Y, desde que es posible que no vuelva a verte para contarte la historia con mis propios labios, debo escribir con rapidez, en la confianza de que mis palabras, al menos, lleguen a ti.

Cuando el camarero golpeó con discreción la puerta de mi camarote y me despertó, a las dos menos diez, me quedé acostada por espacio de un momento, reponiéndome y maldiciendo «mi olfato para las noticias». Entonces oí la voz de Trubshaw, que murmuraba a través de la puerta:

—El señor Jennings está listo. Dispuesto a seguirla cuando usted disponga. ¿Puedo hacer algo por usted, señorita, antes de que vaya?

No hubo ninguna advertencia, ningún presentimiento. En vez de ello sentí un agradable pinchazo de excitación, con un vigorizante matiz de miedo. Me puse un vestido y zapatillas de tenis y me dirigí a la oficina del comisario.

Jennings estaba fumando su pipa con toda calma. En la mesa que había a su lado descansaban dos tazas de café. Me saludó con gesto alegre, pero su cara de querubín parecía menos rosada que de costumbre y la mirada seria de sus ojos desmentía su aire despreocupado.

—Siéntese, señorita Llewellyn, y beba una taza de café —ofreció, al tiempo que empujaba una de las dos y encendía un cigarrillo para mí—. Disponemos de todo el tiempo que se nos ocurra antes de comenzar. No hay un alma que nos espere… tal vez con la excepción de nuestro amigo Robinson. Pero debo confesarle que soy un tanto escéptico al respecto.

Bebí un sorbo de café. Para mi sorpresa, descubrí que mis dientes se sacudían contra el borde de la taza de una manera tan evidente que Jennings debió de oír el ruido.

—Escuche —sugirió con tono paternal—. ¿Por qué no abandona esta búsqueda? Puedo ir solo y revisar el camarote. No hay necesidad de que me acompañe.

—¡Ton... ton... terías! —tartamudeé—. ¡Es... toy lo... ca por ir!

—Bueno, no corre prisa. Tomaremos algo que nos ayude a digerir el café.

Sacó una botella de coñac Tres Estrellas de un armario y sirvió dos medidas abundantes. Después de beber unos cuantos tragos, me sentí mucho mejor... otra vez dispuesta a vivir la aventura.

—¿Usted no ha conversado con nadie sobre esto, verdad? —pregunté con ansiedad.

—No. No me gusta obrar sin el permiso del capitán, pero usted me obligó a prometérselo y cumpliré mi palabra. Me costó algún trabajo conseguir que el doctor me diera las llaves del camarote, sin decirle con exactitud para qué las quería. Pareció que sospechaba en mí las intenciones más siniestras. Y tal vez le interese saber que usted estaba en lo cierto en cuanto a sus suposiciones. Aun cuando se registró el barco varias veces en busca de Robinson, nadie ha entrado en el camarote que nos interesa, desde que Somers lo cerró con llave, el sábado pasado. Por supuesto, no logro ver cómo pudo Robinson salir y entrar, pero existe una remota posibilidad de que sea carne y uña con algún miembro de la tripulación.

—¿Dónde está ese camarote? —inquirí—. Me parece un lugar muy extraño para guardar un cadáver. Sin duda, los vecinos podrían objetar.

Jennings alzó las cejas y bebió un sorbo de café antes de responder.

—No es el procedimiento habitual, señorita Llewellyn. Pero ocurre que todo este asunto es extraordinario, ¿no es así? Cuando alguien muere a bordo del barco, por lo general, arrojamos el cadáver al mar lo más rápido posible. En caso de que exista algún impedimento, depositamos el cuerpo en la sala de infecciosos de la enfermería. Pero uno de los muchachos de la repostería mostró una erupción bastante sospechosa, cuando acabábamos de dejar el puerto. El bribonzuelo quería llegar a Río de Janeiro y no dijo una palabra hasta que estuvimos en alta mar. El doctor Somers lo tiene en observación en la sala de enfermos contagiosos. Además, la enfermería del barco está en uso constante. No era lógico que

mantuviéramos un cadáver allí, por espacio de diez días. A todo esto se debe que el capitán Fortescue haya optado por un camarote vacío.

—Pero —exclamé—, no es *saludable*, señor Jennings. Un muerto, allí entre los pasajeros...

El comisario de a bordo me obsequió con una sonrisa y, sin embargo, estoy segura de que, en su interior, me maldecía por mi entrometimiento.

—¡Oh, vamos, señorita Llewellyn! No es tan malo como parece. El cadáver del señor Lambert está en la cubierta E, en el camarote N.° 213, para ser exactos, es decir, en una sección del barco casi desocupada actualmente. Teniendo en cuenta que el comercio ha disminuido, el barco navega muy ligero, y hay un buen número de cabinas que jamás necesitamos. Hemos despedido a varios camareros y mantenemos cerradas las secciones del barco que no se ocupan, a fin de ahorrar calefacción, electricidad y servicio. El camarote que la preocupa está a gran distancia del suyo o, si vamos al caso, del de cualquier otro.

De manera involuntaria, me estremecí. Entonces alcé mi copa y bebí el último sorbo de coñac.

—Vayamos —dije con decisión.

Jennings se puso de pie. Luego tomó un revólver de uno de los cajones de su escritorio y me alcanzó una linterna.

—¿Está segura de que desea acompañarme? —preguntó con seriedad—. El barco se mueve mucho y usted puede encontrarse con un duro topetazo en el camino.

—Guíeme, Macduff —cité (equivocada) alegremente[3], e iniciamos juntos nuestro viaje a las entrañas del *Moderna*.

AL principio Davy, fue bastante divertido. Los pasillos estaban iluminados y pudimos recoger una impresión extraoficial de la vida nocturna a bordo de un trasatlántico. Un trasnochador extraviado sin duda me confundió con su enamorada errante, pues pretendió trabarse en lucha con el fornido Jennings. Escuchamos pendencias de última hora entre marido y mujer. También llegaron a nuestros oídos horribles ruidos, los cuales demostraban —si es que se necesitaba alguna prueba suplementaria— que el barco se movía de

forma considerable para intensa incomodidad de un buen número de pasajeros. Las camareras iban y venían con recipientes en las manos y una mueca en los labios.

Poco a poco, dejamos atrás la primera clase. Los cadáveres, Davy, en apariencia viajan en tercera… una observación irónica referida a pasajeros ricos como el señor Lambert. Nuestro recorrido se hizo más precario. Pasamos por corredores muy estrechos, donde hombres sucios y medio desnudos, provenientes de la sala de máquinas, formaban corrillos aquí allí y fumaban unas pocas pitadas ansiosas, de forma febril, antes de lavar la costra sudorosa de sus cuerpos. Echamos una ojeada a las máquinas, esos enormes y pulidos gigantes, que nos conducen sin descanso a nuestro destino, indiferentes a las tormentas y a la tensión. Atravesamos zonas en las que reinaba un olor insoportable, el cual me recordó los recipientes de basura de antaño y vimos sombras pálidas que corrían hacia arriba, desde regiones por debajo de la línea de flotación, en busca de un soplo de aire puro. Se necesita del esfuerzo de toda esta humanidad heterogénea, Davy, para que un transatlántico llegue a puerto. ¡Cuán poco pensamos en esto, cuando nos sentamos para tomar sol en la cubierta superior!

Hablo de un trasatlántico. En realidad, el *Moderna* sólo tiene quince mil toneladas. Sin embargo, anoche me pareció que su longitud era de millas. Por fin, llegamos hasta una escotilla de grueso hierro, que Jennings abrió con un ruido áspero y rechinante. Después de cerrarla, penetramos en una atmósfera rancia, producto de los ventiladores detenidos, los ojos de buey cerrados y la falta de limpieza y atención.

Hasta ese momento nuestro recorrido había sido por lugares cálidos, bien iluminados y llenos de vida. Pero ahora nos sumergimos en una zona oscura y sin aire, vacía y silenciosa como una bóveda. Y no sólo era helada y triste, sino que en el ambiente reinaba una humedad terrible… un aroma de descomposición y de vejez que era tan opresivo como la misma podredumbre.

—No se asuste por el revólver —murmuró Jennings, en un terrorífico susurro teatral, cuyo objeto era el de parecer indiferente —. La primera cámara está cargada con un cartucho sin bala, de modo que, aun cuando llegara a dispararse por accidente…

—No le temo a nada, como no sea a las cucarachas —repliqué,

en medio de estremecimientos, cuando varias formas espectrales, grandes como monedas dé cincuenta centavos, comenzaron a escurrirse sin ruido ante el avance de nuestros pies.

Pero no bien acabé de decir estas palabras, Davy, me di cuenta de que estaba mintiendo. Tenía miedo de algo más. Tenía miedo de que alguien nos estuviera siguiendo. Porque, a medida que avanzábamos, escuché de forma distinta unos leves rumores en la zona de oscuridad que se extendía detrás de nosotros... rumores por completo al margen del batir del agua o de los crujidos del barco. Aferré la manga de la chaqueta de Jennings.

—¿Oye eso? —murmuré—. Sonó como si alguien hubiera abierto la puerta.

—Ratas —contestó.

Aunque no podía verle la cara, estoy segura de que sonrió para tranquilizarme.

—Eso es peor que cualquier cosa —repliqué en un susurro, mientras proseguíamos la marcha.

Cuando dejamos atrás una curva del corredor, el comisario de a bordo enfocó la linterna en los números de las puertas. De pronto, se detuvo.

—Número 213. Hemos llegado.

Sacó una llave y la hizo girar en la cerradura.

Entonces, cuando abrió la puerta, Davy, asaltó mis fosas nasales el aroma dulzón y enfermante del formaldehido, ese producto que se emplea para embalsamar y del cual se supone que detiene la descomposición y todos los horrores que de ella se derivan. Y, en ese mismo minuto, advertí que estaba frente a una de las cosas que, sin yo saberlo, me habían aterrorizado más en el proyecto de esta expedición... el *olor de la muerte*. Ese olor salió a nuestro encuentro como una presencia tangible. Invadió mi pelo, mis ropas, mi cuerpo entero. Fue casi abrumador.

Apenas había apelado a mis reservas de valor para entrar con Jennings en la habitación escalofriante, cuando la puerta se cerró de súbito, con un golpe seco, y no nos permitió hacerlo. Retrocedimos de un salto. Por espacio de un momento permanecimos en el corredor, sin habla e inmóviles.

—¡Dios mío! ¿Fue obra del barco o... es que hay alguien en ese camarote? —murmuré llena de terror.

—Pronto lo veremos —respondió Jennings, entre dientes.

Empuñó el revólver firmemente con la mano derecha, abrió la puerta de un puntapié y se dedicó a manosear con torpeza la llave de la luz. Se oyó un clic, pero no surgió iluminación alguna.

—¡Maldición! ¡Han quitado las bombillas! —exclamó.

El rayo de la linterna se movió por el cielo raso y por todos los rincones del cuarto.

—Debe de haber sido el movimiento del barco el que cerró la puerta. Aquí no hay nadie.

Oprimí el pañuelo contra mi nariz, entré en la habitación detrás de Jennings y procedí a examinarla. Era una cabina de buen tamaño que, en épocas normales, habría alojado a seis pasajeros de tercera clase. Pero ahora nada más que una litera se hallaba ocupada y, pese a que traté de no hacerlo, mis ojos volvían una y otra vez a la blanca y amortajada figura, rígida por debajo de la sábana. A los pies de cada grupo de literas había cortinas pesadas. Las descorrimos. No había nadie detrás de ellas. Por el ojo de buey vimos las olas que se precipitaban. El barco continuaba sacudiéndose y temblando. Me di cuenta de que la cosa que estaba en la litera había sido amarrada, para impedir que rodara al piso. Una sabia precaución. De súbito, sin ningún motivo particular, me puse a pensar en la más horrible de las historias de fantasmas: «La litera de arriba». Me asaltó una extraña y desagradable sensación de irrealidad.

Pero en este preciso instante se produjo algo más tangible —o más audible— que nos llenó de pavor. La espalda inclinada de Jennings se enderezó y él permaneció en una actitud expectante. De modo que, al fin, también el comisario había oído, había comprobado que alguien nos seguía y que los ruidos que escuchamos antes no eran simplemente… ratas.

Ninguna rata en el mundo es capaz de emitir un sonido semejante. Pueden hacer cosas extrañas, pero no *estornudan*. Y lo que yo había oído en el pasillo con toda claridad era un estornudo.

Corrimos hacia la puerta de forma simultánea y estuvimos a punto de chocarnos la cabeza cuando salimos al corredor. Vimos una luz vacilante en la curva y logré sorprender una figura blanca,

que desaparecía en la dirección contraria.

—¡Espere aquí! —ordenó Jennings y comenzó a correr hacia la luz.

Me quedé afuera de ese terrible camarote, demasiado aturdida para moverme. Había dejado adentro mi linterna y el pasadizo estaba oscuro. Reinaba un profundo silencio, sólo interrumpido por el leve murmullo de los insectos, la fuga ocasional de los roedores y el golpeteo de las olas contra el ojo de buey. Jennings se había perdido de vista. Me hallaba sola en las entrañas del *Moderna*.

Mientras estaba allí, Davy, comencé a experimentar una sensación de pánico ciego. Había tenido miedo antes, pero no era nada comparado con esta nueva conciencia de mi desamparo y terror. Sin saber a ciencia cierta lo que hacía, volví a entrar en el camarote y me puse a luchar con una idea que había irrumpido de repente en mi cerebro perplejo. Esa idea loca y fantástica era tan estremecedora, que me sentí más segura en el cuarto, a solas con un cadáver, que fuera en el pasadizo.

¡Supongamos que Jennings resulte ser Robinson!

Supongamos que me haya traído a esta parte aislada del barco, donde yo podría gritar hasta ponerme morada sin que nadie me oyera, para hacer conmigo lo que hizo con Betty Lambert. Y si Jennings es Robinson no hay nada de lo que no sea capaz.

Aunque no podía hallar ninguna razón específica que probara que el comisario de a bordo era Robinson, tampoco había nada que demostrara que no lo era, lo mismo que en el caso de cualquier muchacho u hombre joven de los que se encontraban en el barco. En mi imaginación febril vi esas lisas mejillas de color de rosa cubiertas con una capa de cosméticos para otorgarles la apariencia, de tostado de sol, esos ojos azul claro ocultos detrás de las gafas de montura metálica y ese pelo rubio teñido de castaño oscuro.

Por supuesto, mi primer pensamiento fue el de volverme y huir, alejarme todo lo posible de ese espantoso lugar. Entonces me acordé de ese laberinto de corredores, con sus innumerables recodos. Tuve la visión de mí misma errando de un lado al otro, perdida en las entrañas del *Moderna*. Mi sentido de orientación me había abandonado por entero. No me quedaba otro camino que permanecer donde estaba, aguardar y... esperar los acontecimientos.

Pegué un salto, enfoqué la puerta con la linterna, y corrí el

cerrojo. Al menos, Jennings no podría entrar al camarote hasta que me sintiera más tranquila.

Todo esto debe de haber trascurrido en tres segundos. En un esfuerzo para recuperar mi compostura, me senté de nuevo, a la espera de los pasos, a la espera de algo que rompiera el monótono rugir de las olas, el cual parecía intensificar la horrenda quietud y soledad del camarote.

¿Horrenda quietud? ¿Lo era, después de todo? Estaba comenzando a experimentar incómodas dudas con respecto a mi soledad. En algún lugar de la habitación se produjo un movimiento. Puedo jurar que allí había otra vida, aparte de la propia. ¿O se trataba nada más que de mis nervios? ¿Acaso lo que oía era el tumultuoso latir de mi corazón?

¿Era el rítmico aliento de un ser con vida, o —una nueva idea salvaje me golpeó—, tal vez, el cadáver?

¿Y si esa forma amortajada en el lecho no fuera el cuerpo del señor Lambert, sino... sino...?

Volví la linterna hacia la litera opuesta, con mano temblorosa. Por espacio de escasos segundos observé esa espantosa blancura. Pero, pese al centelleo y a los brincos de la luz, no vi promontorios en la sábana, ni siquiera la menor ondulación. Estaba tan rígida como la muerte misma.

Sin embargo, era necesario que me asegurara. En verdad, no contaba con el valor indispensable para retirar la sábana que cubría el cadáver y atisbar lo que ocultaba. Pero podía usar mis manos, para palpar lo que no me animaba a ver.

Coloqué la linterna en el lavabo, de modo que su luz no cayera sobre el cuerpo que estaba en la cama, y comencé a cruzar la habitación con lentitud. Pero, cuando llegué al otro lado, Davy, el barco se agitó con uno de esos prolongados estremecimientos, productos del esfuerzo y la tensión, y pareció que vacilaba en su avance, como si le dominara el miedo por lo que le aguardaba más adelante. El temblor me hizo perder el equilibrio, de modo que tuve que aferrarme al hierro para mantenerme en pie. De pronto, escuché un ruido sordo. La linterna cayó al piso y se apagó.

El camarote quedó sumido en la más absoluta oscuridad.

No grité, Davy. Por favor, recuerda siempre que no grité... por lo menos, entonces. Me limité a extender los brazos, a fin de

orientarme a tientas. Y, de pronto —¡Oh, Davy! ¿Lo olvidaré algún día?—, mi mano tocó algo suave... algo suave y blando.

¡Era carne humana!

Pensé que, a favor de la oscuridad, había retirado involuntariamente la sábana que cubría el cadáver y que, al parecer, estaba sosteniendo en mi mano la del señor Lambert. No obstante, antes de que tuviera tiempo de advertir el horror de tal contacto, sentí de pronto que esos dedos, esos dedos que imaginara muertos, se cerraban con lentitud en torno de los míos. Un puño firme como un tornillo apretó mi mano.

Fue entonces, querido Davy, cuando pensé que me volvía loca. Abrí la boca para gritar, pero sólo logré emitir un sollozo estrangulado. Traté de retirar la mano, pero mis músculos se negaron a obedecer las órdenes del cerebro. Mis sentidos estaban entorpecidos, mis piernas parecían haberse convertido en agua, mi cuerpo era una cosa débil e impotente. Me di cuenta, de un modo confuso, que iba a desmayarme. Alimentaba la esperanza de que pronto llegara el olvido.

En apariencia, llegó...

Lo que ocurrió después nunca lo sabré con exactitud, porque no recuperé la conciencia hasta que desperté aquí, en mi propio camarote, sola, tendida en la litera, con la puerta cerrada, aunque por supuesto sin cerrojo. Lo primero que hice fue correrlo, con la mayor rapidez. Tan pronto como acabé de hacerlo, ¡oh, Davy!, escuché... y esta es la parte que hiela mi sangre al punto de que casi no puedo escribir... escuché la voz de Adam Burr que me llamaba, del otro lado de la puerta. Su voz era tranquila, pero penetrante y hueca. Al oír ese sonido —Davy, ¿es que estoy enloqueciendo?—, todas las dudas y temores surgieron a la superficie. ¿Qué demonios hacía allí y a semejante hora? Todo cuanto fui capaz de hacer para no lanzar un chillido fue oprimir la mano contra mi boca, para impedir que saliera.

—Jennings ha ido en busca de una camarera —prosiguió la voz—. No tardarán en llegar. ¿Puedo?...

—¡No, no! —respondí, casi entre sollozos—. Por favor, váyase. No necesito a *nadie*. No quiero abrir de nuevo la puerta esta noche.

No puedo...

Volvió a oírse la voz. Sonaba extraña y lejana... o acaso estuviera perdiendo el sentido otra vez. Debe de haberme preguntado algo, porque de pronto pronunció mi nombre con ansiedad.

—Señorita Llewellyn, ¿está bien? ¿Desea que llame al doctor Somers?

—¡No, no! —repetí—. Lo único que quiero es que me dejen sola... por favor.

—Muy bien, querida, trate de dormir. Le prometo que nadie la molestará.

Un minuto después hubo otro coloquio junto a la puerta, cuando Jennings y Trubshaw llegaron con la camarera. Pero no permití que entraran. Les aseguré que no necesitaba nada y luego escuché que se alejaban por el pasillo de puntillas.

Sí, Davy, se alejaron de puntillas, pero, sin embargo, durante todo el tiempo en que he estado escribiendo no dejé de oír el rumor de pasos a lo largo del corredor. Davy, este corredor parece encantado. Por eso preferí sentarme aquí para redactar mi diario, en lugar de seguir el consejo de Adam Burr: «Trate de dormir.»

Ahora, querido observo una vez más, a través del ojo de buey que hay «una niebla gris en el rostro del mar y que está a punto de romper una gris alborada». La idea de un nuevo día me está llevando nuevamente a la cordura. En el transcurso de la media hora anterior no ha habido ruido de pasos y comienzo a sentirme a salvo... por lo menos, detrás de mi puerta con el cerrojo corrido. Esta sensación repentina de seguridad, querido Davy, después de esa horrenda agonía de miedo, es como el alivio que sigue al sufrimiento. Me siento tan poca cosa como me sentí hace tres semanas, cuando se esfumaron los efectos del éter, vacilante y enferma pero libre al fin de la tremenda crueldad del dolor.

Tal vez mañana tenga más coraje y me sienta capaz de reírme de todo esto.

Buenas noches, al fin, querido, queridísimo.

Sobre cubierta
11h

Buenos días querido Davy. ¡Bendita mañana! En medio de esta luminosidad solar, ni siquiera empañada por una nube, rodeada como lo estoy por una risueña multitud de gente vestida con trajes alegres, y por el bullicio despreocupado de un barco en plena diversión, los terrores de anoche no sólo se me figuran irreales y fantásticos, sino más ridículos que cualquiera de las experiencias que haya tenido en mi vida.

¿Mi insaciable instinto de periodista siempre me empujará a cumplir empresas tan temerarias como la expedición de anoche al camarote 213? ¿La irreprimible corriente irlandesa en mi sobria sangre de Gales continuará persuadiéndome a que emprenda esas hazañas locas? Si es así, ojalá los resultados impliquen una lección, al menos como ocurrió anoche, ojalá mi naturaleza esencialmente femenina e histérica me traicione siempre. Entonces, con el tiempo, antes de que me des el portante para siempre, tal vez aprenda a controlar esos impulsos.

Pero, como puedes ver, ya me he recuperado, desde el punto de vista físico y mental. La alegría llegó con la mañana. Mi curiosidad ha sido satisfecha y Mary ha vuelto a ser, en todos los aspectos y propósitos, ella misma otra vez.

Me imagino que estarás ansioso por saber lo que aconteció anoche, después que me dormí, y la razón por la cual Adam Burr dejó su lecho virginal, para desempeñar el papel de centinela, del otro lado de mi puerta, en las primeras horas de la mañana. Me enteré por Jannings y te aseguro que se trata de una real historia, querido. Lo malo es que me la perdí, por desmayarme en el momento crucial, como la gallina que soy.

A las nueve de la mañana, mi camarera me trajo té y tostadas. Me vestí con la mayor rapidez posible, porque deseaba conversar de

una vez por todas con el señor Jennings. Lo encontré en su oficina. Su aspecto era más desastroso que el mío, tras la expedición de anoche, pero pareció muy aliviado al verme y se reanimó de forma considerable cuando le aseguré que la experiencia no me había producido ningún daño. Por lo visto, mi persona pesaba en la conciencia del pobre cordero de manera opresiva.

Una vez que le dije todo lo que te he contado (omitiendo, por supuesto, la absurda sospecha de que él podía ser Robinson), procedió a relatarme lo que le ocurrió después que me abandonó para seguir, como una mariposa nocturna, la luz que desaparecía.

—Nunca seré capaz de perdonarme, señorita Llewellyn —comenzó, con entera franqueza—, por dejarla sola. Supongo que me sentí nervioso. Lo cierto es que, en cuanto vi la luz, pensé que al fin podría descubrir algo, de modo que me lancé a la caza de lo que fuere. Varias veces sorprendí relámpagos de la figura blanca, a la luz de mi linterna, pero no conseguía llegar lo bastante cerca como para averiguar su identidad. Pero estaba seguro de una cosa: el fulano al que perseguía, tenía tanta familiaridad con la conformación del barco como yo. Me llevó a un pequeño baile, pero a pesar de ello, al fin, logré arrinconarlo en uno de los cuartos de baño en desuso. Jamás podrá imaginar quién era.

—No conjeturo nada —contesté.

—Era Trubshaw.

—¡Mi camarero!

—Sí. El desdichado estaba medio muerto del susto, pero sólo me dijo, a manera de explicación de su presencia allí, que había ido en interés de la señorita Llewellyn. Bueno, eso me sulfuró un poco, como usted comprenderá, de modo que lo obligué a volver al camarote 213, a punta de revólver, decidido a que contara su historia frente a usted. Pensé que quizá usted le hubiera ordenado seguirla...

—¡Cielo santo, no! —exclamé.

Entonces, al recordar que desconfiaba de Jennings, cerré la boca y esperé que continuara.

—Cuando llegué a la cabina, puede imaginar mi sorpresa al descubrir que la puerta estaba cerrada con llave. Escuché un minuto o dos y, como oyera ruidos adentro, golpeé con toda mi fuerza y amenacé con disparar contra la cerradura si no abrían al instante.

La llamé por su nombre, pero usted no contestó. Fue algo terrible. De repente, escuché otra voz... La puerta se abrió y mis ojos se posaron en un hombre, el cual la sostenía en sus brazos...

—¡Oh, Dios! ¿Quién era?

—¡Puede preguntarlo, señorita Llewellyn! —replicó, con una sonrisa socarrona—. No sé a quién esperaba yo, pero no por cierto a la persona que se hallaba frente a mí. Era Adam Burr! Su cabeza calva brillaba a la luz de mi linterna y el pobre tipo se tambaleaba en su esfuerzo por sostenerla a usted y cerrar la puerta al mismo tiempo. ¡Se lo veía tan cómico en su bata recamada, haciendo el papel de hombre fuerte!

—Pero, ¿por qué demonios se encontraba allí? —pregunté, llena de incredulidad—. Jamás oí nada tan incongruente, como estar encerrada en un camarote con un cadáver y Adam Burr.

—Bien —prosiguió Jennings—, antes de pedirle a Burr una explicación de su conducta, era obvio que debíamos llevarla de nuevo a su cabina.

El comisario de a bordo describió cómo él y Trubshaw me condujeron a través de corredores oscuros e innumerables escotillas. (Te confieso que me sentí agradecida en nombre suyo al recordar que aún debo recuperar cinco kilogramos de mi peso normal de cincuenta y cinco.)

—El señor Burr también nos acompañó —dijo Jennings—, y...

En ese momento alguien golpeó la puerta y entró Adam. Su aspecto de cansancio era el peor de todos.

—¡Ah! Estábamos hablando de usted —dijo Jennings, con voz alegre—. Quizá le interese contarnos la historia de su vida.

Adam me miró, con unos ojos muy hundidos en las órbitas.

—Gracias a Dios que está bien —gruñó.

—¿Qué es lo que tiene que decirnos, señor Burr? —preguntó jocosamente—. ¿Le parece bien perseguir a una chica por todo el barco y encerrarla en un camarote vacío? ¿Cuál es su explicación?

Adam volvió su mirada de Jennings a mí, e hizo girar los pulgares.

—Bien —exclamó, por fin—. Jennings ya me ha escuchado, pero... si usted insiste... en realidad, es bastante simple...

Tras una pausa, continuó:

—Ayer y antes de ayer, Mary Llewellyn, me sentí muy preocupado por su actitud. Usted me evitaba con toda intención y era obvio que algo le rondaba por la mente. Ayer hablé con su camarero al respecto. Trubshaw se ocupó de mí durante mi último viaje en este barco, de modo que somos viejos amigos. Me contó lo relativo a su carta anónima. Bueno, para abreviar las cosas, le prometí algo —algo bastante sustancial— siempre que me mantuviera informado acerca de sus idas y venidas.

Se detuvo un instante y luego prosiguió, con un matiz de disculpa en la voz:

—Usted sabe, ya hemos perdido a una muchacha en este viaje y… y… ocurre que le tengo afecto, querida. Ambos estamos en estado postoperatorio y todo eso. Pero no quiero ponerme sentimental. Anoche, Trubshaw me comunicó su… proyectada expedición con Jennings. Le ofrecí…

El comisario de a bordo rezongó algo.

—Ese caradura tendrá que oírme —farfulló.

—¡Oh, no! —le contradijo Adam, con gran suavidad—. Ya le aconsejé anoche que no le creara dificultades, pobre tipo, puesto que si lo hace, su actitud le acarreará un problema delicado a usted mismo, John Jennings. Estimo que no le resultará nada sencillo explicar qué estaba haciendo a solas con una joven, a las dos y media de la madrugada, en las zonas desocupadas del barco. Ahora, le ruego que no vuelva a interrumpirme.

Adam se sentó a mi lado y luego prosiguió:

—Bien, decidí seguirla. Trubshaw tenía una linterna y me aseguró que conocía el camino. Debo admitir que con mi plan perseguía un doble fin. Deseaba vigilarla, querida, y, al mismo tiempo, compartir cualquier aventura excitante que nos saliera al paso. Llegamos a la curva, en la que usted sospechó que alguien la seguía. Entonces, después que ustedes penetraron en el camarote, no pude evitar un estornudo. Trubshaw, lleno de miedo, se volvió y escapó, dejándome en la más completa oscuridad. Me deslicé hasta la puerta marcada con el número 213 y oí que Jennings se precipitaba en la dirección contraria. Esto me proporcionó la oportunidad de observar lo que pasaba en la cabina, de modo que me arrastré al interior y me escondí detrás de las cortinas. Me di

cuenta de que usted estaba muy nerviosa, señorita Llewellyn. En consecuencia, decidí no asustarla aún más con el anuncio de mi presencia y esperar para hacerlo al regreso del comisario. Pensé que usted se limitaría a sentarse para aguardar la llegada de su compañero. Todo marchó muy bien hasta que usted comenzó a avanzar hacia mí. Entonces el barco se sacudió y su linterna cayó al suelo. Usted perdió el equilibrio, chocó contra mi cuerpo y aferró mi mano. Yo no tenía la intención de asustarla, pero… lo primero que supe después, fue que usted yacía helada e inconsciente en mis brazos y Jennings lanzaba las más horribles amenazas del otro lado de la puerta.

—Bueno —comenté—, usted es el primer hombre en mi vida que me ha atemorizado al punto de producirme un desmayo, pero no me cabe la menor duda de que actuó con la mejor de las intenciones. El camino del infierno…

—Exacto —asintió Adam—. Y pienso que nuestra expedición de anoche es un óptimo ejemplo de lo que obtendremos en el otro mundo, si no nos ocupamos de nuestros asuntos en éste. Bueno, ¿está todo perdonado y olvidado?

—Por supuesto.

Después nos dimos la mano y Jennings sacó una bebida llamada Amer Picón y todos tomamos un vaso como aperitivo, comprometiéndonos recíprocamente a guardar silencio y el secreto sobre los detalles de lo sucedido la última noche.

Una vez que Adam y yo salimos de la oficina del comisario de a bordo, Burr me susurró al oído:

—No le dije a Jennings que fue usted quien cerró la puerta, querida. Pero creo que sé por qué lo hizo…

—¡Oh, gracias! —murmuré, con un suspiro fervoroso—. Fue un impulso salvaje, nacido de la inspiración del momento. ¡Es un muchacho tan agradable y…!

Me interrumpió una voz que salía de la oficina del comisario de a bordo, la cual me llamaba. Le rogué a Adam que me esperara en la cubierta superior y volví a entrar. Jennings continuaba sentado en el lugar en que lo dejáramos. Una sonrisa maliciosa jugueteaba en las comisuras de sus labios.

—Pensé que quizá estuviera preguntándose por qué yo, en mi calidad de oficial, no di ningún paso con respecto a la

extraordinaria conducta observada anoche por el señor Burr.

—¡Oh, Me he estado preguntando un buen número de cosas en este barco —repliqué.

—¿No se le ocurrió la teoría de que, después de todo, pueda ser Burr el malo del drama?

—Se me ocurrió, pero sin embargo, en conjunto, me indino a pensar que es un caballero encantador y pasado de moda, sin ningún defecto excepto una leve e inocua tendencia a mostrarse dulzón y cariñoso con las muchachas.

Jennings sonrió y luego se echó a reír a carcajadas. Por fin, balbuceó:

—Anoche… anoche estuve a punto de arrestarlo. Pero… cuando Trubshaw y yo la conducíamos a su camarote, al llegar a una escotilla, el señor Burr se dispuso a alzarla. Entonces, penetró una corriente de aire que entreabrió su bata recamada y… y… bien, él volvió a ceñirla a su cuerpo con suma modestia, pero… pero… señorita Llewellyn…

El comisario se interrumpió, para aclarar su garganta. Luego prosiguió:

—En ese momento, vi algo que estableció su inocencia de una vez por todas, algo que hizo imposible para mí la creencia de que en él pueda existir el mal, señorita Llewellyn…

Bajó la voz, como si se propusiera decir algo escandaloso e impropio.

—*…Burr… usa… usa… camisón.*

Sobre cubierta
Miércoles, 18 de noviembre
17h

De modo que ahora, querido Davy, mi confianza en Adam ha sido restaurada, y hemos vuelto a las viejas bases. Adquirí de nuevo mi antigua posición de válvula de seguridad y él retornó a su papel de padre y confesor y tía solterona. Fue el relato del comisario de a bordo sobre su atuendo nocturno el que operó el milagro, Davy, puesto que, por mucho que lo intente, me siento incapaz de imaginar a un asesino en un individuo que usa camisón.

Me referiré a Adam más adelante. Antes debo decirte que, después del almuerzo, bajé a ver a la señora Lambert. Se muestra mucho más calmada y, cuando entré en su camarote, sostenía una animada y tranquila conversación con Earnshaw. Parece que le agradaría ofrecer una especie de recompensa por cualquier información que conduzca al arresto del criminal. En realidad, ha sugerido su propósito al capitán Fortescue, pero él todavía no se siente dispuesto a comunicar a los pasajeros de forma definitiva que, entre ellos, hay un asesino que mata a sangre fría. El viaje sólo ahora comienza a exhibir una atmósfera de alegría y descanso y es lógico que el comandante se muestre reacio a perturbar la serenidad reinante.

Earnshaw, por su parte, tiene un aspecto decaído y ojeroso. Hasta su apuesto bigote parece ajado y marchito. Observé que, varias veces, la señora Lambert lo miró de una manera muy particular, como si abrigara el temor de que el muchacho pudiera considerar una solución desesperada. Sin embargo, lo encontré extraordinariamente controlado y razonable, a despecho de su aire de profundo desaliento.

Cuando me fui, Jimmie me acompañó un corto trecho por el corredor. Le conté mis aventuras de anoche, omitiendo, por

supuesto, las distintas sospechas que surgieron en mi mente, con relación a las personas comprometidas. Me escuchó con un interés absorto. Una vez que hube terminado, dijo:

—Fue una idea espléndida la suya, señorita Llewellyn. Le confieso que he dedicado una dosis considerable de tiempo a ese Robinson, pero nunca pensé que sería conveniente buscar en ese camarote. Fue un tiro al azar, por supuesto, y en apariencia no condujo a nada, excepto... bien, debo decir que la presencia del señor Burr resulta bastante sospechosa.

—Ni usted ni la señora Lambert sienten el menor afecto por Adam Burr, ¿no es cierto? —inquirí, con la más pura inocencia.

—¡Oh, no tengo nada contra él! —se apresuró a replicar—. Nada en absoluto. Burr era rival del señor Lambert en materia de negocios, pero... tiene todo el aspecto de un viejo inofensivo. Sin embargo, espero que usted se cuide al máximo. Cuando pienso en lo que le ocurrió a Betty, yo... Me imagino que, por las noches, usted cierra la puerta de su cuarto con cerrojo, ¿verdad?

—De forma invariable. Además, el capitán ha ordenado a uno de sus hombres que vigile mi habitación. No tema por mí.

Me extendió la mano y, por primera vez desde la muerte de su novia, lo vi sonreír. Fue una sonrisa tan tierna, que sentí correr por mis nervios un leve hormigueo, el mismo que pudo haber experimentado Betty en parecidas circunstancias. Pero sólo fue algo muy, pero muy leve, querido.

—Usted también debe cuidarse —agregué—. Su aspecto es el de un hombre agotado.

Entonces, desenlacé mi mano, la cual descansaba muy tranquila en la de Jimmie.

Subí a la cubierta, donde bien pronto se me unió Adam. Alborotaba como un tren de carga en una vía muerta.

—Bien, ¿me ha perdonado? —preguntó—. ¿Le he probado, al fin, que pese a ser una ciruela vieja de cabeza pelada, su seguridad es algo importante y querido para mí? Si la respuesta es afirmativa, tengo varias noticias que tal vez le interesen. De manera incidental, le diré que le conciernen.

Nadie en el mundo. Davy, es capaz de resistir en este tipo de cosas, de modo que aseguré a Adam que era toda oídos.

—Bueno, por fin contamos con alguna información acerca de

Betty. No es mucho, pero es algo. Después del almuerzo, fui a ver a Jennings y le dije de una vez todo lo que pensaba de él, por haberla llevado a ese lugar repugnante, en medio de la noche. Jennings y yo somos viejos amigos, pero lo que uno puede permitir incluso a los amigos tiene un límite. Por último, él admitió que el mismo capitán le había ordenado que le permitiera a usted hacer su voluntad en todo, porque… porque, en apariencia, está mezclada a la muerte de Betty más de lo que supone.

Me enderecé en la silla con un salto.

—¡Mezclada! ¿Qué demonios quiere decir? Estaba conversando con Earnshaw, en el salón de fumar, cuando la pobre chica…

—¡Oh, no! No pretendo sugerir que esté bajo sospecha. No, no. Para arrojar a una muchacha como Betty, de cuerpo vigoroso, por encima de esa baranda tan alta, se necesita ser un hombre o, por lo menos, una mujer mucho más fuerte que usted. Pero, la noche de su muerte, le envió un mensaje.

—¡Un mensaje! Nunca lo recibí.

—No. Por desgracia, le pidió a un camarero que se lo transmitiera a eso de las nueve y usted no regresó a su camarote. Ocurrió así, aparentemente, aunque nadie lo sabe todavía… es decir, ninguno de los pasajeros, excepto usted y yo.

—Pero, ¿por qué no me dijeron nada? Se trata de un asunto que me concierne, puesto que el mensaje era para mí.

—No sea impaciente, querida. Le estoy contando las cosas. Bien, como decía, o para ser más exacto como Jennings decía hace una hora, Trubshaw, que es el camarero de los Lambert y el suyo, pasó delante de la puerta del camarote de ellos, alrededor de las ocho y cuarto. Oyó que alguien discutía y, de pronto, la puerta se abrió de par en par y Betty salió por ella con lágrimas en los ojos. Trubshaw escuchó las palabras que la chica dijo antes de alejarse: «No me importa lo que ustedes digan. Voy a hacer eso o algo parecido». El camarero es categórico con relación a las frases. Entonces, la muchacha se marchó a su camarote y cerró la puerta con cerrojo. Tres cuartos de hora o tal vez una hora más tarde, Betty hizo sonar el timbre de Trubshaw. La joven estaba en la cama, en medio de la oscuridad, y en su voz todavía sonaba el llanto. Le dijo que deseaba verla a usted, tan pronto como bajara a su camarote. Le entregó un dólar y le obligó a prometer que no diría una sola palabra del

asunto a nadie. Al mismo tiempo, le pidió que se pusiera en contacto con usted a cualquier hora, pues se trataba de algo *muy urgente*. Es una lástima que el mensaje no haya llegado a su conocimiento… usted podría haber salvado la vida de esa pobre niña. Después de esto, nadie la volvió a ver, excepto su tía, a las once de la noche, antes de que fuera asesinada.

—¡Qué espanto! —exclamé—. Me imagino que deseaba que la acompañara a esa cita. No es de asombrarse que la señora Lambert se preocupara y acudiera en busca de su sobrina. A propósito, ¿arrojó ella alguna luz sobre ese incidente?

—¡Oh, por supuesto! La señora Lambert se mostró muy trastornada, cuando se tocó el tema. Se acusa de no haber sido más complaciente con su sobrina. Parece que le preguntó a Betty qué pensaba hacer por la noche y la chica contestó que, en vista de que Earnshaw estaba tan ocupado, había decidido aceptar una cita en la cubierta. Su tía inquirió si era con usted y, por fin, Betty confesó que se trataba de un hombre. Su tía la reconvino con dureza, observando que no era la conducta más apropiada la de intimar con extraños, a escasas horas de la muerte de su tío. Por último, de forma muy tonta por cierto, le prohibió que acudiera a la cita, y Betty salió de la habitación después de decir las palabras que oyó el camarero.

—¿Pero el hombre? —exclamé muy excitada.

—Eso es lo más estúpido del asunto. Betty no dijo su nombre, ni nada acerca de él. Por supuesto, la mayor parte de esto salió a la luz a través del anónimo que se encontró después de su muerte… cuando era demasiado tarde. Pero lo curioso del caso es que Earnshaw se hallaba en el camarote cuando ocurrió la discusión, y uno piensa que, si hubiera tenido algo de sangre roja en las venas, habría insistido en que su novia se quedara con él, en lugar de dejarla ir a cubierta para que Robinson la arrojara por la borda. Siempre pensé que en ese tipo hay algo de gigoló…

—Nada de gigoló —protesté, con indignación—. ¿Cómo podía sospechar el peligro? Además, estaba horriblemente ocupado con los papeles del señor Lambert. Me lo contó él mismo.

—Sin embargo, su trabajo no le impidió pasar un buen rato con usted, por la noche.

—Tonterías. No deseaba otra cosa que hablar de Betty. Estaba

enamorado hasta las orejas de la muchacha y, con toda probabilidad, creía que se hallaba en la cama. Usted es un hombre tonto y desconfiado, Adam Burr. Está celoso porque Earnshaw es el individuo más atractivo que hay en el barco...

—¿Más atractivo que el uniformado Jennings? ¿Más atractivo que el muchacho para quien usted escribe su diario? ¿Más atractivo que... yo?

Por supuesto, no hubo respuesta para tan locas preguntas. Volví mis ojos al mar, al tiempo que encogía los hombros.

—¡Huuum! —susurró Adam a mi oído—. Me siento inclinado a pensar que la señora Lambert coincide con usted. Ella no es una jovencita, por supuesto, pero (y le ruego disculpe mis metáforas combinadas) se pueden tocar hermosas melodías en un viejo violín. Desde que la mujer se ha convertido en una viuda rica, Earnshaw se muestra muy atento con ella... muy consolador.

Lancé una carcajada, a despecho de mí misma. En realidad, Davy, este hombre es una vieja chismosa en mayor medida que la tía Caroline.

—¡La mujer del César! —exclamé—. Estoy avergonzada de usted, Adam Burr. Cuando se toca el tema de la virtud, usted es más cínico que un portero de París. Desconfía de Jimmie por la sencilla razón de que su pelo oscuro y su bigote le dan el aspecto del elegante malo del drama. Pero, aparte del hecho de que cuenta con una coartada perfecta en ambos casos, ¿me permite recordarle que nuestro malo particular tiene un rostro afeitado por completo, pelo castaño y gafas? En mi condición de detective en ciernes, no estoy interesada en Earnshaw, sino en Robinson y nada más.

—Bueno, eso me deja al margen por entero —dijo Adam alegremente.

Tras una pausa, añadió con un tono más serio:

—En realidad, las autoridades se sienten inclinadas a coincidir con usted en cuanto a Robinson. Están convencidas de que es un disfraz, es posible que se trate de uno de los pasajeros disfrazado, y que él y sólo él sea el responsable del asesinato de Lambert y del de Betty.

Me estremecí al comentar:

—En otras palabras, cada vez que me siento al lado de un hombre... en la mesa... en la cubierta... en el salón de fumar... mi

vecino puede ser Robinson. ¡Qué pensamiento tan agradable!

—Bien —replicó Adam, con petulancia—, he aquí una idea digna de aplauso. ¿Por qué no transformar el baile de disfraz de esa noche en una fiesta Robinson? Haremos que cada uno se vista como nuestro misterioso «individuo número 13» y otorgaremos el premio al que más se le parezca. Nosotros seremos los jueces. Es más que probable que el propio Robinson obtenga el cuarto lugar, como una vez lo obtuvo Chaplin en el transcurso de una fiesta en su honor. A propósito, ¿de qué piensa disfrazarse?

—De periódico, y ruego a los cielos que no sople mucho viento. Y ahora, si no tiene nada más que contarme, deseo dormir una siesta... como preparación para esta noche y reparación de anoche.

Adam se rascó la calva.

—Usted no se propone dormir la siesta, querida. Escribirá algo en su libro infernal. Pero tengo algunas noticias más. ¿Qué pensaría si le asegurara que la señora Clapp, la inimitable Marcia Manners, ha prometido representar esta noche un acto corto? Ni una palabra a nadie, por favor. Es importante. Jennings me lo comunicó en el más absoluto secreto.

—¡Qué bueno! —comenté, al tiempo que abandonaba la silla—. Si continúa siendo lo que solía ser, nos proporcionará un placer maravilloso. Eso sólo, valdrá el dinero que nos costó el pasaje! Bueno, le veré a la hora de la comida.

A continuación me escapé y cumplí la profecía de Adam, puesto que he escrito todo esto para ti, querido Davy, en lugar de dormir.

Sin embargo, todavía hay tiempo para una siesta.

¡Allá voy!

Sobre cubierta
Jueves, 19 de noviembre
19h 30m

Bien, Davy. Cuando vi a los pasajeros con sus ropas para el baile de fantasía de anoche, sentí que mi depresión se evaporaba. Después de los terrores, las caras largas y las expresiones de duelo de los días pasados, el ver a todos con aspecto alegre y festivo me produjo otra vez un alivio inmenso. Y el *Veuve Clicquot* con el que Adam nos obsequió durante la comida, fue una gran ayuda en la tarea de revivir nuestros espíritus. La decoración del barco era magnífica. Es evidente que las autoridades tratan de hacer todo lo posible para que olvidemos las dos tragedias aún sin solución, las cuales, a despecho de los mejores esfuerzos, todavía persisten en mi mente.

Nuestro viejo amigo Wolcott reapareció por fin, después de una indisposición de varios días. Vestía de monje medieval, un disfraz que se adapta maravillosamente a su sonrisa suave y a sus modales untuosos. No hizo más que decir: *«Pax vobiscum»* después de las observaciones formuladas por los otros, hasta que Daphne, una soberbia Britannia, lo amenazó con que le clavaría el tridente en caso de que repitiera la frase una sola vez más. Silvera, con el propósito evidente de acentuar sus orígenes pseudo españoles, llevaba un traje de torero y estaba muy moreno y arrojado. Me sorprendí compadeciendo al toro, cuando encontrara la mirada de sus ojos crueles y hermosos.

El pequeño Daniels floreció en una especie de Don Juan fanfarrón o de pirata, un traje que sólo servía para destacar su estatura diminuta y acentuar el tamaño y el esplendor de su Britannia, en torno de la cual revoloteaba sin cesar, como una gallina que ha incubado huevos de pato.

Un famoso psicólogo afirma que el traje de disfraz que uno

escoge representa la corporización de los deseos reprimidos. Si eso es verdad, la teoría se ajusta como un guante a Adam Burr, puesto que personificó a un hirsuto hombre de las cavernas, con una enorme maraña de crines en su cabeza calva, un ropaje indeterminado que escondía su vientre colgante, y unas manchas en sus piernas ahusadas, dispuestas con tal estrategia que ocultaban su palidez extrema y las hacían aún más delgadas. Su estribillo consistía en decir a cada mujer que se le ponía a tiro:

—¡Grrrr! ¡Grrrr! Soy Adán, ¿no le agradaría convertirse en mi pequeña Eva?

La señora Clapp vestía un simple traje de noche, de color negro, como de costumbre, aunque se nos dio a entender que se cambiaría más tarde, para interpretar el monólogo que nos había prometido.

Como siempre te muestras tan dulce y comprensivo con respecto a los trapos, querido, paso a describirte mi propio disfraz, el cual fue concebido no por su hermosura sino para facilitarme la tarea de negarme a bailar, sin insistir demasiado en los detalles sobre mi lamentado apéndice. A manera de vestido, llevaba una túnica holgada, hecha de diarios viejos, y en la cabeza, un gorrito impertinente en forma de tintero. Mi cuello de cisne se veía embellecido con un collar de estilográficas, enlazadas con la cinta del indicador automático. Ceñían mi cintura una serie de carretes de máquina de escribir, unidos con papel secante. Como puedes imaginar, el conjunto hacía de mi persona un objeto adorable.

Después de la comida hubo baile en el salón y te aseguro que resultó divertido observarlo, aunque sólo fuera para ver a Britannia ejerciendo su imperio sobre su ardiente Don Juan, o a Adam, el hombre primitivo, a la caza de las pasajeras más jóvenes, para albergarlas en su pecho acolchado. También Wolcott se me acercó, para solicitarme «el honor» de un baile, propuesta que rechacé al punto. Silvera permaneció muy pensativo en un rincón, fumando un cigarro y escudriñándolo todo con ojos ardientes.

Por espacio de un largo rato, la gente se entretuvo en hacer estallar un considerable número de globos y en arrojar serpentinas multicolores a la cara de los amigos. Luego hubo un intervalo. Estaba a punto de arriesgar la integridad de mi vestido en la cubierta ventosa, cuando Jennings anunció que Marcia Manners, la famosa actriz, nos obsequiaría con dos monólogos.

Nos apresuramos a trasladarnos al comedor, donde se había levantado un escenario tosco pero bien dispuesto. Adam me reservó un asiento en la primera y aguardamos con ansia la aparición de la señora Clapp, la extraña mujer morena, que en un tiempo había hechizado a príncipes y potentados con su mágico arte.

Davy, yo vi a Cornelia Otis Skinner, escuché embelesada la actuación de Ruth Draper, pero jamás imaginé que un monólogo podía ser tan bueno. En cierto sentido, no fue en realidad un monólogo, puesto que, de alguna manera muy sutil, se tenía la impresión de que el escenario se hallaba colmado de gente. Sin que dijeran una sola palabra, uno sabía exactamente qué hacían y pensaban, a través del soberbio e inimitable histrionismo de Marcia Manners.

En el primer drama corto desempeñó el papel de una mujer, presumiblemente de cuarenta años, la cual anuncia de forma caprichosa que ha decidido divorciarse de su rico marido. Sus amigas le ruegan que reconsidere esa imprudente resolución. Una de ellas explica que la necesita en varias comisiones. Otra, después de tiernas demostraciones de inagotable devoción, se muestra ansiosa de no perder las deliciosas comidas que su querida Agatha ofrece de manera tan encantadora y regular. La tercera, tras expresar una intensa solicitud, se ve obligada a admitir, por fin, que desea por sobre todas las cosas impedir la ruptura de su adorable enredo intelectual con el marido de Agatha.

Te aseguro, Davy, que fue una obra maestra de sátira cómica... una perfecta orgía de malicia inteligente.

El drama adquiere un tono algo más serio, hasta con un asomo de patetismo, cuando la hija, adolescente, con la dura franqueza de las personas muy jóvenes, señala que perderá prestigio en su medio social si sus padres se divorcian. Ruega a su madre que espere, por lo menos, hasta que alguien llamado Harold se le declare, o ella obtenga un empleo en el nuevo establecimiento de sombreros Lady Queenie. No hay una sola expresión de pena ante la inminente pérdida de la compañía de su madre.

Después de un encantador interludio con su perrito (Davy, juró que uno podía ver cómo meneaba la cola), aparece el marido. A partir de este momento, Marcia Manners desempeñó los dos papeles y fue alternativamente marido y mujer, por medio del simple

recurso de cambiar las inflexiones de su voz maravillosa.

Tras admitir varias infidelidades, de las cuales es evidente que Agatha no tiene la menor sospecha, él le implora que permanezca a su lado, alegando al principio que debe hacerlo por el hogar, los hijos y las apariencias. Por fin, confiesa que ella es la única mujer en el mundo junto a la cual la vida le resulta agradable y, cuando las cosas están a punto de resolverse en una crisis, Agatha anuncia con toda calma que jamás acarició la menor intención de dejarlo y concluye con las siguientes palabras:

—Llega un instante en la vida de toda mujer en el cual ella desea saber con exactitud cuál es su situación, con respecto a su marido, sus hijos y sus amigos. Pensé que ésta era la mejor forma de descubrirlo. Y ahora, querido, espero que me lleves a las Bermudas el mes próximo. ¿Sabes?, para entonces festejaremos nuestras bodas de plata.

Recibió una ovación impresionante. Quienes la recordaban en sus mejores tiempos golpeaban los pies con un entusiasmo de tal naturaleza que pensé que nos precipitaríamos en la bodega... o en el lugar que se extiende por debajo del comedor. Incluso los más jóvenes, para quienes la exquisita actriz no pasa de ser un nombre y en cuyo honor se gastó de manera dudosa una buena parte de su gentil ironía, gritaron su aprobación con vociferaciones tan estruendosas que no fue posible desconfiar de su sinceridad.

A los dos minutos Marcia Manners reapareció, para entregarnos una obrita deliciosa acerca de una anciana que se ve privada de sus ingresos, a causa de la depresión, y no acaba de decidir con cuál de sus numerosos parientes vivirá en el futuro. No me propongo aburrirte con el extenso relato del argumento, Davy; sólo te diré que al fin opta por el más pícaro de sus hijos, una elección desacertada desde cualquier punto de vista, simplemente porque los calcetines del muchacho necesitan zurcidos y él siempre la invita a copas y cigarrillos, como si la anciana tuviera cuarenta años en lugar de ochenta y cinco.

Mientras estaba sumida en el más completo asombro ante la forma notable en que Marcia Manners sabe disfrazar su edad, su voz y su personalidad, una voz familiar dijo a mis espaldas:

—¡Dios mío, pensar que alguien capaz de actuar de esta manera haya sido lo bastante loco como para abandonar el escenario y

casarse con un hombre de apellido *Clapp*!

Era Earnshaw. Observaba el escenario vacío, con ojos brillantes. Llevaba la ropa de diario y era evidente que había abandonado su camarote nada más que para ver a Marcia Manners. También era evidente que no se había sentido defraudado.

—¡Oh, señor Earnshaw! —exclamé—. ¡Qué grande es esta mujer! Me alegra que no se perdiera el espectáculo. ¿Qué le parecería un poco de aire fresco en la cubierta, ahora que va a comenzar el baile otra vez?

Me volví a Adam.

—Sé que se está muriendo por bailar, Adam, y allí hay una manzanita rubia que sólo espera que alguien la tome.

—¡Grande! —me hizo eco Earnshaw, cuando la fría brisa del océano abanicó nuestros rostros acalorados—. ¡Grande! ¡Esa es la palabra!

Tras una pausa, agregó con cierta reminiscencia:

—¡Pensar que una vez imaginé que yo sería capaz de actuar! Es la primera vez en dos días que la pequeña Betty ha dejado de rondar por mi cabeza, aunque sólo sea por un minuto. ¡Pero esa mujer hace que uno se olvide de cualquier cosa!

Asentí con una sonrisa de simpatía y me senté en la tumbona, con mucho ruido de papel. Jimmie alzó un fragmento de mi vestido y estudió las noticias de la bolsa, en las columnas financieras que hacían el papel de mangas.

—¿De qué está disfrazada? —preguntó con indiferencia.

—De periódico. Pero no se alarme si esas cifras muestran que las acciones están en baja. Por lo que sé, pueden tener años de antigüedad. Recogí los diarios al azar en la oficina, antes de partir.

Sonrió con gesto de cansancio.

—Usted es reportera, ¿verdad? —preguntó con cortesía, aunque sus ojos estaban fijos en el mar.

—Prefiero que me llamen periodista, pero espero resultar encantadora por cualquier otra razón.

—¡Oh, por supuesto, ahora recuerdo! Alguien me dijo, creo que fue Jennings, que está escribiendo un diario sobre lo ocurrido a bordo de este barco, respecto a... a... la muerte del señor Lambert y...

—Casi correcto —respondí—, pero se trata de algo hecho al

azar. Lo hago para entretenerme y entretener a un amigo… el hombre de quien le hablé la otra noche… Por eso no pretende ser ni exacto ni científico.

«Entretener» fue una palabra desafortunada, querido Davy, si se considera con quién estaba conversando. Sin embargo, pareció que Earnshaw no captaba su significado, puesto que se inclinó con ansiedad hacia mí y dijo:

—Ha de saber, señorita Llewellyn, que estos últimos días me he sentido trastornado hasta tal punto que por momentos llegue a creer que perdería la razón. No he sido capaz de pensar con claridad y coherencia y, sin embargo, elaboré, o al menos así lo estimo, una teoría… una teoría bastante plausible. Hasta donde sé, nada ha ocurrido que la desacredite. Se refiere al hijo del señor Lambert, del que se supone que está en América del Sur. Por supuesto, no estoy en condiciones de afirmar nada definitivo. Tendré que pensar un poco más los detalles y verificar ciertos aspectos del caso. Me pregunto si me concederá la oportunidad de leer su diario con usted, a fin de buscar en sus páginas algo que pueda apoyar mi idea.

No contesté, Davy, debido a que, en ese instante, escuchamos algo que nos obligó a enmudecer y a retener el aliento. La orquesta había dejado de tocar unos minutos antes y advertí que una pareja, que también había salido a la cubierta, estaba sentada no lejos de nosotros, detrás de un toldo que la ocultaba a nuestra vista. Como nadie los observaba, no se daban cuenta de que se los podía oír. La primera frase fue lo bastante significativa como para atraer nuestra atención:

—*Esto no debe continuar. ¡No me siento capaz de soportarlo!*

La voz pertenecía a la señora Clapp. El tono era de agonía. La respuesta fue inaudible y, sin la menor duda, provino de alguien que no había sido adiestrado para actuar en grandes teatros. Luego la señora Clapp continuó:

—Pero yo creí que contaría siempre con su apoyo. Cualesquiera hayan sido mis faltas en el pasado, nunca imaginé que ellas podrían separarnos.

Aunque tanto Earnshaw como yo forzábamos el oído, no

logramos distinguir la voz del interlocutor de Marcia Manners, la cual volvió a hablar.

—Usted es la única persona por la que en realidad me he preocupado. La única persona que entiende a Alfred y sabe lo que pasé por él. La única persona...

La orquesta irrumpió de nuevo y ya no pudimos oír nada más. Jimmie se puso de pie de un salto y trató de averiguar con quién estaba conversando la señora Clapp. Cuando regresó a mi lado, murmuró lleno de excitación:

—No descubrí nada, pero la charla fue muy, pero muy interesante, señorita Llewellyn. Se ajusta a la teoría de la que le hablé hace un rato. Tal vez no le sorprenda el saber que el joven Lambert se llama Alfred.

—Lo mismo que su padre —susurré.

En ese momento vi a Adam, quien se acercaba a nosotros, balanceando los brazos, en una supuesta imitación de un gorila.

—Quiero mi periódico —gritó, con voz de ebrio—. Hasta la válvula de seguridad de un hombre primitivo...

Earnshaw se disculpó con toda cortesía y, antes de irme a la cama, volví al salón con Adam para observar a los bailarines. La señora Clapp, que parecía tener nada más que treinta años, valseaba con Jennings. Había conservado su traje de escena, de rutilante lamé plateado, y no quedaban trazas de su aflicción y dolor. Sonreía alegremente a diestro y siniestro, cada vez que la gente la felicitaba por su actuación. Era increíble que fuese la misma mujer que había protagonizado la escena que oyéramos en la cubierta, sólo unos minutos antes.

Daphne estaba sentada en un rincón, en compañía de Daniels, su tridente y yelmo abandonados, con el aspecto de una Britannia acalorada y marchita. El señor Wolcott, que abandonó el baile, se dirigía al salón de fumar, con tres hombres de negocios, ligeramente bebidos. A Silvera no le vi por ninguna parte. Sin duda, la fiesta había perdido algo de entusiasmo. En la sala reinaba un calor sofocante.

—Volvamos a la cubierta —propuse a Adam—. Su frente febril necesita refrescarse y, si no respiro en seguida una buena dosis de aire puro, tendrá que actuar de acuerdo con su disfraz y llevarme desmayada.

Salimos y nos sentamos en las dos sillas que habíamos ocupado Earnshaw y yo. Adam encendió mi cigarrillo y, por espacio de unos minutos, contemplamos el cielo estrellado, sin hablar. La noche estaba en calma y el movimiento del barco apenas era perceptible.

—Dentro de un día o dos veremos la Cruz del Sur —observó Adam, con pereza—. El domingo llegaremos a Georgetown.

—Gracias a Dios —repliqué—. Al menos será un breve respiro y tendremos tierra sólida debajo de nuestros pies, por un tiempo. Estoy enferma de luchas, asesinatos y muertes repentinas.

Entonces le conté la conversación que había mantenido con Jimmie y lo que ambos habíamos escuchado.

—¡Un minuto, un minuto, frene los caballos, querida! —exclamó Burr, una vez que hube terminado de ampliar el tercer monólogo de la señora Clapp—. Hay un pequeño punto que usted debería recordar, antes de transcribir todo esto en su diario. El marido de Marcia Manners, el lamentado Clapp, también se llamaba Alfred. Ella es, era, o ha sido la esposa de Alfred Clapp. Estoy seguro de ello.

—¡Por Dios! —protesté—. Parece haber un número indecente de Alfred en este asunto. Además, ¡qué nombre horrible!

No había terminado de decir las palabras que anteceden cuando dos personas salieron a la cubierta y se sentaron en las sillas que ocuparan la señora Clapp y su desconocida compañía, un rato antes. Puedes imaginar mi asombro al descubrir que eran Daniels y Wolcott, a los cuales había visto apenas unos minutos antes con otras personas. Esos dos enemigos irreconciliables ahora se hallaban sumergidos en una apasionada discusión.

Cualquiera que sea tu opinión sobre el fisgoneo, querido Davy, debes admitir que, después de las experiencias sufridas a bordo del *Moderna*, cualquier cosa resultaba justificable. Todas las armas están permitidas en el amor y en el asesinato, de modo que Adam y yo aguzamos el oído para escuchar en la medida de lo posible. Por fortuna, la orquesta tocaba muy suavemente.

La voz del señor Wolcott dijo:

—Usted no tiene un adarme de evidencia en contra mía, Daniels, ni un adarme.

(Era evidente que se sentía orgulloso de su vocabulario.)

—¡Oh! ¿Que no tengo? ¿Que no tengo? —replicó el pequeño

cockney, con un matiz belicoso—. Podría hacer que las cosas se tornaran tan feas para usted, Wolcott que, si comenzara a decir lo que sé, usted desearía seguir a Betty Lambert en su salto mortal. Una sola palabra de mi boca y los pasajeros de este barco lo destrozarán miembro por miembro.

—Tonterías, Daniels. Usted exagera.

Aun en la distancia, pude percibir un leve temblor en los tonos untuosos de Wolcott.

—Sabe muy bien —continuó— que no puede hacer nada y, aunque pudiera, no lo haría en consideración a la línea de vapores. Un escándalo del tipo que usted sugiere arruinaría la reputación de este barco. ¡Los cielos saben que es bastante mala en este momento!

Hubo una larga pausa, antes de que llegara la respuesta de Daniels.

—Admito que no me conviene decir lo que sé, en el momento actual. En realidad, no vacilaría en olvidarlo todo… con una condición. He estado pensando en algo, que quiero proponerle. Es un negocio sucio, pero…

Aquí la orquesta comenzó a sonar con más intensidad y sólo logramos oír fragmentos de la conversación. Era una perfecta locura, querido Davy, porque oí con toda claridad que pronunciaban mi nombre una o dos veces… Entonces, pesqué la voz de Daniels, que decía:

—Ella ha escrito un diario acerca de todo el asunto… incluso las partidas de bridge… usted tiene que hacerlo, Wolcott… es la única manera…

Y, luego, Wolcott:

—En exceso peligroso, Daniels… la señorita Llewellyn… es una periodista… crimen… horrible.

Por fin, ya no pudimos escuchar nada más, puesto que el baile terminó y varios pasajeros salieron a la cubierta. Adam y yo nos miramos el uno al otro y, a continuación, eché una ojeada al reloj. Eran las once y media.

—Hora de irse a la cama —observé—. Buenas noches, Adam. Lo veré en un rompecabezas.

Me fui. Estaba demasiado cansada para discutir los últimos acontecimientos.

Pero antes de acostarme, Davy, tomé una decisión que debo

llevar adelante. Hay mucha gente interesada en este diario. Un número excesivo. Bien, ahora descansa en la caja de hierro del capitán. Lo llevé esta mañana y no pienso permitir que vea la luz del sol hasta que lo envuelva y te lo envíe desde Georgetown. Ni Earnshaw, ni Adam, ni Jennings lograrán convencerme de que lo retire de donde está. No he comunicado a nadie mi resolución, ni pienso comentarla con un alma. Cada vez que termine uno de mis capítulos iré en busca del capitán Fortescue y lo pondré en sus propias manos, para que lo guarde en la más absoluta seguridad.

Y esto es todo, querido Davy.

Sobre cubierta
Viernes, 20 de noviembre
14h 30m

A esta altura del viaj, Davy, lamento que tía Caroline no haya persistido en su idea primitiva de acompañarme. Tengo necesidad de una mujer, alguien en quien pueda confiar de forma completa y absoluta. Daphne está demasiado cerca de la señora Clapp y la señora Lambert se halla absorbida por su pena. En cuanto a las otras mujeres de a bordo, se han mantenido con todo cuidado al margen de las complicaciones criminales y, de todos modos, no hay entre ellas un cerebro que valga un centavo. Por momentos siento que voy a enloquecer, si he de pasar el resto de mis «vacaciones» odiando a todos los que me rodean y sospechando de ellos.

En otro orden de cosas, existen tantas corrientes y contradicciones que no puedo evitar el pensamiento de que el *Moderna* pronto comenzará a girar como un trompo y será tragado por el océano, en un gigantesco remolino. Faltan menos de tres días para que lleguemos a Georgetown. Después de esto, el asesino Robinson probablemente se convierta en un mito y los fantasmas del señor Lambert y de Betty gemirán sobre el Atlántico, sin que nadie los vengue en toda la eternidad.

¡Qué agitada me siento! Pero volvamos a los hechos que supe esta mañana por boca de Adam, el más infatigable de los buscadores de primicias. Hay algo que sostiene de forma definitiva. Las autoridades del barco apoyan la teoría (conocida a través de Jennings) de que, sin lugar a dudas, Robinson asesinó al señor Lambert y a Betty; que se trata de un disfraz; que es un pasajero o un miembro de la tripulación; y, por último, que nadie ha propuesto ninguna teoría decente en materia de móviles. Se han enviado radiogramas al cuartel general de la Policía en Nueva York, pero no se ha recibido ningún dato que arroje nueva luz sobre el problema.

Las posibilidades que se derivan de la personalidad de Robinson son tan numerosas que no vale la pena considerarlas. Hay más de cien hombres a bordo y sigo manteniendo que «él» podría ser una mujer. El aspecto más curioso de todo esto es que las personas con las cuales resulta más difícil identificar al culpable que buscamos son en definitiva las que han actuado de forma sospechosa. Me refiero, por supuesto, a Daniels y a Wolcott, cuya conversación de anoche nos llenó de intriga a Adam y a mí.

Esta mañana estábamos conversando acerca del tema en el salón de fumar, cuando ambos entraron juntos, más amistosos que nunca, y se pusieron a jugar al bridge con otros dos pasajeros, un tal Hirsch y un tipo llamado Stutton, el cual no habla una palabra con nadie. Jugaron por espacio de media hora y luego Wolcott renunció a continuar y salió de la habitación. Al cabo de diez minutos regresó y se acercó a Daniels. Conversaron un rato en voz baja y, en seguida, se dirigieron al bar e invitaron a dos hombres a jugar. A esta altura de las operaciones nuestra curiosidad se había despertado y, en consecuencia, pedimos permiso para quedarnos detrás de sus sillas y observar el juego. Daniels y Wolcott eran compañeros y advertí que, después del primer juego, se las arreglaron para seguir como tales.

El hecho no es nada extraño en el bridge. Sin embargo, hubo algo que me llamó la atención. Recordé que, la noche del asesinato del señor Lambert, Wolcott dijo que no jugaba al bridge… o, para ser más exacta, que sólo le interesaba la psicología del juego. Y ahora vine a descubrir que juega extraordinariamente bien, mucho mejor que el pequeño Daniels, quien cometió tantas faltas que su compañero meneaba su barbita blanca de modo casi constante y remataba casi todas las manos con un gentil ¡vaya, vaya!

—¿Por cuánto juegan? —preguntó Adam, después que Daniels fracasó en hacer un *slam* evidente y perdió cientos de puntos.

Wolcott dejó asomar una sonrisa piadosa y me miró de soslayo.

—Prefiero jugar por amor —repuso, con voz dulzona—. El bridge es un juego tan noble que jamás debió ser comercializado.

Los observamos un rato más y luego nos dirigimos a la cubierta. Las ruedas iniciales de los distintos campeonatos deportivos estaban en plena marcha. Ruidosas parejas lanzaban gritos de nerviosismo en la cubierta del tenis y un tejo estuvo a punto de descalabrarme,

cuando me acercaba a la baranda del barco.

—¡Lo siento en el alma! —exclamó Daphne.

Debí de haber sabido que sólo ella podía ser la responsable de semejante violencia. Con una sonrisa, acepté sus disculpas.

—¡Oh, señorita Llewellyn! —exclamó la señora Clapp.

Estaba vestida con un traje sastre de seda blanca y, en medio del juego de luces y sombras, aparentaba dieciséis años en lugar de sesenta.

—Usted tiene que participar en el torneo de tejo —agregó—. Daphne y yo estamos ansiosas de beber su sangre. Ya hemos derrotado a dos parejas.

—Lo siento mucho —contesté—, pero antes de subir a bordo perdí toda la sangre que podía perder, de modo que no estoy en condiciones de levantar uno de esos feroces aparatos...

Me detuve, porque pensé que la conversación estaba adquiriendo un tono bastante siniestro. Sin embargo, la señora Clapp pareció no advertirlo. Se limitó a retornar al juego y arrojó un tejo con tanto vigor como lo hiciera Daphne unos minutos antes. Marcia Manners es una mujer notable, Davy. Su éxito de anoche le ha otorgado un aire garboso y lleno de juventud, y su aspecto es bien distinto al de la vieja dama insignificante, envuelta en su pelliza de marta cebellina, tal como la viera por primera vez. Y hay fuego en sus ojos, como lo había en las palabras que le escuché anoche.

—¿De qué estaba hablando y... con quién? Adam y yo no fuimos capaces de imaginarlo.

¿Y cuál es el secreto que existe entre el pequeño Daniels y Wolcott? ¿Cuánto saben acerca de los dos asesinatos? ¿Y por qué se han transformado de golpe en buenos amigos y ahora se muestran tan aficionados al bridge? ¿Y por qué, ¡oh!, por qué todos parecen tan interesados en mi diario..., mi bendito diario que, gracias a Dios, en estos momentos descansa seguro en la caja de hierro del capitán Fortescue?

Y también hay que considerar a Daphne. ¿Es nada más que la inglesa corriente, de alma simple y elevada estatura, con pies enormes y el brazo derecho vigoroso de una enfermera adiestrada? ¿O, para decirlo con los términos de Adam, «no es en absoluto el tipo de caballo de tiro, que me gustaría ver junto a mi lecho del

dolor»?

Adam y yo discutimos éste y otros problemas, mientras contemplábamos la infinita inmensidad del Atlántico.

Luego bajamos a almorzar.

En el camarote
Viernes, 20 de noviembre
18h 30m

Mientras almorzaba el camarero me trajo un mensaje: «La señora Lambert presenta sus saludos a la señorita Llewellyn y le ruega tenga la bondad de acompañarla esta tarde a tomar el té, etc.». Por supuesto, contesté que lo haría encantada y me presenté en su camarote a las cuatro y media. Por espacio de un momento vacilé en la puerta, porque vi que el doctor Somers y la enfermera también se encontraban allí. Earnshaw me invitó a entrar.

La señora Lambert se hallaba recostada en el sofá de la salita, vestida con un traje negro, largo y bastante favorecedor. Estaba muy bien peinada, pero en su rostro no se veía el menor afeite. Demostraba su edad o, tal vez, más. Por otra parte, su aspecto había mejorado considerablemente, puesto que debe de haber bajado unos siete kilos desde que subió a bordo.

—Bien, señorita Llewellyn —dijo el doctor Somers, con la juvenil cordialidad que, un día, había de convertirse en el comportamiento perfecto del médico de cabecera—, ¿qué le parece nuestra paciente?

Estreché la mano de la señora Lambert y le manifesté cuán alegre me sentía al verla en pie. La enfermera, una mujer joven, activa y eficiente, me sonrió, como si le hubiera dedicado un cumplido personal.

—Sí, sí —prosiguió el doctor—, he decidido retirar a la enfermera. Ya no es necesaria. De ahora en adelante, aire fresco y copiosa alimentación es mi última receta, señora Lambert.

La viuda le obsequió con una débil sonrisa. Entonces el médico sé volvió a Earnshaw, cuyas mejillas pálidas contrastaban bastante con el saludable color tostado de la piel de Somers.

—Y en cuanto a usted, señor Earnshaw, le ruego que se aplique

el mismo tratamiento. Si no se decide a salir un poco más, lo tendré en mis manos en calidad de paciente. Trate de interesarse en las actividades del barco. Juegue al tenis, al tejo y al bridge, y aleje de su mente las preocupaciones. Hablo en serio, hombre. Tiene semblante de persona que vive encerrada.

Jimmie prometió que prestaría mayor atención a su salud y, entonces, trajeron el té. El cirujano rechazó el ofrecimiento de tomarlo con nosotros y, una vez que la enfermera hubo reunido sus cosas, ambos se marcharon. Al desaparecer la alegría profesional de ambos la atmósfera de la salita pareció que se helaba. Por espacio de un momento nadie habló. Sin embargo, después de que Trubshaw sirvió las tazas, la señora Lambert hizo todo lo posible para mostrarse atenta. Admiré su esfuerzo visible, tanto como los modales encantadores de Earnshaw, pero ni el uno ni los otros lograron que olvidara las terribles pérdidas que los dos habían sufrido, en el transcurso de la semana pasada.

Fue Earnshaw quien, por fin, sacó a relucir el tema que rondaba en la mente de los tres.

—Señorita Llewellyn —dijo—, anoche le comuniqué la teoría que sostengo desde el principio, acerca de la muerte del señor Lambert y de Betty. No había mencionado el asunto a nadie antes, pero como la señora Lambert parece sentirse mucho mejor, decidí considerar el problema con ella, antes de tomar una decisión. La señora Lambert está de acuerdo...

—Estoy de acuerdo —interrumpió— en que él le cuente todo, pero con una condición. Espero que me perdone por poner sobre el tapete el tema de su profesión..., pero usted es periodista... y hay ciertos detalles, ciertos conflictos familiares íntimos, que no me gustaría dar a la publicidad: lo hago por respeto a la memoria de mi marido... Estoy segura de que usted comprenderá.

—Por supuesto, consideraré sus informaciones como algo confidencial —me apresuré a responder—. Sin embargo, ¿no cree, señora Lambert, que si esa teoría resulta de alguna ayuda para resolver el terrible misterio de la muerte de su marido, usted debería hablar con el capitán o con alguna autoridad del barco? ¡El capitán Fortescue es una persona tan agradable, tan discreta!

La señora Lambert se acarició la frente, con una mano fatigada.

—Usted nos ayudará a decidir lo mejor —contestó—. No

obstante, cuando oiga lo que el señor Earnshaw tiene que decir, estimo que estará de acuerdo con nosotros en que se trata de ese tipo de cosas que, en lo posible, hay que mantener en el seno de la familia.

—Sí. Pero, ¿por qué?...

—Sé lo que está pensando, querida, pero ocurre que usted ha sido extraordinariamente atenta durante estas horas horribles. Además, tengo la impresión de que podrá colaborar en nuestros problemas. Jimmie me habló de un diario..., de una especie de informe que usted está escribiendo.

Asentí con un movimiento de cabeza, sin hablar. Earnshaw intervino de nuevo.

—Señorita Llewellyn —dijo, con gravedad—, la señora Lambert tuvo razón cuando afirmó que hay una historia familiar íntima relacionada con esto. No deseo extenderme demasiado, pero tendré que retroceder un poco... si a usted no le importa.

Revolvió las cosas que estaban sobre la mesa para buscar un cigarrillo y me ofreció uno. Me dispuse a escuchar

—Usted sabe, supongo, que el señor Lambert ha estado casado dos veces. Su primera mujer fue Felicia Manners, la hermana de esa señora Clapp que se sienta a nuestra mesa. Tenía casi la misma edad que su marido y, durante los diez últimos años de su vida, padeció de una enfermedad de la espina dorsal que la mantuvo confinada en su habitación casi por completo. Lambert fue muy bondadoso con ella, bondadoso y considerado, pero, en varios sentidos, era un hombre mucho más joven que sus años. Su amor por la vida era asombroso. Le gustaba bailar, jugar al golf y el teatro, es decir, todo lo que implicara movimiento y excitación. Muchos decían que descuidaba a su mujer inválida, y el responsable de esto fue su hijo, Alfred. A menudo oí decir al viejo..., al señor Lambert, que la cara de su hijo era como la voz de su conciencia. No conozco a Alfred, de modo que no estoy en condiciones de afirmar en qué medida la suposición era justificada. En realidad, sólo conocí al señor Lambert después que quedó viudo y en esa época, su hijo se había marchado al extranjero.

Earnshaw se puso de pie y arrojó su cigarrillo por el ojo de buey.

Era evidente que había llegado a la parte del relato que no resultaba fácil de contar. Cuando reinició la narración, mantuvo los ojos fijos en la señora Lambert, quien descansaba en el sofá, tapándose la cara con las manos.

—Puede creerme o no, señorita Llewellyn, pero el interés del señor Lambert por el teatro tomó un cariz extremadamente práctico. Invirtió dinero en dos de las comedias de más éxito de Nueva York: *Watch my Dust* y *Face the Footlights*. Creo que le fue muy bien en esas dos producciones, pero en una o dos más no tuvo tanta suerte. Fue a través de sus negocios teatrales como conoció a la actual señora Lambert. El… la… la ayudó…

La señora Lambert se sentó muy erguida y miró a la cara.

—De mujer a mujer, señorita Llewellyn, puedo decirle que, por entonces, no había nada entre nosotros, como no fuera una amistad. Si desea que le diga toda la verdad, estimo que Lambert comenzó a interesarse por mí antes de que su primera mujer muriera, pero yo no acepté nada de él…; es decir, nada a lo que no tuviera derecho. Se ocupó de que me adjudicaran uno o dos papeles en las obras que financiaba, pero tuve que trabajar como los demás. Admiraba mi actuación. No había ningún motivo que justificara las objeciones de su hijo a nuestra amistad.

Correcta o equivocada, Davy, creo que decía la verdad. De otro modo, no alcanzo a ver las razones de lo que me pareció un montón de detalles inútiles. No logro imaginar nada menos interesante que las infidelidades extramaritales del pobre viejo Lambert.

—En síntesis, el resultado de todo esto —continuó Jimmie— fue que el señor Lambert se peleó con su hijo. Antes del segundo matrimonio, Alfred declaró que ya nada tenía que hacer con su padre. Abandonó el hogar y se trasladó a París, para vivir con su tía, Marcia Manners. Cuando ella contrajo ese ridículo matrimonio con el joven Clapp, un amigo de su sobrino y de la misma edad que él, quien murió la primavera pasada de tuberculosis, Alfred volvió a disgustarse y marchó para América del Sur. Por espacio de un largo tiempo no se ha sabido nada del muchacho…, es decir, siempre que no se haya mantenido en contacto con la señora Clapp. Sé, positivamente, que no fue ése el caso del señor Lambert.

La señora Lambert intervino:

—Usted *debe* creerme, señorita Llewellyn, si le afirmo que hice

todo cuanto estaba en mis manos para reconciliar a padre e hijo. Le pedí a mi marido que le escribiera y le enviara dinero. Hasta le ofreció una renta muy sustancial, pero las cartas volvían con la frase: *dirección desconocida*. El muchacho jamás hizo un gesto para arreglar las cosas. Sé que se refería a mí, aun después de mi matrimonio, como «la mujer con quien vive mi padre». Un socio de mi marido lo vio en la Argentina, no hace mucho, y nos contó que seguía hablando con profunda amargura.

Earnshaw encendió otro cigarrillo y se volvió hacia mí.

—Ahora, quizá comience a advertir un leve destello de mi teoría, señorita Llewellyn. Al menos, usted se dará cuenta de que no es el tipo de cosa que uno desearía comunicar a las autoridades. Hay otro punto importante...

De uno de los cajones de la reducida mesa escritorio sacó algunos papeles.

—He aquí una copia del testamento del señor Lambert. Su abogado de Nueva York tiene el original, pero hay algo de extraordinario interés en él. El grueso de sus bienes pasa a la señora Lambert y a Alfred no se le menciona. No obstante, deja el usufructo del dinero a su mujer de forma vitalicia para que, a su muerte, lo herede el pariente masculino más cercano que lleve el apellido Lambert. El padre de Betty, que es el único hermano del señor Lambert, es el albacea. Se trata de un hombre viejo y carece de hijos varones. ¿Advierte la teoría que he esbozado? Si la señora Lambert muere, Alfred hereda hasta el último centavo de la fortuna paterna.

La señora Lambert lanzó un grito ahogado.

—No debe decir esas cosas, Jimmie. No debe siquiera pensarlas. Estoy segura por completo de que Alfred es incapaz de algo tan horrible. Además, no sabemos si vive todavía.

—¿Tienen alguna noticia acerca de Alfred? —pregunté.

—No —repuso Earnshaw—. Lo extraño de este asunto es que ni la señora Lambert ni yo hemos puesto los ojos en el muchacho jamás. Pero, recuerde esto: hay en este barco, o había, tres personas que conocían a Alfred. Lina de ellas era su padre. La otra, la señora Clapp, y la tercera —y aquí sorprendí un resplandor de acero en sus ojos—, la pobrecita Betty.

—¡Dios mío! —exclamé—. Si su teoría es correcta, al menos

explicaría lo que para mí fue lo más irrazonable y lo más terrible de toda esta tragedia. El asesinato de Betty, al margen de su particular brutalidad, me sacudió como algo por entero inútil, hasta que...

Earnshaw cuadró la mandíbula y murmuró:

—¡Exacto!

Noté que los nudillos de sus puños cerrados estaban blancos.

—Y hay otro punto que todos han olvidado o pasado por alto. La señora Lambert es categórica al afirmar que el jerez que bebió la noche del asesinato de su marido tenía un gusto raro. ¿No es posible, odio verme obligado a decir una cosa semejante, no es posible, repito, que Alfred Lambert, en su disfraz de Robinson, haya intentado librarse de dos personas al mismo tiempo? Recuerde que había *dos* obstáculos entre él y la fortuna de su padre.

—Si eso es cierto —exclamé—, la seguridad de la señora Lambert corre peligro. ¡Oh, no quiero asustarla!

Agregué la última frase, cuando observé que la pobre viuda se agitaba incómoda en su asiento.

—Bueno —continuó Earnshaw, aquí ha estado la enfermera y el médico ha entrado y salido casi sin interrupción. No obstante, nos sentiremos alegres de llegar a Georgetown. Pero, en el intervalo, es necesario que hagamos algo. Ahora bien, señorita Llewellyn, supongamos, nada más que para seguir el razonamiento, que Alfred Lambert viaja en este barco, disfrazado como Robinson. Revolotea en torno a su padre, hasta que consigue que le inviten a jugar al bridge. Tiene el veneno a mano. Desliza una dosis en la copa de su padre y otra en la de la señora Lambert...

—Habría sido difícil —interrumpí—. No recuerdo haber visto que se apartara de la mesa de juego.

—Aquí es donde usted puede ayudarnos —exclamó Jimmie, con entusiasmo—. Me imagino que usted ha consignado cada uno de los movimientos de esa noche. Su diario aclararía todos esos puntos.

—No estoy tan segura —repuse, con un matiz de duda—. Lo escribí unas cuantas horas después y, como es natural, anoté nada más que lo que recordaba. Además, tiene más o menos la forma de una carta privada...

De pronto se me ocurrió, Davy, que me había expresado con excesiva franqueza acerca del matrimonio Lambert en mi crónica, que había expuesto mi opinión muy libremente en cuanto a la edad

de la señora Lambert y que no siempre había sido todo lo bondadosa que es menester, aun con la pobra Betty. No podía permitir que leyeran mis páginas. Tampoco podía confiar lo bastante en mí misma, como para leerlas en voz alta y expurgar cuando fuera necesario.

—Estoy dispuesta a contestar cualquier pregunta, siempre que conozca la respuesta —dije, al fin—. Pero antes me agradaría escuchar un poco más sobre su teoría, sobre todo en la parte que se refiere a Betty.

—Muy bien —asintió Earnshaw—. Proseguiré con mis suposiciones. El joven Lambert ha tenido éxito, por lo menos con referencia a una de sus víctimas. Con toda probabilidad, espera que todos piensen que el señor Lambert ha sido envenenado durante la *segunda* partida de bridge, para lo cual, por supuesto, cuenta con una coartada perfecta. Descarta el disfraz de Robinson y toma otro, o bien se esconde en algún lugar del barco. De ahora en adelante sólo podemos confiar en nuestra imaginación. Supongamos que encuentra a Betty de forma accidental y ella le reconoce. Es posible que sea un pasajero, un oficial, o un tripulante. En seguida advierte que el reconocimiento entraña un peligro. Betty tiene que sumar dos y dos son cuatro, y nada más que eso, para descubrir el nudo del misterio. Le escribe un anónimo, en el que le pide una cita. Y aquí hay otro punto importante. En una época, cuando Betty era una colegiala, admiraba a su primo enormemente. Cuando la conocí no cesaba de cantar sus alabanzas. Creo que también por parte de Alfred había una cierta ternura. A esto puede obedecer el que no le dijera nada a su tía acerca de sus sospechas ni de la cita. De cualquier modo, como todos sabemos, fue a su encuentro y tropezó con... la muerte..., ¡pobre pequeña!

Hizo una pausa y aclaró su garganta. Luego prosiguió, con voz ronca:

—Esa noche, mientras usted y yo estábamos conversando en el salón de fumar, la señora Lambert subió a la cubierta, en busca de Betty. La vio sentada junto a un hombre, en quien más tarde reconoció a Robinson. El joven Lambert debe de haberse sentido lleno de desesperación. Tal vez Betty le dijera que estaba dispuesta a contar lo que sabía. Tal vez... ¡oh!, no tenemos la menor idea acerca de lo que pasó entre ellos, pero lo cierto es que Alfred tuvo

que actuar con suma rapidez, antes de que le vieran y se revelara su identidad. Y, entonces... el cruel demonio...

La voz de Earnshaw se ahogó y se produjo un momento de silencio. Los tres estábamos pensando en esa noche escalofriante, en la que un solo grito se oyó en la inmensidad del mar...

—Pero, ¿qué podemos hacer? —pregunté, al fin.

—Lo primero, proteger a la señora Lambert —contestó Jimmie, con calma—. Si mi teoría es correcta, ella es la única persona que se interpone entre Alfred Lambert y el dinero de su padre. Es un asesino, está más desesperado que nunca...

—Sí, por supuesto —argüí—, pero ni usted ni la señora Lambert han visto nunca al muchacho. Entonces, ¿cómo piensan identificarlo? ¿No hay una fotografía... o cualquier otra cosa?

Earnshaw sacudió la cabeza con un gesto negativo.

—No, pero existen una o dos cosas que pueden ayudar. Recuerde que la señora Clapp le conoce. Alguien podría sacar a relucir el tema con ella, por supuesto con mucho tino. Como usted no ignora, Marcia Manners nunca aprobó al señor Lambert. Ni siquiera se acercó a nosotros para ofrecernos una palabra de simpatía o de condolencia. Por tanto, no resulta correcto que nos aproximemos a ella, con el objeto de dilucidar una materia tan delicada. Me imagino que es una mujer difícil..., una mujer artística y temperamental... Pero parece que usted le ha caído en gracia. Me pregunto si sería posible...

Pensé con todo cuidado antes de contestar:

—Veré lo que puedo hacer. Pero le advierto que tendremos que ser terriblemente cuidadosos. Recuerdo que la señora Clapp es tía de Alfred y, de acuerdo con lo que usted me ha contado, conjeturo que le quiere mucho.

—Además —continuó Earnshaw— espero obtener alguna ayuda de su diario. Betty pudo haberle dicho algo..., algo que quizá nos conduzca a una pista..., aunque sea insignificante..., algo que nos permita identificar a Robinson.

—No hay necesidad de recurrir a mi diario para que le hable de eso —repliqué—. Betty se mostró muy reticente conmigo. Mencionó al joven Alfred Lambert una sola vez para decirme que estaba en una estancia en la Argentina.

—Se *supone* que está —suspiró la señora Lambert.

La teoría de Earnshaw me iba entusiasmando cada vez más, al punto de que me pareció el único razonamiento constructivo elaborado hasta la fecha.

—¿Pero no se sabe nada de Alfred Lambert? —pregunté—. Su edad..., su estatura..., algo ppr donde comenzar...

—Bien —respondió Earnshaw, con voz reflexiva—, sabemos que tiene menos de treinta años y más de veinticinco. Y, según lo que Betty me dijo cierta vez, tengo la idea de que es rubio y bastante lampiño.

Una sombra de color apareció en sus mejillas pálidas y se acarició el oscuro mentón.

—En cierta oportunidad ella hizo algunas comparaciones no muy halagadoras para mí. Supongo que Alfred posee un cutis de colegial. Por lo demás, a Betty nunca le gustó mi bigote.

—Todos los Lambert tienen la piel de un bebé —observó la señora Lambert, con voz ausente—. Alfred, mi marido, no tenía un pelo en el cuerpo. Al menos...

Se detuvo, un tanto avergonzada.

Earnshaw acudió en su socorro, pues se apresuró a decir:

—En este barco con toda probabilidad hay más de cincuenta hombres que responden a esa descripción.

—Sin embargo, según mis recuerdos, Robinson es un individuo de más edad —intervine—. Diría entre treinta y cuarenta años.

—Bien, es difícil asegurar nada al respecto. No olvide que Alfred ha vivido en una estancia y, por otra parte, no hay truco que no pueda realizarse por medio de los afeites. Nunca vi al muchacho, sin embargo...

—Recuerdo haber pensado que Robinson debía tener unos treinta años —opinó la señora Lambert, con un matiz reflexivo en la voz—. Aun cuando me dio la espalda todo el tiempo, me produjo la impresión de un hombre de aspecto extraordinariamente saludable. Tan agradable y moreno... la clase de persona que pasa la vida al aire libre.

Bien, Davy, continuamos considerando el tema en su totalidad por espacio de un breve rato y, por último, decidimos limitarnos a nuestra exclusiva iniciativa en el futuro y no comunicar nada a las autoridades. Ahora tendré que proponer el asunto a la señora Clapp, lo antes posible y de la forma más diplomática, para descubrir si

ella sabe algo acerca del paradero del joven Alfred Lambert. No abrigo muchas esperanzas de lograr mi propósito ni de ir demasiado lejos, porque es una mujer tan inteligente que puede obligarme a creer lo que se le ocurra. No obstante, haré cuanto esté en mis manos, aunque no me sienta muy optimista.

Después que la señora Lambert me recomendara el mayor tacto y discreción con respecto a la publicidad, me despedí y vine a mi camarote para escribir todo esto sin dilación.

Este relato puede parecer muy bueno en blanco y negro, querido Davy, pero no nos dice quién es Robinson. ¿Y quién sabe si no atacará otra vez antes de que lo descubramos?

En el camarote
Viernes, 20 de noviembre
22h 30m

¡Cielos, Davy, que noche! Háblame de melodrama barato. No la olvidaré jamás. Es tanto lo que tengo que contarte, querido... Estimo que debería escribirte en taquigrafía, para no pasar toda la noche levantada. Pero mi Gregg es un tanto rudimentario y, de todos modos, no podría dormir. En consecuencia, trataré de desembuchar todo esto, aun cuando la tarea me obligue a estar despierta hasta la madrugada.

La cosa comenzó después de la comida, cuando me dirigí a la cubierta de paseo para fumar un cigarrillo de sobremesa y entretenerme con algunos pensamientos agradables, para variar. Era ese momento celestial de la tarde, a mitad de camino entre el crepúsculo y la noche que surge y el barco parecía arar su ruta en paz, hacia un mundo nuevo, donde no hay depresión, ni columna dominical para escribir ni, sobre todo, crímenes, temores o sospechas. Había logrado olvidar a los Lambert y estaba pensando en nuestro casamiento, nuestra nueva casa y tu agradable cara de rasgos vigorosos, querido, cuando de pronto tuve conciencia de que alguien estaba detrás de mí.

Me volví en redondo, para encontrar con los míos los ojos oscuros y tétricos del señor de Silvera. Parecía tan solo y desamparado que se me ocurrió la idea de levantar su ánimo con unas frases en español. Entonces procedí a informarle, de forma vacilante, que era una hermosa noche, que el mar, estaba tranquilo y que, en pocos días más, llegaríamos a Georgetown.

—Muy bien —dijo, con suma cortesía, y luego continuó en un inglés execrable—. La señorita habla bien. Podríamos conversar, ¿no?

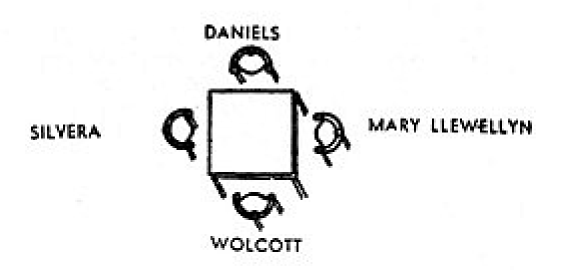
Me imagino que no te sentirás celoso, querido, cuando te diga

que Silvera es el presidente más joven y elegante de una corporación, que haya visto nunca. Además, está dotado de inteligencia, aun cuando su conversación recuerde, más que otra cosa, un libro de enseñanza del inglés para principiantes. Me contó que es casado y se siente triste. Pero que también está alegre, porque va a reunirse con su mujer. Se aburre. No le gusta el viaje. Estoy segura de que estaba a punto de comunicarme que el gato está en la esterilla y que la estilográfica de su tía está en el jardín, cuando aparecieron Daniels y Wolcott, ambos ansiosos por jugar al bridge.

Le pregunté a Silvera si quería ser mi compañero. Aceptó con bastante entusiasmo, así que fuimos al salón de fumar y comenzamos el juego. Cuando terminamos la primera mano, llegó Adam y se dedicó a espiar por encima de mi hombro. Habíamos decidido apostar la décima parte de un centavo el punto entre Daniels y yo y otra décima parte entre Daniels y Silvera. El piadoso Wolcott se negó con firmeza a jugar por dinero, y también objetó que lo dirigiera Daniels. Sin embargo, sus protestas en el último aspecto fueron ignoradas por el pequeño *cockney*.

Por un tiempo todo marchó muy bien. Tuve manos moderadamente buenas y Silvera se mostró cortés, de forma magnífica aunque monosilábica, cada vez que yo hacía un contrato. Wolcott jugó de manera brillante y, tan pronto como la suerte se volvió de su lado, él y Daniels se recuperaron de las pérdidas y no tardaron en superarnos. El humor de Silvera no mejoró, por cierto, cuando comenzamos a descender, y se entretuvo en gruñirle a Burr en español, con referencia a su condenada suerte en el juego. A juzgar por sus expresiones de perplejidad, se diría que nuestros adversarios no entendían otro lenguaje que el propio.

Y, ahora, el momento de emoción, Davy. Te ruego que retengas el aliento y leas lo que sigue con sumo cuidado. Nuestros adversarios estaban a punto de hacer la jugada final. Nuestra ubicación en la mesa era ésta:



Wolcott abrió con un pique. Mis cartas eran malas. Nada, excepto un rey de diamantes y una reina de tréboles. Silvera puso dos diamantes y Daniels apoyó los piques de Wolcott. Por fin, Wolcott apostó a cuatro piques y Silvera dobló. Daniels y yo pasamos.

Yo no estaba interesada ni en un sentido ni en otro, pero de súbito advertí una expresión de intriga en la cara de Adam. Miraba una mano y otra y comenzó a frotarse la barbilla con tanto vigor, como si le hubiera brotado un sarpullido.

Observaba con tal atención a Adam, que pasó algún tiempo antes de que me diera cuenta del .aspecto de Silvera. Los otros esperaban que él jugara. Pero, en lugar de ocuparse de sus naipes, los dejó sobre la mesa y clavó sus ojos en Wolcott, con una expresión de increíble ferocidad. Sus pupilas brillaban como las de un tigre atrapado en una jaula y su labio superior mostraba los dientes de una manera tal que era imposible dejar de pensar que estaba a punto de enterrar los colmillos en la yugular de su adversario.

Hubo un momento de silencio embarazoso, sólo interrumpido por los pasos de Adam, quien con todo tino corrió a la puerta, la cerró y dio vuelta a la llave. Sam Bumstead, el camarero, se había marchado un rato antes. Los otros pasajeros se encontraban en la sala de estar. En el salón de fumar no había nadie más que nosotros cinco.

Entonces, con la velocidad de un relámpago, Silvera alzó la mano por encima de su cabeza y la estrelló con un golpe seco en la muñeca izquierda del pobre Wolcott. Un mazo de cartas, idénticas a las que estábamos usando, cayó al piso en salvaje desorden. Por espacio de un momento horrible, Davy, pensé que el brasileño había llevado a cabo el viejo truco del oeste, que consiste en clavar la

mano del contrincante en la mesa, con el cuchillo.

Pero, al menos desde un punto de vista físico, Wolcott no pareció afectado por el acto de violencia. Se mantuvo perfectamente tranquilo, acariciándose con suavidad la muñeca y contemplando con asombro las cartas que yacían a sus pies. Silvera estaba de pie a su lado. En la frente le brillaban gotas de sudor.

Luego se produjo la gran sorpresa, Davy, y supe por primera vez cómo debió de haberse sentido Balaán, cuando su asno se volvió y le habló, según cuenta la Biblia. Hasta entonces Silvera había hablado o bien en español o bien en vacilantes monosílabos. De pronto, estalló en un torrente de inglés casi perfecto.

—¡De modo que es así! Después de todo, usted ha estado haciendo trampas, señor Wolcott. Me pareció ver que escondía un mazo de naipes en su persona. Y pensé que era muy extraña la forma en que su suerte cambió de golpe. La ansiedad que puso de manifiesto los últimos días por jugar con Daniels, en el mejor de los casos un jugador indiferente, fue, para decirlo con suavidad, un poquito extraña. Usted es un bribón, señor… Informaré a las autoridades…

No cabía la menor duda acerca del asunto, Davy. Wolcott tenía un mazo de cartas escondido en la manga, aunque el motivo de que alguien quisiera hacer trampas por una ganancia de un décimo de centavo el punto es algo que escapa por completo a mi capacidad de comprensión, en especial cuando el propio tramposo se ha negado a jugar por dinero. El pobre viejo miró a Silvera con ojos parpadeantes y expresión estúpida, pero no pronunció una sola palabra en su defensa. En lugar de ello, lo escuché susurrar en un patético murmullo:

—Le dije que era peligroso, Daniels.

La observación pareció inflamar al brasileño todavía más. Su voz adquirió un timbre tan agudo y sus modales se hicieron tan amenazadores que tuve la certeza de que apelaría a la violencia personal. Fue Adam quien, al fin, salvó la situación. Por primera vez sorprendí en él una gran fuerza y una virilidad del mismo calibre, las cuales no son tan evidentes a primera vista.

—Un momento, señor de Silvera —exclamó—. *Tengo algo muy*

importante que decirle. Estos señores no hablan español.

El brasileño volvió sus ojos relampagueantes hacia Adam y, a continuación, comenzó una conversación animada. Tú sabes, Davy, que, cuando se trata de hablar español, soy bastante inútil, pero estoy en condiciones de seguir una charla. Por eso creo que pesqué el sentido general de lo que dijeron ambos.

Adam comenzó asegurando al otro que sabía con exactitud quién era. También estaba enterado, con la misma exactitud, del motivo que lo llevaba a Río de Janeiro y de sus esperanzas de ganar el contrato de construcción del puerto para su compañía. Burr admitió que él mismo estaba detrás del asunto. Luego encaró el punto de que Silvera, quien deseaba viajar de incógnito, había representado el papel de español (lo que no era verdad) y pretendió no saber inglés, cuando lo hacía perfectamente. Sólo las cuatro personas que estaban en la habitación conocían su secreto y Adam le aseguró que, si él olvidaba el infortunado incidente, los demás olvidarían su extraordinario desliz idiomàtico y cualquier otra contradicción que surgiera durante el viaje.

Al principio Silvera escuchó a Adam con evidente asombro. Sin embargo, poco a poco vi que el color se acentuaba en sus pómulos. Su voz era tensa y sibilante, cuando repuso en español:

—No hay nada vergonzoso en el hecho de que yo viaje de esta manera, señor Burr. Lo hago nada más que por razones de negocios. Si se supiera de forma oficial que regreso a Río en fecha tan prematura, las otras compañías de construcción se darían cuenta de la magnitud del contrato y disminuirían sus pretensiones antes de darme tiempo para observar la situación. En cuanto a mi inglés, si prefiero conservarlo para mí mismo durante el viaje, es asunto mío.

Adam le lanzó una mirada investigadora.

—Por supuesto, señor —dijo—, usted no quería que Lambert supiera quién era usted. Puedo entenderlo. Pero, como por desgracia lo sentaron a nuestra mesa, ¿qué mejor disfraz que el que usted adoptó? Y una vez que se embarcó con la pretensión de ignorar el inglés, naturalmente tuvo que continuar con la farsa.

—Es asunto mío —repitió Silvera con enojo.

—Pero el malecón también es asunto mío —replicó Adam—. Un cable a Río..., una leve insinuación acerca de sus movimientos...

Adam agitó su mano en el aire.

La cólera murió en los ojos del brasileño. Se volvió a Wolcott.

—Olvidaré esto —estalló.

A continuación se puso de pie, marchó a grandes zancadas hacia la puerta, la abrió y abandonó el salón de fumar.

Algunas personas entraron. Daniels, Wolcott y yo seguíamos sentados en nuestras sillas y nos mirábamos con expresión estúpida, como figuras de cera en el escaparate de una tienda. Todo había sido tan rápido e inesperado, que nos pareció haber estado reteniendo el aliento por espacio de cinco minutos. Por fin, Wolcott se inclinó y se puso a recoger los naipes. Adam sonrió a Daniels con gesto travieso, el cual hizo que sus orejas sobresalieran.

—Creo que todo marchará muy bien, en lo que se refiere a Silvera —anunció con sequedad.

—Adam, el lingüista, el forjador de destinos humanos, el gran ejecutivo —murmuré—. Adam, ¿me permite preguntarle si piensa darme una explicación de todo esto o si ha decidido poner un precio a mi silencio, de la forma en que lo hizo con Silvera? Si alguien ha sido castigado, ese alguien soy yo. Llevo perdiendo cerca de ochenta centavos y...

—El señor Daniels nos explicará a los dos —repuso Adam, en un dramático susurro de escenario, cuando una mujer gorda se acercó a nuestra mesa con el propósito evidente de tomar el lugar del brasileño.

Daniels asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Vayamos a la oficina del comisario de a bordo —propuso, ignorando a la enorme dama.

—Deseo salvar las manos —observó Adam, al tiempo que recogía las cartas de sobre la mesa, con gran cuidado.

—No lamento haber perdido la mia —comenté—. Era bastante mala.

Wolcott no se movió de su silla. Parecía viejo y atontado. Adam y yo seguimos a Daniels a la oficina de Jennings y cerramos la puerta. No había nadie. Buscamos cigarrillos.

—Bien —soltó al fin el pequeño *cockney*—. ¿Qué desean oír?

Miró en torno con petulancia.

—Pido disculpas por mí mismo y por Wolcott —añadió.

—Lo que queremos no son excusas, Daniels.

En la voz de Adam, tan fatua por lo común, vibraba un timbre

de acero.

—Lo que me interesa saber es por qué la última mano de hoy fue idéntica a la que se jugó la noche que asesinaron a Lambert, la mano que, siempre que no esté equivocado, la señorita Llewellyn copió en su diario.

Adam distribuyó las cartas sobre el escritorio del comisario de a bordo.

—Mire, Mary. Aunque no tiene su diario, le ruego que haga memoria. ¿Esta mano no le resulta familiar?

Tenía razón, Davy. No consulté mi diario, pero estoy segura de que tenía razón. Mis cartas eran las que tuviera Daniels la noche fatal. Las de Wolcott eran las del señor Lambert y a Silvera le habían correspondido no sólo los naipes, sino la ubicación en la mesa de… ¡Robinson![4]. Como había copiado esa mano con un cuidado extremo, no había la menor posibilidad de olvidarla. Las cartas esenciales eran las mismas, pero no puedo afirmar nada de las cartas sin valor.

El efecto de este anuncio fue electrizante, al menos para mí. No había sospechado nada. En el salón de fumar, sobre todo en el transcurso de la reyerta, había estado demasiado aturdida para pensar en otra cosa que no fuera la esperanza de que ninguno tuviera un arma al alcance de la mano. Adam, desde su ventajosa posición de observador, había visto y recordado… una proeza notable, cuando uno entra a considerar la cuestión. Se dio cuenta de que debía de haber algún orden en toda esa locura y, además de salvar la situación en lo que concierne a Silvera, ahora le seguía los pasos de cerca a Daniels y a Wolcott.

Pero Daniels no pareció perturbarse lo más mínimo. Sus cómicos ojillos pestañeaban y él sonreía de una manera que indicaba que se sentía dueño de la situación.

—Bien —dijo, mientras nos miraba con expresión divertida—, ahora que usted ha puesto sus cartas sobre la mesa, y en un sentido literal, señor Burr, supongo que debo hacer lo mismo. Le ruego me perdone por hablar así, señorita, pero le diré que me ha pescado con las manos en la masa. Tengo que admitir que fui yo quien copió las dos manos, del diario de la señorita Llewellyn, ese día en que lo

dejó, con tanto descuido, en la sala de estar. Todo cuanto puedo alegar en mi defensa es que lo hice con la mejor de las intenciones.

—Señor Daniels —estallé—, es la cosa más absurda que he oído en mi vida. ¿Qué derecho tiene…? Un manuscrito privado… Y, de todos modos, ¿quién es usted?

En este momento se abrió la puerta y entró Jennings. Se sorprendió al encontrarnos en conferencia en su oficina. Las cartas sobre la mesa deben de haber transformado la escena en algo similar a uno de esos cuadro antiguos: La Ruina del Jugador, o El Camino al Infierno.

—Señor Jennings —graznó el pequeño Daniels, con voz de falsete—, estos dos me tienen en el banquillo de los acusados. Quieren saber quién soy. ¿Sería tan amable de decírselo?

Como el comisario vacilara, añadió:

—Sí, sí, puede comunicarles la verdad.

La revelación de que Daniels era un asesino por partida doble estoy segura de que nos habría sorprendido menos que lo que escuchamos.

—El señor Daniels —explicó Jennings, con calma—, es un detective privado, que ha estado al servicio de nuestra línea durante los últimos cinco años. Antes era funcionario de Scotland Yard. Viajó a América por negocios de la compañía y ahora se dirige a Río de Janeiro por la misma razón. Aunque es un valioso y fiel empleado, viaja como un pasajero ordinario de primera clase, porque… bueno, tal vez sea mejor que continúe él.

Yo jadeaba. El cómico y dicharachero hombrecillo, un detective de Scotland Yard. ¡Resultaba inconcebible!

—Parece sorprendida, señorita Llewellyn —dijo el pequeño *cockney*—. Nada debería sorprender a una periodista norteamericana. Sí, soy detective, aunque quizá no pertenezca al tipo que aparece en las espeluznantes novelas que se es criben en su país. El capitán Fortescue quiso que viajara como un pasajero común, porque hay varios tahúres internacionales que hacen ese recorrido a América del Sur. La última vez que el *Moderna* fue de Nueva York a Río de Janeiro uno de los pasajeros se suicidó, bajo circunstancias muy sospechosas. Era un hombre joven. Lo habían esquilmado al máximo…

—¿Y Wolcott? —preguntó Adam.

—A la primera mirada —repuso Daniels, con una mueca— lo reconocí como uno de los integrantes del grupo. Alguien le debe de haber soplado mi identidad, porque no tocó un naipe hasta la noche del baile de disfraces. Entonces, sin duda, pensó que yo estaba ocupado en otra cosa, puesto que engatusó a dos de los hombres más ricos entre los que están a bordo para que lo acompañaran en el juego. Cuando iban a comenzar el juego, a cinco centavos el punto, lo hice salir de la habitación. Yo tenía una idea...

—¿Pero qué tiene que ver todo esto con los asesinatos de Lambert y de Betty? —pregunté, llena de impaciencia—. Me imagino que la solución de ese misterio es mucho más importante que pescar a un antiguo tramposo...

Daniels parpadeó y me obsequió con una inteligente sonrisa.

—Por supuesto, señorita Llewellyn —asintió con gravedad—. He dedicado todas mis energías al caso Lambert. Si se me permite decirlo, estuve más ocupado que usted y el señor Burr. Y, podría agregar, con los mismos resultados negativos. El capitán Fortescue me pidió que siguiera mezclándome con los pasajeros, como uno de ellos. Confieso que no he ido muy lejos, pero su diario me ha ayudado de forma considerable, en muchos aspectos...

—¡Mi diario! De modo que era usted el que se ocultaba detrás de la cortina, el día que estuve en el camarote del capitán.

Asintió con un movimiento de cabeza.

—Debería pedirle disculpas, señorita Llewellyn. Pero, si usted me lo permite, también le expresare mi admiración por la claridad con que...

—Pero usted no tenía derecho —le interrumpió Adam— de leer su diario, sin el permiso de su autora. No fue un comportamiento de caballero y...

—Lo admito —observó el pequeño *cockney*, un tanto avergonzado—, pero estoy seguro de que la señorita Llewellyn aceptará mis excusas cuando conozca los motivos que me guiaron. Todos andábamos en busca de ese individuo que se llama a sí mismo Robinson. Se mostró como una persona absolutamente común. Hubo sólo una cosa que se fijó en mi mente: su pésima manera de jugar al bridge. ¡Vaya! Lo hacía hasta peor que yo.

Hizo una pausa, casi como si esperara el estallido de los aplausos. Lo miramos con caras de piedra.

—Bien, señor Burr —continuó—, un hombre puede disfrazar su cara, su voz, su figura y sus modales, pero es imposible que lleve a cabo la misma hazaña en cuanto a su técnica de juego. Pensé que si lograba inducirle a jugar, si conseguía poner ante sus ojos las mismas manos de la noche fatal, con toda probabilidad cometería idénticos errores. No obstante, no se les escaparán mis dificultades. No soy un nigromante. Ni siquiera soy un experto en bridge. No sirva para los juegos de manos, ni para otros trucos de salón. Entonces, de manera súbita, la suerte puso la solución en mi camino.

—¡Wolcott! —exclamé, excitada.

—Así es, Wolcott. Le pesqué cuando se disponía a jugar bridge por elevadas apuestas. Tenía una buena dosis de información en contra de él...; bien, esto no viene al caso. De cualquier modo, usé una cierta cantidad de... persuasión. Por fin, aunque en contra de su voluntad, decidió aplicar sus habilidades de tahúr para conseguir un buen resultado. Estudiamos las dos manos y él señaló que, en cada caso, existía una sola posibilidad de cometer el error fatal. Robinson se había equivocado las dos veces. Wolcott arregló dos mazos de naipes y ensayamos esas dos manos con todas las personas que conseguimos atraer a nuestro experimento. Deseábamos comprobar si alguien jugaba de la forma en que lo había hecho Robinson. Silvera fue nuestra última... víctima, pero Wolcott, por desgracia, no se sentía muy bien y embarulló las cosas. O tal vez, ese español posea una vista muy aguzada.

—¿Pero no es posible que Robinson recuerde las manos? —preguntó Adam.

Mi viejo amigo se sentía fascinado por completo ante el esquema de Daniels.

El detective sacudió la cabeza con un gesto negativo.

—En el caso de que Robinson sea el asesino del señor Lambert, tiene cosas mucho más importantes que pensar, con respecto a esa noche, que un partido de bridge —contestó, con cordura—. Pero bien puede ser que pertenezca a esa categoría de individuos que repiten siempre los mismos errores, si es que comprende lo que quiero decir.

—¿Y ninguno los ha cometido hasta ahora? —quiso saber Adam, lleno de entusiasmo.

—Ninguno. No hemos tenido la oportunidad de hacer la experiencia con mucha gente, pero esperamos que la suerte nos sonría durante el campeonato de bridge, que se celebrará mañana por la noche. El único inconveniente es que se ha dispuesto que los compañeros sean hombre y mujer en todos los casos, por lo que no me será posible jugar con Wolcott.

—¡Oh! Permítame que colabore —exclamé—. Estimo que es una idea maravillosa. No es concluyente, por supuesto, pero al menos nos señalará el camino y nos permitirá eliminar a una cantidad considerable de personas.

Adam me obsequió con una sonrisa paternal, que gradualmente se trocó en arrugado ceño.

—No, Mary —dijo, con severidad—, éste es un asunto peligroso. Y si llegaran a sorprender a Wolcott otra vez, se vería envuelta en un sórdido escándalo. Puedo proponer una idea mejor. Daniels arreglará las cosas de modo que usted sea la compañera de Wolcott y, exactamente antes de comenzar el campeonato, usted fingirá un agudo dolor de cabeza y se retirará. Me imagino que Jennings no tendrá inconveniente en hacer que Daniels ocupe su lugar.

El comisario de a bordo convino con un gesto.

—De todos modos —señaló—, nos faltan damas.

Luego encendió su pipa.

—Así que me veré obligada a regresar a mi camarote y me perderé toda la diversión —argüí en tono de protesta—. Bueno, haré lo que me piden, si es que con eso colaboro.

La propuesta de Burr recibió la aprobación entusiasta del detective. En el intervalo, él y Wolcott seguirán dedicados a la tarea de descubrir algún posible Robinson (hombre o mujer), por medio del juego, y yo trataré de interesar a la gente en el campeonato de bridge y de obligarla a firmar su participación. Si Robinson es un pasajero de primera clase, no tendrá muchas oportunidades de escapar al lazo que le estamos tendiendo.

Resulta innecesario decir, Davy, que mis ocupaciones me impidieron conversar con la señora Clapp, acerca de Alfred Lambert. Y como mañana me espera un día lleno de trabajo, creo que lo mejor es decirte buenas noches, querido.

Soplo un beso para ti, por encima de las aguas…

Sobre cubierta
Sábado, 21 de noviembre
Mediodía

Estamos en el trópico Davy, y no hay manera de equivocarse. Los días pasados hizo calor, pero hoy se trata de una verdadera canícula, excesiva al menos para la escena que acabo de vivir. No hay un soplo de viento y el *Moderna* parece tan inmóvil «como un perezoso barco pintado, en un océano también pintado». Lo real, sin embargo, es que marchamos a buena velocidad y los pasajeros se sienten llenos de expectativas, porque recientemente nos anunciaron que el barco cumplirá un récord. Hablo de «excitación». La verdad es que todos yacen aquí y allí, en medio de una total indiferencia, demasiado sofocados y soñolientos como para hacer otra cosa que aburrirse y aburrir a los demás.

Pero yo no he permanecido inactiva. Después del desayuno, decidí cumplir la promesa que le hice a la señora Lambert y a Earnshaw de que entrevistaría a la señora Clapp lo más pronto posible. La busqué con insistencia, pero no logré encontrarla ni en la cubierta ni en ningún otro sitio del barco. Me dijeron que habían derrotado a ambas amigas en el campeonato de tejo, con gran disgusto por parte de las dos, pero que Daphne, en pareja con Daniels, aún tenía una posibilidad en el torneo de tenis. Me dirigí a las canchas de la cubierta superior. Daphne no estaba en ningún lugar. Como sus adversarios esperaban, ansiosos de jugar las semifinales antes del horrible calor del mediodía, me ofrecí para ir en busca de la señorita Demarest a su camarote.

A eso de las diez golpeé la puerta del departamento que ocupan la señora Clapp y su compañera. Escuché un rumor que sonaba como «entre» y obedecí. Debí de haberme equivocado, Davy, porque es probable que ni la una ni la otra desearan mi presencia allí o la de nadie. La señora Clapp yacía en el sofá, y era evidente

que se había desatado una de sus rabietas. Daphne, de pie junto al ojo de buey, lloraba. Digo que lloraba, querido. En efecto, de su garganta salían unos ruidos semejantes a los de un elefantito con dolor de muelas. Lo que confundí con la autorización para entrar debió de ser uno de sus bufidos.

Me disponía a comunicar la misión que me había llevado allí, para emprender luego una veloz retirada, cuando la señora Clapp se sentó, con un gesto teatral, y ordenó más que dijo:

—No se vaya, señorita Llewellyn. Quédese donde está y trate de influir en esta mujer ridícula para que recupere el buen sentido. Soy incapaz de hacerlo.

Cuando entré, Daphne no me prestó la más mínima atención. Al escuchar la voz de la señora Clapp, se volvió. Sus ojos y su nariz estaban rojos, su cara veteada y su pelo en desorden. Con toda honestidad, Davy, te diré que tenía un aspecto fantástico y parecía más enorme que de costumbre.

—Espero que no se trate de malas noticias —dije a toda prisa.

—¡Malas noticias! —estalló la señora Clapp—. Noticias absurdas, cómicas, trágicas..., llámelas como le agrade. La señorita Demarest acaba de informarme que tiene la intención de casarse... en Georgetown... ¡ nada menos!

Daphne se sonó la nariz con un pañuelo empapado.

—¡Vaya, es delicioso! —exclamé—. Supongo que el novio es Daniels. Le deseo toda clase de felicidades, Daphne.

—¿Felicidades, señorita Llewellyn? ¿Cómo puede hablar de felicidad, cuando la nieta de un conde pretende casarse con un vulgar *cockney*, cuya estatura es la mitad de la de ella? Daniels ni siquiera le informó nada acerca de su profesión..., si es que tiene alguna.

—Puedo asegurarle, señora Clapp —anuncié, mientras me divertía mucho por dentro—, que tiene una profesión muy reputada. Mucho más que la mía.

—No me importa quién es y qué es —intervino Daphne, furiosa —. Es bastante para mí. Me gusta.

—Le gusta, querida Daphne —objetó la gran actriz, con voz cansada—, porque es el primer hombre que la corteja. Le envía regalos baratos y esquelitas amorosas, como si fuese usted una criada. ¡Mire, señorita Llewellyn!

Señaló una pequeña mesa, sobre la cual descansaban seis cajas de bombones intactas, un geranio en una maceta (es de presumir que, en medio del Atlántico, no es posible conseguir flores cortadas) y una indescriptible caja de nácar, con una horrorosa efigie del *Moderna* en la tapa, objeto destinado sin duda a guardar dijes y chucherías y, por tanto, por entero inútil para una Daphne que siempre viste de tweed.

Sin embargo, había algo increíblemente patético en esas cosas, Davy. En ellas vi el deseo de Daniels de mostrar, por medio de sus regalos, a esa mujer de treinta y cinco años, fea y huesuda, que para él es una muchacha joven, femenina y deseable. Del mismo modo, descubrí que Daphne, acostumbrada como lo está a conmoverse nada más que por la vida de los otros, aprecia esos pequeños tributos con mayor intensidad que una mujer más joven o bonita. Estoy segura de que para ella no son cómicos ni ridículos, aun cuando su dador no le llegue al hombro ni jamás se sienta seguro de cómo suenan las vocales o las consonantes aspiradas. Ese casamiento podrá no ser ideal, pero al menos es más conveniente que la última tentativa matrimonial de la señora Clapp. Según mi opinión, la actriz es la última persona en el mundo con derecho a burlarse de una boda desigual.

—Bueno, Daphne —ofrecí, con alegría forzada—, si la señora Clapp se niega a asistir a su casamiento en Georgetown, me sentiré encantada de hacerlo yo y de actuar como su dama de honor.

La actriz volvió a bufar.

—Señorita Llewellyn, usted tal vez crea que mis objeciones son meramente egoístas. Me siento *in loco parentis* con respecto a Daphne. La noche del baile de disfraces, ella y el señor Daniels se pusieron en evidencia. Medité con Daphne, le ofrecí razones. Conozco a los hombres. Me casé varias veces y...

—Y, como usted lo sabe muy bien —interrumpió Daphne, con calor—, es capaz de hacerlo varias veces más. Y si reincidiera, ¿qué sería de mí? Observe este viaje. Cuando subimos a bordo, usted juró que nunca volvería a mirar a un hombre. Estaba de luto, un luto profundo. Ni siquiera me pidió que le aplicara el tratamiento facial. Ahora usa un pote de crema por noche. Ha sacado a relucir sus trapos de París y su aspecto es maravilloso...

La señora Clapp arrió velas y su mal humor comenzó a

desaparecer de forma visible. Debes recordar que Daphne no es tonta.

—No me puede censurar por el hecho de que desee tener un hogar que me pertenezca —continuó Daphne, aprovechando la ventaja—. Muchos beneficios obtuve de mi posición de nieta de un conde. Jamás poseí un centavo que proviniera de esa fuente, la cual tampoco me ayudó a conseguir un marido. Daniels no es ningún Beau Brummel, ya lo sé. Pero, si lo fuera, no habría escogido a un mamarracho como yo. Y no es tan vulgar como usted piensa, Marcia. ¡Su padre era dentista! Y me encanta la caja que me regaló y lo amo... aun cuando su nombre sea Percy.

Comenzó a sollozar otra vez y estuve a punto de acompañarla en sus lágrimas, Davy. Todo esto debió de ser divertido, pero de pronto surgió algo tan infantil e indefenso en torno a Daphne, que la situación perdió su comicidad y se transformó nada más que en una escena patética. Sin embargo, entiendo los motivos por los cuales la señora Clapp, que la quiere con afecto sincero, desea impedir que haga tonterías. En realidad, hay mucho que decir acerca de ambos puntos de vista.

—Daphne, querida —dijo la señora Clapp, con un poco más de gentileza—, ¿por qué ya no confía en mí? Le daré todo cuanto desee. Tendrá cientos de oportunidades para conocer gente interesante en América del Sur. Estoy segura de que muchos hombres de su propia clase y... estatura piensan que usted es una mujer fina y agradable. No se lance al cuello del primero que le ofrece...

—¡Tonterías! Usted sabe que soy un espantajo —saltó Daphne, al tiempo que se sonaba la nariz y recuperaba la compostura con suma rapidez—. Y no comience a decirme que tengo un carácter noble. Lo he oído antes. Y estoy decidida a casarme con él, Marcia, y lo haré, con rabietas o sin rabietas. Bueno, me marcho a la cubierta para "jugar las semifinales de tenis. Ayer habríamos ganado el campeonato de tenis, si usted no hubiera estado coqueteando con ese joven moreno de la tercera clase.

Tras una pausa, añadió con enfado:

—Y habla de lanzarse al cuello de los hombres. ¿Quién goza de la más pequeña oportunidad, cuando usted está en los alrededores?

Al principio pensé que Daphne hablaba en broma, Davy, pero

pronto me di cuenta de que lo hacía con toda seriedad. Cuando comenzó a andar hacia la puerta con un taconeo, recordé que quien la esperaba en la cubierta era su galán. En vista de que su nariz brillaba como la Estrella Polar, le rogué, en nombre de la feminidad y de la decencia, que se arreglara un poco. Sin decir una palabra, pasó al dormitorio. Al cabo de un rato salió y abandonó el departamento con dos soberanos portazos. La señora Clapp no tenía el monopolio de los berrinches.

Cuando Daphne desapareció la actriz me invitó a que me quedara para charlar un rato. Lo hizo amigablemente. Como la mayor parte de la gente de teatro. Marcia Manners es una te las criaturas más vanidosas de este mundo de Dios, Davy (por supuesto, no sin razones), y bien pronto recuperó la placidez de su carácter. Por espacio de un rato hablamos acerca de Daphne. Luego, con toda marrullería, llevé la charla a la atracción que la señora Clapp ejerce en los hombres, en particular en un joven moreno. De pronto, descorrí el cerrojo.

—Hay un hombre a bordo que me recuerda mucho a su sobrino Alfred Lambert.

Tras una pausa, mentí:

—Lo conocí hace un tiempo. Me pregunto si tal vez...

—¡Alfred! En *este* barco!

Una profunda palidez cubrió su rostro.

—¡Es imposible! —añadió—. Está en la Argentina. ¿Cómo lo conoció?

Mi respuesta fue evasiva, Davy. Ella me miraba con ojos tan duros e indagadores que sentí sin lugar a dudas que había descubierto mi insignificante estrategia. No obstante, el tono de su voz fue estudiadamente indiferente, cuando continuó:

—Hablando de Alfred, creo que debería visitar a la señora Lambert. Después de todo, en cierto sentido soy pariente de ella. Es la madrastra de Alfred, aunque mi sobrino se niegue a admitirlo. Y yo soy la tía del muchacho. Aún no le he presentado mis condolencias a la viuda, pero sé que ella sabe que yo considero una suerte que se haya desembarazado de ese gato viejo. No me gustaría que esa detestable mujer creyera que soy una hipócrita.

—Hablando de gatos —argüí débilmente—, no creo que la señora Lambert sea una mujer detestable. Me gusta.

—¡Oh! Como persona, es bastante atractiva, querida, pero es la peor actriz del mundo. La peor, la peor de todas. Y el viejo mentecato de su marido le otorgaba a la fuerza los mejores papeles. Era un escándalo. Sin embargo, creo que iré a verla. ¿Qué se hizo de ese muchacho buen mozo, que era el secretario de su marido? Ese parecido a John Gilbert, a Ramón Novarro, o algo así. Por cierto que iré a verla.

—Sería un detalle por su parte —observé—. Y usted es precisamente la persona adecuada para sacar al pobre señor Earnshaw de sus preocupaciones. La muerte de Betty lo ha trastornado de una manera espantosa. Desde la noche fatal, la única vez que lo vi con aspecto de ser humano fue cuando usted representó su monólogo. Admira su..., su actuación tremendamente.

—Sí, es una buena idea —dijo, al tiempo que reflexionaba—. Debo visitar a la señora Lambert. Lo mejor será que vuelva a vestirme de negro. ¿Vio mi modelito de Lelong? Creo que se adapta muy bien a las circunstancias.

Charlamos un poco más, Davy, acerca de nada en particular, pero ella anuló todos mis esfuerzos tendentes a volver al tema de Alfred Lambert. Con franqueza, tuve miedo de presionarla demasiado, puesto que ya me había mostrado bastante torpe en mi método para encarar el asunto. Marcia Manners es la persona más caleidoscòpica que conozco y uno jamás sabe qué personalidad adoptará el próximo minuto. Cuando estaba a punto de partir, recordé mi segunda misión:

—¿Se inscribió para el campeonato de bridge? —pregunté.

—No, querida —respondió, mientras realizaba algunas operaciones misteriosas en su cara, frente al espejo—. Los hombres que viajan en este barco son tan espantosos que no sería capaz de estar sentada ante uno de ellos por espacio de dos horas.

—¿Y qué me dice del joven de tercera clase, al que se refirió Daphne? —pregunté con voz inocente.

Cuando la señora Clapp retiró de su mentón y mejillas una espesa sustancia gelatinosa, su cara estaba muy roja.

—Muy poco *conveniente*, querida. La gente murmuraría. Me pregunto si el señor Earnshaw..., o tal vez sea en exceso reciente.

—¡Buena idea! —exclamé—. Y, por cierto, es más agradable para los ojos que algunos otros.

Después de esto me despedí, con el gozoso pensamiento de que, aun cuando no había descubierto mucho, por lo menos iba a proporcionar a la señora Clapp y a Earnshaw la oportunidad de llevar a cabo sus propios experimentos, con relación al joven Alfred.

Pero casi me olvido de comunicarte la gran noticia. La actriz me ofreció el empleo de Daphne, para el caso de que llegara a realizarse el casamiento en Geor getown. Le contesté que tenía otros planes, los cuales se refieren íntimamente a ti, mi muchacho. Nos pusimos de acuerdo en que escribiré su biografía, la próxima vez que viaje a Nueva York. Pienso titularla: *Los jóvenes con los que me casé*, o *Entre la taquilla y el altar*.

A despecho de su frivolidad senil y de sus veleidades con respecto a maridos y compañeros, Marcia tampoco es tonta.

Al contrario, es una mujer muy inteligente. No lo olvides, querido Davy.

En el camarote
Sábado, 21 de noviembre
18h 30m

A esta altura del problema Davy, imagino que debes sentirte tan enfermo como yo a causa de las teorías. Cada uno parece haber elaborado la suya y todas son distintas., Pero, al menos —como dijo el chiquillo cuando vio *El Signo de la Cruz*—, «hay un pobre león que se convirtió al cristianismo». Porque yo carezco de teoría. En efecto, el escuchar a los otros me ha confundido de tal manera que no sé lo que pienso sobre el tema. Todo cuanto puedo afirmar es que cada uno sospecha que el otro es culpable y que, para mí, ninguno está libre de la desconfianza, menos que cualquiera quizá, el más sutil de los teorizadores. El inconveniente fundamental es que existen demasiados sospechosos y muy pocas pistas tangibles.

Ahora bien, a riesgo de aburrirte, paso a trascribir la teoría de Adam..., la cual es perfectamente pasmosa. Intercambiamos opiniones esta tarde, en la cubierta de arriba.

Hacía demasiado calor para dedicarse a otra cosa que no fuera conversar, de modo que le conté lo relacionado con mi visita a la señora Lambert y a Earnshaw. Luego bordé un relato en cierto modo exagerado y jocoso de mi entrevista con Marcia Manners y Daphne. Me escuchó con suma atención, como si pesara mis palabras y las relacionara con sus propias ideas. Una vez que hube terminado, permaneció en silencio por algunos minutos. Por fin, dijo:

—Quiero que sepa, Mary, que, desde hace varios días, ronda mi cabeza una idea fantástica, la cual no me he atrevido a comentar ni siquiera con usted, por dos razones. En primer lugar, porque usted es una verdadera leona cuando se trata de la defensa de su sexo y, en segundo lugar, para que no piense que soy un chiflado más de lo que lo piensa ahora.

—Usted es un chiflado, un chiflado sin remedio —observé, con cierta impertinencia—. ¿Pero qué tiene que ver el sexo con nuestro problema?

—¿Acaso no le ha parecido extraña la conducta de por lo menos dos de los pasajeros de este barco? ¿No? Bien, permítame que le explique algo. Presumo que ha estado enamorada.

—Su presunción se justifica de manera plena —repliqué, con un asomo de ironía—. Pero supongo que no estamos aquí para discutir acerca del amor.

—¡Ah, por desgracia, no! Pero debo recordarle que dos de nuestros compañeros están a punto de casarse. Ninguno de ellos es lo que podría describirse en lenguaje vulgar con la expresión de pollo tierno. De ninguno de los dos cabe afirmar que desprende ese algo indefinible que suele llamarse sex appeal. No estoy en condiciones de decir una palabra sobre lo que significan para Daniels los encantos ocultos, pero, en mi calidad de hombre dotado de instintos normales me resulta imposible entender cómo un individuo de menos de un metro ochenta de estatura haya sido capaz de enamorarse de una amazona cubierta con una armadura, quien...

—Lo que dice es una sandez —le interrumpí, con enojo—. El hecho de que usted se enloquezca por las muchachas tontas y sin seso, las cuales no poseen otra cosa que rizos y curvas que las acredite, no significa, necesariamente, que algunos hombres no tengan bastante espíritu como para gustar de una mujer sensible, aun cuando no posea un físico de anuncio de lencería.

Adam suspiró y se palmeó el voluminoso estómago.

—Usted me agrada, querida y, sin embargo, exhibe rizos, curvas y seso. Pero me interrumpe a cada paso y, como todas las mujeres, tiene la virtud de trasformar las cosas en algo tan personal que disgusta. Contemple el problema con juicio. Sabemos que Daniels es un detective. Sube a bordo y, en apariencia, se prenda de esa inglesa enorme, que no tiene un céntimo. ¿En qué consiste la corte del galán? En esquelitas dulzonas que ella muestra a todo el mundo, cajas de bombones de un tamaño tal que nadie puede dejar de verlas, y galanterías dichas en voz tan alta que se escuchan en el último rincón del barco. ¿Pero los hemos sorprendido alguna vez, a la luz de la luna, diciéndose al oído esas tonterías propias de los

enamorados? ¿Hemos visto que trataran de escapar a la mirada del público? ¿Los hemos descubierto haciendo esas ciento y una pequeñas cosas que usted o yo haríamos en un caso semejante? No.

—Cuando en la vida nos ocurren las cosas verdaderamente grandes —protesté—, el público nos importa un comino. Y el pobre Daniels está demasiado ocupado en la solución de los dos misterios, como para perder el tiempo en la cubierta superior, entregado a las empalagosas naderías.

—Por otra parte, consideremos a la señora Clapp —continuó, ignorando mi interrupción—. ¿Por qué hace tanto barullo con respeto al tardío enamorado de Daphne? ¿Por qué actúa como si ese ex funcionario de Scotland Yard hubiera llegado para robarle una perla de gran valor? ¿Por qué pone tanto énfasis en la feminidad de Daphne? Bien…, porque, según mi opinión, Daphne no es en absoluto una mujer y creo que en este aspecto coincido con Daniels.

Se puso de pie y comenzó a recorrer la cubierta de arriba abajo, con gran excitación.

—Ahora —prosiguió—, volvamos a la teoría de Earnshaw, que se adapta de manera admirable a la mía. El sospecha que el joven Alfred Lambert se encuentra en este barco. Dice que el muchacho y la señora Clapp son, o han sido, amigos. Ella es su tía. ¿Advierte lo que estoy maquinando? ¿Entiende los motivos por los cuales Daniels dedica sus ridículas atenciones a una mujer que le dobla la estatura?

—Sí, sí, capto su idea —exclamé—, pero usted prescinde de un punto muy importante de psicología femenina, Adam Burr. Usted es…

En el camarote
Más tarde

El resto de la frase jamás será escrita. Desde que comencé a hacerlo han ocurrido tantas cosas terribles que mis puntos de vista acerca de la psicología femenina quedarán sumergidos para siempre en el limbo de las opiniones fútiles y olvidadas.

Mi mano todavía tiembla, Davy, como podrás ver por mi caligrafía casi ilegible. Pero déjame que te tranquilice, queridísimo. Me encuentro bien, encerrada en mi camarote con llave y cerrojo, y en el corredor hay un guardia de cara torva. Estoy viva e indemne..., algo por lo cual debo sentirme agradecida.

Esta tarde, a eso de las siete, me hallaba entregada a la tarea de terminar la parte de mi diario correspondiente a la fecha, como siempre de prisa, porque era hora de vestirse para la comida. Y, como siempre, estaba sentada a los pies de mi litera, el block de papel sobre las rodillas y de espaldas a la puerta. El barco estaba muy tranquilo. De pronto escuché un leve ruido detrás de mi cabeza y, en ese instante, surgió en mi mente el pensamiento espantoso de que me había olvidado de echar el cerrojo. Sin atreverme a hacer un solo movimiento, alcé los ojos hasta el espejo que pende encima del lavabo. Aun a la escasa luz de mi camarote, pude ver que la puerta se abría con lentitud.

El minuto que siguió fue un lapso tan colmado de sensaciones que creí que se alargaba por espacio de horas. Necesitaría páginas para describirlo. Recuerdo que atiné a acurrucarme al costado de la litera, detrás de la puerta, la cual, en silencio y sin pausa, se abría para dar paso a alguien. El ruido de las máquinas y el golpeteo de las olas contra el ojo de buey parecieron cesar un momento, como si el mismo barco y los elementos hubieran decidido escuchar y ver lo que ocurría.

A la cabecera de mi cama hay un timbre... pero se encontraba fuera de mi alcance. No me animé a mover un dedo hacia él. Algún instinto profundamente arraigado o un sexto sentido me dijeron que me mantuviera inmóvil, ya que era importante que viera a la persona que intentaba entrar en mi camarote. Ese instinto (llámalo curiosidad, si lo prefieres) debe de haber sido más fuerte que el instinto de conservación.

Miraba con fijeza el espejo, fascinada por completo, como un conejo que observa la aproximación mortal de una comadreja. En el espacio entre el borde de la puerta y la jamba, el cual se ampliaba poco a poco, aún no lograba ver nada, como no fuera el contorno borroso del camarote opuesto. Y entonces, de pronto y de forma furtiva, el reflejo de un rostro surgió en el espejo, un rostro que se oprimía contra mi puerta en actitud de escuchar. Se hizo más y más

distinto y…

Davy, aun ahora mi cabeza tambalea y los latidos de mi corazón son tan fuertes que parecen sacudir la litera, cuando pienso en esa cara.

¡En el espejo vi a… Robinson!

Pese a la penumbra, no había modo de equivocarme, aunque ya fuera por la falta de luz o porque me sentía demasiado trastornada, no pude observar ningún detalle capaz de aclarar su identidad. Sin embargo, todas las cosas que recordaba estaba allí: las gruesas gafas, el pelo castaño y espeso y esa cara tan lisa y bronceada. Las facciones eran corrientes y, no obstante, me inspiraron un sentimiento de repugnancia y horror que casi resultaba sofocante. Cada vez que las recuerdo mis manos se hielan y se vuelven viscosas.

Al principio pensé que no me había visto. Observaba en torno como si buscara algo. A esta altura de los acontecimientos, descubrí que llevaba un traje oscuro y una corbata negra. Entonces vi algo más. Era el brillo confuso de acero azul en su mano. Davy querido, tenía un revólver.

Doy gracias al cielo de que estuviera demasiado petrificada para gritar. Ahora sé que, si lo hubiera hecho, no estaría escribiéndote en este momento. Una sola señal de pánico, un movimiento falso hacia el timbre, y todo habría terminado. Cuando se detuvo detrás de mí y observé su reflejo borroso en el espejo, viví una eternidad.

De súbito sentí algo que era más frío y mortal que el entumecimiento de mis sentidos. En el espejo sorprendí un leve movimiento y tuve conciencia del contacto del frío acero contra mi hombro izquierdo…, una presión horrible, *hacia abajo*, la cual me dijo que su revólver apuntaba a mi corazón.

En ese momento, Davy, supe que iba a matarme, como lo había hecho con la señora Lambert y Betty. En la fracción de un segundo, miles de pensamientos relampaguearon en mi mente. Pensé en ti y, por algún motivo absurdo, me pregunté si cargarías con nuestro departamento nuevo. Pensé en Adam y en los otros pasajeros, quienes tratarían frenéticamente de resolver este tercer misterio. Luego reflexioné si la muerte sería dolorosa y comencé a especular filosóficamente en lo que vendría después. Supongo que la desesperación debe de haber hecho nacer en mí una cierta dosis de

valor o de indiferencia, porque me escuché cuando decía a Robinson, en una voz que parecía provenir de una distancia de kilómetros:

—Por favor, señor Robinson, hágalo con rapidez. Su revólver me está lastimando el hombro.

Detrás de mí, estalló un fragmento de risa, un graznido lleno de malevolencia. La presión del acero creció de tal modo que pensé que haría un agujero en mi cuerpo. En una situación normal, esto habría sido agonizante, pero estaba tan anestesiada por el horror que no sentí dolor alguno. El lugar aún se ve lívido en mi piel.

—Un hombre... —dije, con voz entrecortada.

—¡No mueva un músculo y, sobre todo, no vuelva la cabeza!

La voz de timbre agudo, sin lugar a dudas otro aspecto de su disfraz, era la misma que yo recordaba de la noche fatal.

Me senté inmóvil, pero mis ojos seguían observándolo en el espejo.

—No le haré nada, siempre que cumpla exactamente mis instrucciones. Deseo su diario. Póngase de pie y búsquelo, *sin volverse*.

No me moví.

—¡Póngase de pie! —repitió.

—Señor Robinson —expliqué en voz baja—, mi diario está encerrado en la caja fuerte del capitán, excepto esas dos páginas. Si no tiene inconveniente en acompañarme, me sentiré muy satisfecha de cumplir su deseo... o, quizá, usted prefiera esperar.

La presión del caño del revólver en mi espalda se aflojó.

—¿Jura que no está aquí?

—Lo juro. Me temo que ha perdido el tiempo.

Una vez más escuché la risa siniestra.

—¿Con que perdí el tiempo, no? —murmuró—. Bien, eso está por verse...

Mientras hablaba, se oyó un clic y el camarote quedó sumido en tinieblas. Había apagado la lámpara detrás de mí. Ya no pude ver su cara en el espejo, pero sabía que continuaba allí, porque sentía o imaginaba que sentí, la presión del revólver en mi hombro.

Entonces, ocurrió algo Davy, cuyo solo recuerdo hace que me invadan el horror y la desesperación. Un brazo me rodeó el cuello y mi cabeza fue echada hacia atrás. Antes de que me diera cuenta de

lo que sucedía, tuve conciencia de un tibio aliento humano en mis fosas nasales y una boca oprimió la mía, en el beso más repugnante que es posible imaginar. En ese minuto de angustia supe por qué era tan repugnante.

¡Querido Davy, sus labios tenían gusto a *sangre*!

Algún resorte se soltó en mi cerebro. Que dispare, que me mate, que haga lo que quiera, pensé, pero debo escapar a este abrazo escalofriante, al horror de estos labios de vampiro. Luché como una mosca presa en una tela de araña, pero el brazo en torno de mi cuello oprimía como una banda de acero. No podía gritar. La presión de la boca era sofocante. Entonces, de pronto, sorprendí el borroso contorno del timbre. Mi brazo estaba cerca del botón. Lo apreté con toda mi fuerza y froté el codo contra la caja.

No sé lo que pasó después, pero escuché un portazo y advertí, con el alivio que podrás imaginar, que estaba sola. A lo lejos, se oía el repiqueteo del timbre. Sonaba con más intensidad cada vez, hasta que llegó un momento en el cual me pareció que todo el barco lo escucharía. Esperaba que viniera Trubshaw. Esperaba que alguien estuviera cerca y acudiera en mi ayuda. Pero no hubo pasos tranquilizadores.

Salí al corredor haciendo eses.

—¡Camarero! ¡Camarero! —grité.

Pero el fiel Trubshaw no apareció. Los pasajeros se estaban vistiendo para la comida y, aun cuando dos o tres cabezas femeninas asomaron en sus respectivas puertas, nadie se decidió a echarme una mano.

Al fin (supongo que, en realidad, todo este alboroto no duró más de tres segundos) se hizo ver mi camarera, una mujer de mediana edad, que caminaba con paso inseguro.

—¿Puedo hacer algo por usted, señorita? —preguntó—. Trubshaw no está por los alrededores y, aunque estoy fuera de servicio…

Entonces se fijó en mi boca que sangraba y en mi pelo en completo desorden.

—¿Está herida, señorita?

—Un hombre… —dije, con voz entrecortada—. ¿No vio a un

hombre de traje oscuro, que salió de mi camarote?

—Acabo de pasar junto a un individuo en el corredor —contestó —. Entró en los lavabos.

—¡Sígalo! —grité—. ¡Rápido!

La camarera vaciló por espacio de un momento, sacudida por la lucha entre su pudor y el deseo de ayudarme. Por fin se decidió, giró en redondo y se alejó a toda prisa por el pasadizo. Pocos segundos después, regresó.

—Debe de haberse marchado por la otra puerta —anunció, mientras sacudía la cabeza—, la que conduce al próximo corredor. Todos los lavabos tienen dos salidas.

Por entonces, Davy, un cierto número de gente había abandonado sus respectivos camarotes, para averiguar lo que ocurría. Todos me abrumaron con las necias preguntas de rigor.

—No es nada —los tranquilicé—. Me mordí un labio. Señor Wilson, por favor, dígale a Trubshaw que venga.

Mientras formulaba el deseo, el camarero apareció. Estaba muy pálido y asustado.

—Señorita Llewellyn —balbuceó—, ¿quiere tener la bondad de acompañarme?

Me llevó a un costado, para agregar:

—Se trata de la señora Lambert. Ella…, ella… ¡Oh! No estoy seguro, pero creo que ha muerto.

Vestida como estaba, con el más tenue y frívolo de los peinadores, me dispuse a correr en auxilio de la viuda. Antes de hacerlo ordené:

—Trubshaw, busque al doctor Somers y llévelo en seguida al camarote de la señora Lambert. También al señor Daniels. Haré lo que pueda por ella. Pero apresúrese.

Cuando entré en el departamento de la viuda, me detuve por un instante en la salita. Un mozo aterrorizado se acurrucaba en un rincón. En la mesa lateral había una bandeja con comida, que nadie había tocado, y en torno del pequeño escritorio se veía un montón de papeles desordenados. Los cajones estaban abiertos y el conjunto mostraba un aspecto de salvaje desaliño, como si alguien hubiera estado buscando con ansiedad algo que no había encontrado.

Me acerqué a la puerta del dormitorio y la abrí. Los latidos de mi corazón se aceleraron. Allí, en el piso, yacía en diagonal el

cuerpo de la señora Lambert.

No tardé en estar a su lado, mi cabeza apoyada en su seno izquierdo, para ver si aún se podía percibir algún signo de vida. Pero, antes de que lograra decidir en un sentido o en otro, descubrí algo que me obligó a retroceder.

En su bata blanca, por encima del corazón, se veía una mancha de sangre fresca, todavía húmeda y brillante...

En ese momento la puerta se abrió a mis espaldas y entró el doctor Somers, con el negro maletín en la mano.

Después de un examen somero, me preguntó:

—¿Le importaría tomarla por los pies? Quiero acostarla en la cama.

Ambos levantamos el cuerpo postrado de la señora Lambert. Luego el médico se volvió y se puso a buscar algo en su maletín.

—¿Está..., está muerta? —pregunté, casi sin aliento.

—¿Muerta? ¡En absoluto!

En tu tono vibraba la habitual alegría de su profesión.

—Ha sufrido un *shock* desagradable, pero creo que se recuperará en un minuto.

—¡Pero la sangre! —exclamé—. Parece como si alguien le hubiera disparado un tiro o... herido con arma blanca.

En lugar de contestar, el médico abrió el peinador y el blanco y firme pecho de la señora Lambert quedó al descubierto. Para mi intenso alivio, no había herida o abrasión en su suave superficie.

—Es probable que la sangre haya manado de la boca de usted, señorita Llewellyn —señaló el médico—. Esa mordedura es bastante mala. Permítame que la cure.

—¡Oh! Lo mío no tiene importancia —repliqué, con impaciencia —. Puedo esperar.

El doctor Somers rompió una pequeña cápsula, bajo la nariz de la señora Lambert, quien dejó escapar un leve estornudo y abrió los ojos.

Tanto como dure mi vida, Davy, recordaré siempre su mirada de terror.

—¡Robinson! —murmuró y luego se hundió en la almohada.

El médico volvió a su maletín, vertió algo en un vaso y lo introdujo a la fuerza entre los labios apretados de la enferma. Una tenue sombra de color estaba retornando a sus mejillas.

—Dentro de un rato, se sentirá perfectamente —anunció Somers —. Ahora quiero poner un antiséptico en su boca.

Mientras me limpiaba los labios, de la salita vecina llegó un ruido de voces. En apariencia, Daniels y Trubshaw mantenían una discusión acalorada. Pude escuchar la historia que narraba el camarero con claridad.

Contó que, alrededor de las siete, cuando pasaba delante del camarote de la señora Lambert, encontró al mozo que le llevaba la comida. (Desde la tragedia, la viuda ha comido siempre en sus habitaciones.) Se le ocurrió preguntar a la señora Lambert si necesitaba algo, de modo que golpeó la puerta, pero no hubo respuesta. Hizo girar el picaporte. No estaba puesto el cerrojo y entonces ambos entraron. Lo primero que vio fue el desorden de papeles en torno del escritorio. Como se sintiera alarmado, golpeó la puerta del dormitorio, pero tampoco tuvo respuesta. Trató de abrirla, pero esta vez con resultado negativo, pues estaba cerrada con llave. Volvió a llamar y no oyó nada. Fue en busca de la llave maestra, abrió la puerta y encontró a la señora Lambert tendida en el piso tal como la vimos momentos más tarde. Ordenó al mozo que se quedara donde estaba y mientras corría para pedir ayuda oyó el frenético campanilleo de mi camarote y me sorprendió en el corredor con el aspecto según su fraseología pintoresca, «de quien ha aferrado la cola de un tifón con firmeza».

El doctor Somers terminó de pintarme los labios con cloruro de mercurio. Volvía a la salita y comuniqué a Daniels mi versión de la visita de Robinson. Apenas concluí, se dirigió a Trubshaw y le preguntó si había visto a alguien que respondiera a la descripción de Robinson, en las proximidades del camarote de la señora Lambert.

Una palidez mortal cubrió la cara del pobre Trubshaw.

—S… sí, señor —tartamudeó, sus ojos enormemente abiertos ante el recuerdo repentino—. Antes de llegar a este camarote, observé a un individuo como ése que se alejaba, pero no le presté ninguna atención porque sólo conozco a los pasajeros de vista.

—¿Dónde fue?

—Lamento decir que no me di cuenta —repuso Trubshaw—. Dio

la vuelta a la esquina...

Daniels se volvió hacia el mozo.

—¿Usted lo vio? —le preguntó con aspereza.

—N... no, señor —contestó el muchacho, que temblaba de miedo —. Es decir... vi su espalda, pero no reparé demasiado en él...

Daniels ordenó a Trubshaw:

—Vaya y cuéntele al comisario de a bordo lo que ha ocurrido. El hombre debe de estar en las inmediaciones. En seguida, hay que llevar a cabo una búsqueda, mientras los pasajeros están en el comedor.

Cuando el camarero se disponía a salir, el doctor Somers añadió:

—Dígale a la señorita que venga. La señora Lambert necesita una enfermera esta noche.

Trubshaw salió de prisa y Daniels se acercó al escritorio.

—Al parecer, ha estado revisando los papeles —murmuró—. Me preguntó si faltará alguno.

—Es probable que Earnshaw nos lo diga —sugerí—. Permítame que vaya a buscarlo.

Daniels asintió con un distraído movimiento de cabeza y, entonces, me dirigí al camarote de Jimmie, que está situado a mitad de camino entre el de la señora Lambert y el mío. Cuando golpeé no hubo respuesta, de modo que abrí la puerta. Como es una cabina interna, estaba casi en tinieblas, pero con todo, a la luz que provenía del corredor, vi una figura blanca que yacía en la cama. Me di cuenta de que era Earnshaw porque la oscura mancha de su bigote se destacaba contra el fondo blanco de su cara. Llevaba una camisa abierta y pantalones de algodón.

—Señor Earnshaw —le llamé.

No contestó.

El estado de mi mente debió de ser por completo morboso, Davy, puesto que la idea de que también le había ocurrido algo cruzó por mi cabeza como un relámpago. Mientras buscaba con una mano el interruptor de la luz, me pregunté con vaguedad qué nuevo horror se ofrecería a mis ojos. El sonido de una respiración profunda y regular llegó a mis oídos como música. Jimmie dormía.

Di la luz. Se desperezó y se frotó los ojos. Cuando me adelanté para sacudirle un brazo, estuve a punto de derribar la bandeja con la comida que descansaba sobre una silla.

—¡Acompáñeme! ¡Rápido! —ordené—. Se trata de la señora Lambert…

Saltó como un resorte.

—¡Dios mío! —exclamó—. Me imagino que no estará…

—No, no es nada serio, pero creemos que se ha cometido un robo. Le necesitamos.

Mientras caminábamos de prisa a lo largo del corredor, le conté en pocas palabras lo que había ocurrido.

—¡El maldito puerco! —murmuró.

—Y debió de haber ido derecho desde la habitación de la señora Lambert a la mía —añadí, cuando llegamos a la puerta del camarote de la viuda.

Nos recibieron Daniels y el doctor Somers. Este nos informó que la paciente estaba en condiciones de hablar con nosotros, pero sólo nos permitió cinco minutos de conversación, en virtud de que, como le había administrado un fuerte sedante, esperaba que pronto comenzaría a producir su efecto.

Cuando entramos en el cuarto, la señorita Bush, enfermera del barco, se hallaba sentada junto a la cama. La señora Lambert descansaba, apoyada en varias almohadas. Su rostro estaba mortalmente pálido; sin embargo, al ver a Earnshaw, le obsequió con una valiente sonrisa.

—Lamento mucho haberme comportado como una tonta —dijo, en voz baja y trémula—, pero el *shock* fue tan espantoso y… y…

—No se mortifique —advirtió el médico—. Si usted lo prefiere así, el relato puede esperar.

—¡No, no! —exclamó la señora Lambert, con vehemencia—. Quiero hablar ahora, porque tal vez mis informaciones contribuyan al descubrimiento de ese demonio.

Volvió la cabeza, como si deseara escapar a un doloroso recuerdo. Luego prosiguió con un tono más tranquilo:

—Estaba leyendo aquí, en mi dormitorio, inmediatamente antes de la comida. Hoy me siento o, al menos, me sentía un poco mejor. Escuché un ruido en la salita y, como es natural, pensé que era el mozo que me traía la bandeja. Me levanté y abrí la puerta. De pie, junto al escritorio, había un hombre, vestido con un traje oscuro. Me volvía la espalda y estaba ocupado buscando algo en los cajones. Sin duda debió de haberme oído, puesto que giró en

redondo de forma brusca. A la luz de la lámpara que está sobre el escritorio, pude observar sus facciones con bastante claridad. No había posibilidad de equivocarme. Era el asesino de mi marido…, el hombre que se llama a sí mismo Robinson. Su aspecto era el mismo que tenía la última vez que le vi…, poco antes de que arrojara por la borda a la pobrecita Betty. Por espacio de un momento, nos miramos el uno al otro… Entonces, lanzó algo así como una breve carcajada, horrible y extraña, y alzó su mano derecha con lentitud y deliberación. En ella sostenía un revólver, con el cual me apuntaba. Por fortuna, yo me encontraba del lado interno de la puerta tuve bastante presencia de ánimo como para retroceder un paso, cerrarla y hacer girar la llave. Luego…, luego… no recuerdo nada más.

El relato fatigó a la señora Lambert, cuya cabeza se sumergió con cansancio en la almohada. El doctor Somers nos hizo una señal, la cual indicaba que era hora de que nos marcháramos. Volvimos a la salita.

—Me pregunto qué buscaba —dijo Daniels con gesto reflexivo, mientras observaba el montón de papeles sobre el escritorio.

—Permítame que verifique —pidió Earnshaw

Daniels se hizo a un lado y el secretario comenzó a revisar los papeles desparramados, con la eficiencia de un hombre de negocios. Había una cierta cantidad de cartas privadas, telegramas con deseos de buen viaje y cosas parecidas. Apartó todo eso con cuidado. Al fin, se volvió y nos dijo:

—Era lo que pensaba. El testamento del señor Lambert ha desaparecido. Estaba en ese cajón…

—¡Cielos! —exclamó Daniels—. ¿Para qué demonios habrá querido robar eso? Earnshaw se dirigió a mí.

—¿Recuerda que se lo mostré ayer, señorita Llewellyn? Era nada más que una copia, por supuesto. El original lo tiene el abogado, en Nueva York. Lo que se llevaron no sirve para nada, pero al menos contribuye a demostrar la teoría que he elaborado. Este Robinson tiene que ser alguien interesado de manera vital en las disposiciones testamentarias del señor Lambert.

Al parecer, también tiene un interés vital en mi diario. En realidad, se diría que sufre de lo que Kipling llama una «insaciable curiosidad» con respecto a un considerable número de cosas.

Y ahora, querido Davy, debo interrumpir mi relato por un

momento. Trubshaw acaba de traerme la comida, la cual consiste en sopa, tostadas y… media botella de champaña, que me envía mi viejo amigo Adam.

Bien…, veremos lo que hago con ella.

En el camarote
Sábado, 21 de noviembre
21h 30m

Bebí hasta la última gota del champaña de Adam, Davy, y me sentí lo bastante fuerte como para vestirme, hacer con mi cara todo lo que pude, después de la hazaña de Robinson, y bajar con el objeto de cumplir mi modesto papel en el campeonato de bridge. Estaba programado para las ocho y media.

Cuando llegué al salón, todo estaba dispuesto. Una dama anciana decía:

—Por favor, ¿quiere tener la bondad de conducirme a la mesa número ocho?

Y otra:

—Solía jugar mucho al *whist* en otras épocas, pero aún no logro dominar este contrato de última moda.

Por parte de los jóvenes, se escuchaban las habituales frases nerviosas:

—¿Emplea el Lenz o el sistema oficial?

—Dos *forcings*... Usted debe mantenerlas abiertas.

—Querida, Culbertson no es un *hombre,* es una enfermedad.

AI juzgar la habilidad de los participantes por lo que se desprendía de su conversación, me sentí satisfecha de que se hubiera dispuesto para mí un fuerte dolor de cabeza. Esto no significaría una actuación excesiva. Mi entrevista con Robinson me había dejado floja como un trapo: sólo pude salir a flote de forma esporádica, por obra de unas burbujas de champaña.

Apenas tuve tiempo de mirar en torno, cuando Adam se acercó y me echó la zarpa. Después de agradecerle su vivificante regalo, le proporcioné una versión somera de los principales acontecimientos de la tarde.

—¡Pobre pequeña! —exclamó, cuando terminé—. Y Daniels me

dijo que ese bruto le mordió el labio.

—Ahora que lo pienso con más calma, no estoy muy segura de que lo haya hecho él en realidad —observé, en tanto reflexionaba —. Por supuesto, me encantaría adoptar el papel de mártir, pero lo más probable es que me mordiera yo misma, antes del ataque de ese monstruo. Estaba tan petrificada, que podría haberme partido la lengua en dos pedazos sin notarlo.

—Bueno —me tranquilizó—, está muy bella con esa boca cubierta de cloruro de mercurio. He aquí una idea para que gane un millón de dólares, Mary. ¿Por qué no patenta el invento de añadir cloruro de mercurio a los lápices de labios? Higiénico, antiséptico y cosmético, todo en uno. Y, además..., ¡permanente!

En ese momento Daphne entró por otra puerta, con su compañero, el silencioso Sutton.

—Y hablando de cosméticos —continuó Adam—, ¿se fijó en Daphne? Parece que se arregló con el objeto de llevar a cabo la exterminación final del pobre Daniels. Donde falla la naturaleza, actúa el arte. A propósito, ella y la señora Clapp llegaron muy tarde para comer. Lo mismo que Silvera.

Volví los ojos hacia la señorita Demarest. Como diría la señora Clapp, su aspecto era primoroso. Su vestido era un poema épico, largo y con cola. Tenía los ojos y la boca pintados con suma habilidad y exhibía a todas luces la mejor ondulación de que es capaz el peluquero del barco. En el rosado brillo de su piel se podía descubrir las huellas de un masaje facial.

Volví de nuevo a Adam y observé en sus ojos lo que los novelistas describen como «una mirada significativa».

—¿Oyó que la señora Clapp y Daphne llegaron muy tarde al comedor? —repitió.

Supe con exactitud lo que quería sugerir, pero preferí ignorarlo.

—No me sorprende —repliqué—. Esos efectos de película cinematográfica llevan bastante tiempo. Son el resultado de la plegaria y el ayuno. Espere a que veamos aparecer a la señora Clapp. Apostaría a que su aspecto es abrumador y deslumbrante. No le dejará una sola oportunidad a la pobre Daphne.

—Si Robinson llegó a tiempo para comer, tuvo que cambiarse con suma rapidez —comentó Adam, impasible.

Ya no pude ignorar sus implicaciones.

—Escuche, Adam Burr —repliqué, con cierto calor—. Ayer expuso una teoría alocada e increíble, acerca de que Robinson es una mujer, o que Daphne es un hombre… o algo parecido. Bueno, es mejor que la olvide. Voy a decirle dos cosas que esparcirán a los cuatro vientos el producto de su pequeño acceso de locura violenta. En primer lugar, la conversación que escuchamos la noche del baile de disfraces fue entre la señora Clapp y Daphne. Marcia admitió que estaba tratando de convencer a su amiga de que permaneciera soltera, para su propio bien…

—Linda manera de hablar para dos mujeres —murmuró Adam.

—¡Oh, usted, cien por ciento hombre normal! —exclamé, con excitación—. Nunca será capaz de ver nada que esté una pulgada más allá de sus narices. La señora Clapp es una criatura temperamental, a quien le encanta dramatizar las situaciones. En realidad, no está hecha en lo más mínimo para la emoción profunda, de modo que trata de sacar el mayor partido posible de cada acontecimiento, mientras dura. No creo que en todo esto haya otra cosa que el deseo normal de una mujer vieja de conservar a su lado a una servidora fiel. Y no hay que maravillarse en absoluto, si se tiene en cuenta lo que hace Daphne por su compañera.

—Bien, Mary, estimo que ha llegado la hora de decirle algo que descubrí, aunque debo admitir que no me siento muy orgulloso de mi hallazgo… ni de mis métodos.

Adam se había ruborizado y bajaba la vista como una adolescente pasada de moda, pero decidí no hacer nada para ayudarle.

—S… sí —tartamudeó—. Conseguí que… que Trubshaw me permitiera revisar el camarote de la señora Clapp. Esto fue ayer… cuando ambas se hallaban en la cubierta. La primera cosa…, la primera cosa que vi, fue una hoja de afeitar en el lavabo. ¡Ahora!…

Su voz se había alzado en un grito de triunfo.

Le lancé lo que por lo común se llama una mirada entre comillas. Adam pegó un respingo.

—Señor Burr —dije, por fin—, usted debe de ser viudo desde hace muchos, pero muchos años. O, en los últimos tiempos, tiene que haber vivido por completo al margen de las cosas. ¿No ha tenido ninguna hermana que le explicara los hechos como son? En caso negativo, he de informarle que, debido a los trajes de noche sin

mangas y otras modas modernas, las mujeres necesitan recurrir a… ciertos métodos de belleza periódicos, que tal vez no les hicieran falta cuando usted era un muchacho. Preferiría no extenderme demasiado en detalles, ya que se trata de un tema que ofrece muy escasos atractivos.

Adam se volvió hacia mí con una expresión intrigada y culpable, sacudió la cabeza y me dijo con tono de reproche:

—¡Usted siempre tan positiva, Mary!

—Al menos soy positiva en una cosa —repliqué—. Robinson es un hombre. Su beso me ha convencido. Su brazo era muy fuerte. Ninguna mujer podría haber hecho lo que él me hizo. Ninguna mujer habría deseado hacerlo.

Adam sonrió y me palmeó el hombro lastimado, con una suavidad que era fastidiosamente misericordiosa y paternal.

—A veces —dijo—, creo que no es muy sutil, Mary Llewellyn. Esta tarde me obsequió con una clase sobre psicología femenina. Ahora ha llegado mi turno de exponer el punto de vista masculino. No existe hombre viviente que sea capaz de sentir placer por medio de un beso conseguido a punta de revólver. Recuerde que Robinson es un criminal perseguido, para quien cada segundo resulta precioso. Es probable que no se trate de un Frankenstein o un Drácula. Estimo que su beso fue un mero gesto.

—No es muy halagador, señor Burr.

Adam ignoró mi interrupción.

—Y un mero gesto que ningún hombre haría, por hondos que fueran sus deseos. No pretendo desmerecer sus atractivos personales, pero miremos las cosas a la cara. Un abrazo robado es un precio demasiado alto para cualquier hombre en peligro de captura y muerte. Por otra parte, una mujer inteligente podría hacerlo para desviar la atención de la gente de la verdadera pista. Ella sabe que eso es lo que se espera del malo del drama…

—Todo cuanto puedo afirmar, Adam, es que usted no fue quien recibió el beso.

Dio una larga calada a su cigarro y sacudió el extremo brillante sobre una maceta con un helecho. Luego me observó con expresión burlona.

—Mary —dijo, con suavidad—, ¿cuál sería su impresión si yo la besara?

—Rabia —contesté, con voz dulce y algo divertida.

—No, no, no me refiero a eso. Quiero decir su impresión física.

Me alejé.

—Vamos, vamos, ¿no le parece que nos estamos poniendo demasiado analíticos?

Por espacio de un momento, Adam me contempló con embarazo y, por fin, tartamudeó:

—¡Oh, querida! Mi vocabulario es muy pobre, pero mi observación fue por entero inocente. Por supuesto, sé que mi beso le produciría una absoluta frialdad, pero usted tendría la impresión del cigarro y del jabón de afeitar Yardley. Si la hubiera besado antes de afeitarme para la comida, habría tenido la impresión de mi barba. ¿Advierte cuál es mi idea?

—Adam —exclamé—, le pido disculpas. Después de todo, usted no es tonto. Me doy cuenta de lo que quiere decir y nunca pensé en ello. Soy la única persona en el barco que conoce el perfume de Robinson. Permítame que medite. Bien, aparte de la sangre, que con toda probabilidad era la mía, tuve la vaga impresión de que debió de haber fumado un cigarrillo, en la última media hora. Hubo una sugestión de crema facial o de algo dotado de un aroma débil y nada de barba. Eso, de manera definitiva. Y algo más. No creo que fume pipa, porque mi novio lo hace y conozco el olor. Ahora bien, ¿desea que bese a todos los hombres que están a bordo, hasta que encuentre la perfecta combinación?

Adam rió entre dientes.

—Eso sería pedir demasiado, querida. Pero nada de barba, y perfume de crema facial. Por lo general, los hombres no usan cremas, usted no lo ignora.

—Lo hacen cuando se disfrazan de otro —repliqué—. Además, pudo haber sido pintura grasa. No soy una experta en olores. Es inútil, no me convencerá de que no era un hombre, pese a sus explicaciones tan poco galantes y halagadoras. Era un hombre y deseaba besarme, aun cuando no logre imaginar quién haría una cosa así en este barco.

—Bueno, querida —observó Adam, con dulzura—, por supuesto, no abrigo la intención de incriminarme, pero... estoy en condiciones de imaginarlo.

El señor Wolcott apareció de forma muy oportuna e inclinó su

barbilla sobre mi mano, con gran solemnidad.

—Es un placer extraordinario para mí —dijo el viejo farsante— jugar esta noche con alguien que sabe de verdad lo que es el bridge.

Nos quedamos hablando en un rincón por espacio de unos minutos, mientras los rezagados ocupaban sus sitios. Silvera jugaba con la mujer gorda, que irrumpió en nuestro partido memorable de ayer. Jennings decidió ser el compañero de la vieja arpía, muda y con una trompetilla acústica. El señor Hirsch estaba sentado frente a su mujer. Por fin, Adam nos dejó para reunirse con una joven insípida, peinada a lo Greta Garbo.

Wolcott y yo nos disponíamos a ocupar nuestros lugares, cuando se produjo una pequeña conmoción cerca de la entrada. La señora Clapp apareció magnífica con un vestido de satén blanco, cuya pasmosa severidad sólo se veía atenuada por un pesado fleco de seda. La seguía un cansado y elegante Earnshaw. Un pequeño grupo de gente se arracimó en torno a la actriz, para tributar un último homenaje a la Fama. Todos los hombres se esforzaron por lograr una sonrisa o un gesto de reconocimiento y todas las mujeres sintieron que Marcia había conseguido que parecieran zafias sin remedio. Wolcott se alejó de mi lado.

Aproveché la oportunidad para cambiar unas palabras con Jimmie.

—¿Algo nuevo? —susurré.

—No —contestó, al tiempo que pasaba una mano por su pelo oscuro y liso—. He podido comprobar que no desapareció nada más. La señora Lambert duerme profundamente. De otro modo, no habría venido aquí esta noche. Lo he hecho a disgusto, con la esperanza de que la señora Clapp deje caer algo acerca de su sobrino. De todos modos, le prometí acompañarla. ¿Se siente mejor, señorita Llewellyn? Aún tiene una marca desagradable en el hombro.

—Ya no estoy tan furiosa —murmuré—. Trato de buscar a un hombre con los labios lastimados... Espero haber mordido a ese bruto.

Luego, todos ocupamos nuestros respectivos lugares y Jennings anunció las reglas del juego. Repartí los naipes para la primera

mano, vi que las cartas eran pésimas y al punto decidí que había llegado el instante de mi dolor de cabeza. Se llamó al comisario de a bordo. Daniels apareció como por arte de magia y se realizó la sustitución, tal como se había previsto. No me sentí apenada por verme en la obligación de partir.

Cuando regresé a mi camarote, observé a un guardia sentado en la intersección que domina el departamento de la señora Lambert y mi cabina. Tiene la nariz de un púgil y un torso cómo el de Jim Londos, de modo que si Robinson llega esta noche para merodear otra vez, encontrará lo que se merece.

No obstante, querido, prefiero confiar en el Señor y en un buen cerrojo.

Cuando terminé de escribirte, me desvestí y me acomodé en la cama con una novela, esa historia de detectives que tú me distes y cuyo autor es tu amigo Quentin Patrick[5]. La encontré agradable y sedante, después de las emociones y horrores de este viaje… Una deliciosa dieta de leche y agua, tras un firme abuso de *highballs*. Mientras la leía, pensé que si tu ingenioso camarada fue capaz de sacar tanto partido de una situación irreal ocurrida en una universidad inglesa vieja y chata, qué no podría hacer con un misterio real, sangriento y al rojo vivo, como el que estamos viviendo a bordo del barco llamado *Asesinato*.

Sin embargo, debo admitir que el libro me mantuvo despierta y me absorbió, llegando a sobresaltarme cuando oí que la gente regresaba del campeonato de bridge, a eso de las doce. Entonces escuché un ligero golpe en la puerta. Salté de la cama.

—¿Quién es? —grité.

Era Trubshaw.

—No tema, señorita. Un caballero desea hablar con usted. Dice que es urgente.

A juzgar por el tono de su voz, se habría dicho que tengo el hábito de aceptar la visita de caballeros, a esa hora avanzada, todas las noches.

—¿Pero quién es, Trubshaw? Estoy en cama, durmiendo.

—Es el señor Daniels, señorita Llewellyn. Dice si le…, si le importaría concederle un minuto. Parece un poco trastornado,

pero… trae un plato de emparedados para usted.

Bien, Davy, supongo que un detective que está enamorado de otra muchacha es un hombre bastante seguro. De todos modos, como tenía un hambre canina, me puse la bata y le dije a Trubshaw que le hiciera entrar. Cuando le observé la cara, me estremecí. Tenía una expresión desdichada y perpleja. Se sintió tan incómodo al verme en la cama, que me produjo la impresión de un individuo desarticulado. A fin de devolverle la calma, lo saludé con perfecta indiferencia y me apresuré a tomar un emparedado.

—Señorita Llewellyn —balbuceó, por fin—, debo pedirle disculpas…, por supuesto que debo… por molestarla de esta manera, en especial si se tiene en cuenta que usted ha de estar cansada después de su…, de su desagradable experiencia de esta tarde. Pero acudo a usted en nombre de la línea…, usted es la única persona que puede ayudarnos.

—¿Qué demonios ha ocurrido, Daniels? —pregunté—. Sírvase un emparedado. Le calmará. Está muy nervioso. ¿Su pequeño plan dio resultado?

El detective sacó un pañuelo de su bolsillo y se enjugó la cara.

—Sí —repuso con lentitud—. En un sentido dio resultado. Pero en otro, embrolló las cosas más que nunca. Usted verá, alguien cometió los dos errores de Robinson…, jugó J de trébol en la primera mano y J de diamantes en la segunda. En efecto, como señaló Wolcott, esa persona jugó J, a tuertas o a derechas, en todas las oportunidades, como lo hizo Robinson. Pero el inconveniente es que, y de eso me siento absolutamente seguro, *no puede ser Robinson de ninguna manera*.

—¡Santo cielo! —exclamó llena de una intensa excitación—. ¿Pero quién es esa persona?

Daniels sacudió la cabeza.

—Ni siquiera una manada de caballos salvajes lograría extraer el nombre de mi boca, señorita Llewellyn. Es inconcebible…, total y absolutamente inconcebible. No encaja, nada encaja. Y por eso estoy aquí.

—Bien, por lo menos, cuénteme y permítame sacar mis propias conclusiones.

El hombrecillo meneó la cabeza con desaliento y continuó:.

—Señorita Llewellyn, es probable que usted piense que he

estado perdiendo el tiempo en este barco. Para decir la verdad, trabajé como un negro. No tuve un solo día de vacaciones. Sé muchas cosas que no figuran en su diario. Por ejemplo, podría decirle con cierta aproximación dónde se encontraba cada pasajero cuando el señor Lambert fue envenenado. Tengo una nómina de toda la gente que estaba levantada y por los alrededores, cuando arrojaron por la borda a la pobre señorita Betty. Elaboré una teoría bastante buena acerca de cuáles, entre los pasajeros, estaban en posición de atacar a la señora Lambert y a usted esta tarde, aunque en este caso resulta mucho más difícil establecer los hechos de forma definitiva. Por supuesto, no pretendo afirmar que los conozco a todos, pero por lo menos estoy al tanto del nombre de los pasajeros que disponen de una coartada para las tres oportunidades. Esto significa una buena dosis de trabajo, pero al parecer no nos ayudará ni poco ni mucho, porque la persona que cometió los errores en el bridge esta noche figura en todas mis nóminas y tiene una coartada perfecta para las tres ocasiones. ¿Advierte cuán complejo resulta hacer que las cosas se ajusten?

—Pero, señor Daniels —objeté—, usted ignora dos posibilidades. Tal vez el de Robinson no sea un disfraz, después de todo. Quizá sea una persona real y esté escondido en algún lugar del barco. También es probable que no se trate de un pasajero.

El detective me observó con una mirada extraña y su voz descendió a un misterioso murmullo.

—Lo que usted dice podría ser verdad, señorita Llewellyn, pero ocurre que Robinson estuvo en el salón esta noche, mientras se jugaba el campeonato de bridge. Dejó un mensaje.

Cuando terminó de decir estas palabras, Davy, una pavorosa sensación comenzó a abrirse camino en mi interior. Por primera vez presentí que estábamos midiéndonos con algo que no era de carne humana..., que el espíritu de las tinieblas se hallaba a bordo del *Moderna*. Temblé y me envolví los hombros con la bata.

—No se alarme —dijo Daniels, al tiempo que me pasaba el plato de emparedados para consolarme—. No fue nada terrorífico, pero nos proporciona la prueba definitiva de que se encontraba en el salón.

Sacó un documento del bolsillo y me lo alcanzó. Una sola ojeada me bastó para ver que era el testamento del señor Lambert, robado

esta misma noche del departamento de su viuda. En el reverso, con las mismas torpes letras de imprenta, alguien había garabateado lo que sigue:

HE VISTO TODO LO QUE DESEO. GRACIAS... ROBINSON.

—¡Cielos! —exclamé—. El hombre cada día se muestra más osado. Es un verdadero *fresco*. Si no lo pesca antes de que lleguemos a Georgetown, no dejará en este barco una sola alma para que prosiga el viaje. Pero, ¿cómo obtuvo el testamento?

—Es la cosa más sorprendente —comenzó Daniels, y continuó con la exposición de los hechos.

De acuerdo con su relato, Trubshaw, después de servirme la comida, se dirigió al salón, para ayudar a los otros camareros en el arreglo de las mesas para el campeonato de bridge. El hombre recuerda con claridad que corrió una de las macetas decorativas, plantadas de helechos, con el objeto de hacer lugar para una mesa. Cuando la gente comenzó a entrar, estaba en ese mismo sitio y a él volvió tras acompañar a las distintas personas a sus mesas. Está dispuesto a jurar que, por entonces, no había nada en la maceta, como no fueran los helechos. Después que comenzó el juego, bajó para comer. A las diez regresó al salón para servir los refrescos. En un momento u otro, volvió al sitio en que había estado antes y, con gran asombro, advirtió que había un papel clavado en la maceta. En seguida se lo entregó a Jennings, quien, a su vez, lo depositó en manos de Daniels. Ningún pasajero de los que no participaban en el torneo entró en el cuarto durante la noche. Todos los jugadores debieron de estar, en algún instante, cerca de la maceta. La conclusión inevitable es que Robinson.es uno de los participantes o uno de los camareros.

—Mostré el documento al señor Earnshaw —concluyó Daniels— y lo ha identificado. Sugirió la búsqueda de huellas digitales, pero... no soy un experto. Además, no puedo tomar las huellas digitales de cuantos estuvieron allí, puesto que causaría un alboroto interminable.

—Bueno, al menos se puede extraer una conclusión de todo esto —señalé, entre un bocado y otro del último emparedado—. La

teoría de Earnshaw, de que el joven Alfred Lambert se encuentra a bordo, parece asentarse sobre bases más firmes que nunca. No hay otro que pueda abrigar algún interés por el testamento del muerto. Trate de encontrar a Alfred y, si lo logra, tendrá en sus manos a Robinson.

—No he oído una palabra acerca de eso —dijo Daniels, con gran nerviosismo—. Conocía la existencia del joven Lambert, por supuesto, pero…

—¡Oh, Dios! ¡Y prometí que no lo diría! Me había olvidado que usted no leyó los últimos capítulos de mi diario, señor Daniels.

—Por eso vine aquí esta noche —observó, lleno de ansiedad—. Señorita Llewellyn, usted *debe* permitirme que hojee su diario. Es posible que me haya equivocado en mis deducciones.

Hizo una pausa y, con gesto trágico, se pasó la mano por la frente, antes de agregar:

—Tal vez la persona que cometió los errores durante el campeonato de bridge, sea en realidad Robinson. Resulta espantoso pensarlo siquiera, pero al menos contamos con algo que nos permitirá operar de ahora en adelante. Si lograra descubrir una clave o el más ínfimo rastro de una clave en su diario, me pasaría la noche enviando radiogramas. Podría obtener información que respaldara esta pavorosa probabilidad. Podría alcanzar la solución del problema, antes de nuestro arribo a Georgetown. Hace un rato, le dije que conozco muchas cosas que usted ignora. Bien, usted me ha demostrado con su última observación, que posee ciertos detalles que es imprescindible que yo sepa. Debe ayudarme, señorita Llewellyn.

Davy, te juro que, al llegar a este punto, al hombrecillo poco le faltó para caer de rodillas a mis pies. Se lo veía tan excitado, que estoy segura de que han de haber saltado varios de sus botones.

—¡Oh! Ya sé lo que va a decir —prosiguió, con el mismo tono colmado de apasionamiento—. Su diario es asunto privado. En él se refiere a mí, como el «cómico pequeño *cockney*», y consigna su opinión franca acerca de los pasajeros de este barco. Además, en sus páginas figuran cosas que nada tienen que ver con este detestable problema de los Lambert. Estoy al tanto de todo eso. Pero, señorita Llewellyn, éstas no son circunstancias para tomar en consideración los sentimientos personales. Nos hallamos frente a un problema de

vida o muerte. Le juro que el diario no saldrá de mis manos. Los párrafos íntimos serán para mí tan sagrados como la memoria de mi madre. Lo devolveré a la caja fuerte del capitán sin que sufra el daño más insignificante…

Por entonces, mis esfuerzos para no estallar en carcajadas habían llegado al máximo. ¡El pobre Daniels tenía un aspecto tan cómico, de pie, allí, balanceando primero una pierna y después la otra, como un gorrioncito! Me sentí tentada de arrojarle algunas miguitas de los emparedados.

—Señor Daniels —le interrumpí con cierta impertinencia—, si usted le habló de esa manera a Daphne, no me extraña que ella le diera palabra de casamiento. Creo que usted es capaz de obligar a una muchacha a prometerle cualquier cosa. Por supuesto que puede contar con mi diario. Me alegra pensar que, después de todo, mis esfuerzos literarios terminen por ser útiles. Pero resulta espantosamente egoísta por su parte el negarse a contarme quién jugó los naipes fatales.

Me estrujó la mano y exclamó:

—¡Oh, gracias! Jamás olvidaré esto, jamás. Ha sido un asunto brutal y…

—Y será más brutal para usted, si le dice a Daphne lo que Burr afirmó de ella y que figura en mi diario —observé, con voz torva—. Se supone que el marido y la mujer no deben tener secretos el uno para el otro, pero si usted llega a cometer alguna indiscreción en esta materia le aseguro que viajaré a Inglaterra para pegarle un tiro. Aquí están los dos últimos capítulos, si usted quiere llevárselos. Le deseo que pase una noche agradable, entregado a su lectura.

Tomó las páginas y comenzó a andar hacia la puerta. Le pedí que volviera.

—Ya que usted se resiste a comunicarme nada interesante, al menos hágame saber quién ganó el campeonato.

—Señorita Demarest —contestó—. Le dieron como premio una mantequera de plata, con el barco esmaltado en la tapa. Algo muy lindo y… muy apropiado. Buenas noches.

¿Qué tal es esto para un final, Davy?

Sobre cubierta
Domingo, 22 de noviembre
Mediodía

Parece que al fin va a ocurrir algo, Davy, aun cuando no sé con exactitud de qué se trata. Se nota la presencia de una expectativa controlada, al margen, por completo, de nuestro arribo a Georgetown mañana. Nadie tiene la más remota idea de lo que esto significa en realidad, pero todos los pasajeros sienten, de una manera o de otra, que la atmósfera está cargada.

El foco del asunto, por lo menos en lo que a mí concierne, es el pequeño Daniels. Esta mañana, después del desayuno, le sorprendí al pasar una o dos veces. Iba y venía de la cabina del radiotelegrafista, pero no pude inducirle a que se detuviera para charlar un rato conmigo. Después de lo que dijo anoche, me carcome la curiosidad, pero no logré leer nada positivo en su expresión preocupada. Una cosa es cierta: nuestro detective está siguiendo la pista de cerca. Hacia dónde lo conducirá, es cosa que está por verse.

En este barco, Davy, no se guarda el precepto dominical. Por eso, después de los servicios religiosos, un grupo se reunió en la cubierta superior para observar los finales del campeonato de tenis (mixto), a cargo de Daniels y Daphne contra el señor y la señora Hirsch. Los últimos, en su calidad de maduros veteranos, tomaron el asunto muy en serio y, en consecuencia, estaban muy disgustados porque uno de los adversarios no aparecía. Cuando comenzaban a murmurar algo acerca de que habían ganado el torneo por ausencia, divisamos a lo lejos a Daniels.

—Iré a buscarlo, iré a buscarlo —exclamaron varias voces.

—No —tronó Daphne—. Iré yo.

Y, sin otra palabra, se lanzó a la persecución de su compañero tan escurridizo, le interceptó el pago, le alzó en vilo sin la menor

vacilación y le condujo así al campo de juego. Los espectadores premiaron la hazaña con un violento estallido de risa, regocijo al que se unió el pequeño detective, con un comentario afable acerca de la forma en que su compañera le había arrastrado. Luego insistió en que sus múltiples ocupaciones le impedían jugar. Pero Daphne se mostró inexorable. Afirmó que las restantes cosas podían esperar y que el deporte era lo primero.

Después de nuevas protestas, más o menos calurosas, Daniels se rindió y se dio comienzo al partido. Fue un encuentro emocionante. El señor y la señora Hirsch jugaron con estilo impecable. Alguien me contó que habían superado con éxito las primeras fases del campeonato sin ninguna dificultad. Daphne y Daniels, por su parte, ofrecieron un juego irregular pero lleno de colorido. El público en general estaba de su parte, sin duda alguna debido a que había corrido el rumor de que en lontananza se divisaba otro tipo de asociación entre ellos.

Durante el primer set, que ganó el matrimonio Hirsch por 6-4, el mensajero del barco coreó con insistencia y en varias oportunidades las palabras «señor D-a-a-niels, señor D-a-a-niels». Creo que le entregó por lo menos seis radiogramas. Como consecuencia de su lectura, el juego del detective comenzó a perder eficacia de un modo tan evidente que Daphne terminó por apoderarse del manojo de papeles y entregármelo a mí, con órdenes expresas de que no permitiera a su compañero atisbar siquiera una sola hoja, hasta que no hubieran ganado el partido. El pobre Daniels me lanzó una mirada ansiosa desde la línea del fondo.

En el transcurso del segundo set, el espectáculo fue emocionante. Los ingleses, como se dieran cuenta de que sus veteranos rivales los superaban, decidieron adoptar tácticas nuevas. Daphne, erguida junto a la red y usando las ventajas de su elevada estatura, recogía todos los tiros posibles y los devolvía en la forma más retorcida que haya visto nunca. Daniels, por su parte, saltaba en la línea trasera como un grillo y se cobraba los muy ocasionales tiros que sus adversarios lograban hacer pasar por un sector fuera del alcance de esa amazona que tenía por compañera.

—El cielo es el límite —murmuró Adam a mi oído, cuando el señor Hirsch fracasó, una vez más, en su intento de lanzar un tiro por encima de la cabeza de Daphne.

—Señor D-a-a-niels —entonó de nuevo el mensajero del barco, y dos nuevos radiogramas se añadieron al montón.

—Me parece que las felicitaciones resultaban un tanto prematuras —señaló el señor Hirsch, con expresión risueña, cuando nuestros amigos ganaron el segundo set y Daniels se detuvo a mi lado por espacio de un segundo, con el objeto de contar los sobres.

Mientras ocupaban sus puestos para el set final, un bromista observó:

—Debe de jugar a la bolsa.

No es necesario que detalle el final del partido, Davy. Es suficiente que te diga que el hogar de Daniels-Demarest se verá enriquecido con otro artículo útil, sin duda una vinagrera de plata o una cuchara para ensalada. Si Daphne continúa ganando premios en la medida en que lo ha hecho hasta ahora, nadie será capaz de afirmar que fue al matrimonio con las manos vacías. Pero, hablando en serio, jugó un partido magnífico y siempre la recordaré en traje de deporte, contra un fondo de cielo y mar, saltando, corriendo y lanzando tiros, como alguien de la Acrópolis. Me pareció única... graciosa y extrañamente hermosa. En realidad, si se la considera al margen de los hombres y mujeres de tamaño normal que la rodean, es una supercriatura, una joven diosa, un ser digno del amor que parece profesarle Daniels. Después de todo, es sólo un estrecho y mezquino convencionalismo el que exige que las mujeres sean bonitas y razonablemente pequeñas. Tengo el firme presentimiento de que, cuando vea a los ángeles del cielo, descubriré que son bellos a la manera en cierto modo atlética, fuerte y asexuada de la señorita Demarest.

Pero, me estoy perdiendo en tontas digresiones, querido Davy, y debo confesarte que, aun cuando el partido de tenis resultó fascinante, al cabo no fue, ni con mucho, tan estremecedor como los últimos acontecimientos de ese gran deporte representado por la caza del señor Robinson.

Tan pronto como ganaron el campeonato, Daniels abandonó a su enamorada y se acercó a mí para recuperar los radiogramas. Nos apartamos un poco de los espectadores, quienes se arracimaban en torno de una Daphne victoriosa para ofrecerle sus felicitaciones, y

buscamos el refugio de un rincón tranquilo. Allí me entretuve en observar a Daniels con atención, mientras leía los mensajes, la expresión seria y el ceño fruncido.

—¿Bien? —pregunté—. ¿Estoy en condiciones de enterarme de algo?

Antes de responder, el pequeño detective guardó los radiogramas en el bolsillo.

—Señorita Llewellyn —dijo, al fin, con voz grave—, por cierto que tengo con usted una deuda de gratitud. Anoche, pude no creer en la evidencia de mis sentidos. Más tarde, cuando llegué a la última página de su diario, comenzó a hacerse la luz en mí. Su relato es tan claro... tan completo, que me cuesta aceptar que usted no sabe... que usted no advirtiera a lo largo de todo el proceso, quién es... quién es el responsable de las muertes del señor Lambert y de su sobrina.

—¡Señor Daniels! —exclamé—. No sé si usted me halaga o me insulta. No abrigo más idea acerca de quién pueda ser Robinson que el hombrecillo de la luna. Incluso no me sorprendería que fuera el capitán Fortescue... usted... o... o el cocinero de a bordo. Espero que usted me lo diga.

Daniels frotó sus pies contra el piso y observó en torno con recelo.

—No, no todavía —murmuró—. No me atrevería a hacerlo. Aún corre graves riesgos, señorita Llewellyn. Le confieso que se me hiela la sangre cada vez que pienso en el espantoso peligro a que ha estado expuesta en el transcurso de este viaje.

Tras una pausa, tosió a manera de disculpa por lo que se disponía a decir y añadió:

—Lo único que la salvó hasta ahora es su ignorancia. Si le comunicara el nombre de... de esa persona, su cara traicionaría su conocimiento y no volvería a entrar viva a su camarote. Recuerde que el capitán le dijo, en cierta ocasión, que era muy peligroso para usted el saber tanto. Tenía razón. Como le acabo de decir, la salvó su ignorancia, porque la «corazonada» que usted menciona en su diario es correcta. Usted tiene en custodia la clave fatal que nos conducirá a Robinson. Pero hay mucho que averiguar todavía. Yo mismo me siento nervioso al constatar la cantidad de cosas que he desenterrado en las pocas horas precedentes.

Palmeó los radiogramas que guardaba en el bolsillo.

—¿Pero no piensa revelar nada? —exclamé con impetuosidad—. ¿Está dispuesto a mantenernos en la más absoluta ignorancia hasta que lleguemos a Georgetown?

Daniels se puso de pie de un salto y me obsequió con una sonrisa que desarmaba.

—No —repuso—. Le prometo, señorita Llewellyn, que lo sabrá todo por lo menos dos horas antes que nadie. ¿No es una oferta justa? Sin embargo, usted tiene que prometerme algo a cambio.

—He llegado a un punto en el que prometería cualquier cosa, señor Daniels.

—Muy bien. Entonces, ha de hacer exactamente lo que sigue. Quiero que permanezca en este lugar hasta que oiga la llamada para el almuerzo. En su trascurso, recibirá una invitación para tomar el té, a las cuatro y treinta. Debe aceptarla. Tan pronto como el almuerzo termine, y sin hablar una sola palabra con nadie, nadie en *privado*, irá derecha a su camarote. ¿Está claro?

—Parece muy misterioso.

—En absoluto. Me limito a tomar las precauciones ordinarias para su seguridad. Más adelante comprobará por qué. Tengo interés en que no alterne con nadie hasta las cuatro y media de hoy. Después, al menos así lo espero, ya no habrá peligro de ninguna naturaleza. ¿Me lo promete?

Asentí con un movimiento de cabeza.

—No lo olvide. Después del almuerzo, vaya a su camarote y espéreme. Cierre la puerta con llave y no abra a nadie. Golpearé la puerta con los nudillos y trataré de tocar *God Save the King*. ¿Conoce la música? Tum-tum-ti-ta-tum-tum. No debe abrir en ninguna circunstancia, ocurra lo que ocurra. Esta tarde no habrá guardia en el corredor. El hombre estará ocupado haciendo otra tarea… algo para mí. Le llevaré su diario y le comunicaré el nombre de la persona que tanto le interesa. Deseo que dedique la tarde a estudiar su relato y a verificar mi teoría. A las cuatro y treinta volveré a buscarla. Pero, por favor, si es que valora en algo su vida, no abra la puerta a nadie… a *nadie*, ¿me entiende? No importa quién sea. Y recuerde, *God Save the King*, nada más.

El tono del hombrecillo era tan serio, que no me quedó más remedio que asentir. Por otra parte, puedes imaginar, querido, que

no me siento ansiosa de que se repita la pantomima de ayer. Quizá sea tarda de entendederas, pero es evidente, aun para mi inteligencia limitada, que Daniels cree que Robinson es *uno de nosotros*. De modo que es mucho mejor que me limite a mi propia compañía, hasta que sepamos con certeza cuál de nosotros es el asesino. Y es igualmente obvio que el candidato del pequeño detective es alguien con el cual, en circunstancias normales, yo podría pasar las horas de la tarde.

Y todo esto abre una perspectiva sobre otra de espantosa sospecha…

En el camarote
Domingo, 22 de noviembre
14h 15m

Bien, Davy, estoy encerrada a cal y canto en mi camarote, a la espera de los sones de *God Save the King* repiqueteados en mi puerta… y de mi hombrecillo, como una paciente Griselda.

Tal vez te interese saber que hace nada más que diez minutos que llegué y, en tan breve lapso, tres personas han llamado a mi puerta o, para ser más exacta, tres personas o una sola que acudió en tres ocasiones distintas. Me comporté como una chiquilla obediente y no dije una palabra. Me limité a permanecer inmóvil, para dar la impresión de que no estaba, de modo que no sé quién era mi visitante. Una vez, los pasos que se alejaban sonaron como los de un hombre. Otra, creí haber escuchado una voz de mujer que susurraba mi nombre. Pero no podía estar segura de nada. Daniels insufló en mi alma una maldita desconfianza hacia todos mis compañeros de viaje y lo hizo en tal medida, que me miro al espejo y me pregunto si incluso yo, Mary Llewellyn, estoy libre de sospecha.

Y, mientras aguardo a mi señor, te contaré lo que ocurrió durante el almuerzo. Junto a cada plato, había un sobre oculto con delicadeza en los pliegues de la servilleta. Abrí el mío con dedos que temblaban. Dentro había una tarjeta, cuyo texto transcribo:

El comandante
HORATIO FORTESCUE, R. N. R.
tiene el placer de invitar
a la señorita MARY LLEWELLYN
a un té que se servirá
a las cuatro y treinta
el domingo, 22 de noviembre

Bien, era lo que Daniels había profetizado. Me disponía a deslizar la tarjeta en mi pecho, cuando advertí algunas palabras escritas en una de las esquinas. Leí, en letras mayúsculas, la extraordinaria frase que sigue:

PARA CONOCER AL SEÑOR ROBINSON

Percy Daniels

Me apresuré a apartar esas palabras de la vista, como si fuera algo obsceno y vergonzoso. Luego miré en torno con expresión culpable. Los demás habían abierto sus respectivos sobres y estaban leyendo la invitación con rostros serenos. Pese a mis intentos, no logré echar una ojeada a la tarjeta de Adam.

El almuerzo fue tenso y apresurado. Engullimos la comida y, mientras lo hacíamos, nos observábamos los unos a los otros con un recelo furtivo. La conversación fue vacilante e incierta. Incluso Adam parecía preocupado. Me sentí alegre de escapar a mi camarote.

Y aquí me quedaré sentada hasta las cuatro y media. Fuera de los golpes en la puerta de los que te hablé, no ha ocurrido nada más. Paciencia, Mary...

¡Ah, llegó!

Tum-tum-ti-ta-tum-tum. Ni siquiera el Himno Nacional británico es capaz de darme fuerzas para abrir la puerta.

¡Dios salve al pequeño Daniels!

En el camarote
Una hora más tarde

Bien, Davy, Daniels vino y se fue. Y aquí estoy con mi diario y un remolino de emociones en conflicto en mi cabeza.

Para traducir el estado de mi mente a un inglés mondo y lirondo, te diré que me siento asustada y tambaleante. No sé qué decir, hacer o pensar... Sólo sé que mi razón se niega a aceptar la espantosa verdad, que ha llegado a mi conocimiento por obra de

Daniels.

Querido, voy a detenerme, puesto que quiero conversar contigo un momento. Mañana, si Dios quiere, envolveré este diario y te lo enviaré. Después de éste, sólo habrá un capítulo más. Espero escribir el último esta noche y, luego, bajar el telón sobre la escalofriante tragedia en la que todos hemos estado envueltos. No obstante, debo confesar que la historia completa ya figura en las páginas que anteceden. Sin advertirlo, puse todos los hilos en tus manos. Si eres tan inteligente como creo, habrás conjeturado hace tiempo la identidad del asesino del señor Lambert y de Betty. Por supuesto, como acaba de señalar Daniels, cualquier persona dotada de una superinteligencia podría haber alcanzado la solución correcta al leer la página *** (numeré las hojas en tu beneficio). Porque hay allí una palabra, una pequeña palabra de siete letras, que debe de haberse insinuado en mi subconsciente y que, ni más ni menos, proporciona la clave del enigma entero.

Y ahora, querido, si aún no has formulado ninguna conjetura, vuelve a la página que te he indicado y léela cuatro o cinco veces. A continuación, enfrenta tu cerebro con el de Daniels.

No se me escapa que yo debí descubrir el misterio, sobre todo si se considera que siempre me jacto de señalar al criminal en las novelas policiales. Es posible que en esta ocasión me sintiera un poco tonta, pero estimo con honestidad que, si hubiera leído esta historia en un libro, hubiera hallado la solución. De cualquier modo, vivir en medio de la atmósfera de un asesinato es muy distinto a internarse en ella de forma voluntaria, por espacio de una hora o dos, mientras uno está sentado con toda comodidad junto al fuego. Las facultades mentales no dejan de estar bien alertas, pero, en la vida real, las presuntas salidas se confunden de una manera tal, que el más avezado de los escritores no está en condiciones de imitar en un relato ficticio.

Las impresiones personales acerca de los actores verdaderos del drama y la instintiva creencia en la buena fe de las personas que se mueven en torno —no siempre constante, Dios lo sabe, pero después de todo fundamental—, constituyen otros tantos factores que alejan al testigo presencial de ese camino recto, que va de una pista a la otra, y que siempre parecen transitar los detectives de la ficción.

Por otra parte, uno sólo puede creer en lo que ve y oye, y las cosas que hemos visto y oído en el transcurso de este viaje no ayudaron, en absoluto, a llegar a la solución correcta. Varias personas estuvieron cerca —incluso muy cerca— de la verdad, con sus respectivas teorías. No obstante, todos dejamos de lado ciertos puntos esenciales y, en el caso que nos ocupa, una sola omisión era bastante para desviarnos de la verdadera pista en más de un kilómetro. El asesino, por su parte, se cuidó muy bien de sumirnos en la más completa de las confusiones. Y esto fue parte de su trabajo.

El éxito que alcanzó en esta materia fue tan considerable, que cuando Daniels se deslizó en mi camarote hace una hora y me susurró el nombre al oído, estallé en una sincera carcajada y le dije que el amor, o algo parecido, se le había subido a la cabeza. Incluso continuaba riendo cuando le acompañé hasta la puerta. Sólo después que se hubo marchado, cuando dediqué al tema una meditación más seria y cuidadosa, me di cuenta de que podía esconderse alguna verdad en su horrenda acusación.

En seguida tomé el diario con gesto brusco y leí los párrafos que había señalado. (Borraré las marcas antes de enviártelo, puesto que eres lo bastante inteligente como para prescindir de ellas.) Poco a poco comencé a ver cómo se acumulaban las evidencias para acusar al culpable. Advertí el papel importante que desempeñó mi diario en este caso y, de manera gradual, comprendí las razones que empujaron a Robinson a enfrentar riesgos tan escalofriantes, con el solo objeto de apoderarse de mi manuscrito.

¡Davy, en estas páginas está su sentencia de muerte!

Las palabras que anteceden suscitan el problema del peligro que corrí. Decidí realizar este viaje en busca de descanso, después de mi operación. Esperaba una sucesión de días tranquilos y libres de cuidados. Esperaba, por encima de todas las cosas, seguridad. Y lo cierto es que estas vacaciones resultaron lo mismo que si hubiera instalado una carpa en la intersección de dos de las calles de mayor tránsito de Nueva York o levantado una tienda en medio de una tribu de polinesios cazadores de cabezas. Sin saberlo, he estado caminando entre espadas y jugando con dinamita. La muerte fue mi compañera constante en este viaje. Como dijo Daniels, sólo me salvó mi bendita ignorancia. Aun ahora tiemblo ante la idea de

dejar mi camarote y hacer todo el recorrido hasta las habitaciones del capitán, a las cuatro y media. Por suerte, habrá alguien que me escolte.

Porque, a pesar de todo, aún estoy en peligro, Davy. Cada vez que escucho un ruido en el corredor observo la puerta y se me ocurre que, aun cerrada con llave y cerrojo, representa una protección muy débil contra un criminal desesperado. Miro el espejo y veo de nuevo la cara de Robinson, tal como se presentó ayer. Siento la repugnante presión de sus labios contra los míos y pienso que, aun sobre la hora de la justicia, si lograra apoderarse de mi diario y destruirlo, podría salvar el cuello. Y, entonces, recuerdo los golpes en mi puerta, hace un rato, y me pregunto si eran la llamada inocente de algún amigo o… o… *Robinson que volvía.*

Quizá adviertas, Davy, por qué no me animo a escribir el nombre del asesino, por qué lo haré sólo cuando se halle en seguridad detrás de las rejas. Ni siquiera a ti, mi querido, suspiraré el secreto… al menos, no todavía.

De cualquier modo, no quiero decírtelo hasta el último momento. ¿No es ésta acaso la técnica de las novelas policiacas? Se supone que tú, que eres el lector, debes ejercitar tu ingenio hasta el penúltimo párrafo y asombrarte cuando descubres la identidad del criminal en la última línea. Y la broma que se esconde en todo esto es que mi diario, que comenzó como una serie de cartas de amor, podría aderezarse como una historia de misterio bastante pasable, si uno poseyera suficiente destreza para hacerlo. Claro que jamás me animaría a publicarla con mi apellido. Debo considerar mi reputación de periodista digna de confianza, y nadie creería que los acontecimientos fantásticos que han ocurrido a bordo de este barco tienen la más ínfima relación con la verdad. Sin embargo, aunque es probable que los puntos culminantes de mi relato estén ubicados de manera errónea y mi estilo resulte espantoso, lo real es que todos los ingredientes están aquí. Hay unas pocas pistas falsas, pero las consigné con espíritu inocente y buena fe. A través de mi exposición el camino de la verdad avanza en línea sorprendentemente recta y firme, como la brillante estela detrás de la popa de un barco. Las circunstancias me cegaron de tal modo que no fui capaz de ver la verdad por mí misma, pero ha estado allí todo el tiempo, Davy. Me pregunto si la has visto.

Y, ahora, después de haberme desviado hasta tal punto del tema, supongo que debería volver a Daniels y a sus instrucciones finales. Falta muy poco para las cuatro y treinta, y el pequeño detective estará aquí dentro de un minuto. Tengo que llevar mi diario conmigo y prepararme para enfrentar lo que es probable sea la hora más excitante de mi vida.

Davy, habrá un *dénouement* —un *exposé*—. No puedo pensar en otra cosa que en palabras francesas para expresarlo (de todos modos, constituyen una mala reproducción). Lo cierto es que el asunto se presenta como algo muy dramático. Daniels dice que comenzará como un té ordinario o una fiesta corriente y que no debemos hacer nada que pueda alarmar a Robinson o sugerirle la idea de que su juego ha llegado a su término.

Después de esto… bueno, habrá que esperar. Oigo pasos fuertes en el corredor. ¡Es Daniels con dos camareros! Han venido para desempeñar el papel de guardaespaldas y marcharé hacia las habitciones del capitán, como un potentado europeo o la reina de Saba.

¡Hagan sitio para Mary Llewellyn y su diario!…

En el salón de escritura
Domingo, 22 de noviembre

Al fin, querido gozo de un momento de tranquilidad, en el cual recogerme para revivir las emociones de esta tarde. El vocerío y el tumulto han muerto. El barco parece extrañamente silencioso. Estoy sola en este cuarto.

Los demás pasajeros se hallan en cubierta, tratando de atisbar tierra, o luces, o algún otro signo visible de que la primera etapa de nuestro viaje ha llegado a su término. Desde la hora de la comida vemos numerosos objetos flotantes. Aves marinas, exóticas y raras, gritan cuando se arrojan sobre el alimento que cae de los costados del barco. El agua ya no es transparente y clara como en alta mar, sino hinchada y verde, señales indudables de que la costa está cerca. Llegaremos a Georgetown a las seis y media de la mañana.

Ante mí, Davy, se extiende una noche libre de peligros y no pienso escatimar ningún esfuerzo en la narración del último acto de nuestro menudo melodrama. Pondré en tus manos hasta el detalle más minucioso. Soltaré las riendas a mi espíritu periodístico. Dejo que juzgues si el tema lo merece o no.

Tengo la impresión de que ha transcurrido un mes desde que estuve esta tarde en mi camarote, dedicada a la tarea de escribirte. En realidad, sólo han pasado cinco horas desde el momento en que Daniels vino en mi busca, para acompañarme al té ofrecido por el capitán. Muchas personas, entre las que me incluyo, deben de haber vivido en este breve lapso toda una vida.

Bien, querido, deseo que me imagines marchando con solemnidad, junto con tres hombres, el diario bajo el brazo. Al llegar al destino se lo alcancé a un camarero y Daniels y yo entramos solos, tratando de mostrarnos indiferentes. El escenario estaba preparado. Había tazas de té, una coctelera y vasos de *highball*. Los invitados ocupaban las sillas y conversaban llenos de

animación y alegría. El capitán Fortescue se esforzaba por entretener a la señora Lambert, ambos sentados en un sofá. Ella estaba muy pálida y con aspecto desdichado, pero era evidente que hacia todo lo posible por no demostrar su aflicción. Silvera, que se encontraba a su derecha, no hacía ningún esfuerzo, cualquiera fuese. En un rincón, Daphne oscurecía toda la luz que penetraba por un ojo de buey, mientras Jennings, muy cortés, le ofrecía té y tostadas. Earnshaw estaba sentado con la espalda vuelta a las cortinas de color púrpura y charlaba con Adam, quien, al verme, se puso de pie de un salto y señaló la silla que había estado reservando para mí. Muchos camareros de rostros ceñudos, entre ellos nuestros viejos amigos Trubshaw y Sam Bumstead, circulaban con bandejas de pasteles y emparedados. Se me ocurrió que eran demasiados. Sin embargo, aparte de este detalle, todo parecía natural y en calma. No existía el menor indicio de la tormenta que no tardaría en estallar sobre esas tazas de té.

¿Pero acaso faltaba alguien? Hice un cálculo mental, mientras Daniels iba en busca de lo que él llama un whisky doble firme y bueno. Por supuesto... la señora Clapp. No; acababa de entrar. No hay que equivocarse al respecto.

Hubo un murmullo en la puerta, que se transformó en un ruido sordo, para convertirse en un torbellino en miniatura. La gran actriz no iba a permitir que nada echara a perder su entrada. Fue dramática. Hagamos una pausa, en tanto la prensa toma nota: «Hizo su aparición Marcia Manners. Llevaba un vestido de cola, de tafetán negro, sobre el cual se destacaban sus famosas perlas». Aunque fue de mucho efecto, no se prolongó en exceso. La fiesta prosiguió, un poco más animada, un poco más brillante, gracias a la devastadora presencia del mundo de la moda.

Así, Davy, comimos, bebimos y coqueteamos. Para decir las cosas como son, Marcia detentó el monopolio de la última actividad. Se mostró galante con el capitán. Hizo toda clase de carantoñas al comisario de a bordo, excepto besarlo. Lanzó sombrías y amorosas miradas a Earnshaw. Perturbó a Silvera hasta las más hondas profundidades de su alma tenebrosa. Hasta dedicó algunas chanzas juguetonas a mi viejo amigo Adam, quien sacó pecho, adquiriendo el aspecto de una paloma buchona. Fue la vida de la fiesta, pese a que no bebió nada más fuerte que té. Sin

embargo, a los demás no nos faltó entretenimiento. Por cierto que ni siquiera nuestros ángeles guardianes, al observar a vuelo de pájaro la situación, habrían soñado en que nos encontrábamos reunidos para otra cosa más siniestra que los pasteles y la charla.

Pero los pasteles y la charla no pueden durar por siempre jamás. Se produjo una brecha, la que aprovechó la señora Clapp para levantarse de su asiento, una pequeña mano cubierta de anillos, extendida en ademán de despedida. Pero el gesto fue ignorado. También el capitán se puso de pie. En la habitación reinaba un sordo silencio, sólo interrumpido por el repiqueteo del hielo en los vasos y los aterciopelados pasos de los camareros, que estaban retirando las cosas del té.

—¿Sería tan amable de quedarse sentada?

La voz del capitán Fortescue sonó como una sirena, en medio del brumoso mar de nuestros susurros.

—Damas y caballeros, me pesa verme obligado a retenerlos, pero debo pedirles un favor. No tengo necesidad de decirles que, en este barco, han ocurrido dos tragedias terribles. De forma directa o indirecta, todos han estado envueltos en ellas. Esta es la causa de que los haya invitado a venir aquí, hoy. Mi deber me exige que les comunique ciertos detalles acerca de la lamentable muerte del señor Lambert y la de su sobrina. Estoy seguro de que la señora Lambert me perdonará por encarar un tema tan doloroso y en este preciso momento. No dudo de que ella, al igual que todos nosotros, se siente ansiosa de llegar al fondo de lo que hasta hace poco pareció un misterio insoluble. Bien, algunos hechos han arrojado un rayo de luz sobre el problema y, por ello, estimo que deben conocerlos. Mi amigo y... colega, el señor Daniels, se encargará de proporcionar las informaciones pertinentes. Lamento decir que ellas desembocarán en una acusación contra una de las personas que nos acompañan, a quien se le concederá la oportunidad de defenderse. Los restantes tendrán la bondad de actuar en el papel de jurados.

Hubo un prolongado silencio. Si hubiera caído una horquilla de pelo, habría retumbado en la habitación como un disparo de pistola. Entonces la señora Clapp se inclinó hacia mí y me dijo en un aparte de teatro:

—Siempre deseé ser jurado. Cuando pienso, querida, de lo que escapó la señora Fiske, con...

Daniels se había puesto de pie y todos los ojos estaban clavados en su pequeña figura. Cuando alzó en sus manos un manojo de papeles, en sus labios se dibujó una sonrisa nerviosa. Advertí que un camarero había depositado mi diario en una mesita que se hallaba junto al detective. Trubshaw y sus compañeros, de pie en varios rincones de la habitación, mostraban una actitud respetuosa pero alerta. Al fin, el hombrecillo comenzó a hablar, un poco a empellones, mientras leía una hoja de papel, la cual, sin duda, había preparado de antemano.

—El capitán me pidió que les explicara ciertas cosas. Como algunos entre ustedes saben, trabajo en esta línea en calidad de detective o agente investigador y, aun cuando me dirijo a Río de Janeiro por negocios, durante lo que llevamos de viaje casi no he hecho otra cosa que tratar de resolver el misterio de la muerte del señor Lambert y de la trágica desaparición de su sobrina. Permítanme que me circunscriba, por el momento, al caso del señor Lambert. Como nadie ignora, lo envenenaron durante un partido de bridge que se jugó la primera noche de la travesía. Un hombre que se llamaba a sí mismo Robinson apareció complicado en su muerte. Ese hombre jugó al bridge conmigo, con el señor Burr y con el señor Lambert y, después de hacerlo, abandonó el salón de fumar y podríamos decir que se esfumó en el aire. Revisamos el barco de popa a proa, pero no hallamos la menor huella del cuarto jugador. Como consecuencia de todos nuestros esfuerzos fallidos, sólo quedó una conclusión: Robinson debía ser alguien que usaba un disfraz.

Tras una breve pausa, Daniels prosiguió:

—Al disfrazarse, había hecho dos cosas muy inteligentes. En primer lugar, adoptó el papel en el transcurso de la primera noche, cuando todos los pasajeros son personas desconocidas entre sí y la gente no se fija demasiado en los otros. En segundo lugar, escogió un disfraz que lo hacía muy poco llamativo. Aunque estuvo sentado frente a mí, puesto que fue mi compañero, durante la mayor parte de la noche, y pese a que mi profesión es la de detective, descubrí que no podía recordar nada acerca de él, como no fuera el amplio contorno de su figura. Por lo demás, nadie fue capaz de ayudarme en este aspecto. Robinson se comportó como un actor excelente y supo adoptar las medidas necesarias para no llamar la atención, pero hubo una cosa que lo singularizó, una cosa que no logró

esconder: su pésima manera de jugar al bridge. Lo hizo espantosamente mal… y le pido disculpas por expresarme en estos términos. Mucho peor que yo y eso es decir algo, puesto que soy muy mediocre.

Daniels se interrumpió y sonrió a su auditorio, como si le pidiera disculpas. Luego tomó mi diario y, mientras lo hojeaba, continuó:

—Ahora bien, ocurre que la señorita Llewellyn, quien en ocasiones resuelve problemas de bridge para su periódico, anotó las dos manos que jugó Robinson esa noche y destacó ciertos errores, los cuales eran de naturaleza extraordinaria. Se me ocurrió que, si pudiera inducirlo a jugar otra vez, probablemente cometería las mismas faltas. Por fortuna, logré disponer las cosas de modo que las dos manos en cuestión se repitieran en el transcurso del campeonato de bridge realizado anoche. No interesa señalar cómo lo hice, pero lo cierto es que casi todos los que tomaron parte en el torneo jugaron esas dos manos. Una persona… una sola persona incurrió en los errores de Robinson. Esa persona se encuentra en esta habitación.

Todos observaban a Daniels con la expresión tensa e inquieta con que la gente contemplaba el indicador automático de cotizaciones, allá por los años 1929-1930. Por fin, la señora Clapp rompió el silencio, para exclamar.

—¡Santo cielo! señor Daniels, me imagino que no considerará ese detalle como una evidencia definitiva contra nadie. Mi forma de jugar al bridge siempre ha sido horrorosa. Soy capaz de cometer las faltas más imposibles. Renuncio…

Daniels sonrió.

—Tampoco yo soy Culbertson, señora Clapp, y usted tiene razón cuando afirma que no es correcto el deducir nada concluyente de una equivocación en el bridge. No obstante, será muy fácil para cada uno de ustedes aclarar la respectiva situación. Si la noche del asesinato usted no actuó en el papel de Robinson, en el salón de fumar, cabe presumir que se hallaba en otro sitio. Si tiene una coartada, digamos entre las nueve y las diez de la noche del viernes pasado, bueno, es obvio que…

Se había alzado un zumbido de conversaciones. La voz del pequeño detective sonaba como un silbato agudo por encima de los murmullos.

—Fue la primera noche a bordo. Con seguridad no habrá inconveniente en que recuerden lo que estaban haciendo a esa hora, ¿no es así?

—Si usted exige la verdad —saltó la señora Clapp, quien actuó de nuevo en calidad de portavoz—, le diré que, a esa hora, estaba haciendo lo que siempre hago la primera noche en alta mar. Me hallaba en mi camarote, víctima de un violento ataque de mareo. Perdone mi falta de delicadeza, pero usted quiso saberlo.

—Y yo la acompañé —intervino Daphne—. Cuando me di cuenta de que se había dormido, subí al salón de fumar e integré el cuarteto de bridge, como le consta.

Por espacio de un momento, nadie habló. Daniels paseó su mirada por los presentes a fin de animarlos.

—No ignoro los movimientos del señor Burr, señor Wolcott, señorita Llewellyn y señora Lambert. Ellos y yo estábamos en el salón de fumar. Pero, ¿qué puede usted decirme, señor Silvera?

—Camarote… enfermo… pregunte al camarero— gruñó el brasileño.

A continuación, volvió la espalda, como si hubiera decidido no volver a abrir la boca.

—Me encontraba en la cubierta con la señora Lambert —informó Earnshaw—. La señora Lambert vino a buscarme a eso de las diez.

La viuda asintió con un movimiento de cabeza.

—Anduve por distintos lugares del barco —dijo Jennings—. Si le interesa verificar mis movimientos, Trubshaw debe de haberme visto en varias ocasiones.

—¿Y usted, Trubshaw?

—Me dediqué a la tarea de cuidar a los pasajeros, señor. Algunos necesitaban mi atención con urgencia. Recuerdo que fui al camarote del señor Silvera una vez, pero después de las diez.

Dirás que nada de esto parecía muy prometedor, Davy, no obstante lo cual Daniels se mostró sumamente satisfecho.

—Gracias, muchas gracias —dijo—. Me siento optimista. Ahora, con su permiso, deseo hablar un momento acerca de la desaparición de la señorita Lambert. No… no tengo la intención de indagar los pasos de todos ustedes, el sábado por la noche. De acuerdo con las declaraciones que obran en mi poder, formuladas en su

oportunidad, sé que casi todos se hallaban en los camarotes. Era bastante tarde y se había desatado una furiosa tormenta. Se cree que la señorita Lambert fue arrojada por la borda a eso de las once y quince. La señorita Llewellyn estaba charlando con Earnshaw, en el salón de fumar. Ambos y la señora Lambert escucharon el grito y fueron los primeros en acudir a la escena del crimen. Entre todos nosotros, esas tres personas son las únicas de las que se puede afirmar que tienen una coartada. Ahora bien, como alimento la certeza de que el asesino del señor Lambert también mató a su sobrina...

—¡Oh, señor Daniels! Por favor... por favor, sea breve —murmuró la señora Lambert, mientras se cubría la frente con la mano—. No podré soportar esto mucho tiempo.

—Le ruego me perdone, señora Lambert, pero voy a llegar al punto principal. Creo que la muerte de Betty es la clave, se podría decir, el foco, de todo el problema. ¿Quién tendría interés en asesinar a una joven inocente y bonita y por qué? La muchacha no había estado en el salón de fumar durante la primera partida de bridge, cuando, por lo menos así lo estimamos, fue envenenado el señor Lambert. En consecuencia, no vio nada capaz de despertar sus sospechas. Sin embargo, ese hombre, ese Robinson decidió que debía destruirla... y la destruyó a sangre fría, de una manera brutal. Hizo algo que...

La voz del capitán cortó el monólogo.

—Opino que es mejor que se remita a los hechos, señor Daniels.

—Muy bien, señor. Los expondré tal como son... tal como son. Pero los móviles no son hechos y fue el móvil lo que más me preocupó en el caso de la pobre Betty. Y el móvil llegó a mi conocimiento por conducto de una fuente ajena al crimen. Me lo proporcionó la señorita Llewellyn. Como ustedes no ignoran, ella escribió un diario acerca de lo ocurrido en este viaje, desde el día de la partida. Anoche fue lo bastante amable como para permitirme que lo leyera. ¿Cuento con su autorización para referirme a él, señorita Llewellyn?

Bajé la cabeza, a fin de evitar la batería de ojos clavados en mi persona. La señora Clapp me contempló a través de sus impertinentes, como si Daniels acabara de denunciarme como una mujer escarlata. La mirada aguda y sombría de Silvera parecía un

taladro. El pequeño detective continuó:

—Voy a leer un extracto del diario de la señorita Llewellyn, para comprobar si ustedes descubren dónde radica el nudo de la idea que he elaborado.

Entonces leyó los párrafos de la página **** que comienzan con «Daniels abandonó la habitación con un gruñido» (esto hizo que el auditorio rompiera a reír) y terminan con la frase *«Esa mezcla de Daniels era verdaderamente un veneno»*.

El detective hizo una pausa y paseó la mirada en torno. Las caras aparecían vacías de toda expresión.

—Bien, Daniels —dijo Adam Burr, con una sonrisa presumida—, si está tratando de compaginar un caso complicado contra usted mismo, opino que el intento es muy interesante y original, pero...

—¡Oh! —exclamó Daniels, con impaciencia—. ¿Es que nadie lo ve? Es una palabra... una palabrita de siete letras la que lo explica todo. Me refiero al término *volveré*.

Los rostros conservaban una expresión vaga. Los pasajeros se miraron los unos a los otros con aturdimiento y un asomo de piedad. La señora Clapp llegó al extremo de señalarse la sien con el dedo y lanzar a Daphne una mirada que quería decir: «Se lo advertí».

—Muy bien, permítame que lea de nuevo lo que dijo la pobre Betty esa noche, cuando su tío le sugirió que jugara. La joven replicó con las siguientes palabras, de acuerdo con lo que consigna en su diario la señorita Llewellyn:

«Tengo demasiado sueño para jugar al bridge. Daré una última vuelta por la cubierta con Jimmie y volveré a mi camarote.»

—Ahora bien, damas y caballeros, ¿alguien dice que volverá a un lugar, si no acaba de venir de allí? Si la señorita Lambert afirmó que volvería a su camarote, ello indica que no había pasado esa parte de la noche en la cubierta, con Earnshaw, de lo cual se desprende que la coartada de éste cae a tierra hecha pedazos.

Todos los ojos se volvieron a Jimmie, quien estaba sentado absolutamente inmóvil, con las piernas extendidas y rígidas.

—Daniels —dijo, al tiempo que un rubor de enojo coloreaba sus mejillas—. Ignoro si me está acusando de algo o no. Pero no me

importa. Todo este asunto es por entero absurdo y descabellado. La señorita Llewellyn es capaz de cometer errores como cualquier otro. Betty Lambert se hallaba en la cubierta conmigo pero ella prefirió que no se supiera. Si es que quiere saber la verdad, le diré que nos habíamos comprometido en secreto. Y si lo que pretende es sentar la teoría ridícula de que soy, o fui, Robinson, permítame que le recuerde que soy el más perjudicado por la muerte del señor Lambert. Perdí mi posición, el dinero que me había prometido...

—Por supuesto, por supuesto, señor Earnshaw —le interrumpió el detective, con una voz que pedía disculpas—. Debe perdonarme. Lo único que me propuse fue demostrarle a usted y a todos con cuánta facilidad se destruye una coartada. El diario de la señorita Llewellyn...

—Bien, incluso la omnisciente señorita Llewellyn tiene que aceptar mi coartada en el caso del asesinato de Betty —replicó, lleno de indignación—. Yo estaba conversando con ella, cuando ese demonio arrojó por la borda a mi desdichada novia. Charlamos por espacio de una hora...

Daniels se volvió hacia Jimmie, con una mirada calma y recta.

—Señor Earnshaw —observó, con lentitud—, ya he intentado mostrarle que, en este problema, no es posible conceder ninguna importancia ni al tiempo ni a las coartadas. Si esto es aplicable al asesinato del señor Lambert, con mayor razón al caso de su sobrina.

Hizo una pausa y contempló de forma penetrante a todos los que se hallaban en la habitación.

—Repito que nadie tiene coartada para el momento en que asesinaron a Betty, por la sencilla razón de que nadie... por lo menos nadie excepto el criminal... sabe con exactitud... cuándo... cuándo la mataron. Según mi opinión debió de ser un poco más temprano de lo que se supone... probablemente, en el transcurso de la tormenta.

La señora Lambert lanzó a Daniels una mirada de horror.

—Pero... pero... —murmuró—. Yo lo vi... a Robinson... ambos estaban conversando... y el grito... y el chal...

—Sí, sí, señora Lambert —repuso el detective, con un tono tranquilizador y cortés—. En su momento, escuché su relato. Pero, ¿usted vio en realidad cuándo arrojaban a su sobrina por la borda? No. ¿Alguien fue testigo del crimen? No. Usted dijo que había visto

a dos personas juntas, entregadas a la conversación. Hubo un grito y un chal que flotaba en el mar. Mucha gente observó el chal, incluso la señorita Llewellyn. Sin embargo, ¿su presencia en el agua prueba que su dueña acababa de ser arrojada por la borda?

Earnshaw se puso de pie de un salto.

—¡Por Dios, hombre! ¿Usted quiere decir que todavía existe una probabilidad de que Betty esté viva?

Daniels sacudió la cabeza en gesto negativo.

—No, señor Earnshaw —contestó, con tristeza—. Me temo que no exista la menor probabilidad, ninguna posibilidad. La señorita Lambert está muerta. Me circunscribo a señalar que el instante exacto de su muerte nos es desconocido. El único capaz de informarnos al respecto es Robinson.

Creo que fue entonces cuando se acercó un camarero y susurró unas palabras al oído de Daniels. Advertí un relámpago de satisfacción en los ojos del detective, cuando le contestó:

—Muy bien. Que espere afuera.

Luego, prosiguió:

—Sostengo que sólo Robinson está en condiciones de proporcionarnos los detalles en esa materia. Bueno, dentro de escasos minutos, tendré el placer de presentarles a Robinson... pelo castaño, gafas, piel tostada y todo lo demás.

Este anuncio extraordinario fue seguido por un profundo silencio. Adam Burr lo rompió, para decir:

—Daniels, entiendo que el señor Lambert tenía un hijo, llamado Alfred, al cual puede o no beneficiar el testamento de su padre. ¿Hay alguna verdad en la hipótesis que afirma que el muchacho tiene algo que ver en todo esto... incluso que podría viajar en este barco... que quizá fuera Robinson?

La señora Clapp se puso de pie, soberbia y majestuosa. La mirada que arrojó a Adam habría avergonzado a un rinoceronte.

—Señor Burr —declamó—, quiero recordarle que Alfred Lambert es mi sobrino. Se trata de un joven excelente y noble... un joven educado en los más altos principios. No fuma, no bebe y, por cierto, no comete... ¡asesinatos!

Adam se abatió y Daniels acudió en su rescate.

—Me disponía a tratar ese punto, señor Burr, cuando usted lo trajo a colación. Estoy seguro de que la señora Clapp me perdonará

si pongo las cosas en su lugar, de una vez por todas. Alfred Lambert no se halla a bordo del *Moderna*, aun cuando la posibilidad de que estuviera se me ocurrió también a mí… y a varias personas más. Esta mañana recibí un radiograma del jefe de policía de Buenos Aires, en el que me anuncia que se entrevistó anoche con el joven Lambert. El muchacho dirige una estancia en la Argentina y lo hace muy bien. La teoría que lo implicaba en esto no dejaba de ser verosímil, pero ahora debemos descartarla por completo.

—No era posible esperar otra cosa —saltó con furia la señora Clapp.

—Entonces, hasta donde soy capaz de ver —intervino Adam, lleno de sumisión—, resulta difícil encontrar a otro que tenga un móvil probable.

—¡Oh! Hay un motivo —refutó Daniels, con una mueca—. Pero antes de referirme a él deseo cumplir lo que les prometiera: presentarles a nuestro viejo amigo, señor Robinson.

Hizo una señal al camarero que se le había acercado antes y le dijo:

—Muy bien, Collins.

El hombre salió de la habitación, para regresar un minuto más tarde con una maleta Gladstone. Se produjo una conversación en voz baja, la que aproveché para mirar en torno. El capitán estaba sentado ante su escritorio y se entretenía en golpear un lápiz de plata contra un block de papel. Jennings y Daphne se hallaban de pie, altos y lejanos, en el rincón más distante del sitio que ocupaba yo. La señora Lambert y Silvera se encontraban en el sofá, ella tensa y preocupada, él aburrido e indiferente. Earnshaw seguía con la espalda vuelta a las cortinas de color púrpura. De tiempo en tiempo, inclinaba su silla y dirigía frases ocasionales a Adam, que era su vecino. La señora Clapp se erguía con magnificencia en un solitario sillón. Todos aguardaban. De alguna manera ridícula, el conjunto daba la impresión de un escenario.

Daniels tomó ciertos artículos de lo que parecía ser un fondo falso de la maleta Gladstone. Luego los dispuso con cuidado sobre la mesa que tenía al frente.

—Damas y caballeros —dijo, al tiempo que sonreía a la manera

de esos cómicos que se contratan para las fiestas de los chicos—, permítanme que les presente al señor Robinson. Aquí lo tenemos, completo. Una peluca de pelo castaño... de excelente factura. Gafas con montura metálica... supongo que con cristales sin aumento. Un frasco de bronceador solar invisible Aubrey. Y aquí... aquí hay dos cosas de aspecto muy divertido.

Levantó un par de objetos pequeños, que parecían formar parte de los accesorios de un dentista.

—Ignoro cómo se llaman en los Estados Unidos, pero en Inglaterra se conocen por lo común con el nombre de *plumpers*. Creo que se fijan en los dientes superiores, con el objeto de hinchar las mejillas y otorgarle al rostro una forma diferente. Tengo entendido que las damas ancianas y las actrices suelen usarlos...

—Así es —gritó Daphne, desde su rincón—. Recuerdo haber leído en un libro muy flojo de Elinor Glyn que la vieja duquesa, o algún otro, no he retenido muy bien el hecho, deja caer sus *plumpers* en la sopera, durante el almuerzo...

—¡Daphne Demarest! —exclamó su patrona—. No sea vulgar. Las duquesas no sirven la sopa de la sopera. En su calidad de nieta de un conde, debería conocer mejor las cosas.

—Pero Marcia...

—Estimo —intervino el capitán— que lo mejor será que explique de dónde proceden esos artículos, señor Daniels. También el motivo de que figuren esos bigotes entre... entre tales efectos. Robinson estaba afeitado por completo.

Mientras decía lo que antecede, se inclinó y levantó un objeto oscuro y pequeño.

—Tal vez quiera explicarlo señor Earnshaw —propuso Daniels, con suavidad—. Nos hemos tomado la libertad de revisar su camarote mientras él estaba aquí.

Entonces, Davy, los acontecimientos comenzaron a desencadenarse con tanta rapidez que me siento incapaz de seguirlos al detalle. En un rincón de la habitación surgió un relámpago, seguido por un aullido de dolor. Lo primero que supe después fue que dos hombres, que se habían adelantado desde detrás de las cortinas púrpura, estaban de pie a ambos lados de la

silla de Earnshaw. Pero ya no era el mismo Earnshaw. El apuesto bigotillo a lo John Gilbert había desaparecido y Daphne, precisamente Daphne entre todos, se encontraba de pie en el centro de la habitación y lo alzaba bien alto en su mano, como la Estatua de la Libertad.

—Mire, Percy —exclamó—. Es postizo y aquí está. En los libros y en los dramas el malo siempre se coloca un bigote negro para hacer su sucia labor, pero éste es bastante original. Se lo saca. Si alguna vez llega a escribir sus memorias, Percy, ya puede contar con una idea nueva.

Earnshaw se acariciaba su labio superior desnudo con dedos temblorosos.

—Y éste otro —añadió Daniels, al tiempo que tomaba el bigote de manos del capitán y lo ponía sobre la mesa, junto a las restantes pruebas— es lo que se podría llamar el repuesto. Muy inteligente, señor Earnshaw. Esto explica el por qué se le vio tan pocas veces a la luz del día... por qué permaneció tanto tiempo en su camarote...

—Usted está loco —gritó Earnshaw, mientras movía los brazos, en un intento de evitar el contacto de los dos camareros que estaban a su lado—. Y no es necesario que me moleste con todas estas precauciones. No llevo armas.

—También yo pienso que está loco —apoyó la señora Clapp, con una mirada de simpatía a Earnshaw, cuyo aspecto era más agradable que nunca sin el bigote—. Usted tendrá que explicar muchas cosas, señor Daniels. En primer lugar, en mi calidad de experta en afeites, por supuesto afeites de escenario, estoy en condiciones de afirmar que habría sido virtualmente imposible para el señor Earnshaw disfrazarse de tal modo que su patrón no lo reconociera con sólo una mesa de bridge de por medio.

—Ese es otro punto en el cual me ayudó mucho el diario de la señorita Llewellyn, señora Clapp —replicó el detective—. Esa noche Lambert había perdido sus gafas. Era muy corto de vista. No me cabe la menor duda de que el señor Earnshaw podía haberle dicho dónde se encontraban.

—¡Pero la muerte de Betty! —exclamó la gran actriz, con voz y expresión histéricas—. Me imagino que no intentará convencerme de que un joven puede ser tan desprovisto de humanidad como para arrojar al mar a su propia novia.

Daniels no contestó por el momento. Una vez más, hojeó el manojo de radiogramas. Su cara se veía muy triste y advertí que lanzó una mirada sentimental a Daphne, mientras ella observaba a Jimmie como si estuviera dispuesta a asesinarlo.

—Una objeción muy natural señora Clapp —dijo, con dolor—. ¿Pero qué pruebas tenemos de que Earnshaw era el novio de la señorita Lambert? Debo recordar que él no mencionó este hecho tan interesante hasta después de la muerte de la muchacha. No hay manera de probar su afirmación. He hecho averiguaciones, las cuales parecen señalar lo contrario. Aquí hay un radiograma del padre de la joven, en el que menciona un compromiso previo con...

—¡Es una condenada mentira! —saltó Earnshaw, con desesperación, al tiempo que intentaba ponerse de pie.

Al punto, dos manos se posaron en sus hombros para retenerlo en el asiento.

—Bien, bien —prosiguió Daniels, imperturbable—, también puedo demostrar que Earnshaw tenía un compromiso previo. Un compromiso que lo empujó a asesinar al hombre que lo había protegido, un compromiso que, con toda probabilidad, descubrió Betty la noche de su muerte. Si mis suposiciones son correctas, fue ese descubrimiento fatal el que obligó a Earnshaw a liberarse de la muchacha, antes de que el último mensaje de ella llegara a manos de la señorita Llewellyn. ¿Es necesario que les informe de qué naturaleza era ese compromiso?

—Por cierto que lo es —exclamó la señora Clapp—. Este hombre habla en acertijos. Por mi parte, tal vez sea excepcionalmente estúpida, pero la verdad es que nada ha sido explicado a mi entera satisfacción.

—Todo el asunto es un ultraje —afirmó la señora Lambert, quien de pronto volvió a la vida—, un perfecto ultraje...

—Una perfecta obra teatral y una perfecta sincronización —replicó el detective—. Como deben de haber conjeturado, Earnshaw no hizo las cosas solo. Alguien más tuvo que ocuparse de que él lograra la oportunidad de integrar la mesa de bridge con el señor Lambert. Alguien debió colaborar en su coartada, para el momento en que situaron la muerte de Betty Bien, aquí está esa coartada...

Tomó de la mesa un objeto redondo y chato y lo colocó en la boca. Un horrible gemido rebotó una y otra vez en las paredes de la

habitación. Fue más pavoroso y escalofriante que el que se oyó la noche del asesinato de Betty.

Separó el objeto de su boca y lo mantuvo en alto para que los espectadores lo inspeccionaran.

—Tengo la impresión —continuó— de que esto es uno de esos objetos de utilería que se emplean en el teatro para imitar los gritos. El domingo por la noche fue usado para que la gente pensara que había oído el gemido mortal de la señorita Lambert. El chal flotando sobre las aguas completó la ilusión. El criminal cometió el asesinato más temprano, probablemente en el transcurso de la tormenta, pero Earnshaw y su cómplice fueron tan inteligentes, que todos creímos que tenían coartadas perfectas. Después, aventaron toda posible sospecha por medio de un ataque simulado de Robinson, el robo también simulado del testamento del señor Lambert y su dramática devolución... utilizando la maceta de helechos. Lo meditaron y sincronizaron todo, hasta el último detalle, con la mayor exactitud. Fue un maravilloso trabajo en equipo, que exigió la colaboración de dos grandes actores. Le presento mis más sinceras felicitaciones... ¡señora Lambert!

La viuda clavó los ojos en su acusador, como si la hubiera herido un rayo. Entonces, observé que su mano se movía con lentitud hacia el bolso de terciopelo negro, que descansaba a su lado en el sofá.

Pero el capitán Fortescue también había sorprendido el movimiento.

—¡Rápido, Trubshaw! ¡El bolso de la señora Lambert!

La voz del capitán sonó en el cuarto como el restallar de un látigo.

El camarero llegó a tiempo. Un pequeño revólver brillaba en el bolso ya abierto.

Cuando Daniels colocó el arma sobre la mesa, junto a las restantes evidencias, se produjo un silencio horrible y profundo. La señora Clapp lo rompió. Por primera vez desde que la conocí, advertí que su voz no sonaba con modulaciones suaves y cuidadas.

—Mabel Lambert —gritó—, siempre opiné que era una actriz espantosa. Debo pedir disculpas por mi afirmación. Usted es un verdadero genio... usted...

Pero la frase nunca llegó a terminarse, porque la señora Lambert se había desmayado... esta vez supongo que en serio.

No hay necesidad de que te cuente más, Davy. El caso está abierto y cerrado. Leí los radiogramas que recibió Daniels, pero no abrigo la intención de aburrirme con los escabrosos detalles que la policía de Nueva York obtuvo por medio de las camareras y otros domésticos del matrimonio Lambert, demasiado bien dispuestos a declarar. Recordarás que el temible Jimmie estuvo viviendo en casa de su patrón, por espacio de un tiempo, antes de que todos emprendieran el viaje. Proyectaron el asesinato a la perfección, con la pobre Betty en calidad de pantalla. Sin duda, pensaban desembarcar en Georgetown, regresar a los Estados Unidos y, después de un intervalo decente de duelo, establecerse para gozar la fortuna del viejo Lambert. Por supuesto, jamás se conocerán ciertas cosas. Los detalles de la muerte de Betty permanecerán en el más absoluto misterio. El único camino que nos queda para conjeturar lo que supo la muchacha el domingo por la noche, es confiar en la imaginación. Quizá entrara al camarote de su tía en un momento mal elegido, quizá oyera alguna conversación que le dio la clave del amor culpable, quizá... bueno, ¿qué importa? Lo real es que los criminales están encerrados a cal y canto, y abrigo la profunda convicción de que se lo merecen.

Pero, como observó Daniels, ¡qué sincronización, qué equipo perfecto! Esas visitas casi simultáneas de Robinson a la Lambert y a mí fueron una obra maestra. El asesino debió de haberse disfrazado en la habitación de la señora Lambert y, después de esto, no cabe duda de que ambos compaginaron todos los detalles con gran habilidad, de modo que Trubshaw se encontrara ausente en caso de que yo me las ingeniara para tocar el timbre y que Earnshaw dispusiera de tiempo bastante para regresar a su cabina y cambiarse.

Y cuando pienso en ese bruto repugnante, de pie en la cubierta, con los ojos clavados en el océano, agobiado por una desesperación fingida a causa de la muerte de la «novia», a quien acababa de asesinar... y cuando pienso en la señora Lambert, postrada en su camarote, murmurando entre jadeos «Robinson, Robinson»... entonces, sólo puedo mejorar la opinión de Marcia Manners y afirmar que el teatro ha perdido a dos actores inmejorables...

Querido Davy, afuera se ha producido una ligera conmoción. Los pasajeros lanzan grititos felices. Han visto la luz de una casa o algo

parecido.

Escucho la voz de Adam que me llama. Levanto la vista y sorprendo al pequeño Daniels del brazo de Daphne y de la señora Clapp. Entre ambas, parece la tajada de pollo de un emparedado.

Y, ahora, a través del ojo de buey opuesto, también diviso...

Una luz en la oscuridad, Davy.

Notas

[1] Y el sedoso, triste e incierto crujir de las cortinas púrpuras me estremeció, me colmó de fantásticos terrores, jamás sentidos antes. < <

[2] Esta parte escrita de manera obvia bajo el acicate de una profunda emoción, es casi ilegible (Q. P.) < <

[3] Las palagras que figuran entre paréntesis son mías. (Q. P.) < <

[4] Véase página **. (Q. P.)

NORTE (Burr)

Pique .... K x x x
Corazón .... 10 x x
Diamante .... x x x
Trébol .... A K x

OESTE (Robinson)	*ESTE (Daniels)*
Pique .... Q	Pique .... x x x
Corazón .... K Q	Corazón ...... J x x x x x
Diamante ... A Q J 10 x x	Diamante .... K x
Trébol .... J x x x	Trébol .... Q x

SUR (Lambert)

Pique .... A J 10 x x
Corazón .... A x
Diamante .... x x
Trébol .... 10 9 x x

Lambert y Burr, 80 sobre *game*. Dador, Lambert.

Remate:

Lambert (rematando los tantos) ... 1 Pique	*Robinson* 2 Diamantes
Burr .... 2 Piques	*Daniels* .... Paso
Lambert .... Paso	*Robinson* 3 Diamantes
Burr .... 3 Piques	*Daniels* .... Paso
Lambert .... Paso	*Robinson* 4 Diamantes
Burr .... Paso	*Daniels* .... Paso
Lambert (super-optimista) ... 4 Piques	*Robinson* .... Doble

Paso. Paso. Contento.

<<

[5] Presumo que el libro al que hace referencia la señorita Lewellyn, de una manera no muy halagadora, es *Murder at Cambridge*. (Q. P.) < <

Notas 2

[Página *]

Y la broma que se esconde en todo esto es que mi diario, que comenzó como una serie de cartas de amor, podría aderezarse como una historia de misterio bastante pasable, si uno poseyera suficiente destreza para hacerlo. Claro que jamás me animaría a publicarla con mi apellido. Debo considerar mi reputación de periodista digna de confianza, y nadie creería que los acontecimientos fantásticos que han ocurrido a bordo de este barco tienen la más ínfima relación con la verdad. < <

[Páginas ** (extracto)]

La señora Lambert me preguntó si deseaba pedir una copa o si prefería esperar hasta que los jugadores de bridge se nos unieran. Como ellos estaban a punto de terminar un *rubber*, repuse que lo mejor sería aguardar. Al cabo de un rato, me las arreglé para escapar a sus ditirambos y me acerqué a la mesa de bridge para observar el juego. Aunque las apuestas no eran altas, todos jugaban con suma concentración, tanta que sólo me presentaron de paso al cuarto miembro del grupo, un tal señor Robinson, según creo, a quien no había visto hasta entonces. Según mis recuerdos, se trata de un hombre tranquilo y vulgar, entre los treinta y los cincuenta años, afeitado por completo, con anteojos, una mata espesa de pelo castaño y una piel maravillosamente tostada. Según explicó, en voz alta y chillona, ese matiz era el resultado de unas prolongadas vacaciones en Florida. Aunque en ello me fuera la vida, no podría recordarlo diciendo una sola palabra más.

No pasó mucho tiempo sin que me diera cuenta de que algo andaba mal en el juego... Por lo menos, Daniels no se mostraba muy satisfecho con el comportamiento de su compañero. Ambos habían ganado dos *rubbers*, debido más a la suerte que a la habilidad, pero ahora la fortuna se estaba volviendo en contra de ellos

—Bien —estalló Daniels, en un puro londinense que no intentaré reproducir—, ya que me siento incapaz de conseguir que mi compañero me dé correcta información, propongo que bebamos un trago.

Se dirigió al señor Lambert y agregó:

—Siempre que usted no formule ninguna objeción, señor. Tengo una receta excelente para una combinación a base de ginebra. ¿Puedo ordenarla para todos?

—No, no —exclamó Lambert, con gesto hospitalario—. Yo invito, pero no tendré inconveniente en pedir cualquier nueva mezcla que sugiera un inglés.

Sonrió con expresión cordial y llamó al camarero. La señora

Lambert y yo optamos por una copa de jerez. Burr y Robinson prefirieron *highballs*. En cuanto a Daniels, escribió laboriosamente su receta, la que fue ordenada para él mismo y el señor Lambert.

A continuación reanudaron su bridge con los mismos compañeros. Pese a que me encanta observar a la gente que juega a los naipes, recordé los buenos modales y volví a sentarme en el sofá, junto a la señora Lambert.

…/…

Mientras se jugaba una u otra de esas manos recuerdo en forma bien distinta cómo el camarero iba y venía, entregado a la tarea de servir las bebidas. La señora Lambert, después que hubo bebido un sorbo de jerez, lo llamó para quejarse (es una mujer del tipo plañidero) de que no era tan bueno como el que había tomado antes de la comida. El marido la observó por encima del hombro y le dijo con buen humor:

—Con toda probabilidad es el mismo, querida, sólo que antes de la comida es la hora apropiada para tomar jerez y, por ello, tal vez su gusto parezca mejor. Su apariencia es buena. Al menos podría asegurarlo si lo viera, pero es el caso que he perdido mis gafas. En realidad, apenas soy capaz de contar los puntos de mis naipes. ¿Tú no las has visto? Las gafas, quiero decir. Antes de venir aquí, busqué en la cabina por todas partes.

…/…

Poco después, los jugadores concluyeron la partida. Robinson y Daniels, aunque al principio les favoreció la suerte, a la postre perdieron de tres a cuatro dólares. Lambert metió el dinero en el bolsillo, con la gozosa risilla inesperada y, en seguida, propuso jugar otro *rubber*. Daniels y Robinson, muy molestos por el disgusto recíproco, terminaron sus copas y se excusaron diciendo que era hora de irse a dormir.

…/…

Daniels abandonó la habitación con un gruñido. De forma un tanto tardía, Lambert sugirió que las damas podríamos integrar el cuarteto para una mano final. Su mujer objetó que tenía sueño, pero que iría en busca de Betty y de Jimmy Earnshaw, para preguntarles

si alguno de los dos quería ser el cuarto. Agregó que pediría al camarero que le trajera los anteojos a su marido, si llegaba a encontrarlos en el camarote. Por fin, dijo buenas noches a todos y se marchó. Al cabo de un rato, los dos jóvenes llegaron desde la cubierta, ambos fríos y pálidos (el amor, supongo). Betty usaba el chal de color naranja más hermoso que haya visto en mi vida. En circunstancias normales le habría sentado a la perfección, pero su tono brillante ponía de relieve la palidez anormal de su rostro.

Mientras Earnshaw se sentaba en el sillón para conversar conmigo, Betty se inclinó sobre su tío y le dio un beso de buenas noches.

—No, querido —oí que le decía—, tengo demasiado sueño para jugar al bridge. Daré una última vuelta por la cubierta con Jimmie y volveré a mi camarote.

—Bueno. Antes de marcharte, corre la cortina de esa ventana abierta —pidió el señor Lambert—. Creo que tengo una tortícolis. Y, por favor, dile al camarero que me traiga un *gin con ginger ale. Esa mezcla del señor Daniels era verdaderamente un veneno*. Tengo que beber otra cosa para que me quite el gusto.

De manera incidental, te diré que había tomado muy poco del extraño brebaje.

…/…

Recuerdo que entonces entró el camarero, con el *gin* y el *ginger ale* del señor Lambert y lo colocó frente a él. Cuando estaba a punto de retirarse, nuestro huésped le llamó y le ordenó un *highball* para Daphne («whisky doble con un rociado», como ella lo llama), y otro para Adam Burr. En cuanto a mí, dije que no quería beber más, debido a mi operación. Lambert terminó la mezcla propuesta por el londinense y el camarero se llevó la copa.

Daphne no es una buena jugadora, pero ella y Lambert tuvieron suerte con las cartas y ganaron las dos primeras manos sin oposición. En la tercera, nuestros adversarios prosiguieron con un pequeño *slam* de piques y ocurrió que, aun cuando tenía en las manos muy poco de valor en los otros tres palos, contaba con cinco piques para hacer frente a la declaración del señor Lambert. Entonces, doblé y él, al instante, redobló.

Jamás sabré cuál habría sido el resultado de la mano, pero estoy segura de que sólo un milagro podría haber impedido nuestra victoria.

Como tú sabes, Davy, siempre se produce un momento de tensión cuando alguien redobla. Los compañeros se miran con ansiedad, lanzan risillas nerviosas y, por fin, adoptan una expresión circunspecta, en su esfuerzo por esconder sus aprensiones. Supongo que hicimos todas esas cosas. Lambert dijo:

—Si quiero ganar esta jugada, necesitaré un trago.

Bebió un largo sorbo de su *gin* con *ginger ale*, colocó el vaso sobre la mesa y comenzó a jugar. En ese preciso instante Wolcott arrojó una mirada a mi mano, sus labios dibujaron una sonrisa dubitativa, y salió de la habitación.

Después de las primeras jugadas, advertí que las manos de Lambert temblaban de tal modo, que apenas podían sostener los naipes. Y, entonces —¡oh, Dios! Davy, ¿olvidaré esto alguna vez?—, se puso de pie en forma vacilante, al tiempo que dejaba escapar un ruido que sólo puedo describir como un gorgoteo estrangulado. Por espacio de un minuto horrible, se columpió en un bamboleo espantoso, una lívida mueca en su cara, y por fin se derrumbó con estrépito, mientras dejaba caer las barajas, volcaba los tres vasos y arruinaba por completo el vestido de Daphne. Antes de que tuviéramos tiempo de recuperar el aliento, yacía sobre el piso, retorciéndose en medio de atroces convulsiones.

Durante lo que me pareció una eternidad, permanecimos absolutamente inmóviles, observándolo con una especie de terrorífica fascinación. He leído a menudo historias sobre gente envenenada y siempre pensé que la muerte por tóxicos sería algo suave y pacífico. Sin embargo, ninguna herida de bala, ningún derramamiento de sangre puede ser más espantoso que esto. Fue la cosa más cruel y bestial que haya presenciado nunca y, al mismo tiempo, la más lastimosa.

…/…

No me preguntes lo que aconteció después, Davy. No me lo preguntes. Fue una pesadilla, en la que espero no volver a pensar mientras viva. Recuerdo en forma vaga la presencia del doctor.

Recuerdo que escuché que decía algo sobre convulsiones semejantes a las del tétano, y cianosis; luego pesqué una frase en latín, algo que sonaba como *risus sardonicus* y, por fin, en forma clara, terriblemente clara y distinta, llegó la palabra ¡ESTRICNINA!

—Es mejor que alguien vaya en busca del capitán. Ya no hay nada que pueda hacer por él. <<

[Página ***]

Poco después, los jugadores concluyeron la partida. Robinson y Daniels, aunque al principio les favoreció la suerte, a la postre perdieron de tres a cuatro dólares. Lambert metió el dinero en el bolsillo, con la gozosa risilla inesperada y, en seguida, propuso jugar otro *rubber*. Daniels y Robinson, muy molestos por el disgusto recíproco, terminaron sus copas y se excusaron diciendo que era hora de irse a dormir.

—Estoy seguro de que al señor Wolcott le agradará reemplazarme —dijo el pequeño *cockney*, al tiempo que se dirigía hacia la puerta.

—No, no. Mi bridge es demasiado torpe. Lo dejo para la gente más joven.

El viejo desagradable me obsequió con una reverencia, innecesariamente cortés. Tras una pausa, continuó:

—Lo que me atrae es la psicología del juego, nada más que la psicología.

Daniels abandonó la habitación con un gruñido. De forma un tanto tardía, Lambert sugirió que las damas podríamos integrar el cuarteto para una mano final. Su mujer objetó que tenía sueño, pero que iría en busca de Betty y de Jimmy Earnshaw, para preguntarles si alguno de los dos quería ser el cuarto. Agregó que pediría al camarero que le trajera los anteojos a su marido, si llegaba a encontrarlos en el camarote. Por fin, dijo buenas noches a todos y se marchó. Al cabo de un rato, los dos jóvenes llegaron desde la cubierta, ambos fríos y pálidos (el amor, supongo). Betty usaba el chal de color naranja más hermoso que haya visto en mi vida. En circunstancias normales le habría sentado a la perfección, pero su tono brillante ponía de relieve la palidez anormal de su rostro.

Mientras Earnshaw se sentaba en el sillón para conversar conmigo, Betty se inclinó sobre su tío y le dio un beso de buenas noches.

—No, querido —oí que le decía—, tengo demasiado sueño para jugar al bridge. Daré una última vuelta por la cubierta con Jimmie y volveré a mi camarote.

—Bueno. Antes de marcharte, corre la cortina de esa ventana abierta —pidió el señor Lambert—. Creo que tengo una tortícolis. Y, por favor, dile al camarero que me traiga un *gin con ginger ale. Esa mezcla del señor Daniels era verdaderamente un veneno*. Tengo que beber otra cosa para que me quite el gusto.

De manera incidental, te diré que había tomado muy poco del extraño brebaje.

Betty hizo lo que su tío le había pedido. Jimmie se disculpó ante mí y ambos salieron juntos.

Y ahí quedamos en la inevitable posición de tres ansiosos jugadores de bridge (Lambert, Burr y yo), en busca de un cuarto. Por espacio de diez minutos charlamos sin objeto y ya estaba a punto de abandonar toda idea de juego, cuando Daphne Demarest penetró en el salón, más alta y desenvuelta de lo que había parecido a la hora de la comida.

Nos obsequió con una débil sonrisa, al tiempo que decía:

—Apenas puedo tenerme en pie, pero si he de hacerlo en alguna parte, prefiero que sea ante una mesa de bridge. El bridge y la bebida son las únicas cosas posibles, en medio de un tiempo espantoso como éste. < <

[Página ****]

Daniels abandonó la habitación con un gruñido. De forma un tanto tardía, Lambert sugirió que las damas podríamos integrar el cuarteto para una mano final. Su mujer objetó que tenía sueño, pero que iría en busca de Betty y de Jimmy Earnshaw, para preguntarles si alguno de los dos quería ser el cuarto. Agregó que pediría al camarero que le trajera los anteojos a su marido, si llegaba a encontrarlos en el camarote. Por fin, dijo buenas noches a todos y se marchó. Al cabo de un rato, los dos jóvenes llegaron desde la cubierta, ambos fríos y pálidos (el amor, supongo). Betty usaba el chal de color naranja más hermoso que haya visto en mi vida. En circunstancias normales le habría sentado a la perfección, pero su tono brillante ponía de relieve la palidez anormal de su rostro.

Mientras Earnshaw se sentaba en el sillón para conversar conmigo, Betty se inclinó sobre su tío y le dio un beso de buenas noches.

—No, querido —oí que le decía—, tengo demasiado sueño para jugar al bridge. Daré una última vuelta por la cubierta con Jimmie y volveré a mi camarote.

—Bueno. Antes de marcharte, corre la cortina de esa ventana abierta —pidió el señor Lambert—. Creo que tengo una tortícolis. Y, por favor, dile al camarero que me traiga un *gin con ginger ale. Esa mezcla del señor Daniels era verdaderamente un veneno*. Tengo que beber otra cosa para que me quite el gusto. < <